

# UNA TEMPORADA EN TINKER CREEK

ANNIE DILLARD



Lectulandia

Annie Dillard fue una de las primeras mujeres que decidió desafiar desde la escritura y de forma rigurosa el estereotipo masculino del hombre de la frontera y de su relación con la naturaleza salvaje.

Para ello, tras superar una neumonía que estuvo a punto de costarle la vida con apenas veintiséis años, se trasladó a un valle de la cordillera de los Apalaches y comenzó a escribir. Así surge *Una temporada en Tinker Creek*, un libro en el que Dillard recogió la extraordinaria y fructífera influencia de grandes autores como Henry David Thoreau, John Muir o Aldo Leopold, pero dándoles en cierto modo la vuelta.

El libro recibió el Premio Pulitzer de Ensayo, fue incluido entre los 100 Mejores Ensayos del siglo XX según la prestigiosa Modern Library, y se ha convertido en un auténtico clásico de nuestro tiempo y en uno de los libros más influyentes de la *nature writing*.

En él se relatan sus exploraciones en la naturaleza salvaje del estado de Virginia, durante las cuales da cuenta de una capacidad de observación que resulta tan insólita como reveladora. Dillard puede acechar ratas almizcleras o intuir las leyes de la mecánica ondulatoria por la que vibran todas las cosas; puede observar el paso migratorio de un millón de mariposas monarcas o soñar con la última manada de caribús árticos; puede jugar al escondite inglés con las aves acuáticas o desentrañar la historia de una misteriosa piel de serpiente. Pero, sobre todo, Dillard entremezcla lo que ve con lo que piensa y lo que siente, convirtiendo este libro en una de las reflexiones más lúcidas y extraordinarias sobre la esencia última de la naturaleza, sobre la belleza y el horror que en ella se entremezclan, sobre el azar que rige en última instancia todo lo vivo y sobre el poder del presente en un mundo en constante y silenciosa mutación.

Annie Dillard

# **Una temporada en Tinker Creek**

**Libros salvajes - 7**

**ePub r1.0**

**Titivillus 07.10.2023**

Título original: *Pilgrim at Tinker Creek*  
Annie Dillard, 1974  
Traducción: Teresa Lanero  
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1

para Richard

*Siempre fue, es y será fuego eterno  
que se enciende según medida  
y se extingue según medida.*

Heráclito

1  
EL CIELO Y LA TIERRA  
PARA PASAR EL RATO

Antes tenía un gato, un viejo golfillo que saltaba por la ventana cuando estaba abierta para aterrizar en mi cama en mitad de la noche y acurrucarse sobre mi pecho. Me despertaba a medias. Colocaba el cráneo debajo de mi nariz —apestaba a orines y a sangre— y se ponía a ronronear. Algunas noches me amasaba enérgicamente el pecho desnudo con las patas delanteras mientras arqueaba el lomo, como si estuviera afilándose las uñas o dando empujoncitos a su madre para mamar. Y algunas mañanas, cuando me despertaba al amanecer, me encontraba llena de huellas de patitas ensangrentadas, como si me hubieran dibujado rosas.

Hacía calor, tanto que el espejo estaba caliente. Aturdida, me lavaba delante del espejo con el agitado sueño estival aún colgando de mí como un alga marina. ¿Qué sangre era ésa, qué rosas? Podría haberse tratado de la rosa de la unión y la sangre del asesinato o de la rosa de la belleza desnuda y la sangre de algún inefable sacrificio o nacimiento. Esa señal en mi cuerpo podría haber sido un emblema o una mácula, las llaves del reino o la marca de Caín. Nunca lo supe. Nunca supe si al lavarme y hacer que la sangre se difuminara, se disolviera y al fin desapareciera estaba purificándome o estropeando la señal de sangre de la Pascua<sup>[1]</sup>. Nos despertamos, si es que alguna vez lo hacemos realmente, al misterio, al rumor de la muerte, a la belleza, a la violencia... «Parece que nos hubieran soltado aquí —me dijo hace poco una mujer— sin que nadie sepa la razón».

Éstas son vicisitudes de la mañana, imágenes que sueñas mientras la ola final te arroja sobre la arena bajo la luz radiante y la sequedad del aire. Recuerdas la presión, el sueño curvo en el que te apoyabas, blando, como un molusco dentro de su concha. Pero el aire te endurece la piel; te levantas, abandonas la orilla iluminada para explorar algún sombrío acantilado y, de pronto, te encuentras perdido tierra adentro, entre la fronda, con actitud decidida y sin memoria.

Por las mañanas, cuando me levanto, sigo pensando en aquel viejo gato. Ahora las cosas son más tranquilas, duermo con la ventana cerrada. El gato y nuestros ritos desaparecieron y mi vida ha cambiado, pero aún guardo el recuerdo de algo intenso. Me despierto ansiosa, con la esperanza de ver algo nuevo. Si tengo suerte, puede que me espabile algún gorjeo extraño. Me visto a toda prisa imaginando la zona delantera de la finca llena de alcas o de flamencos aleteando. Esta mañana había un pato joyuyo abajo, en el arroyo. Salió volando.

Vivo junto a un arroyo, el Tinker, en un valle entre las montañas Blue Ridge de Virginia. En inglés, los refugios de los ermitaños también reciben el nombre de «agarre de ancla»; algunos de ellos eran simples cobertizos adosados a los laterales de una iglesia como un percebe a una roca. Pienso en esta casa adosada al lateral del arroyo Tinker como uno de aquellos refugios. Me mantiene anclada a su fondo rocoso y me proporciona estabilidad en la corriente frente al raudal de luz que se vierte desde arriba, como haría un ancla marina. Es un buen sitio para vivir; en él hay mucho que pensar. Los arroyos —el Tinker y el Carvin— son un misterio activo que se renueva minuto a minuto. El suyo es el misterio de la creación continua y de todo lo que supone la providencia: la incertidumbre de la visión, el horror de lo inamovible, la disolución del presente, la intrincación de la belleza, la presión de la fecundidad, la esquividad de lo libre y la naturaleza defectuosa de la perfección. Los montes —el Tinker y el Brushy, y las lomas de McAfee y Dead Man— son un misterio pasivo, el más antiguo de todos. El suyo es el simple misterio de la creación a partir de la nada, de la materia misma, de cualquier cosa, de lo que viene dado. Las montañas son gigantes, reconfortantes, absorbentes. Puedes lanzar tu espíritu a una montaña y la montaña lo guardará bien doblado y no lo devolverá, como sí harían algunos arroyos. Los arroyos son el mundo con todos sus estímulos y belleza; allí es donde vivo. Pero las montañas son el hogar.

El pato joyuyo salió volando. Sólo percibí el fugaz destello de algo parecido a un brillante torpedo que sacudía las hojas al emprender el vuelo. De vuelta en casa, desayuné un cuenco de gachas de avena. Mucho después apareció el sesgado haz de luz que me anunció una buena caminata.

Si el día es bueno, cualquier paseo viene bien, todo parece bello. El agua, en particular, presenta su mejor aspecto al reflejar el cielo azul en las charcas, al desmenuzarse en las zonas de gravilla poco profundas y convertirlo en blancas cascadas y espuma en los tramos rápidos. En un día nublado o brumoso todo está descolorido y apagado, salvo el agua, que lleva sus propias luces. Me encamino hacia las vías del tren, hacia la colina por donde sobrevuelan las bandadas de aves, hacia el bosque donde habita la yegua blanca. Pero me dirijo al agua.

Hoy es uno de esos excelentes días de enero parcialmente nublados en los que la luz escoge una inesperada parte del paisaje para adornarla de oro y luego las sombras lo barren. Sabes que estás viva. Das grandes zancadas intentando sentir la curvatura del planeta bajo tus pies. Kazantzakis cuenta que de joven tenía un canario y un globo terráqueo. Cuando soltaba al canario, se posaba en el globo y se ponía a cantar. Durante toda su vida, mientras recorría el mundo, sintió como si llevara sobre la mente un canario cantando.

Al oeste de la casa, el Tinker forma un meandro muy pronunciado, de tal modo que el arroyo pasa tanto por la parte trasera de la casa, al sur, como por el otro lado de la carretera, al norte. Me gusta ir por el norte. Allí el sol del atardecer cae justo sobre el arroyo, acentuando sus reflejos azules e iluminando las hileras de árboles de las orillas. Los bueyes bajan a beber desde los pastizales que hay al otro lado; siempre diviso algún conejo por allí; me siento en un tronco a la sombra y observo a las ardillas que están al sol. Hay dos vallas de madera separadas, suspendidas de unos cables, que cruzan el arroyo un poco más arriba del árbol caído que hace las veces de banco y que sirven para que los bueyes no se escapen río arriba o río abajo cuando vienen a beber. Las ardillas, los niños del vecindario y yo utilizamos la valla de más abajo a modo de puente colgante para cruzar el arroyo. Pero los bueyes están hoy allí.

Me siento en el árbol abatido y veo cómo los bueyes negros se resbalan con el fondo del arroyo. Todos son carne de vacuno de cría: corazón de vacuno, cuero de vacuno, jarrete de vacuno. Son una producción humana, como el rayón. Son como un campo de zapatos. Tienen patas de hierro

fundido y lenguas como plantillas de espuma. No puedes ver a través de su cerebro como sucede con otros animales; tienen grasa vacuna entre los ojos, estofado de ternera.

Cruzo por la valla a casi dos metros de altura sobre el agua, pasando las manos por el cable oxidado e intentando mantener el equilibrio con los pies por el borde estrecho de los tablones. Cuando alcanzo la otra orilla y llego a tierra firme, hay un grupo de bueyes delante de la alambrada que quiero traspasar. Así que doy una entusiasta carrera para adelantarlos mientras agito los brazos y grito: «¡Rayo! ¡Serpiente cabeza de cobre! ¡Albóndigas suecas!». Se dan a la fuga, también en grupo, tropezándose por la llanura cubierta de pasto. El viento me golpea la cara.

Después de colarme por debajo de la alambrada, de cruzar un prado y saltar por un tronco de sicomoro que yace sobre el agua, llego a un islote con forma de lágrima en medio del Tinker. En un lado está la orilla escarpada y frondosa del arroyo; por allí la corriente es rápida y las aguas profundas. En el otro, está la pradera llana que he atravesado, junto a los pastos de los bueyes; las aguas que discurren entre ese campo y la isla son mansas y poco profundas. Durante el estiaje del verano, los lirios y los juncos crecen en una sucesión de charcas que refresca la corriente perezosa. Los zapateros de agua se pasean por la superficie, los cangrejos de río se encorvan por el cieno mientras comen porquería, las ranas croan y brillan y los pececillos plateados y las pequeñas breñas se esconden entre las raíces de la mirada verde y taciturna de la garza. Vengo a esta isla todos los meses del año. La recorro parándome de vez en cuando a observar, o me subo a horcajadas sobre el tronco de sicomoro que cruza el arroyo con las piernas bien recogidas para que no me dé el agua en invierno e intento leer. Hoy me siento en la hierba seca que hay al fondo de la isla junto a la bifurcación más mansa del río. Siento predilección por este punto. Acudo a él como si de un oráculo se tratara; regreso como un hombre trata de localizar el campo de batalla donde perdió una pierna o un brazo años atrás.

Hace un par de veranos estaba paseando por el perímetro de la isla para ver si había algo que ver y, sobre todo, para asustar a las ranas. Las ranas tienen una forma poco elegante de saltar desde lugares invisibles de la orilla, justo delante de tus pies, mientras emiten un «¡ay, ay!» anfibio y se zambullen en el agua dominadas por el pánico. Aunque parezca mentira, es algo que me divertía y me sigue divirtiendo. Caminando por la orilla herbosa de la isla, me

sentía mejor a medida que veía a las ranas entrar y salir del agua. Aprendí a reconocer, si aminoraba la marcha, la diferencia de textura de la luz según la reflejara un banco de lodo, el agua, la hierba o una rana. Las ranas volaban a mi alrededor. En el extremo de la isla localicé una pequeña rana verde. Estaba justo entre la tierra y el agua, con la apariencia del diagrama esquemático de un anfibio, y no saltó.

No saltó; me acerqué a ella con cautela. Al final me arrodillé sobre la hierba seca del invierno, desconcertada, muda de asombro, mirando a la rana a poco más de un metro de distancia. Era una rana muy pequeña de ojos muy abiertos y sin brillo. Y justo cuando la estaba mirando, se desplomó despacio y empezó a encorvarse. El espíritu se desvaneció de sus ojos como si se hubiera apagado. La piel se le quedó vacía y marchita; el cráneo entero parecía hundirse y asentarse como una tienda de campaña abandonada. Se encogía ante mis ojos como una pelota al desinflarse. Observé cómo la piel tensa y brillante de sus hombros se arrugaba y se caía. Enseguida el trozo de piel informe, como un globo pinchado, se redujo a unos pliegues flotantes, como un verdín brillante, sobre la superficie del agua: fue algo monstruoso y terrorífico. Yo miraba boquiabierto, horrorizado. Una sombra ovalada se quedó pendida del agua detrás de la rana hueca; luego la sombra se deslizó y desapareció. La bolsa de piel de rana empezó a hundirse.

Yo había leído algo sobre las chinches acuáticas gigantes, pero nunca las había visto. La criatura hace honor a su nombre, pues es un enorme y pesado bicho de color marrón. Come insectos, renacuajos, peces y ranas. Sus codiciosas patas delanteras son poderosas y están curvadas hacia dentro. Con esas patas atrapa a su presa, la agarra con fuerza y la paraliza con unas enzimas que inyecta mediante una feroz picadura. Es la única vez que pica. Mediante esa punción, inyecta el veneno que disuelve los músculos, huesos y órganos de la víctima —todo salvo la piel— y extrae todo el cuerpo en forma de líquido. Se trata de un suceso bastante común en las aguas templadas de los ríos. La rana que vi estaba siendo succionada por una chinche acuática gigante. Permanecí de rodillas sobre la hierba de la isla; cuando el irreconocible jirón de piel de rana alcanzó oscilante el fondo del arroyo, me levanté y me sacudí los pantalones. Estaba sin respiración.

Por supuesto, hay muchos animales carnívoros que devoran a sus presas vivas. El método habitual parece ser inmovilizar a la víctima derribándola o sujetándola para que no pueda huir y luego comérsela entera o mediante una serie de cruentos mordiscos. Las ranas también se lo comen todo entero y se ayudan con los dedos para meterse las presas en la boca. Se pueden ver ranas

con las mandíbulas tan llenas de libélulas que son incapaces de cerrarlas. Las hormigas ni siquiera tienen que cazar a su presa; en primavera, trepan hasta los nidos y se comen a los pajarillos sin plumas, recién salidos del cascarón, mediante minúsculos bocados.

Ahí fuera el mundo es hostil y lo azaroso no es ninguna sorpresa. Todo ser vivo es el superviviente de una especie de extenso campamento provisional. Pero al mismo tiempo también somos creados. En el Corán, Alá pregunta: ¿«Acaso creamos el cielo y la tierra y lo que entre ellos hay para pasar el rato»? Es una buena pregunta. ¿Qué pensamos del universo creado que abarca un vacío inconcebible con una inconcebible profusión de formas? ¿O qué pensamos de la nada, esos espeluznantes lapsos de tiempo que se extienden en cualquier dirección? Si la chinche acuática gigante no fue hecha para pasar el rato, ¿acaso fue hecha en serio? Pascal usa un término muy bonito para describir la noción de ese creador que, una vez ha generado el universo, le da la espalda: *Deus absconditus*. ¿Es eso lo que creemos que sucedió? ¿Existía un sentido y Dios se fugó con él, se lo comió como un lobo que desapareciera tras la esquina de la casa con el pavo de Acción de Gracias en las fauces? «Dios es sutil —dijo Einstein—, pero no malicioso». También dijo que «la naturaleza oculta sus misterios por la grandeza de su esencia, no por su astucia». Podría ser que Dios no hubiera huido, sino que se hubiera propagado, al igual que nuestra visión y comprensión del universo se han expandido, hacia una estructura de espíritu y sentido tan grandiosa y sutil, tan poderosa en cierto modo, que sólo podemos palpar su perímetro. Al ponerle nubes por vestidura y oscuridad por faja, Dios «puso puertas y cerrojos» y dijo: «Hasta aquí llegarás y no pasarás adelante». Ahora bien, ¿hemos atravesado ese límite? ¿Hemos remado hasta esa espesa oscuridad, o estamos jugando al pinacle en el fondo del barco?

La crueldad es un misterio, es el derroche del dolor. Pero si describimos un mundo que se limite a eso, un mundo que no sea más que un juego largo y brutal, nos topamos con otro misterio: el influjo del poder y la luz, el canario que canta sobre el cráneo. A menos que los seres humanos de todas las edades y razas hayan sido engañados por el mismo hipnotizador de multitudes (¿quién?), parece que la belleza existe, una gracia completamente gratuita. Hará unos cinco años, vi un sinsonte que descendía en picado desde la canaleta del tejado de un edificio de cuatro plantas. Fue un acto tan despreocupado y espontáneo como la curvatura de un tallo o la lumbre de una estrella.

El sinsonte dio un único paso hacia el aire y se lanzó al vacío. Tenía las alas aún plegadas a los lados como si en vez de caerse estuviera cantando desde una rama, a una velocidad de treinta y cinco kilómetros por hora a través del aire. Un suspiro antes de estrellarse contra el suelo, abrió las alas con un esmero meticuloso y deliberado, mostrando sus amplias franjas blancas y desplegando su cola elegante y rayada, y se posó en la hierba. Yo acababa de doblar la esquina cuando me llamó la atención su despreocupado paso al frente; nadie más lo vio. El hecho de su caída libre fue como el antiguo acertijo filosófico sobre el árbol que cae en el bosque. La respuesta debe ser, creo, que la belleza y la gracia tienen lugar tanto si las queremos y las sentimos como si no. Lo menos que podemos hacer es estar ahí.

En otra ocasión vi otra maravilla: tiburones destellando en la costa atlántica de Florida. A veces las olas se alzan sobre el horizonte del océano formando una cuña triangular contra el cielo. Si te quedas donde rompe el mar en una playa poco profunda, puedes ver que el agua que se eleva formando la ola es translúcida y está salpicada de luces. Una tarde de marea baja, a última hora, cientos de enormes tiburones pasaron por delante de la playa, cerca de un estuario, para darse un festín. En el interior de cada una de las olas verdosas que se elevaba del agua agitada se iluminaban los cuerpos contorsionados de varios tiburones de más de dos metros. Los tiburones desaparecían cada vez que la ola se deslizaba hacia donde yo estaba; luego, una nueva ola crecía hacia el horizonte conteniendo, como si fueran escorpiones fosilizados en ámbar, otros tiburones que se agitaban arriba y abajo. Esta visión guardaba maravillas impresionantes: poder y belleza, gracia intrincada en un éxtasis violento.

No sabemos qué ocurre aquí. Entonces, si estos tremendos sucesos son combinaciones aleatorias de materia desbocada, si son el resultado del trabajo de millones de monos tecleando en millones de máquinas de escribir, ¿qué hay de nosotros, producidos a partir de esas mismas máquinas de escribir que ellos manipulan? No lo sabemos. Nuestra vida es una tenue traza sobre la superficie del misterio, como los túneles improductivos y sinuosos de los insectos minadores en la superficie de las hojas. Tenemos que ampliar las miras de algún modo para abarcar todo el paisaje, para verlo de verdad y describir qué está ocurriendo. Entonces podremos al menos lanzar entre lamentos la pregunta apropiada a esa faja de oscuridad o, llegado el caso, corear las alabanzas adecuadas.

En la época de Lewis y Clark<sup>[2]</sup>, prender fuego a las llanuras era una señal conocida que significaba «Desciende hasta el agua». Era un gesto excesivo,

pero nosotros no podemos ser menos. Si el paisaje pone de manifiesto alguna certeza, es que la exageración es la verdadera esencia de la creación. Después de aquella primera exageración de la creación, el universo ha seguido operando exclusivamente con exageraciones, arrojando enredos colosales a los eones del vacío y amontonando profusiones en la prodigalidad del universo con un vigor siempre renovado. El espectáculo completo ha sido enérgico desde el principio. Me acerco al agua para refrescarme los ojos. Pero mire donde mire lo único que veo es fuego, lo que no es pedernal es yesca, y el mundo entero chisporrotea en llamas.

A última hora del día he venido a la isla herbosa. El río está alto; el agua helada corre bajo el puente del tronco de sicomoro. La piel de la rana, como es obvio, desapareció por completo. Llevo mirando ese punto exacto del fondo y fijándome en el torrente de agua durante tanto tiempo que cuando me levanto, la orilla de enfrente parece alargarse ante mis ojos y fluir río arriba cuajada de hierba. Cuando la orilla por fin se asienta, cruzo por el tronco de sicomoro y regreso al gran campo arado que se extiende junto a los pastos de los bueyes.

Sopla un fuerte viento del oeste; el sol viene y se va. Veo que la sombra del campo que hay ante mí se vuelve más profunda de manera uniforme y se extiende como una plaga. Todo parece tan apagado que me asombra ser capaz de distinguir los objetos. Y, de pronto, la luz recorre la tierra como peinándola, pasa por encima de los árboles y vuelve a irse en un abrir y cerrar de ojos: creo que me he quedado ciega o que he muerto. Cuando regresa la luz, continúas la respiración y, mientras se mantiene, te olvidas de ella hasta que vuelve a irse.

Es el día más bello del año. A las cuatro en punto el cielo del este es un estrato muerto salpicado de nubes bajas blancas. El sol del oeste ilumina la tierra, las montañas y, sobre todo, las ramas desnudas, de modo que por todas partes los árboles de plata cortan el cielo negro como el negativo fotográfico de un paisaje. El aire y el suelo están secos; las montañas se encienden y se apagan como señales de neón. Las nubes se deslizan hacia el este como si el horizonte tirara de ellas, como si alguien retirara un mantel de una mesa. Las píceas que hay junto a la alambrada se abalanzan hacia el este como si se fueran a partir. Las sombras púrpuras corren hacia el levante; el viento me hace volverme hacia el este y tengo la misma sensación vertiginosa y prolongada que experimenté cuando la orilla del arroyo se tambaleaba.

A las cuatro y media el cielo del este es claro; ¿cómo ha podido disiparse esa enorme oscuridad? Quince minutos después, se acerca una nueva masa lóbrega desde el noroeste; ya está aquí. Todo ha sido drenado de su luz, como si la hubieran absorbido. En el horizonte las montañas negras como el carbón dan paso a otras montañas remotas y más claras —más que iluminadas por una luz directa, palidecidas por las brillantes capas de bruma que cuelgan delante de ellas—. Ahora las tinieblas están en el este; todo está entre sol y sombra, cada terrón, cada árbol, cada montaña y cada seto. No puedo ver el monte Tinker a través de la línea de píceas, hasta que, de repente, aparece como una farola, con un ruido metálico, *ex nihilo*. Veo sus peñascos de arenisca, rosas e hinchados. De pronto la luz se oculta y los peñascos decrecen como si los estrujaran. El sol choca con el grupo de sicomoros que se interpone entre las montañas y yo; los brazos de los sicomoros se iluminan y dejo de ver los peñascos. Se han esfumado. La tenue red de ramas de sicomoro, que hace un segundo era transparente como una mosquitera, se ha vuelto opaca y brilla con una luz propia. Ahora los brazos de los sicomoros se apagan, las montañas regresan y aparecen de nuevo los peñascos.

Camino hacia casa. Sobre las cinco y media el espectáculo ya ha terminado. No queda nada, salvo un azul irreal y unas cuantas nubes bajas amontonadas en el norte. Aquí ha estado una especie de mago de feria, un charlatán ilusionista que controla la escena desde atrás. Dice: «Nada por aquí, nada por allá. Nada bajo la manga, nada a mis espaldas...». Y, abracadabra, chasca los dedos y todo desaparece. Sólo queda el mago anodino e inexpresivo con su chaqueta lisa y las manos desnudas agradeciendo unos pocos aplausos desconcertados. Cuando vuelves a mirar, la tropa ha cogido sus bártulos y se ha marchado carretera abajo. Nunca se detiene. Desde más allá de las montañas se suceden nuevos espectáculos y el mago reaparece sin avisar desde un pliegue del telón que nunca imaginaste que podría abrirse. Pañuelos de nubes, conejos a plena vista que se esconden para siempre en el sombrero negro. Ale-hop. El público, si es que lo hay, está mareado de tanto volver la cabeza.

Como el oso que atravesó la montaña, salí a ver qué podía ver. Y debo advertir que, como el oso, lo único que vi fue el otro lado de la montaña: más de lo mismo. En los días buenos puede que atisbe otra cumbre boscosa que rueda bajo el sol como el agua, otro campamento provisional. Me propongo llevar a cabo lo que Thoreau denominó «un diario meteorológico de la

mente», contando algunas historias y describiendo algunas de las imágenes de este valle más bien manso, mientras exploro, con temor y temblor, algunas de las ignotas y tenues extensiones e infames fortalezas a las que nos conducen tan vertiginosamente esas historias e imágenes.

No soy científica. Exploro los alrededores. Un bebé que acaba de aprender a mantener erguida la cabeza posee una manera franca y directa de mirar a su alrededor con perplejidad. No tiene la más mínima idea de dónde se encuentra y aspira a aprender. En un par de años, en cambio, lo que habrá aprendido será a fingir: tendrá el aire engreído de un ocupante que ha llegado a sentir que este lugar le pertenece. Un orgullo inusitado y adquirido nos desvía de nuestro propósito original, que consiste en explorar el vecindario, en examinar el paisaje, en descubrir al menos dónde hemos aterrizado tan asombrosamente, si es que no podemos averiguar por qué.

De modo que pienso en el valle. Es mi divertimento a la vez que mi trabajo, es un juego. Un juego feroz al que me incorporo porque de todos modos se está jugando, un juego tanto de habilidad como de suerte que se juega contra un adversario invisible —las condiciones del paso del tiempo— cuya recompensa, que en cualquier momento puede llegar en forma de ráfaga de luz, es posible que me alcance a mí o a cualquier otra persona. Apuesto el tiempo que agradezco tener, la energía que me alegro de emplear. Corro el riesgo de atascarme en el tablero, por así decir, incapaz de moverme en cualquier dirección, lo cual me pasa a menudo; corro el riesgo de las pesadillas punzantes y agotadoras que me roban el sueño y me obligan a enfrentarme durante toda la noche a un foso embarrado, rodeada de huevos de insectos y crustáceos eclosionando.

Pero si consigo soportar las noches, los días son un placer. Salgo a pasear; veo algo, algún suceso que, de lo contrario, se pasaría por alto y se perdería; o algo me ve, algún poder enorme me roza con su ala límpida, y resueno como una campana tañida.

Soy una exploradora, por tanto, y también una acechadora, o el mismísimo instrumento de la caza. Algunos indios solían tallar prolongados surcos a lo largo de los astiles de madera de sus flechas. A esos surcos los llamaban «marcas del rayo» porque se parecían a las grietas curvas que el rayo traza en los troncos de los árboles. La función de las marcas del rayo es la siguiente: si la flecha no mata a la presa, la sangre de la profunda herida se canalizará a través de esos surcos y goteará por el astil hasta derramarse en el suelo, de manera que el descalzo y tembloroso arquero podrá seguir el rastro de gotas sobre las hojas anchas, sobre las piedras, hasta cualquier tierra

salvaje, por profunda o poco común que sea. Yo soy el astil de la flecha, tallada de arriba abajo por luces inesperadas e incisiones del mismo cielo, y este libro es el rastro perdido de la sangre.

Algo nos sacude, un arma apenas envainada. El poder protege e ilumina. Nos hace sonar como un silbato; nuestro aliento no nos pertenece. James Houston describe a dos jóvenes esquimales sentadas en el suelo con las piernas cruzadas y las bocas unidas, que se soplan por turnos para hacer vibrar las cuerdas vocales de la otra y producir una música grave y sobrenatural. Cuando vuelvo a cruzar el puente que en realidad es la valla de los bueyes, el viento se ha reducido hasta el delicado aire del crepúsculo y frunce la piel del agua. Observo cómo se desplazan las capas de luz que se elevan en la superficie del arroyo. Esta imagen tiene el atractivo de lo meramente pasivo, como el recorrido de la luz bajo las nubes en un campo, un bello sueño en el momento de ser soñado. La brisa es mínima, pero tú navegas de forma precipitada y sin respiración bajo el vendaval del espíritu.

## 2 VER

Cuando tenía seis o siete años y vivía en Pittsburgh, a veces cogía uno de mis centavos y lo escondía para que alguien lo encontrara. Era una compulsión curiosa que, por desgracia, nunca se ha vuelto a apoderar de mí. Por alguna razón, siempre ocultaba el centavo en el mismo tramo de acera. Lo envolvía entre las raíces de un sicomoro, supongamos, o en el agujero de algún adoquín levantado. Luego cogía una tiza y empezaba a dibujar, desde los dos extremos de la manzana, grandes flechas que conducían hasta el centavo. Después aprendí a escribir y ponía cartelitos junto a las flechas: SORPRESA MÁS ADELANTE O DINERO POR AQUÍ. Mientras dibujaba las flechas, me entusiasmaba al pensar en el primer transeúnte que recibiría de este modo, sin comerlo ni beberlo, un obsequio gratuito del universo. Pero nunca me quedaba por allí merodeando. Me iba directa a casa y no volvía a pensar en ello hasta que, meses después, me asaltaba de nuevo el impulso de esconder otro centavo.

Seguimos en la primera semana de enero y tengo grandes planes. He estado pensando en el hecho de ver. Hay muchas cosas que ver, regalos desenvueltos y sorpresas gratuitas. El mundo está justamente salpicado de centavos lanzados al azar por una mano generosa. Pero —y ésta es la cuestión— ¿quién se emociona por un simple centavo? Si sigues una flecha, si te acuclillas inmóvil junto a la orilla para observar un trémulo remolino agitado por el agua y recibes como recompensa la imagen de una cría de rata almizclera nadando desde su madriguera, ¿considerarás que esa visión es simplemente un trozo de cobre y continuarás por tu triste camino? Qué pobreza tan extrema, en efecto, cuando un hombre está tan desnutrido y

cansado que no se agacha a recoger un centavo. Pero si cultivas una pobreza y una sencillez saludables y el hecho de encontrar un centavo te cambia literalmente el día, en ese caso, como el mundo está sembrado de centavos, con tu pobreza habrás comprado días irrepetibles. Es así de simple. Lo que ves es lo que recibes.

Antes yo era muy dada a ver insectos voladores en el aire. Miraba al frente y no veía la hilera de píceas que bordea la carretera, sino el aire que había delante de ellas. Mis ojos enfocaban esa columna de aire y distinguían los insectos voladores. Pero supongo que perdí el interés y por eso abandoné el hábito. Ahora veo pájaros. Es probable que algunas personas miren la hierba que hay bajo sus pies y descubran todas las criaturas reptantes. Me gustaría saber de hierbas y juncos... y tener interés. Entonces la más mínima salida al mundo sería una excursión, una sucesión de hallazgos dichosos. Thoreau, en un arrebato de sociabilidad, se regocijaba diciendo: «¡Qué libro tan estupendo sería uno que hablara de bichos y, tal vez, también de brotes!». Estaría bien pensarlo. Conservo imágenes mentales de tres personas completamente felices. Una de ellas colecciona piedras. Otra —un caballero inglés, por así decir— observa las nubes. La tercera vive en la costa y recoge gotas de agua de mar que examina al microscopio y luego almacena. Pero yo no veo lo que el especialista ve, así que permanezco apartada no sólo de la visión de conjunto, sino también de esas diversas formas de felicidad.

Por desgracia, la naturaleza es mucho más un «ahora lo ves, ahora no lo ves». Un pez lanza un destello y se disuelve en el agua ante mis ojos como un puñado de sal. Según dicen, los ciervos ascienden al cielo físicamente y la oropéndola más brillante se desvanece entre las hojas. Esas desapariciones me asombran y me sumergen en un estado de quietud y concentración; dicen que la naturaleza se oculta con indiferencia y que la visión es un regalo deliberado, la revelación de una bailarina que retira sus siete velos sólo para un par de ojos. Y es que la naturaleza desvela tan bien como esconde: ahora no lo ves, ahora lo ves. Durante una semana del pasado mes de septiembre, unos tordos alirrojos migratorios se alimentaron con fruición junto al arroyo, en la parte de atrás de la casa. Un día salí para investigar el porqué de semejante alboroto; me acerqué a un árbol, un naranjo de los osages, y cientos de pájaros echaron a volar. Simplemente se materializaron al salir del árbol. Vi el árbol, luego un batiburrillo de colores y de nuevo el árbol. Me acerqué más y otro centenar de tordos emprendió el vuelo. No se movió ni un ramasco: los pájaros parecían tan ingrátidos como invisibles. Era más bien como si las hojas del naranjo de los osages se hubieran liberado de un hechizo

en forma de tordos alirrojos; salieron volando del árbol, captaron mi atención en el cielo y se desvanecieron. Cuando miré de nuevo el árbol, las hojas habían vuelto a reunirse como si nada hubiera pasado. Al final fui directa hacia el tronco y apareció un último centenar, los verdaderos reaccionarios, que se dispersó y se esfumó. ¿Cómo era posible que hubiera tantos pájaros escondidos en el árbol sin que yo me percatara? El naranjo de los osages, imperturbable, tenía el mismo aspecto que cuando lo vi desde el interior de la casa y desde su copa chillaban trescientos tordos alirrojos. Miré arroyo abajo, en dirección hacia donde habían volado, pero ya no estaban. Los busqué, pero no localicé ni uno. Paseé por el río para obligarles a mover ficha, pero ya lo habían cruzado y se habían desperdigado. Un espectáculo para un solo espectador. Estas apariciones me provocan un nudo en la garganta; son los regalos gratuitos, las moneditas en las raíces de los árboles.

Todo consiste en mantener los ojos abiertos. La naturaleza es como uno de esos bocetos de un árbol que en realidad son rompecabezas para niños: ¡a ver si encuentras escondidos entre las hojas un pato, una casa, un niño, un cubo, una cebrá y una bota! Los expertos encuentran cosas increíblemente bien escondidas. Un libro que leí cuando era joven explicaba una sencilla forma de encontrar orugas: tan sencillo como buscar excrementos frescos de oruga, levantar la vista y ver las orugas. Más recientemente un autor me explicaba que no había nada raro en ver muchos tallos cortados y amontonados en el prado. Eran obra de una especie de ratón de campo que corta los pastos poco a poco para alcanzar las semillas de la espiguilla. Parece que cuando el pastizal es muy espeso, como en un campo de trigo maduro, la brizna no cae con un solo corte en el tallo; en ese caso, el tallo simplemente desciende verticalmente, pero se queda sostenido por la gran cantidad de espigas que lo rodean. El ratón corta la parte de abajo una y otra vez para que el tallo vaya descendiendo, centímetro a centímetro, y que la espiga finalmente esté lo bastante baja como para alcanzar las semillas. Mientras tanto, es indudable que el ratón está acumulado basura en el campo en forma de montoncitos de tallos cortados con los que, según parece, el autor del libro no deja de toparse.

Aunque no vea esas minucias, sigo intentando abrir bien los ojos. Siempre estoy al acecho de trampas de hormigas león en los suelos arenosos, de crisálidas de mariposa monarca cerca de las asclepias, de larvas de hespéridos en las hojas de los algarrobos. Son cosas muy comunes que, sin embargo, nunca he visto. Golpeo los troncos huecos que están cerca del agua, pero hasta ahora nunca ha aparecido ninguna ardilla voladora. En los terrenos

llanos, observo todas las puestas de sol con la esperanza de ver el rayo verde. El rayo verde es una línea de luz inusual que sale del sol como el chorro de una fuente en el momento del ocaso; destella dos segundos en el cielo y desaparece. Una razón más para mantener los ojos abiertos. Un profesor de fotografía de la Universidad de Florida vio por casualidad cómo moría un pájaro en mitad del vuelo; se sacudió, murió, cayó y se estrelló contra el suelo. Trato de examinar el viento porque leí lo que dice Stewart Edward White: «Siempre he mantenido que si te fijas bien puedes ver el viento: los tenues y minúsculos detritos difíciles de adivinar que se fugan por los aires». White fue un excelente observador y dedicó un capítulo entero de *The Mountains* al avistamiento de ciervos: «Tan pronto como olvides lo naturalmente obvio y crees lo artificialmente obvio, tú también verás ciervos».

Pero lo artificialmente obvio es difícil de ver. Mis ojos constituyen menos del uno por ciento del peso de mi cabeza; soy huesuda y dura de mollera; veo lo que espero ver. En una ocasión estuve durante tres minutos completos delante de una rana toro tan asombrosamente grande que no lograba verla, a pesar de que había una docena de campistas entusiastas dándome indicaciones. Al final pregunté: «¿Qué color estoy buscando?», y un tipo me dijo: «Verde». Cuando por fin logré localizar a la rana, comprendí las tesituras a las que deben enfrentarse los pintores: aquello no era verde, sino del color de la corteza húmeda de la pacana.

El aficionado puede ver; el entendido, también. Fui a visitar a unos tíos míos a un rancho de caballos de la raza cuarto de milla en Cody Wyoming. Allí no había nada demasiado útil que hacer —pensé— salvo dibujar. Así que, después de cenar, mientras estábamos todos sentados a la mesa de la cocina, saqué una hoja de papel y dibujé un caballo. «Ese caballo está cojo», apuntó mi tía sin que nadie le preguntara. El resto de la familia se unió: «A ese caballo sólo se le podría ensillar por el cuello»; «Menudos bultos tiene, sería mejor que le pegáramos un tiro, pobrecillo». Dócilmente, deslicé el papel y el lápiz por la mesa. En esa familia todo el mundo, incluidos mis tres primos pequeños, sabía dibujar caballos, y muy bien, además. Cuando el papel regresó a mí, parecía como si hubieran encerrado por error a cinco auténticos y lustrosos caballos cuarto de milla con un alce de papel maché; los caballos verdaderos parecían mirar con estupor al monstruo. Ahora evito dibujar caballos, sin embargo, las carpas doradas no se me dan mal. La cuestión es que desconozco lo que saben los aficionados; no puedo ver lo artificialmente obvio que perciben los entendidos. El herpetólogo pregunta al

nativo: «¿Hay serpientes en ese barranco?». «No, señor». Y el herpetólogo regresa con —sí, señor— tres sacos llenos. ¿Hay mariposas en esa montaña? ¿Hay acianos en flor? ¿Hay puntas de flechas aquí o conchas fósiles en aquellas rocas de allá?

Al atisbar por mi cerradura sólo veo alrededor del treinta por ciento de la luz que llega del sol; el resto es luz infrarroja y algo de ultravioleta que para muchos animales son perfectamente evidentes pero que a mí me resultan invisibles. Una espantosa red de ganglios que se cargan y se disparan sin que yo lo sepa cortan y empalman lo que veo y lo procesan para mi cerebro. Donald E. Carr señala que las impresiones sensoriales de los animales unicelulares no se procesan, sino que el cerebro las lee directamente: «Desde el punto de vista filosófico, esto resulta interesante y también bastante triste, porque significa que sólo los animales más simples perciben el universo tal y como es».

Una niebla que no se disipa flota a la deriva en mi campo de visión. Cuando ves la niebla moviéndose contra un fondo de pinos espesos, no estás viendo en realidad la niebla, sino vetas de claridad flotando por el aire entre jirones sombríos. Por tanto, sólo percibo pedazos de claridad a través de una extensa oscuridad. No distingo entre la niebla y el cielo que hay detrás; no estoy segura de si la luz es directa o reflejada. La oscuridad general y la presencia de lo invisible nos horroriza. Ahora se estima que en cada metro cúbico del espacio intergaláctico hay sólo un átomo bailando. Parpadeo y entorno los ojos. ¿Qué planeta o fuerza saca de su órbita al cometa Halley? Todavía no hemos visto esa fuerza; depende de la distancia, de la densidad y de la palidez de la luz reflejada. Nos sacudimos, medidos en la faja de oscuridad que nos rodea. Incluso la simple oscuridad de la noche hace insinuaciones a la mente. El verano pasado, en agosto, me quedé en el arroyo hasta muy tarde.

Por debajo del tronco de sicomoro que sirve de puente hacia la isla con forma de lágrima, las aguas del Tinker son lentas y poco profundas y están bordeadas por estrechas ciénagas de espadañas. En ese lugar, una sorprendente explosión de vida mantiene grandes poblaciones reproductoras de insectos, peces, reptiles, pájaros y mamíferos. Las noches de verano en las que no hay viento me quedo acechante en la orilla del arroyo o a horcajadas sobre el tronco de sicomoro, absolutamente inmóvil, esperando ver ratas almizcleras. La noche que me quedé hasta muy tarde me encontraba sentada

en el tronco con las piernas encogidas mirando embelesada los alargados reflejos lilas del agua. De repente, una nube se iluminó en el cielo como si hubieran pulsado un interruptor; su reflejo apareció en el agua un poco más arriba, un reflejo plano y flotante que impedía ver el fondo del arroyo y percibir vida alguna en el agua. Río abajo, lejos de la nube que flotaba sobre el agua, unas tortugas acuáticas lisas como alubias se deslizaban por la corriente mediante una serie de impulsos relajados e ingravidos, como hombres saltando en la luna. No sabía si seguir el avance de una de las tortugas que tenía enfrente —con el riesgo de pegar la cara a una de las telarañas del puente que la oscuridad había vuelto invisibles—, si tratar de ver la carpa, si escudriñar el barro de la orilla para localizar, con suerte, alguna rata almizclera o si seguir a la última de las golondrinas que, como serpentinatas, me arrebataron el corazón y se lo llevaron consigo cuando aparecieron por debajo del tronco volando a toda prisa río arriba con sus colas bifurcadas.

Pero las sombras se extendían, se acentuaban, se asentaban. Tras miles de años, seguimos ajenos a las sombras, extranjeros temerosos en campo enemigo con los brazos cruzados sobre el pecho. Me estremecí. En la orilla, una tortuga terrestre, sobresaltada, siseó mientras expulsaba el aire de los pulmones y se recluía dentro de su caparazón. Allá un incómodo rosa y más allá aún un insondable azul le proporcionaban cierto aire de ser acechante. Los sucesos continuaban. No sabía si el crujido seco que acababa de oír era una lejana serpiente de cascabel, con sus ojos rasgados, o un gorrión cercano pisando los restos secos de la última crecida del río a los pies de un sauce. Mirase donde mirase, una tremenda actividad agitaba el agua, un ajetreo enorme e inexplicable. En la orilla, un rumor brotó cerca de una amplia madriguera de ratas almizcleras y contuve la respiración, pero no apareció ningún animal. Las ondulaciones del agua continuaban avivándose río arriba con un ímpetu constante y enérgico. La noche tejía en mi cara una máscara sin ojos y yo seguía paralizada. Un avión lejano, un ala delta ajeno a ese mal sueño, proyectó una sombra sobre el fondo del arroyo que parecía una raya de aguijón remontando el río. Al mismo tiempo, una aleta negra dividió en dos la nube rosa que flotaba sobre el agua. Las dos mitades se volvieron a fusionar y parecieron disolverse ante mis ojos. La oscuridad se estancaba en el cauce del arroyo y se elevaba como el agua acumulada en un pozo. Unas luces indómitas y oníricas parpadearon en el cielo. Vi indicios de enormes sombras subacuáticas, dos tenues salpicones fuera del agua y unos remolinos que giraban muy cerca unos de otros alrededor de un centro ennegrecido.

Al final me quedé mirando hacia la parte alta del río, donde sólo quedaba el color violeta intenso de la nube, una nube tan elevada que su panza aún reflejaba el tenue brillo de un cielo oculto iluminado por un sol que estaba ya a medio camino de China. Y, emergiendo de aquel violeta, un inesperado cuerpo negro y enorme se arqueó por encima del agua. Sólo vi un resplandor cilíndrico. La cabeza y la cola, si podían llamarse así, volvieron a sumergirse. No vi más que una ráfaga de ébano que se lanzaba en plancha hacia la oscuridad; luego, las aguas se cerraron y las luces se apagaron.

Me fui a casa, temblorosa y aturdida, colina arriba y luego colina abajo. Después me quedé tumbada en la cama, con la boca abierta y los brazos extendidos para asentar la vertiginosa oscuridad. En esta latitud, estoy rodando a mil trescientos cuarenta y cinco kilómetros por hora alrededor del eje de la Tierra; a veces imagino que estoy cayendo con un movimiento de barrido, formando un arco vertiginoso, como la zambullida de un delfín, y el impulso del viento me levanta el pelo de la nuca y de alrededor de la cara. En la órbita alrededor del Sol, me estoy moviendo a casi treinta kilómetros por segundo. El sistema solar en su conjunto, como un tiovivo loco, gira, se sacude y destella a una velocidad de casi veinte kilómetros por segundo hacia el este de la constelación de Hércules. Alguien ha tocado el silbato y estamos bailando una tarantela hasta caer exhaustos. Abro los ojos y veo unas formas musculosas y oscuras que se arquean fuera del agua con branquias laminares y ojos planos. Cierro los ojos y veo estrellas, profundas estrellas que a su vez dan paso a otras, y luego a otras; estrellas cada vez más insondables en la punta de un cono infinito.

Van Gogh escribió en una carta: «Aun así, una enorme cantidad de luz recae sobre todas las cosas». Si bien estamos cegados por la oscuridad, también lo estamos por la luz. Una luz excesiva provoca un terror especial. Peter Freuchen describe la célebre enfermedad del kayak a la que son propensos los esquimales de Groenlandia. «Los fiordos de Groenlandia son peculiares por los encantos de su clima completamente calmado, ya que el viento es tan leve que no es capaz de apagar una cerilla y el agua es como una lámina de cristal. El cazador debe sentarse en el kayak sin mover un solo dedo para no espantar a las asustadizas focas [...]. El sol, en la parte baja del cielo, le deslumbra, y el paisaje a su alrededor adquiere un aspecto irreal. El reflejo del agua, que parece un espejo, lo hipnotiza y le resulta imposible moverse; de pronto es como si estuviera flotando en un vacío sin fondo, hundiéndose cada vez más, cada vez más [...]. Presa del terror, intenta moverse, gritar, pero no puede, está completamente paralizado: lo único que hace es caer y

caer». Algunos cazadores están especialmente malditos por culpa de este pánico que conduce a las familias a la ruina y a veces a la inanición.

En ocasiones, cuando se pone el sol aquí en Virginia, las nubes bajas del horizonte, al sur o al norte, resultan completamente invisibles debido a la luz del cielo. Sólo sé que están ahí porque veo su reflejo en el agua serena. La primera vez que descubrí este misterio, miraba desconcertada la nube y la no nube y comprobaba una y otra vez mi orientación, pensando que quizá el Arca de la Alianza estaba pasando justo por el sur del monte Dead Man. No fue hasta mucho más tarde que leí la explicación: la luz polarizada del cielo se debilita mucho al reflejarse; sin embargo la luz de las nubes no está polarizada. De modo que hay nubes invisibles que pasan entre las visibles hasta que se deslizan por las montañas; es decir, una luz mayor extingue a la menor como si no existiera.

Durante la gran lluvia de meteoros de agosto, las Perseidas, me paso el día entero lamentándome por las estrellas fugaces que me estoy perdiendo. Están ahí pasando, haciéndose el harakiri en una llama de atracción fatal y tal vez silbando por última vez al perderse en el océano. Sin embargo, lo que parece una cúpula azul me cubre durante el día como si fuera la tapa de una olla. Las estrellas y planetas podrían hacerse pedazos y yo no me enteraría. Sólo un trozo de luna cenicienta trepa o desciende de vez en cuando por el interior de esa cúpula y nuestra estrella local nos explota sobre la cabeza. En realidad sólo poseemos esa luz, esa única fuente de energía, y sin embargo tenemos que apartarnos de ella por decreto universal. Aquí, en el planeta, nadie parece ser consciente de este extraño y poderoso tabú que nos obliga a deambular apartando la cara hacia un lado con el temor de que los ojos se nos nublen para siempre.

La oscuridad horroriza y la luz deslumbra; los fragmentos de luz visible que no me dañan los ojos me dañan el cerebro. Lo que veo hace que me tambalee. El tamaño, la distancia y el aumento repentino de significados me confunden, me desconciertan. En verano me siento en el tronco de sicomoro que cruza el Tinker. Miro hacia el fondo iluminado del arroyo: los rastros de caracoles perforan el barro con curvas sinuosas. Un cangrejo se sacude, pero para cuando he asimilado lo sucedido, ya ha desaparecido tras una ondulada cortina de humo de sedimento. Miro hacia el agua: pececillos plateados. Si pienso en los pececillos, una carpa me llenará el cerebro hasta que grite. Miro la superficie: insectos patinadores, burbujas y hojas deslizándose. De pronto, me sobresalta el reflejo de mi rostro. ¡Los caracoles han dejado su rastro en mi cara! Por fin, con un estremecedor arrebató de la voluntad, veo nubes,

cirros. Estoy mareada, me desplomo. Esta tarea de la observación tiene sus riesgos.

Una vez me subí a unas rocas húmedas cerca del monte Purgatory para observar con los prismáticos la gran migración otoñal de los halcones que pasaba justo por debajo de mí, cuando descubrí que corría el riesgo de unirme a los halcones con mi propia migración vertical. Estaba acostumbrada a usar los prismáticos, pero al parecer no a mirar por ellos mientras me balanceaba sobre rocas húmedas. Perdí el equilibrio. Todo avanzaba y retrocedía alternativamente; el mundo estaba lleno de escorzos y gradaciones. Un enorme objeto tostado, un halcón del tamaño de un elefante, resultó ser la rama castaña de un pino taeda próximo. Seguí a un gavilán por el cielo uniforme, volviendo la cabeza sin darme cuenta y, cuando bajé los prismáticos la visión repentina y amenazante de mi propio hombro me hizo bascular. ¿Cómo es posible que los hombres de Palomar<sup>[3]</sup>, mudos y cegados, no se caigan de sus pequeñas sillas abovedadas?

Doy vueltas confundida; no comprendo lo que veo. A simple vista puedo percibir dos millones de años luz hasta la galaxia Andrómeda. Con frecuencia recojo un poco de agua del arroyo en un tarro y al llegar a casa la vierto en un cuenco blanco de porcelana. Cuando el sedimento se asienta, veo en el fondo el rastro de diminutos caracoles, una o dos planarias serpenteando por el borde del agua, lombrices que se contonean frenéticamente y, por último, cuando se me acostumbran los ojos a esas dimensiones, amebas. Al principio las amebas parecen moscas volantes, es decir, esos filamentos retorcidos que crees ver cuando miras fijamente una pared. Luego las percibo como gotas de agua coaguladas, azules, traslucidas, como pedacitos de cielo dentro del cuenco. A continuación elijo una de ellas y claudico ante su idea de la tarde que termina. Veo que en su camino húmedo e insondable extiende un pie granuloso. ¿Estará incluida la mirada fija de mis ojos en sus impresiones sensitivas sin procesar? ¿Debería sacarla de ahí, enseñarle Andrómeda y hacer volar su pequeño endoplasma? Remuevo el agua con el dedo por si se está quedando sin oxígeno. Tal vez debiera hacerme con un acuario tropical con luces y difusores de burbujas eléctricas para tenerla como mascota. Sí, ella les contaría a sus descendientes bipartidas que el universo es de un metro y medio por sesenta centímetros y que, si prestas atención, puedes oír el zumbido musical de las esferas.

Oh, así son las misteriosas tardes de luz de bombilla, aquí en la galaxia, una tras otra. Ésta es una de esas noches en que deambulo de ventana en ventana buscando una señal. Pero no veo nada. El terror y la belleza insoluble

son un hilo púrpura cosido en los flecos de los vestidos de todas las cosas, tanto grandes como pequeñas. Ninguna cultura explica, ningún refugio ofrece un paraíso o un descanso real. Pero podría ser que se nos estuviera pasando algo por alto. Galileo pensaba que los cometas eran una ilusión óptica. Éste es un campo fértil: como ahora estamos seguros de que no lo son, podemos reconsiderar con esperanza lo que nuestros científicos nos han estado diciendo. ¿Y si de verdad existen ciudades relucientes y almenadas que cuelgan bocabajo sobre la arena del desierto? ¿Junto a cuántos lagos cristalinos y cuántas frescas palmeras datileras han pasado nuestras caravanas sin que nos detengamos? Hasta que no alcancemos mediante un salto a ciegas cada uno de esos lugares de la carretera, tendremos que seguir sumidos en la oscuridad y el hambre. Me aparto de la ventana. Estoy ciega como un murciélago y lo único que percibo desde todas direcciones es el eco de mis propios gritos ahogados.

Di por casualidad con un libro maravilloso de Marius von Senden que se llama *Space and Sight*. Cuando los cirujanos occidentales descubrieron cómo llevar a cabo operaciones de cataratas de forma segura, recorrieron Europa y América operando a docenas de hombres y mujeres ciegos de nacimiento de todas las edades. Von Senden recopiló los informes de los casos; son historias fascinantes. Muchos médicos examinaron la percepción sensorial y las ideas espaciales de sus pacientes antes y después de la operación. La mayoría de los pacientes, independientemente de su sexo y edad, no tenían idea del espacio, según la opinión de Von Senden. La forma, la distancia y el tamaño eran palabras sin sentido para ellos. Un paciente «no tenía noción de profundidad y la confundía con la redondez». Antes de la operación, un médico daba a sus pacientes ciegos un cubo y una esfera; ellos los palpaban con la lengua o con las manos y los identificaban correctamente. Después de la operación, el doctor les mostraba esos mismos objetos, pero no les dejaba tocarlos; en esos casos, los pacientes no tenían ni la más remota idea de qué objeto se trataba. Un paciente llamó a la limonada «cubo» porque le «picaba» en la lengua igual que el cubo le «picaba» al tacto cuando lo tocaba con las manos. El médico decía de otra paciente recién operada: «No parece tener noción alguna del tamaño, ni siquiera dentro de los límites estrechos que podría abarcar con la ayuda del tacto. De este modo, cuando le pregunté de qué tamaño era su madre, no abrió los brazos para mostrármelo, sino que separó los dedos índice unos cuantos centímetros». Otros médicos relataron las declaraciones de sus

pacientes con los mismos términos. «Él sabía que la habitación en la que se encontraba formaba parte de la casa, pero aun así no concebía cómo la casa entera podía ser de un tamaño mayor». «Los ciegos de nacimiento no tienen una concepción real de la altura o la distancia. Una casa que está a un kilómetro de distancia se considera cercana, pero hace falta dar muchos pasos para llegar hasta ella... El ascensor que lo traslada arriba y abajo no le proporciona una sensación de distancia vertical mayor que la sensación que le proporciona un tren en horizontal».

Para quienes ven por primera vez, la visión es una sensación libre de significado: «La chica pasó por la experiencia que todos vivimos al nacer pero que luego olvidamos. Vio, pero aquello no significaba más que una gran cantidad de brillos distintos». Y de nuevo: «Le pregunté al paciente qué veía; me contestó que veía un extenso campo de luz donde todo parecía gris, confuso y en movimiento. No distinguía los objetos». Otro paciente afirmó que sólo veía «una confusión de formas y colores». Al mirar unas fotografías y unos cuadros, una chica que veía por primera vez preguntó: «¿Por qué les ponen esas marcas oscuras por todas partes?». «Eso no son marcas oscuras — le explicó su madre—, son sombras. Es una de las maneras que tiene el ojo para saber que las cosas tienen forma. Si no hubiera sombras, algunas cosas parecerían planas». «Pues eso es lo que parecen —contestó Joan—. Todo parece plano con manchas oscuras».

Pero lo más revelador es el concepto de espacio de los pacientes. Un paciente, según el médico, «experimenta con la vista de una manera extraña. Se quita una bota, la lanza delante de él e intenta calcular a qué distancia está. A continuación, da varios pasos hacia ella e intenta tocarla. Como no lo consigue, vuelve a avanzar un par de pasos y va tanteando hasta que la alcanza». Von Senden continúa: «Incluso en esta fase, después de tres semanas de experiencia, el espacio que él concibe se reduce al espacio visual, es decir, a parches de colores que le limitan la visión. Aún no tiene la noción de que un objeto grande (una silla) puede tapar otro más pequeño (un perro), o que este último puede seguir estando presente aunque no lo vea directamente».

En general, las personas que ven por primera vez perciben el mundo como un resplandor de manchas de colores. Les agrada la sensación de color y aprenden enseguida a nombrar los colores, pero los demás aspectos de la visión les resultan más angustiosos y complicados. Poco después de la operación, el paciente «suele toparse con alguna de esas manchas de colores y advierte que son sólidas, ya que prestan la resistencia de los objetos táctiles».

Al deambular alrededor de ellas también le llama la atención —si está atento— el hecho de atravesar los colores que ve, de pasar por delante de un objeto visual, de que una parte de ese objeto desaparezca de su vista poco a poco. Y, a pesar de eso, aunque gire o se dé la vuelta, siempre tiene delante un espacio visual, ya esté entrando en la habitación desde la puerta, por ejemplo, o regresando a ella. De ese modo se va dando cuenta de que también hay un espacio que no ve detrás de él».

A muchos pacientes el esfuerzo mental que implica este razonamiento les resulta abrumador. Los obliga a darse cuenta —si es que alguna vez llegan a ser del todo conscientes— del tremendo tamaño del mundo, que antes concebían como manejable al tacto. Los obliga a darse cuenta de que durante todo ese tiempo han sido visibles para la gente, tal vez de un modo poco atractivo, sin su conocimiento ni su consentimiento. Una cantidad desalentadora de ellos se niega a utilizar la vista y sigue examinando los objetos con la lengua hasta que vuelven a caer en la apatía y la desesperación. «El niño ve, pero no utilizará la vista. Sólo si se le fuerza se logra, con dificultad, que mire los objetos a su alrededor; pero es imposible animarle a que haga el esfuerzo necesario a una distancia de más de treinta centímetros». De una chica de veintiún años, el médico comenta: «Su desdichado padre, que tantas esperanzas había puesto en esta operación, escribió diciendo que su hija cierra los ojos con cautela cuando quiere andar por la casa, sobre todo cuando llega a unas escaleras, y que nunca es más feliz ni está más cómoda que al bajar los párpados, y regresar a su antiguo estado de completa ceguera». Un muchacho de quince años, que por otra parte estaba enamorado de una chica del asilo para ciegos, acabó espetando: «No, en serio, no lo soporto más; quiero regresar al asilo. Si las cosas no cambian, me sacaré los ojos».

Algunos aprenden a ver, sobre todo los jóvenes. Pero les cambia la vida. Un médico habla de la «rápida y completa pérdida de aquella llamativa y maravillosa serenidad característica de los que nunca han visto». Un hombre ciego que aprende a ver se avergüenza de sus viejas costumbres. Intenta tener un aspecto elegante, se acicala y procura causar una buena impresión. Cuando era ciego, los objetos le resultaban indiferentes a menos que fueran comestibles; ahora «se produce un cambio de valores en sus pensamientos, y sus deseos se ven sumamente alterados. Unos cuantos pacientes acaban cayendo, de este modo, en la falsedad, la envidia, el robo y el fraude».

Con todo, algunas de las personas que ven por vez primera hablan del mundo en un tono positivo y nos enseñan lo gris que es nuestra visión. Para un paciente, una mano humana, irreconocible, es «algo brillante con

agujeros». Al mostrarle un racimo de uvas, un chico grita: «¡Es oscuro, azul y brillante...! ¡No es suave, tiene bultos y huecos!»». Una niña pequeña visita un jardín. «Está completamente atónita y resulta difícil hacer que conteste; permanece muda delante del árbol, al que sólo consigue nombrar cuando lo agarra, llamándolo “el árbol con luces”». Algunos se deleitan con la vista y se entregan al mundo visual. Un médico escribe de su paciente, nada más quitarle las vendas: «Lo primero que le atrajeron fueron sus manos; las miraba muy de cerca, moviéndolas de un lado para otro, doblando y estirando los dedos, y parecía muy asombrada al verlas». Una chica estaba impaciente por contarle a su amiga ciega que «los seres humanos no se parecen en nada a los árboles» y se quedó pasmada al descubrir que todas las personas que la visitaban tenían un rostro diferente. Por último, una joven de veintidós años se quedó deslumbrada por el brillo del mundo y permaneció con los ojos cerrados durante dos semanas. Cuando por fin volvió a abrirlos, no reconocía los objetos, pero «cuanto más miraba a su alrededor, mayor era la expresión de satisfacción y sorpresa de su rostro; no dejaba de repetir: “¡Dios mío! ¡Qué bello!”».

Después de leer este maravilloso libro, me pasé semanas viendo manchas de colores. Era verano; los melocotones estaban maduros en los huertos del valle. Cuando me levantaba por la mañana, las manchas de colores me rodeaban los ojos, minuciosamente, sin dejar un solo punto sin rellenar. Me pasaba el día paseando entre retazos de colores cambiantes que se abrían ante mí como el Mar Rojo y se volvían a cerrar en silencio, transfigurados cuando miraba hacia atrás. Algunas manchas aparecían y crecían mientras otras desaparecían por completo; entre tanto, las manchas negras revoloteaban al azar sobre el deslumbrante panorama. Pero no podía mantener la ilusión de que todo era plano. Llevo demasiado tiempo en este mundo. La forma está condenada a bailar una danza eterna y macabra con el significado: jamás podría desmelocotonizar los melocotones. Tampoco recordaba haber visto alguna vez sin comprender mi visión; las manchas de colores de la primera infancia habían desaparecido. Por entonces, mi cerebro debía de ser liso como un globo. Me han dicho que de pequeña intentaba agarrar la luna; muchos bebés lo hacen. Pero las manchas de colores de la infancia se fueron hinchando a medida que se llenaban de significado; se organizaban en firmes categorías hasta donde la vista alcanzaba, como una llanura que se desplegaba y se estiraba ante mí. La luna se alejó como un cohete. Ahora vivo en un mundo de sombras que dan forma y distancia al color, un mundo donde el espacio posee una especie de sentido terrible. ¿Qué gnosticismo es éste, y qué

física? La mancha oscilante que vi de pequeña por la ventana de la guardería —plateada y verde, con una forma azulada y cambiante— ya no está; en su lugar hay una fila de álamos de Lombardía mudos a lo largo de la extensión de hierba. Esa criatura rectangular que, pálida como la luz, recorría con sigilo las paredes de mi habitación por la noche y se alargaba en las esquinas, también se ha ido, se fue la noche en que comí de la fruta agridulce, la noche en que comprendí que dos más dos son cuatro y el cerebro se me arrugó para siempre. Martin Buber cuenta esta historia: «Un día, el rabí Mendel se jactó ante su maestro, el rabí Elimelekh, de que veía por las tardes al ángel que apartaba la luz antes de la oscuridad y por las mañanas al ángel que apartaba la oscuridad antes de la luz. “Sí —dijo el rabí Elimelekh—, cuando yo era joven también veía esas cosas. Luego dejás de verlas”».

¿Por qué nadie proporcionó pintura y pinceles a aquellas personas que veían por primera vez cuando todavía no sabían qué era nada? Tal vez así todos veríamos esas manchas de colores, veríamos el mundo desligado de la razón, el Edén antes de que Adán otorgara nombres a las cosas. Se me caerían las vendas de los ojos; vería árboles como hombres que caminan; correría carretera abajo en contra de todo lo establecido, gritando y saltando.

La vista está muy relacionada, por supuesto, con la verbalización. No veré algo que pasa por delante de mí a menos que le preste la atención necesaria. Ruskin afirmó: «No es que pase desapercibido, sino que resulta invisible en el sentido literal de la palabra». Por sí solos, mis ojos no pueden resolver pruebas de analogía en las que se muestran sucesivamente un cuadrado grande, un cuadrado pequeño dentro de uno grande, un triángulo y, a continuación, se espera que yo escoja un triángulo pequeño dentro de uno más grande. Tengo que pronunciar palabras, describir lo que veo. Si el monte Tinker entrara en erupción es probable que me diera cuenta. Pero si quiero percatarme de los cataclismos más pequeños de la vida del valle, he de tener en la cabeza una descripción constante del presente. No es que sea una observadora; es que hablo demasiado. De lo contrario, sobre todo en un lugar desconocido, nunca sabré qué está pasando. Como un hombre ciego en el béisbol, necesito una radio.

Cuando veo de este modo, examino y profundizo. Me abalanzo sobre los troncos y aparto las piedras; estudio la orilla palmo a palmo, investigando con la cabeza agachada. Algunos días que la bruma cubre las montañas, cuando las ratas almizcleras no aparecen y los espejos del microscopio se hacen

añicos, me gustaría trepar por la despejada cúpula azul como un hombre que asalta sin pensarlo el interior de una carpa de circo; me quedaría allí colgada, rasgaría la parte de arriba con un cuchillo de acero para echar un vistazo furtivo al otro lado y me caería si fuera necesario.

Pero hay otro tipo de visión que implica dejarse llevar. Cuando veo de ese modo, me tambaleo, paralizada y vacía. La diferencia entre las dos formas de ver es la misma que entre pasear con una cámara y sin ella. Cuando paseo con una cámara, voy de foto en foto midiendo la luz con un fotómetro. Cuando camino sin cámara, mi propio obturador se abre y la luz del momento se fija en mis entrañas de haluro de plata. Cuando veo de este segundo modo, soy, ante todo, una observadora sin escrúpulos.

Era una tarde soleada del pasado verano en Tinker Creek; el sol estaba bajo, arroyo arriba. Estaba sentada en el puente de tronco de sicomoro con la puesta de sol a mi espalda, observando unos pececillos pequeños como señuelos que comían por el suelo de barro en grupos juguetones. Uno tras otro se iban girando en intervalos de una fracción de segundo a través de la corriente y ¡plas!, el sol salía disparado de su lomo plateado. Me pillaban desprevenida. Siempre sucedía en un lugar donde yo no estaba mirando y atraía mi atención cuando ya había desaparecido: un fogonazo, como el destello repentino de una cuchilla finísima, una chispa aleatoria sobre el fondo verde oliva en cualquier dirección. Entonces vislumbré unas motas blancas, una especie de pétalos claros y pequeños que flotaban muy lentamente a mis pies, por la superficie. Se me nubló la mirada, enfoqué el ala de mi sombrero y descubrí un mundo nuevo. Observé los círculos blancos y tenues que daban vueltas, como el giro del mundo, mudos y perfectos, y vi los destellos lineales, de plata refulgente, como estrellas que nacen al azar bajo el manuscrito enrollado del tiempo. Algo se rompió en mí, algo se abrió a la par. Me llené como un odre de vino nuevo. Respiré el aire como si fuera luz; vi la luz como si fuera agua. Yo era el borde de una fuente que el arroyo llenaba para siempre; era éter, la hoja en el céfiro; era una partícula de piel, de pluma, de hueso.

Cuando veo de este modo, veo de verdad. Como dice Thoreau, regreso a mis sentidos. Soy como el hombre que observa el partido de béisbol en silencio en un estadio vacío. Veo el juego sin más; estoy absorta y aturdida.

Cuando todo acaba y los jugadores de blanco se van con grandes zancadas hacia sus banquillos a la sombra, me levanto de un salto y no dejo de aplaudir.

Pero no puedo ir por ahí viendo de esta manera. Fracasaría, me volvería loca. Lo único que puedo hacer es amordazar al comentarista, acallar el ruido inútil del parloteo interior que me impide ver de una forma tan certera como un periódico que cuelga ante mis ojos. El esfuerzo es realmente una disciplina que requiere toda una vida de dedicación y lucha; aparece en la literatura de santos y monjes de todas las órdenes de Occidente y Oriente con independencia de sus reglas, descalzos y calzados. Los genios espirituales del mundo parecen descubrir universalmente que al río fangoso de la mente, ese flujo incesante de trivialidad y basura, no se le puede poner diques, y que intentar hacerlo es un esfuerzo vano capaz de conducir a la locura. Por contra, debemos permitir que el río fangoso fluya inadvertido por los canales acotados de la conciencia; debemos apuntar más alto; debemos seguir su curso con la mirada, admitiendo su presencia sin más y depositando la atención más allá, en el reino de lo real, donde los sujetos y los objetos actúan y permanecen puros, sin que se pronuncien. «Lánzate a las profundidades y verás», dice Jacques Ellul.

El secreto de la vista es, por tanto, la perla más valiosa. Si pensara que un lunático cualquiera puede enseñarme a encontrarla y a guardarla para siempre, caminaría descalza y tambaleante a lo largo de cientos de desiertos detrás de él. Pero aunque la perla puede hallarse, no puede buscarse. La literatura de la iluminación nos lo revela cada vez: a pesar de que le puede llegar a quien lo espera, es siempre un regalo y una completa sorpresa, incluso para el más experimentado de los maestros. Regreso de un paseo sabiendo en qué lugar del prado que hay junto al arroyo se encuentra el nido del chorlo gritón y la hora a la que florece el laurel. Regreso al día siguiente del mismo paseo sin apenas saber mi nombre. Resuenan letanías en mis oídos; mi lengua se sacude en la boca, ¡Ailidon, aleluya! No puedo hacer aparecer la luz, lo máximo que puedo es intentar colocarme en el camino de su haz. En el espacio profundo es posible navegar con viento solar. La luz, sea partícula u onda, tiene fuerza: apareja una vela gigante y navega. El secreto de ver es navegar con viento solar. Pule y extiende tu espíritu hasta que tú mismo seas una vela afilada, traslúcida, que navegue de costado con el más leve soplido.

Cuando el médico le quitó las vendas y la condujo al jardín, la niña, que ya no era ciega, vio el «árbol con luces». Ese mismo árbol fue el que estuve buscando durante años por los huertos de melocotoneros durante el verano y por el bosque durante las demás estaciones. Un día que estaba caminando a lo largo del Tinker sin pensar en nada vi el árbol con luces. Vi el cedro que hay detrás de casa, donde suelen posarse las tórtolas, cargado y transformado: cada una de sus células ardía en llamas. Me quedé de pie en la hierba con luces, una hierba que era fuego, la visión absolutamente clara, absolutamente soñada. No se trataba tanto de ver como de ser vista por primera vez, de quedarse sin aliento por esa poderosa mirada. El incendio se aplacó, pero yo sigo valiéndome de su energía. Las luces del cedro se fueron apagando gradualmente, los colores se extinguieron, las células dejaron de arder y desaparecieron. Yo seguía resonando. Toda mi vida he sido una campana y no lo supe hasta que en aquel momento ascendí y fui golpeada. Desde entonces he visto el árbol con luces en contadas ocasiones. La visión viene y se va, sobre todo se va, pero yo vivo por esa visión, por el momento en que las montañas se abran y una nueva luz penetre a través de esa grieta como un torrente antes de que se vuelvan a cerrar de golpe.

### 3 INVIERNO

#### I

Estamos a 1 de febrero y todo el mundo está hablando de estorninos. Los estorninos llegaron a estas tierras en un transatlántico de pasajeros desde Europa. Los soltaron a centenares en Central Park y de ellos descendieron los millones de estorninos que tenemos hoy en día. Según Edwin Way Teale, «su llegada fue consecuencia del capricho de un hombre. Ese hombre fue Eugene Schieffelin, un adinerado fabricante de productos farmacéuticos de Nueva York. Su curiosa afición consistía en introducir en América los pájaros que William Shakespeare mencionaba en sus obras». Los pájaros se adaptaron a su nuevo país estupendamente.

Cuando John Cowper Powys vivía en los Estados Unidos, escribió sobre los carboneros que les robaban las migajas a su bandada favorita de estorninos. Pero por aquí no tienen tan buena fama. En lugar de ir haciéndose uno a uno un ovillo para dormir entre la espesura como hacen muchos pájaros, los estorninos se posan todos a la vez formando enormes hordas. Tienen predilección por algunos sitios, a los que regresan para posarse invierno tras invierno; según parece, el sudoeste de Virginia es su Miami Beach. En la localidad de Waynesboro, donde los estorninos acuden para pernoctar en los bosques cercanos al área de Coyner Springs, los habitantes no pueden salir de casa durante ciertos periodos más que para tender la ropa debido al mal olor —«que echa para atrás»—, a las deyecciones y a los piojos.

Los estorninos son difícilísimos de «controlar». Un hombre, molesto con los estorninos que acudían a un gran sicomoro cerca de su casa, contaba que intentó deshacerse de ellos de todas las formas posibles y que al final cogió una escopeta, disparó a tres de ellos y los mató. Cuando le preguntaron si eso disuadió a los pájaros, se quedó pensando un instante e, inclinándose un poco hacia delante, dijo a modo de confidencia: «A esos tres sí los disuadió».

En Radford, Virginia, hace unos años había un olor particular. Radford tenía estorninos del mismo modo que un caballo tiene moscas y en sitios igual de inaccesibles. Los biólogos de campo estimaron un total de ciento cincuenta mil estorninos en la localidad. La gente se quejaba del ruido, del hedor, del inevitable «efecto encalado» y de la posibilidad de una epidemia causada por algún virus exótico transportado por el polvo. Por fin, en 1972, se reunieron diversos funcionarios y biólogos y acordaron que había que hacer algo al respecto. Después de estudiar la viabilidad de varios métodos, decidieron matar a los estorninos con espuma. La idea era rociar sobre los estorninos una espuma detergente especial con ayuda de unas mangueras durante una noche en la que los meteorólogos hubieran anunciado un descenso importante de las temperaturas. La espuma penetraría a través del plumaje impermeable de las aves hasta empaparles la piel. Entonces caería la temperatura y los pájaros también caerían, muertos por congelación.

Mientras tanto, antes de que sucediera nada, los periódicos se pusieron las botas. Todos los chiflados de la zona tenían algo que decir. Las sociedades ornitológicas locales pidieron sangre —la sangre de los estorninos—. Después de todo, los estorninos competían con las especies autóctonas por alimento y cobijo. Otros desafiaron al alcalde de Radford, a la Oficina de Vida Salvaje de Virginia, a los directores de los periódicos y a todos los ciudadanos de Radford y de fuera de Radford contando que preferían que fueran ellos quienes se congelaran hasta morir dentro de una masa de burbujas.

La Oficina de Vida Salvaje siguió adelante con el plan. Los equipos necesarios eran caros y nadie sabía con certeza si iba a funcionar. Lo más probable es que la noche en que vertieron la espuma la temperatura no descendiera lo suficiente. El caso es que, de los ciento cincuenta mil estorninos que pretendían exterminar, sólo mataron a tres mil. Calcularon que la gracia había supuesto un coste para los ciudadanos de dos dólares por cada estornino muerto.

Sin embargo, la gente no tiró la toalla. Le dieron muchísimas vueltas al asunto, concediendo de este modo un breve periodo de indulto para los

estorninos, hasta que trazaron un nuevo plan. Poco después, un día en que las aves estaban regresando para pasar la noche, los responsables de la Oficina de Vida Salvaje estaban esperándolas. Dispararon al aire con escopetas cargadas de diversos explosivos de gran potencia. Las escopetas hicieron ¡pum! mientras los pájaros se acomodaban para dormir. Los expertos regresaron a sus despachos y le dieron otra vueltecita más al tema. Finalmente sacaron el arma definitiva: grabaciones del canto de angustia de los estorninos. Nuevo fracaso. Las grabaciones hacían ¡ay, ay, ayuda! mientras los pájaros roncaban. Ésta es, en resumen, la historia de los estorninos de Radford. Ellos siguen prosperando.

En nuestro valle también prosperan los estorninos. Se pasean taciturnos por la hierba que hay bajo el comedero de aves. Por lo visto hay gente que hace lo habido y por haber con tal de no alimentarlos. Los estorninos se acuestan pronto y se levantan tarde, así que la gente lleva a escondidas cereales y sebo para las aves madrugadoras y en cuanto oyen al primer estornino retiran a toda prisa la comida; cuando se pone el sol y los estorninos están posándose tranquilamente en algún lugar y molestando a otras personas, vuelven a repartir cereales y sebo. No sé qué comerán.

Ya estamos en pleno invierno; el frío, aunque no sea excesivo, ha venido para quedarse. Durante el invierno florezco en el interior, como una forsitia recluida; me encierro para abirme. Por la noche leo y escribo, y se vuelven claras cosas que nunca he comprendido; recojo la cosecha de lo sembrado durante el resto del año.

Fuera todo se ha revelado. El invierno tala y vuelve a sembrar del modo más fácil. En todas partes los caminos se despejan; a finales de otoño y en invierno —y sólo entonces— puedo escalar el risco que lleva hasta los huertos de los Lucas, rodear la charca de la cantera que hay en medio del bosque o seguir arroyo abajo por la orilla izquierda del Tinker. Los bosques son grandes extensiones de trozos de madera; podría caminar hasta el Golfo de México en línea recta. Cuando las hojas caen, el *striptease* acaba; todas las cosas se quedan mudas y al descubierto. Por todas partes se extiende el cielo, el panorama se hace más profundo, los muros se convierten en ventanas y las puertas se abren. Ahora veo la casa donde vivían los White y los Garrett, en la colina, bajo los robles. Las orillas frondosas del arroyo Carvin, bordeadas por la carretera, hace tiempo que se convirtieron en un velo nebuloso de ramitas, y veo a Maren y a Sandy con sus chaquetas azules paseando a los perros. Los

huesos de las montañas se clavan en la piel del terreno, todo es hombro, protuberancia y espinilla. El invierno desvela lo que el verano oculta. Ahí están los nidos de los pájaros escondidos en los setos y los nidos de las ardillas salpicando los nogales y los olmos.

Hoy una luna gibosa marcaba el cielo del este como un borrón de tiza. Las sombras de sus facciones eran del mismo tono azul y la misma luminosidad que el propio cielo, de modo que parecía transparente en sus profundidades o ligeramente desgastada, como el talón de un calcetín. No hace mucho, según Edwin Way Teale, la gente de Europa creía que los gansos y cisnes invernan allí, en los tenues mares de la luna. Ahora se está poniendo el sol. El tono de las montañas se calienta mientras el día se enfría, y un rubor cálido se acentúa en la tierra. «Observa —dijo Leonardo Da Vinci—, observa en las calles, durante el crepúsculo de un día nublado, la belleza y la ternura desparramadas por los rostros de hombres y mujeres». He visto esos rostros cuando está nublado, y he visto casas al atardecer en un día claro de invierno, casas corrientes cuyos ladrillos eran brasas y cuyas ventanas eran llamas.

Todas las tardes, cuando anochece, aparece una gran bandada de estorninos por el norte virando hacia la puesta de sol. Es el acontecimiento más importante en los días de invierno. Ayer, a última hora, subí por el arroyo a través de los pastos de los bueyes hasta lo alto de una colina elevada por el otro lado de la isla herbosa donde vi a la chinche acuática gigante sorbiendo a la rana. Curiosamente, el sitio de la colina que tiene las mejores vistas estaba ocupado por una pila de libros quemados. Abrí algunos de ellos con mucho cuidado: se trataba de varias novelas, buenos ejemplares, con cubiertas de tela y piel, así como una colección completa y carbonizada de enciclopedias con décadas de antigüedad y unos libros infantiles antiguos ilustrados con acuarelas. Se me deshacían en las manos como si fueran trozos de pastel. Hoy me he enterado de que los propietarios de la casa que se encuentra detrás de la colina donde ayer vi los libros sufrieron un incendio. Pero ayer no lo sabía: pensaba que lo que habían sufrido era un ataque de ira. Me puse en cuclillas junto a los libros y miré hacia el valle.

A mi derecha, un bosque densamente cubierto de enredadera descendía por la ladera hasta el Tinker. A mi izquierda, se extendía una plantación de grandes árboles en la cima de la colina. Delante de mí, la colina cubierta de hierba caía abruptamente y daba paso a un campo amplio y llano que bordeaba el arroyo con una línea de árboles. Al otro lado del arroyo, veía con esfuerzo la roca vertical cortada donde mucho tiempo atrás los hombres perforaron la montaña por debajo del bosque. Y, más allá, la laguna de

Hollins y sus árboles y pastos; entonces vi derramado, en una niebla azul, el mundo entero, plano y pálido entre las montañas.

En el cielo apagado apareció una mota, luego otra y luego otra. Eran los estorninos que se disponían a pasar la noche. Se reunieron a lo lejos, bandada sobre bandada, y vagaron hacia mí, transparentes y arremolinados como el humo. Mientras volaban parecían desenredarse, propagándose y formando curvas como una madeja laxa. No me moví; estuvieron volando por encima de mí durante media hora. Su vuelo se extendió como una bandera ondeante, una oriflama desplegada, por todas direcciones hasta donde me alcanzaba la vista. Los pájaros se sacudían arriba y abajo y se entrelazaban de forma en apariencia caprichosa, simplemente porque así es como vuelan, aunque siempre manteniendo un espacio perfecto entre ellos. Cada bandada se estrechaba en los extremos y se ensanchaba por el medio, como un ojo. Por encima de mi cabeza oí un sonido de aire batido, como un millón de alfombras sacudiéndose, un bufido sordo. Se cernieron sobre el bosque sin mover una sola rama, por encima de las copas de los árboles, intrincados y veloces como el viento.

Después de media hora, el último rezagado ya había desaparecido entre los árboles. Me costaba mantenerme en pie, aturdida por lo inesperado de esa belleza, y me rugían los pulmones ensanchados. Me escocían los ojos por el esfuerzo de intentar seguir el rastro de aquellos puntos emplumados a través del entramado de ramas. ¿Podría ser que unos pajarillos se estuvieran colando dentro de mí en este momento, aleteando por los huecos que hay entre mis células, sin tocar nada, precipitándose veloces por mis tejidos?

Se acerca el mal tiempo; se nota en el sabor a membrillo del aire que me impregna los laterales de la lengua. Este otoño todo el mundo miraba las franjas de las orugas oso lanudo y predecía, como siempre, el peor de los inviernos. Esta rutina me recuerda a la historia que contaban los Angier sobre los tramperos del norte. Resulta que una vez se acercaron a un indio cuyos ancestros habían vivido en aquellos bosques de abetos desde tiempos inmemoriales y le preguntaron sobre la dureza del inminente invierno. El indio lanzó una ojeada astuta al paisaje y determinó: «Mal invierno». Ellos le preguntaron cómo lo sabía. El indio respondió sin dudar: «El hombre blanco está haciendo una gran pila de leña». Aquí lo de apilar leña es un ejercicio que se sigue manteniendo con tenacidad y extenuación, a pesar de que la tentación de abandonarlo debe de ser enorme. El otro día vi que en una tienda

vendían un cuarto de cuerda de troncos cuidadosamente apilados, fabricados con papel prensado y enrollado. En el exterior de cada tronco había una seductora leyenda impresa con grandes letras: VIVE EL ROMANCE SIN QUE SE TE ROMPA EL CORAZÓN.

Enciendo el fuego con leña de cerezo y me acomodo. Me estoy acostumbrando a este planeta y a esta curiosa cultura humana que es tan alegremente entusiasta como cruel. Los periódicos no dejan de asombrarme. A lo largo de toda mi vida he visto un millón de fotos de patos que han adoptado a un gatito, o de gatos que han adoptado a un patito o de cerdas con un perrito o de yeguas con una ratita almizclera. Y por enésima vez me sigo quedando fascinada. Me gustaría vivir cerca de ellos, en las localidades de Corpus Christi o Damariscotta, y que por mi jardín deambulara una de esas parejas. Todo empieza a parecerse a mi casa. Las fotos invernales que llegan desde cualquier punto del continente comienzan a ser tan familiares como mi hogar. Espero la fotografía aérea anual de algún tipo decidido que haya grabado en la nieve un corazón gigante de San Valentín para su novia. Aquí está la imagen de todos los años del carbonero intentando beber de un bebedero congelado, titulada «Disculpen las molestias. Esperen hasta primavera», y la foto de un niño abrigado de arriba abajo, llorando lastimeramente en un trineo sobre una colina nevada con la frase «Necesita un empujoncito». ¿Como puede ser tan inocente un mundo tan viejo?

Esta noche por fin veo la foto de un simpático miembro del Servicio Forestal de Wisconsin que está sacando del hielo a un pato congelado cortándole las patas con un hacha. Me recuerda a la historia lapidaria y cruel que me contó Thomas McGonigle acerca de las gaviotas argénteas congeladas en Long Island. Cuando su padre era joven, solía pasear por la bahía de Great South, cuyas aguas se congelaban, y con ellas también las gaviotas. Algunas ya estaban muertas. El hombre cogía un trozo de madera y machacaba la cabeza de las que quedaban vivas; luego, con un cuchillo de acero, las sacaba de un tajo y las metía en un saco de yute. Toda la familia comía gaviota argéntea en invierno alrededor de una mesa iluminada en una sala empañada de vapor. Y fuera, en la bahía, el hielo se quedaba salpicado de pares de patas ensangrentadas.

Cuchillos para el invierno. Con sus grandes cuchillos, los esquimales cortaban en espiral los bloques de nieve para construir sus iglús abovedados como refugio temporal. Afilaban las hojas de los cuchillos desolladores con una lámina de hielo. A veces, los esquimales cazaban lobos con un simple cuchillo. Lo untaban con grasa animal y enterraban el mango en la nieve o el

hielo. Cuando algún lobo hambriento olía la grasa, encontraba el cuchillo y lo lamía compulsivamente con la lengua entumecida por el frío hasta que se la hacía trizas y moría desangrado.

Éste es el tipo de cosas que leo durante el invierno. Los libros que leo son como los hombres de piedra contruidos por los esquimales de las grandes e inhóspitas tundras del oeste de la bahía de Hudson. Según Farley Mowat, hoy en día siguen construyéndolos. Un esquimal que viaja solo por los páramos amontona piedras redondeadas formando pilas tan altas como un hombre y luego continúa su camino hasta que no ve el punto de referencia que acaba de construir; entonces, erige uno nuevo. Así es como yo viajo, en silencio entre estos libros, entre estos hombres y mujeres sin ojos que pueblan la llanura vacía. Me despierto preguntándome qué estoy leyendo, qué será lo siguiente que leeré. Me aterroriza pensar que se me pueda agotar la lectura, haber leído todo lo que quería y verme obligada a aprender acerca de las flores silvestres para mantenerme despierta. Entretanto, me pierdo en una liturgia de nombres. Los nombres de las personas son Knud Rasmussen, Sir John Franklin, Peter Freuchen, Scott, Peary y Byrd; también Jedediah Smith, Peter Skene Ogden y Milton Sublette; o Daniel Boone, cantando sobre su manta en los campos de Green River. Los nombres de las aguas son bahía de Baffin, bahía de Repulse, golfo de la Coronación, mar de Ross; los ríos Coppermine, Judith, Snake y Musselshell; el Pelly, el Dease, el Tanana y el arroyo Telegraph. Pieles de castor, latitud de cero grados, oro. Me gusta la pulcra premura de estas historias, lo que significa salir a la naturaleza con una navaja y una soga. Si puedo organizar una partidita de pinnacle a medio centavo el punto con una botella de vino, estupendo; si no, me paso estas noches meridionales atrapada en la Tierra de Francisco José o buscando truchas árticas.

## II

Ha nevado. Ayer nevió durante todo el día y el cielo no se vació a pesar de que las nubes eran tan bajas y pesadas que parecía que se iban a caer con un golpe seco. La luz es difusa y sin matiz, como el reflejo de un papel dentro de un cuenco de peltre. La nieve parece iluminada y el cielo oscuro, pero en realidad el cielo está más iluminado que la nieve. Obviamente, lo iluminado no puede ser más luminoso que aquello que lo ilumina. La demostración

clásica de este principio consiste en colocar un espejo sobre la nieve para que refleje el cielo en su superficie y comparar a simple vista su luminosidad con la de la nieve. Esta prueba está muy bien, es incluso concluyente, pero la ilusión persiste. La oscuridad está por encima de mí y la luz a mis pies; estoy caminando bocabajo por el cielo.

Ayer observé un curioso anochecer. La cubierta de nubes había adquirido un tono cálido, y parecía más profunda y apartada, como si tiraran de ella con una correa. Ya no veía la nieve gruesa volando en contraste con el cielo; sólo la veía si caía por delante de algún objeto oscuro. Con la distancia, cualquier objeto —como el avellano muerto cubierto de hiedra que se divisa desde la ventana salediza— se parecía a un frontispicio blanco y negro visto a través de una sábana de tela blanca. Era una agonía observar que el mundo se difuminaba en azules cada vez más intensos mientras la nieve se amontonaba; el silencio aumentaba y se extendía, la distancia se disolvía y al poco tiempo el único medio que me quedaba para adivinar el movimiento de la nieve al caer era concentrarme, aunque eso también fallaba. La nieve del patio era azul como la tinta, levemente luminosa; el cielo, violeta. La ventana salediza me traicionó y empezó a devolverme el reflejo de las lámparas de la habitación. Aquel aumento de oscuridad y de profundidad y su posterior apagón fueron una agonía.

Hoy he salido a echar un vistazo. Había dejado de nevar y quedaban varios centímetros de nieve sobre el suelo. He paseado por el terreno de la casa hasta llegar al arroyo; todo era azul pizarra, plomizo y blanco, a excepción de las píceas y los cedros, que mostraban un frágil color verde al retirar la capa de nieve.

Y oh, sorpresa, en el arroyo había una focha con aspecto bobo. Parecía un pato negro y gris, pero tenía la cabeza más pequeña; su burdo pico blanco descendía en línea recta desde la curvatura del cráneo como un cono desde su base. En algún lugar había leído que las fochas eran tímidas. Que se asustaban fácilmente con el sonido de una pisada y se escabullían por el agua aterrorizadas para emprender el vuelo. Pero yo quería verla bien. Así que cuando la focha asomó la cola y se puso a bucear, salí corriendo hacia ella por la nieve y me escondí detrás de un cedro. En cuanto volvió a emerger, su cuello parecía tan rígido y sus ojos tan inexpresivos como los de un pato de goma en una bañera. Se fue nadando arroyo abajo, alejándose de mí. Esperé hasta que volvió a sumergirse y aproveché para salir disparada hasta un

naranja de los osages. Pero volvió a aparecer casi enseguida, como si el niño de la bañera hubiera dejado el pato bajo el agua sin presionar con las manos y éste hubiera salido a flote. Me quedé inmóvil como una estatua pensando que, después de todo, yo era, tanto en el fondo como en la forma, un árbol, tal vez un árbol muerto, incluso uno tambaleante, pero al fin y al cabo una criatura arbórea. La focha no se iba a dar cuenta de que un momento antes no existía ningún árbol en aquel punto concreto, ¿qué iba a saber ella? Era nueva en la zona, una pardilla. Como árbol, sólo me permití el lujo de mirarla recelosa a los ojos. Nada; no sospechó lo más mínimo... A menos, claro, que me estuviera engañando, que me estuviera engatusando para que me rascara la nariz y fuera yo quien cayera en la trampa, para dejarme así en evidencia, desarbolada, aliviada del picor pero con el arroyo vacío. En fin.

Con su siguiente zambullida conseguí llegar hasta el naranja de los osages y miré a mi alrededor mientras la focha se alimentaba en una charca que se formaba más allá de la corriente. Salí corriendo río abajo hacia el sicomoro, pero tuve que arborizarme de nuevo a mitad de camino en campo abierto. Y así durante cuarenta minutos hasta que poco a poco empecé a dilucidar en mi frondoso cerebro que tal vez la focha no fuera tan tímida, después de todo. Que todo aquel subterfugio era quizá innecesario, que el pájaro era particularmente estúpido, o al menos no tenía mucha inclinación al análisis, por lo que yo solita llevaba un rato haciendo el idiota en la nieve. Así que salí de mi escondite, que en ese momento era el tronco de un nogal negro, y empecé a caminar con descaro por el campo raso. Nada. La focha estaba flotando al otro lado del arroyo absolutamente serena. ¿Era posible que llevara toda la tarde jugueteando con un señuelo? No, los señuelos no bucean. Regresé al sicomoro desplazándome a plena vista a menos de diez metros de la criatura, que no dio señal alguna de alarma ni hizo amago de echar a volar. Me detuve; levanté un brazo y lo agité en el aire. Nada. De su pico colgaba una planta de la orilla, alargada y húmeda; se la tragó sorbiéndola poco a poco y volvió a sumergirse. La mataré. Le lanzaré una bola de nieve, juro que lo haré; la convertiré en picadillo de focha.

Pero ni siquiera llegué a hacer la bola de nieve. Me puse a vagar arroyo arriba, por la tranquila orilla, bajo los árboles. Pese a todo, había visto muy bien a la focha. Después vi sus huellas en la nieve, con sus tres dedos, muy juntas unas de otras. El amplio y tranquilo tramo del arroyo que hay junto al puente de la carretera estaba congelado. Allí siempre veo en verano, desde esa misma orilla, renacuajos regordetes que rebañan las algas marrones desde una especie de cornisa subterránea poco profunda. Ahora esa cornisa no se vería

con el hielo. La mayoría de los renacuajos ya eran ranas, y estarían enterradas vivas en el barro del fondo del arroyo. Después de pasar por todo el embrollo de salir del agua y respirar aire han tenido que regresar de un salto antes de que llegue la primera helada mortífera. Las ranas de Tinker Creek se cubren con barro abundante, tapándose incluso la nariz y los ojos; su piel húmeda absorbe el oxígeno embarrado y así pasan el somnoliento invierno.

También desde este punto de la orilla, en verano, suelo ver tortugas si me agacho lo suficiente como para distinguir sus cabezas triangulares asomándose en el agua. Ahora la nieve ha alisado el hielo; pensé que si seguía haciendo frío y los niños de los alrededores se afanaban con las escobas, podrían patinar. Mientras tanto, una tortuga en el arroyo, por debajo del hielo, está consiguiendo oxígeno mediante un sistema casi increíble. Succiona agua por su amplia abertura cloacal, donde unos tejidos sensibles filtran el oxígeno directamente hacia la sangre, como si fueran branquias. A continuación la tortuga expulsa el agua y vuelve a sorber. Los niños de los alrededores pueden patinar sobre este curioso ajetreo subacuático.

Bajo el hielo, las mojarra oreja azul y las carpas siguen vivas; por estas tierras meridionales el hielo nunca permanece tanto tiempo como para que los peces metabolicen todo el oxígeno y acaben muriendo. Más al norte los peces a veces mueren de esa forma y se quedan flotando bajo el hielo, que se espesa alrededor de su cuerpo y los mantiene así, con los ojos abiertos, hasta el deshielo. Algunos gusanos siguen escarbando en el sedimento, las larvas de libélula están activas en el fondo, algunas algas llevan a cabo una débil fotosíntesis, y eso es todo. El resto está muerto, aniquilado por el frío o calladamente vivo en alguna de sus diversas formas aplacadas: huevo, semilla, pupa, espora. Las culebras de agua están hibernando formando una bola densa, los insectos patinadores adultos pasan el invierno en la orilla y las mariposas antíopes se ocultan en la corteza de los árboles: todos ellos aparecen de vez en cuando, durante los deshielos del invierno, aturridos; salen furtivamente de sus escondites, vuelan a ras del agua o aletean durante alguna tarde soleada y luego, al anochecer, vuelven a buscar refugio, se calman, se pliegan y olvidan.

Las ratas almizcleras están en el exterior: se alimentan por debajo del hielo, donde la estela plateada de burbujas que se desprende de su pelaje se queda congelada formando un reguero de esferas relucientes. ¿Qué más? Los pájaros, por supuesto, están en perfecto estado. El frío no es un problema para los animales de sangre caliente, siempre y cuando tengan alimento que sirva de combustible. Los pájaros emigran para buscar comida, no por la

temperatura en sí. Por eso, cuando la gente empezó a instalar comederos para pájaros a lo largo de todo el país, las aves más meridionales, como el sinsonte, ampliaron su zona de distribución hacia el norte. Algunas de nuestras aves locales van al sur, como el petirrojo; otras, como las fochas, consideran que esto es el sur. Los pájaros de las montañas descienden al valle en una migración vertical; algunos, como los carboneros, no sólo comen semillas, sino que también ingieren pequeños alimentos como huevos de pulgones escondidos cerca de los brotes de invierno y en los extremos de las ramitas. Esta tarde he observado a un carbonero que descendía súbitamente y se quedaba suspendido sobre un tulípero. Parecía asombrosamente acalorado, solidificado, como si unas manos gigantes hubieran recogido un cielo entero de moléculas y lo hubieran estrujado a la manera de una bola de nieve para producir esa masa de fuego, ese pedazo sólido y cálido que se alimenta y vuela.

Dondequiera que haya refugio también suceden cosas interesantes. Babosas de todo tipo hibernan dentro de un saco impermeable. Los abejorros y avispones están todos muertos, salvo la reina, que duerme una siesta pesada y paralizante, a menos que un ratón la encuentre y se la coma viva. Las abejas utilizan su miel como alimento, de forma que las adultas pueden pasar el invierno, según Edwin Way Teale, zumbando apelotonadas dentro de una especie de bola viviente. Su agitación calienta la colmena; de vez en cuando se produce un cambio de posición entre ellas para que todas tengan oportunidad de pasar por el núcleo acogedor y por la fría periferia. Las hormigas hibernan en masa; las orugas oso lanudo hibernan a solas en una bola de púas. Las mariquitas hibernan cobijadas en unos grandes racimos naranjas que a veces alcanzan el tamaño de una pelota de baloncesto. En el oeste, la gente captura estas masas invernales en las montañas y las trasladan a los almacenes de los valles, que pagan generosamente por ellas. Luego, según Will Barker, las envían por correo a gente que las pide para que se coman los pulgones de los jardines. Son expedidas por la noche, para que permanezcan frescas, en cajas llenas de piñas secas. Es una estratagema inteligente: ¿cómo empaquetas un millar de mariquitas vivas? Los insectos se meten espontáneamente en los huecos de las piñas; las robustas “ramas” de los conos abiertos las protegen del traqueteo durante el transporte.

Crucé el puente llena de energía y llegué hasta uno de mis sitios favoritos. Se trata de una lengua de tierra encerrada en el meandro del Tinker. Hace años llamaba a estas pocas hectáreas “el campo de las malas hierbas”; en él crecían sobre todo sasafrás, hiedra y ombú. Ahora lo llamo “el bosque junto al

arroyo”; allí crecen tulíperos jóvenes, falsas acacias y encinas. La nieve del vasto sendero que atraviesa el bosque estaba intacta. Me quedé en un pequeño claro junto a la zanja seca que el arroyo corta en dos durante las crecidas. Allí tomé un almuerzo tardío de emparedados de jamón y lamenté no haber llevado agua y haber dejado tan poca grasa en el pan.

Había algo nuevo en el bosque: un montón de carteles empapados escritos a mano y atados a los árboles a lo largo del tortuoso camino. Decían: DESPACIO, RESBALA CON LA HUMEDAD, STOP, LÍNEA DE BOXES, ESSO y ¡BUM! Estas señales indicaban demasiado alboroto para tan poca nieve. Cuando vi el primero, DESPACIO, pensé: “Claro que iré despacio; no voy a ir derrapando por un camino cubierto de nieve intacta en el bosque junto al arroyo”. Pero ¿qué estaba pasando? Las demás señales terminaron de aclarármelo. Debajo del ¡BUM! había, sin duda, un bache. Retiré un poco de nieve. Moldeado a mano con arcilla roja y ahora congelado, el bache tenía unos quince centímetros de alto y cuarenta y cinco de ancho. La pendiente, si se podía llamar así, era suave; unas pisadas sellaban la arcilla. Al salir, me di cuenta de que había obviado la señal clave, que se había caído: BIENVENIDO AL CIRCUITO DE CARRERAS DE MARTINSVILLE». De modo que mi «bosque junto al arroyo» era una pista de motocicletas para los chicos locales, su «Circuito de carreras de Martinsville». Siempre me había preguntado por qué se molestaban en traer a este bosque un tractor cortacésped en verano para mantener abiertos los distintos senderos; para mí era comodísimo que lo hicieran.

Ahora el circuito de carreras era un circuito de quietud. Cerca de mí, en un árbol joven, un nido de pájaro acunaba en el aire un montón de nieve recién nacida. En un manzano silvestre crecía una única manzana congelada con la piel ampollada y brillante; era pesada y dura como una piedra. A través de los árboles veía el arroyo que corría azul bajo el reborde de hielo de las orillas; producía un sonido aflautado y metálico, como el del aluminio chocando contra sí mismo.

Cuando dejé atrás el bosque me adentré en una luz amarilla. El sol, tras una capa gris uniforme, tenía el brillo difuso de una tachuela desgastada. En las montañas la luz pálida se inclinaba sobre la nieve excavando en las laderas leves desniveles y entresijos que no sabía que estaban ahí. Me fui a casa. No había colegio. No se veía a los chicos de las motocicletas; posiblemente estuvieran deslizándose en trineo por la colina más escarpada hacia la carretera. Los hijos pequeños de mi vecino estaban construyendo un muñeco de nieve. El sol del mediodía había derretido parte de la nieve, que ahora se reducía a planchas aisladas a lo largo del terreno de la casa, entre las cuales se

formaban caminos verdes. Yo acababa de descubrir un ensayo extraordinario, un tratado sobre cómo hacer un muñeco de nieve. «Ante todo utilice lo que tenga a mano. Por ejemplo, en las zonas donde se emplea fuel como combustible, resulta inconcebible que los padres sacrifiquen su tiempo buscando en la ciudad trozos de carbón para los muñecos de nieve de sus hijos. Las briquetas de carbón de la barbacoa son sustitutos difíciles de aprovechar. Utilice piedras, trozos de ladrillo o palos de tonalidades oscuras; aproveche trozos de neumático gastado o incluso hojas de árboles ennegrecidas y enrolladas con fuerza a modo de cigarro, e insértelos en las cuencas previamente formadas con el dedo». ¿Por qué? ¿Por qué se tienen que escribir cosas como ésa en este mundo verde y azul? Qué cultura escrita tan divertida que tenemos; dejémoslo ahí.

Hay siete u ocho categorías de fenómenos en el mundo de los que merece la pena hablar, y uno de ellos es el clima. Siempre que quieras montarte en el coche y atravesar el país y las montañas, entrar en nuestro valle, cruzar Tinker Creek y subir por la carretera que conduce hasta mi casa, pasar a pie por el terreno que la bordea, llamar a la puerta, preguntar si puedes entrar y hablar del tiempo, serás bienvenido. Aunque si vinieras esta noche desde el norte, tendrías un terrible viento de cola; al pasar entre el monte Tinker y el Dead Man te deslizarías por el desfiladero de los huertos como si fueras en un trineo de vela. Cuando entraras en mi casa, puede que no fuéramos capaces de cerrar la puerta. El viento chilla y silba por el valle, sonoro y sordo, secando los charcos y desmantelando los nidos de los árboles.

Dentro de la casa, mi pez dorado, Ellery Channing<sup>[4]</sup>, da vueltas y más vueltas aleteando contra la pared de la pecera redonda. ¿Sentirá una vibración vítrea, una ondulación del norte que le obliga a nadar en busca de aguas más profundas y cálidas? Saint-Exupéry dice que cuando las bandadas migratorias de gansos salvajes pasan por encima de un corral, los gallos e incluso los pollos más débiles y cebados se elevan por el aire a un pie de altura y aletean hacia el sur. Los perros de tiro de los esquimales se alimentan durante todo el verano de salmones famélicos que se lanzan hacia ellos desde los ríos. Me he preguntado muchas veces si esos perros sienten en otoño el impulso de dirigirse hacia abajo o el de ir río arriba en primavera trepando por las pendientes. ¿A qué llamada atiendes, Ellery? ¿Qué fondo soleado te llama por debajo de las aguas congeladas? ¿Qué estanque cubierto de pétalos

perteneciente a un emperador chino? Hasta las arañas están inquietas con este viento, errando con la mirada alerta en sus esquinas polvorientas.

Dejo que las arañas correteen por la casa. Imagino que debo apoyar a cualquier depredador que pretenda ganarse la vida a costa de otras criaturas más pequeñas que han de toparse con su espacio de veinticinco centímetros cuadrados en la esquina donde la bañera se junta con el suelo. En sus telarañas capturan moscas e incluso grillos. Se sabe que las grandes arañas de los graneros atrapan, envuelven y devoran colibríes, pero ese peligro no existe por aquí. Tolero las telarañas, sólo las barro muy de vez en cuando si están muy sucias, pero nunca antes de que la araña se haya puesto a salvo. Siempre dejo una toalla colgando de la bañera para que las arañas grandes y peludas, que se quedan atrapadas en la bañera porque no pueden trepar por los laterales resbaladizos, puedan utilizarla como rampa de salida. Dentro de la casa, las arañas sólo me han dado un ligero susto en una ocasión. Un día estaba lavando los platos y los puse a secar encima de un escurridor de plástico. En ese momento decidí que quería una taza de café, así que cogí mi taza del escurridor, que seguía tibia por el agua caliente del aclarado, y me encontré con que había una telaraña ocupando, hebra tras hebra, todo el borde.

Fuera, durante el verano, observo a los araneidos, las arañas de telas circulares. El verano pasado observé a una de ellas tejiendo su telaraña, lo cual fue especialmente interesante, porque la luz resultaba tan intensa que no me permitía ver del todo la red. Yo había leído que estas arañas tienden en primer lugar las hebras principales y una espiral con un fluido que no es pegajoso. Luego, caminando por terreno seguro, tejen la espiral pegajosa en sentido contrario. Parece un asunto de absoluta concentración. Pero la araña que yo estaba observando era puro misterio, como si subiera y bajara a través del aire. Había una pequeña masa blanca de seda, visible en el centro del círculo, a la que la araña regresaba después de cada incursión frenética por el aire. Era una especie de Tinker Creek para ella, desde el cual expandía noticias invisibles en todas direcciones. Tenía una gran habilidad para efectuar giros muy cerrados en los ángulos más agudos, siempre a toda velocidad. Tengo entendido que, si lo deseas, puedes atraer a un araneido haciendo vibrar una brizna de hierba o girándola contra la telaraña, como si un insecto volador estuviera intentando escapar. Pero este pequeño ardid nunca me ha funcionado; yo lo que necesito es un diapasón; siempre dejo las telarañas de los matorrales llenas de briznas de hierba.

Las cosas están bien en su sitio. La semana pasada encontré un objeto marrón con forma de capullo, ligero y seco, y me lo metí en un bolsillo

externo, donde no recibiría calor ni tomaría vida. Luego me di cuenta de que en el suelo había otro igual, ligeramente abierto, así que lo separé un poco más con los dedos y vi una espuma clara. De cerca, aquella espuma ganaba en complejidad. Me la coloqué delante de los ojos y vi una arañita amarillenta, tan minúscula que parecía transparente, que agitaba las ocho patas con una actitud claramente amenazadora. Era una de las cientos de arañas, ya vivas, que se retorcían en una enmarañada orgía de patas. No señor, ni pensarlo. Yo no iba a llevar eso encima; lo saqué del bolsillo a toda prisa. Las cosas fuera de sitio son malas. Esta noche he oído que algo se movía en la copa de las balsameras; me quedaré aquí dentro para hacer frente a... ¿a qué?<sup>[5]</sup>. Una vez miré en una pequeña caseta de madera para pájaros colgada de un árbol que tenía el tejado puntiagudo como el de una cabaña alpina, una estaca para posarse y una entrada redonda y pulcra. Dentro, observándome, había una serpiente enroscada. Antes solía matar insectos con cloruro de carbono —un fluido que se utiliza para la limpieza— y los sujetaba con alfileres dentro de cajas de puros, etiquetados y dispuestos en filas. Eso era hace muchos años; abandoné esa afición un día en que abrí una de las cajas y vi un escarabajo de la especie *Necrophila americana* apuntalado entre los élitros e intentando avanzar suspendido en el alfiler. Estaba bailando con su sombra, sin tocarla, y llevaba así varios días. Si ahora bajo las escaleras, ¿veré una zarigüeya doblando la esquina, arrastrando su cola rosada y escamosa? Sé que una noche que haga este mismo viento agitado iré a la cocina a por un poco de leche y encontraré sobre las placas un guiso inesperado y burbujeante que yo no habré preparado, con una pata de ciervo sobresaliendo.

Con un viento seco como éste, la nieve y el hielo pasan directamente al aire como vapor sin haberse condensado antes en forma de agua. Este proceso se llama «sublimación»; esta noche, la nieve del terreno y el hielo del arroyo se subliman. Una brisa me golpea la palma de la mano a treinta centímetros de distancia de la pared. Con un viento así no necesito respirar, él lo hace por mí generando en mis pulmones una sensación de rapidez y vivacidad. Plinio creía que las yeguas de los portugueses levantaban la cola al viento «y le vuelven la cara, de forma que se quedan preñadas de ese aire genital, y no mediante simiente natural: así, los potros engendrados resultan de admirable ligereza, pero mueren antes de cumplir los tres años». ¿Acaso Picapica, la yegua blanca que hay en la hondonada del bosque de los Adams, con sus ojos de largas pestañas y párpados blancos, levantó la cola a este viento? Una única célula se estremece en un abrazo ventoso; se hincha, se escinde, borbotea como una frambuesa; un coágulo oscuro empieza a latir. Poco

después nace algo perfecto. Algo completamente nuevo cabalga en el viento, algo veloz y fugaz que es probable que yo no llegue a ver.

A dormir, arañas y peces, el viento cesará, la casa se mantendrá. Para hallar cobijo, estorninos y fochas, doblegaos al viento.

## LO ESTABLECIDO

## I

Acabo de aprender a distinguir los sacos de huevos de las mantis religiosas. De repente los veo por todas partes; un óvalo de clara luz marrón llama mi atención o percibo un grumo espeso en un terreno de hierbajos. Mientras escribo esto veo el que amarré al seto de celinda que hay frente a la ventana de mi estudio. Es de un par de centímetros de largo y tiene forma de campana, como el hemisferio norte de un huevo cortado por el ecuador. Uno de sus laterales está fijado en toda su extensión a una ramita; por la parte que le da la luz es perfectamente plano. Tiene un color pajizo, de hierba seca, y una curiosa textura quebradiza, dura como el barniz pero llena de agujeritos, como espuma congelada. Lo traje a casa esta tarde, sujeto por el tallo con mucho cuidado, junto con unos cuantos más, ligeros como el aire. No me di cuenta de que uno de ellos se me había caído hasta que llegué a casa e hice recuento.

A lo largo de la semana he visto unos treinta sacos de huevos como ése en una rosaleda que hay en el monte Tinker, y otros treinta en matojos a lo largo del arroyo Carvin. Uno de ellos estaba en una rama de cornejo que había en el césped embarrado de una casa recién construida. Creo que hay empresas que los venden por correo a los jardineros a un dólar cada uno. Resulta mejor que la fumigación, porque cada saco contiene entre ciento veinticinco y trescientos cincuenta huevos. Si los huevos sobreviven a las hormigas, a los pájaros carpinteros y a los ratones —y la mayoría lo hace— te divertirás viendo a las nuevas mantis eclosionar, con la satisfacción de saber que durante todo el verano estarán ahí fuera, en tu jardín, devorando una cantidad

ingente de insectos vecinos, de una forma agradable y natural. Cuando la mantis ha masticado el último pedazo de su víctima, se limpia como un gato la cara verde y tersa.

A finales de verano a menudo veo alguna mantis adulta y alada acechando a los insectos que pululan alrededor de las luces del porche. Su cuerpo es claro, de un verde pálido; su cabeza triangular y desnuda puede doblarse de un modo asombroso y en ocasiones he visto que alguna volvía la cabeza para mirarme fijamente como por encima del hombro. Cuando ataca, se arroja con tanta rapidez y con un estrépito de alas tan espantoso que incluso algunos entomólogos empedernidos de la talla de Jean-Henri Fabre han confesado quedarse anonadados cuando las ven.

Las mantis adultas se comen más o menos cualquier cosa que respire y que sea lo bastante pequeña como para capturarla. Comen abejas y mariposas, incluyendo las mariposas monarca. Hay gente que las ha visto capturar y devorar culebras de jardín, ratones e incluso colibríes. Las mantis recién nacidas, por otra parte, comen pequeñas criaturas, pulgones, por ejemplo, aunque también se comen entre ellas. Cuando estaba en la escuela primaria, un profesor trajo un saco de huevos de mantis religiosa en un tarro de cristal. Observé a las mantis recién eclosionadas que salían y se despojaban de su piel; eran arácnidas y traslúcidas, con muchas articulaciones. Se arrastraban desde el saco hasta el fondo del tarro formando un puente viviente que parecía caligrafía árabe, un texto incomprensible del Corán grabado en el aire por una mano sutil. Durante un periodo de varias horas en las que el profesor no reunió el valor o el sentido común suficiente para liberarlas, las mantis se comieron unas a otras hasta que sólo quedaron dos. De sus bocas sobresalían pequeñas patitas que aún se movían. Las dos supervivientes luchaban cuerpo a cuerpo con golpes de sierra dentro del tarro de cristal; al final ambas murieron heridas. Me sentí como si yo misma debiera engullir los cadáveres cerrando los ojos y tragándomelos cual píldoras afiladas para que toda esa vida no se perdiera.

Sin embargo, cuando las mantis eclosionan al aire libre, van saliendo rezagadas con elegancia, esquivando a las hormigas hasta que se pierden por la hierba. Así pues, esta tarde me metí la navaja en el bolsillo antes de salir a pasear con la esperanza de ver alguna eclosión. Ahora que veo los sacos de huevos, me avergüenza pensar en la cantidad de ellos que he obviado durante todo este tiempo. Caminé hacia el este a través del bosque de los Adams en dirección al maizal, en cuyas lindes corté tres sacos de huevos en perfecto estado. Era un día claro y pintoresco, un día de febrero sin nubes, sin emoción

ni espíritu, como una bella mujer con un rostro vacío. Llevaba entre los dedos varios tallos espinosos de donde colgaban como rosas los sacos de huevos; me iba cambiando el ramillete de mano para calentarme la otra en el bolsillo. Al pasar de nuevo por delante de la casa, decidí no entrar para coger los guantes y continué por el norte hacia la colina que está junto al tramo del Tinker donde acuden los ciervos para beber. Allí, sobre la hierba de la colina, encontré otros ocho sacos más. Estaba pasmada: cruzo esa colina varias veces a la semana y siempre me fijo en si hay sacos, porque justo ahí es donde vi en una ocasión a una mantis poniendo huevos.

Ya hace varios años que presencié ese extraordinario proceso, pero recuerdo —y confieso— la inevitable sensación de estar observando algo que no era real ni presente, sino un horrible documental, un episodio breve de *Secretos de la naturaleza* primorosamente rodado a todo color, algo que yo tenía la obligación de presenciar sin poder apartar la vista más que para mirar las señales de salida iluminadas débilmente a lo largo de las paredes, mientras entre bastidores algún director de cine aficionado se congratulaba por haberse topado con esa pequeña maravilla, o incluso por haber elaborado un marco tan natural, como si toda la secuencia se hubiera grabado con mucho cuidado en un terrario dentro de un invernadero.

Aquel día, estaba paseando tranquilamente por la colina cuando vislumbré una mota blanquísima. La colina está erosionada; la ladera es una pendiente llena de surcos de arcilla roja interrumpidos por montículos cubiertos de hierba y rosales silvestres cuyas raíces se agarran a una parte minúscula de la capa superficial del suelo. Me agaché para examinar aquella cosa blanca y vi una masa de burbujas que parecía saliva. Luego vi algo oscuro, como una sanguijuela hinchada que hurgaba en el espumarajo, y me di cuenta de que era una mantis religiosa.

Estaba bocarriba, enganchada con las patas a una rama horizontal de un rosal silvestre. Tenía la cabeza metida entre la hierba seca. Su abdomen estaba inflamado como un dedo magullado; acababa en una punta carnososa de la cual expulsaba una espuma batida y húmeda. Yo no daba crédito a lo que veía. Me acomodé como pude, clavándome las espinas de los rosales en las rodillas y con la cara pegada a la arcilla para intentar ver lo mejor posible. Di un golpecito con una brizna de hierba cerca de la cabeza de la hembra; era obvio que no le molestaba, así que coloqué la nariz a pocos centímetros de aquel abdomen latiente. Se expandía como un acordeón, palpitaba como un

fuelle; iba y venía, bombeando espuma por la superficie brillante y cuajada del saco de huevos, mientras tanteaba y daba palmaditas, mientras volvía a empujar y a alisar. El abdomen parecía actuar con tanta independencia que me olvidé del palo marrón jadeante que había en el otro extremo. La criatura burbuja parecía tener dos ojos, un cerebritito frenético y dos manos activas y suaves. Parecía una madre repugnante y abrumada acicalando a una hija gorda para un concurso de belleza, cepillándola, besuqueándola, toqueteándola, abrazándola, acariciándola.

El macho no dio señales de vida. Era probable que la hembra se lo hubiera comido. Fabre dice que, al menos en cautividad, la hembra se aparea hasta con siete machos y los devora, tanto si llega a poner el saco de huevos como si no. Los ritos del apareamiento de las mantis son muy conocidos: una sustancia que se produce en la cabeza del insecto macho le dice, en efecto: «No, no te acerques a ella, estúpido, que te va a comer vivo». Al mismo tiempo, otra sustancia que se produce en su abdomen le dice: «Claro, por supuesto que sí, ve con ella».

Mientras el macho intenta aclarar sus pensamientos (o lo que hace las veces de ellos), la hembra inclina la balanza a su favor comiéndose su cabeza. A continuación él la monta. Fabre describe el apareamiento, que a veces dura seis horas, de este modo: «El macho, absorbido por sus funciones vitales, agarra a la hembra con fuerza. Pero el desgraciado no tiene cabeza, no tiene cuello, casi no tiene cuerpo. La otra, con el morro girado por encima del hombro, continúa royendo plácidamente lo que queda de su dócil galán. ¡Y, durante todo el tiempo, ese muñón masculino, agarrado con fuerza, continúa con su tarea! Esto lo he visto con mis propios ojos y todavía no me he recuperado del asombro».

Estuve observando la puesta de huevos durante una hora. Cuando regresé al día siguiente, la mantis ya se había ido. La espuma blanca se había solidificado y ahora parecía un espumarajo de jabón sucio; luego, durante los días posteriores, me costó trabajo localizar el saco, que sólo estaba a unos centímetros del suelo. Todas las semanas iba por allí, durante el invierno, para controlarlo. Al llegar la primavera, las hormigas lo descubrieron; todas las semanas veía docenas de hormigas que trepaban por los laterales, incapaces de hincarle el diente. Avanzada la primavera, subía todos los días a la colina con la esperanza de coincidir con la eclosión. Las hojas de los árboles habían brotado hacía tiempo, las mariposas ya estaban fuera y las primeras nidadas de petirrojos ya tenían plumas; pero el saco de huevos seguía colgado del tallo, silente y colmado. Leí que tendría que esperar hasta junio, pero aun así

continué visitando el saco a diario. De repente, una mañana de principios de junio, ya no estaba. No encontré el matorral donde estaba colgado el saco de huevos. En realidad no encontré ninguno de los tres matorrales que había antes. Había unas huellas surcando la arcilla y unas ramas podadas en el suelo: mi vecino se las había arreglado para meter un tractor cortacésped por la colina escarpada y arcillosa, a pesar de que en ella no crecía nada salvo unos cuantos matojos.

En fin. Hoy, en esa misma colina, he recogido tres sacos de huevos intactos y me los he traído a casa unidos a sus tallos, junto con los demás. También he recogido un capullo de gusano de seda del ricino sospechosamente claro. Se me habían entumecido los dedos, los tenía rojos por el frío, y la nariz me goteaba. No había seguido esa ley de la naturaleza que dice: «Lleva siempre *Kleenex*». Ya en casa, he atado los tallos de los sacos a varios arbustos y árboles soleados del jardín. Son fáciles de encontrar porque he utilizado cuerda blanca; en todo caso, es poco probable que yo vaya a cortar mis propios árboles. Espero que los pájaros carpinteros que suelen venir al comedero no los encuentren, aunque tampoco sé cómo iban a agarrarlos si lo hicieran.

La noche nace en el valle; el arroyo se apagó hace una hora y ya sólo las puntas desnudas de los árboles encienden pábilos hacia el cielo como estelas de chispas. La escena que lleva toda la tarde dándome vueltas en la cabeza de forma confusa está empezando a emerger de la laguna de la noche. En realidad no tiene nada que ver con las mantis religiosas. Pero esta tarde, mientras ataba las cuerditas con las manos congeladas y cautelosas, procurando no tocar los sacos ni un instante, me acordé de la polilla Polyphemus.

No es mi intención dar la tabarra con mis recuerdos de infancia y mucho menos vilipendiar a mis antiguos profesores que, con una torpeza que no olvidaré jamás, me mostraron el mundo natural, un mundo cubierto de quitina en el que dominaba la implacable realidad. La polilla Polyphemus nunca ha conseguido regresar al pasado; se arrastra por esa charca concurrida y transparente que está al borde de la gran cascada. Es algo tan presente como este escritorio azul y esta lámpara de latón, como esta ventana ennegrecida que tengo delante, por la que ya no puedo ver siquiera la cuerda blanca que sujeta el saco de huevos al seto, sólo el reflejo de mi rostro pálido y estupefacto.

Un día, cuando yo tenía diez u once años, mi amiga Judy trajo un capullo de polilla Polyphemus. Era enero, en las ventanas del colegio los copos de nieve pegados a los cristales parecían pañitos de encaje. La profesora tuvo a la criatura toda la mañana sobre su mesa, sólo nos la mostró antes del recreo, cuando empezábamos a estar cansados. Consultamos en un libro cómo sería la polilla adulta: iba a ser preciosa. Con una envergadura de más de quince centímetros, la Polyphemus es una de las pocas polillas americanas de seda grandes, más grande, por ejemplo, que las papilio tigre o las papilio gigante. Las enormes alas de la polilla están cubiertas de un terciopelo marrón cálido e intenso y orladas con un ribete azul y rosa delicado como una aguada de acuarela. El centro de cada una de sus alas posteriores ostenta un llamativo e inmenso ocelo azul oscuro mezclado con un amarillo casi traslúcido. Provoca una sensación de esplendor masculino poco frecuente en las mariposas, un aire de fragilidad tornada en solidez. La polilla Polyphemus de la foto parecía un enorme espectro, la esencia latente de los grandes bosques caducifolios, con la piel extraterrestre y marrón, con los ojos separados y ciegos. La polilla gigante que estaba dentro del capullo desvaído era como ésa. Cerramos el libro y volvimos a centrarnos en el capullo. Se trataba de una hoja de roble cosida a un óvalo orondo; Judy lo había encontrado suelto sobre una pila de hojas congeladas.

Nos fuimos pasando el capullo de mano en mano; era pesado. Mientras lo sujetábamos, la criatura del interior se calentaba y se retorció. Estábamos encantados y lo apretábamos cada vez más fuerte. La pupa empezó a sacudirse violentamente con unos golpes vertiginosos. ¿Quién está ahí? Todavía siento aquellos topetazos insistentes a través del envoltorio de seda hilada y de hoja seca; unas sacudidas constantes, a través del embalaje de muchos años, contra la palma de mi mano. Seguimos pasándonoslo unos a otros. Cuando llegó de nuevo a mí, estaba caliente como un bollo; saltaba tanto que parecía que se me iba a escapar. La profesora intervino. Lo metió en el omnipresente bote de cristal mientras seguía agitándose y dando golpes.

Estaba a punto. Ya no había vuelta atrás, fuera enero o no. Un extremo del capullo se humedeció y de manera paulatina se fue deshilachando en una batalla furibunda. El capullo entero se retorció y se desplazaba dando saltitos por el bote. La profesora se quedó pálida; mis compañeros de clase se quedaron pálidos; yo también me quedé pálida. No recuerdo nada, salvo la pelea de esa cosa por ser una polilla o morir en el intento. Al fin apareció un gurrño empapado. Era macho: sus largas antenas estaban densamente empenachadas, tan anchas como su abultado abdomen. Tenía el cuerpo muy

grueso, de más de dos centímetros de largo y cubierto de pelos. Una felpa gris y tupida le cubría la cabeza; del amplio tórax le colgaba más pelo, largo y oscuro, hasta el abdomen segmentado y marrón. Sus patas multiarticuladas, claras y robustas, eran tan greñudas como las de un oso. Estaba quieta, pero respiraba.

No podía desplegar las alas. No tenía espacio. La sustancia que le cubría las alas para reforzarlas, que era como un barniz, se secó y se solidificó tal cual. Era un monstruo en un tarro de cristal. Aquellas alas enormes se le quedaron pegadas a la espalda en una tortura de pliegues y dobleces aleatorios, arrugadas como un pañuelo de papel sucio, rígidas como el cuero. Se unieron formando un espantoso manojó entre convulsiones inútiles y frenéticas.

Lo siguiente que recuerdo es el recreo. El colegio estaba en Shadyside, una concurrida zona residencial de Pittsburgh. Todos estábamos jugando al balón prisionero en el polideportivo vallado o corriendo por el patio de hormigón junto a los columpios. Al lado del polideportivo había un acceso para vehículos de reparto que bajaba en cuesta hasta la acera de la calle. Alguien —tuvo que ser la profesora— había dejado salir a la polilla. Estaba sola, en el camino de acceso, inmóvil pero temblorosa. Alguien le había devuelto la libertad a la polilla y ella se estaba marchando.

Se arrastraba sin desviarse por el camino de asfalto con una lentitud infinita. Sus espantosas alas arrugadas seguían pegadas y apelotonadas sobre su espalda, totalmente inmóviles. La campana sonó dos veces, tenía que irme. La polilla estaba alejándose por la pendiente interminable. Entré corriendo al edificio. La polilla Polyphemus sigue arrastrándose cuesta abajo por aquel carril empinado, sobre sus seis patas peludas, por toda la eternidad.

Si tapo la luz con la mano, puedo ver cómo las sombras se han estancado en el valle. Bañan los riscos de arenisca del monte Tinker y los oblitera con su inundación; los regueros de sombras se escapan hacia el firmamento. Estoy agotada. He leído a Plinio, que hablaba acerca de la invención del modelado en arcilla. Un ceramista de Sición llegó a Corinto. Allí su hija se enamoró de un joven que debía viajar durante largas temporadas lejos de la ciudad. Estando juntos en casa, ella trazó la silueta de su sombra proyectada en la pared por la luz de una vela. Luego, cuando él partió, la muchacha trabajó en el perfil de aquel rostro y le dio profundidad para poder disfrutar de él y recordar su aspecto. Un día, el padre extendió un poco de arcilla de alfarero sobre el yeso excavado. Cuando la arcilla se endureció, la retiró, la coció y la «mostró por todas partes». Ahí termina la historia. ¿Regresó el joven? ¿Qué le

pareció a la chica que su padre paseara la imagen de su amado por toda la ciudad? Pero lo que de verdad me gustaría saber es: ¿sigue la sombra allí? Si yo fuera a Corinto y me encontrara la sombra de esa cara en la pared junto a la chimenea, derruiría la casa con mis propias manos para llevarme ese trozo de muro.

La sombra es primordial. Fuera, las sombras son azules, según leo, porque las ilumina el cielo azul y no el sol amarillo. El color azul evidencia una infinidad de partículas esparcidas a lo largo de una distancia incalculable. Los musulmanes, cuya religión prohíbe las artes figurativas por considerarlas idolátricas, no siempre siguen a rajatabla esta regla, aunque sí que condenan la escultura porque proyecta sombras. De modo que las sombras definen lo real. Aunque ya no vea las sombras como «marcas oscuras», como les sucede a quienes ven por primera vez, considero que aportan cierto sentido a la luz, le proporcionan distancia, la ponen en su lugar. Informan a mis ojos de que me encuentro aquí —aquí, oh, Israel<sup>[6]</sup>—, en la escultura defectuosa del mundo, en la sombra parpadeante de la nada que hay entre la luz y yo.

Ahora que las sombras han disuelto la azulada cúpula celestial, vuelvo a ver Andrómeda; me quedo pegada a la ventana, cautivada y encogida ante el frío deslumbramiento de la galaxia. «Nostalgia de lo infinito» de De Chirico: un raudal de sombras se desliza por un patio iluminado por el sol y excava los cañones. En cierto sentido, las sombras están realmente proyectadas, arrojadas con fuerza, como fue arrojado Ismael, hacia fuera, con violencia. Ésta es la franja azul que recorre la creación, la corriente helada que bordea la carretera, en cuyas orillas copulan las mantis, en cuyas aguas insondables la chinche acuática gigante sorbe ranas. El arroyo de las Sombras es la corriente azul subterránea que hiela los arroyos Carvin y Tinker; se hunde como el hielo clavado bajo las costillas de los montes Tinker y Dead Man. El arroyo de las Sombras atraviesa bramando las cavernas de piedra caliza por debajo del bosque o aflora en cualquier lugar húmedo, sobre el envés de una hoja. Puedo exprimirlo en las rocas, lo hago gotear en mi taza. Se abren simas bajo la mirada de unos ojos; la tierra se separa como una nube sobre las estrellas rasgadas por el viento. El arroyo de las Sombras: en la salida más fugaz al buzón puedo encontrarme sumergida hasta las rodillas en sus pozas succionadoras y gélidas. Tendré que llevar botas de goma o ponerme a bailar para entrar en calor.

## II

Los peces nadan y los pájaros vuelan; pero los insectos, según parece, hacen cosas horribles sin cesar. Nunca me pregunto el porqué de un buitres o un tiburón, pero sí de casi todos los insectos que veo. Más de un insecto —con su increíble capacidad reproductiva— representa un ataque a todos los valores tradicionales humanos, por ejemplo, a cualquier esperanza de que exista un dios razonable. Ni siquiera Jean-Henri Fabre, aquel francés devoto que consagró toda su vida al estudio de los insectos, puede contener esta sensación de repugnancia impía. Describe a una avispa devoradora de abejas, la *Philantus*, que acaba de matar a una abeja melífera. Explica que si la abeja está cargada de miel, la avispa le estruja el buche «hasta hacerle vomitar el delicioso sirope que ella misma beberá chupando la lengua de su desafortunada víctima después de que ésta, agonizante, la expulse en toda su extensión. Durante este horrible banquete, he visto cómo una mantis atrapaba a la avispa, que seguía con su presa: una bandida era desvalijada por otra. Y ahí va el detalle más truculento: mientras la mantis mantenía paralizada a la avispa bajo las puntas de su doble sierra y ya había comenzado a devorar su vientre, la avispa seguía lamiendo la miel de la abeja, incapaz de renunciar al manjar incluso en los estertores de la muerte. Apresurémonos a correr un tupido velo sobre estos horrores».

Lo remarcable del mundo de los insectos, en cambio, es precisamente que no existe un velo que cubra esos horrores. Son misterios perpetrados a plena luz del día delante de nuestros ojos; podemos ver todos los detalles, pero eso no hace que dejen de ser misterios. Si, como sugiere Heráclito, dios es como un oráculo que «no dice ni oculta, sino que indica por medio de signos», entonces está claro que sería mejor aprender a discernir esos signos. La tierra consagra una abrumadora cantidad de energía a esos zumbidos y saltos que se producen en la hierba, a esos quebradizos mordisqueos, a esas reptaciones por el suelo. Ellos se llevan el mayor trozo de la tarta, ¿por qué? Debería tener una chinche acuática gigante dentro de un acuario, encima del tocador, para poder pensarlo. Ahora que tenemos candelabros metálicos en las casas, deberíamos exhibir mantis religiosas en las iglesias. ¿Por qué nos apartamos, con repugnancia, de los insectos? Nuestros competidores no sólo tienen la sangre fría y verde-amarillenta, sino que también están cubiertos de quitina crepitante. Carecen de la gracia que nos ha sido dada a los hombres para ir por ahí exponiendo nuestra vulnerabilidad ante el viento y las espinas. Tienen los ojos rígidos y el cerebro estirado a lo largo de la espalda. Pero son la mayor parte de nuestros compañeros de vida, así que los observo buscando un atisbo de ese compañerismo.

El verano pasado, cuando un saltamontes aterrizó en la ventana de mi estudio, me quedé mirándolo durante un rato. Tenía los élitros cortos y el cuerpo de un amarillo mortecino y céreo, con unas marcas negras y verdosas indescifrables. Como siempre me ocurre con los insectos grandes, su horrible boca horizontal multiarticulada y sus patas complejas de aspecto mecánico me hicieron parar en seco. Me quedé mirando su abdomen afilado y recubierto de quitina, blindado y acorazado como la oruga de un tanque, y cuando estaba a punto de darme la vuelta, me di cuenta de que respiraba, puf puf, y sentí compasión por él. Así andamos —dije—, puf puf, ¿verdad? Se fue de un salto con un zumbido, parecido al raspado de una lima, que se oyó a través del cristal, y continuó con su puf puf en la hierba. De modo que puf y nada más; aunque yo también tengo debilidad por la miel.

La naturaleza es, por encima de todo, derrochadora. No crean a los que hablan de lo ahorradora y económica que es la naturaleza porque las hojas regresan al suelo. ¿No sería más barato dejarlas en el árbol? Este asunto de las hojas caducas es en sí un proyecto drástico, el invento de un maníaco-depresivo con capital ilimitado. ¡El derroche absoluto! La naturaleza es capaz de todo. Eso es lo que nos indican los insectos. Ninguna forma es demasiado espantosa, ningún comportamiento es demasiado grotesco. Si estás manejando compuestos orgánicos, deja que se combinen. Si el resultado funciona, si empieza a moverse, déjalo que repiquetee por la hierba, siempre queda espacio para uno más, y tú tampoco eres tan guapo. Es una economía derrochadora; aunque nada se pierde, todo se gasta.

Que los insectos se han adaptado es algo obvio. Sin embargo, sus errores de adaptación a veces son deslumbrantes. Cuesta creer que la naturaleza sea capaz de tamaña falta de inteligencia. Howard Ensign Evans cuenta que hay libélulas que intentan poner los huevos en los capós relucientes de los coches. Otras libélulas, en cambio, palpan la superficie previamente con la punta del abdomen para asegurarse de que se trata de agua. En los pozos de alquitrán de La Brea, en Los Ángeles, cuando las libélulas meten el abdomen en el hediondo alquitrán, se quedan pegadas a él. Según Evans, si alguna consigue liberarse mediante un descomunal esfuerzo, es bastante probable que repita la maniobra y se quede, de nuevo, atrapada. A veces los pozos de alquitrán brillan por la cantidad de cuerpos secos de libélulas muertas.

Las procesionarias del pino que describe Jean-Henri Fabre tampoco se quedan cortas. A pesar de que hay nuevos estudios que indican que algunos

insectos pueden, en ocasiones, adentrarse en nuevos territorios olvidándose de sus inclinaciones naturales, la regla general sigue siendo la esclavitud ciega al instinto, como demuestran estas procesionarias. Las procesionarias del pino son unas orugas de polilla con la cabeza negra y brillante que se desplazan de noche por los pinos a través de una ruta de seda que ellas mismas elaboran. Emprenden el camino formando una fila apretada en la que cada una pega la cabeza a la parte posterior de la oruga que tiene delante siguiendo el rastro original de la primera, que es quien lidera la procesión. Fabre las sorprende en su invernadero durante una de sus exploraciones diurnas trepando por una gran maceta que contiene una palmera y ve que comienzan a recorrer el borde circular del tiesto. Cuando la procesionaria líder termina de rodearlo, Fabre interviene, aparta a las orugas que siguen llegando y borra el rastro de cualquier hilo de seda que pueda quedar fuera del círculo. Ahora tiene un circuito cerrado de orugas sin líder recorriendo el contorno de la maceta en un camino infinito. Quiere ver cuánto tiempo tardan en descubrir el pastel. Para su horror, las procesionarias no sólo se quedan así durante una hora, sino que permanecen el día entero dando vueltas. Por la noche, cuando Fabre se marcha del invernadero, ellas continúan en su agotador círculo a pesar de que suelen comer a esa hora.

Con el frío de la mañana siguiente, Fabre se las encuentra inmóviles, como muertas; sin embargo, cuando se despiertan, regresan a lo que Fabre denomina «su imbecilidad». Se pasan el día entero entregadas a su tarea, cabeza con cola. Durante la noche siguiente, el frío es implacable; por la mañana, Fabre las halla derrumbadas sobre el borde de la maceta, formando dos grupos distintos. Cuando se vuelven a alinear, surgen dos orugas líderes cuyo papel en la naturaleza suele ser el de explorar los alrededores de los caminos ya trazados. Pero las dos tropas se encuentran y el círculo vuelve a cerrarse. Fabre no da crédito a lo que está viendo. Las criaturas llevan todo ese tiempo sin agua, sin comida y sin descansar; están día y noche sin refugio. Durante la noche siguiente, una fuerte helada paraliza a las orugas, que se amontonan en grupos. Da la casualidad de que la primera que se despierta está fuera del rastro de seda y emprende una nueva dirección, hasta que encuentra la tierra de la maceta. Otras seis siguen su rastro. Ahora las que están en el borde tienen una líder, porque las que se han ido han dejado un hueco vacío en el círculo. Pero continúan, testarudas, su camino alrededor del círculo infernal. Pronto las siete rebeldes, incapaces de comerse la palmera que hay en la maceta, regresan siguiendo su propio rastro hasta el borde del tiesto y se unen a la condenada marcha. El círculo se rompe a menudo cuando

las hambrientas y exhaustas orugas se detienen; pero enseguida reparan el hueco que han dejado sin que surja ninguna líder.

Al día siguiente, empieza a hacer calor. Las procesionarias se inclinan por encima del borde de la maceta para explorar. Al menos hay una que abandona el rastro. Seguida por algunas otras, comienza a explorar el lateral de la maceta; Fabre ha colocado algunas agujas de pino junto a la maceta para que se alimenten. Pasan a unos veinte centímetros de las agujas pero, por increíble que resulte, vuelven a trepar hasta el borde y se unen a la desalentadora procesión. Las orugas siguen así durante dos días más; por fin, prueban a recorrer el rastro dejado por el último grupo que descendió por la maceta. Se aventuran por terreno desconocido y, finalmente, regresan a sus nidos. Han tardado siete días. El propio Fabre, aunque «familiarizado con la estupidez abismal de los insectos en general ante el más mínimo accidente», está claramente abrumado por esta nueva confirmación de la ausencia de «cualquier ápice de inteligencia en sus ignorantes mentes». «Las orugas en apuros —concluye—, hambrientas, sin cobijo y heladas de frío por la noche, se obstinan en seguir el mismo rastro de seda que ya han recorrido cientos de veces porque carecen de unos rudimentos racionales que les indiquen que deben abandonar».

Quiero salir de este aire viciado. ¿Quién es el vendedor ambulante que da cuerda a estos soldados de hojalata y los abandona en la acera con el riesgo de que se caigan por el bordillo? Elías se burló de los profetas de Baal, que habían colocado un toro sobre una pila de leña y rogaban a su dios que le prendiera fuego: «¡Gritad más alto, porque es un dios; tendrá algún negocio, le habrá ocurrido algo, estará en camino; tal vez esté dormido y se despierte!». Gritad más alto. Lo establecido es lo que nos horroriza, lo que nos asalta con la fuerza tremenda de su sinsentido. Lo establecido es un bote de cristal que no podemos abrir. Los profetas de Baal se sajaron con cuchillos y lancetas, pero la leña siguió siendo leña. Lo establecido es el mundo sin fuego: el pedernal muerto, la yesca muerta, sin una sola chispa. Es el movimiento sin dirección, la fuerza sin energía, la absurda procesión de orugas alrededor del borde de una maceta, y me resulta odioso, porque en cualquier momento también yo puedo caer en el hechizo de ese hilo brillante. La primavera pasada, durante la crecida, vi que una espadaña marrón se movía arriba y abajo, hacia un lado y hacia el otro, en las aguas turbias del arroyo Carvin, a razón de una inclinación por segundo. Regresé al día

siguiente y nada había cambiado; el mismo movimiento nervioso y vano en un interminable y espeluznante tamborileo. ¿Qué geomancia interpreta lo que la arena arrastrada por el viento escribe en la roca del desierto? Leo en algún sitio que todo vive gracias a un generoso poder y que danza al ritmo de una potente melodía; leo en otro sitio que todo es dispersado y arrojado, que todos nuestros *arabesques* y *grands jetés* son variaciones desesperadas de nuestra caída libre común.

Hace dos semanas, en la oscuridad de la noche, me abrigué y salí hacia el arroyo Tinker. Mucho antes de ver el arroyo ya lo oía recorrer los rápidos de arenisca salpicando con premura sus aguas heladas. Siempre me ha resultado agradable pensar que el arroyo fluye durante toda la noche, renovándose a cada instante, sin que importen mis deseos, mi conocimiento o mi preocupación al respecto, al igual que un libro cerrado sobre un anaquel continúa susurrando para sus adentros su propia historia inagotable. En esas orillas se me han desvelado tantas cosas, me ha iluminado tanta luz reflejada, allí donde el agua desciende, que me cuesta creer que esta gracia nunca vaya a decaer, que la corriente vertida de las fuentes renovables sea infinita, imparcial y libre. Pero aquella noche el Tinker había desaparecido, lo habían usurpado, y el arroyo de las Sombras bloqueaba sus orillas. El frío nocturno me calaba los huesos. Me quedé sobre la hierba congelada bajo el naranjo de los osages. No había luna; las montañas surgían por encima de las estrellas. Mirando ligeramente hacia lo lejos apenas distinguía la línea gris de espuma al pasar por los rápidos; las comisuras de los labios se me tensaron y el frío me hacía parpadear. Aquella noche, el hecho de que el arroyo corriera en la oscuridad —desde lo alto de la cara oculta del monte Tinker, a kilómetros de distancia— ofrecía una sensación siniestra. ¿Dónde estaba la antigua euforia? Este descenso muerto sobre las rocas era una espantosa parodia de la vida natural real, cálida y obstinada. Era absurdo y horrendo; me di la vuelta. Aquello fluía porque lo estaban empujando.

Eso fue hace dos semanas; esta noche no sé. Esta noche la luna está llena y yo cavilo. Me siento satisfecha con el «trabajo» de hoy, con el capullo y los sacos de huevos colgados del arbusto. Van Gogh tuvo el aplomo de comparar este mundo con «un boceto que no llegó a concluirse», pero no estoy tan segura de que sea así. ¿Por qué iba yo a pensar que el mundo establecido de

los insectos es una excepción? Estoy cansada de leer; cojo un libro y me entero de que «los trozos del cuerpo de la sanguijuela también pueden nadar». Suspiro profundamente, Elías, enciende tu hoguera. Van Gogh está bien muerto; el mundo puede ser algo establecido, pero nunca se ha roto. Y las sombras pueden convertirse en belleza.

En una ocasión en que la superficie del Tinker estaba cubierta de una espesa capa de hielo en uno de sus tramos más anchos, cerca del puente, descubrí que había un pájaro carpintero en el cielo gracias a la sombra gigante que proyectaba. Volaba bajo los patines de los niños del valle; se elevaba vertiginosamente, en absoluta libertad, a pesar de que le estuvieran cercenando las alas. Me gustaría llevar siempre conmigo un trozo de esa sombra, un fragmento de agua dulce helada aleteando inmensa bajo mi brazo para utilizarla como una ventana hacia el mundo, a la manera de los esquimales de antaño. La sombra es la mancha azul donde no da la luz. Es un misterio en sí misma, y el misterio es la antigua Última Tule, el Polo de Inaccesibilidad Relativa de los exploradores modernos, el punto boreal más distante de cualquier territorio conocido. Allí se encuentran los océanos gemelos de la belleza y el horror. Allí engendran los grandes glaciares. El hielo que descendió sobre la tierra en forma de nieve en la era de Cristo se desprende con un bramido y se desmorona en el agua. Podría darse que nuestros instrumentos no hubieran llegado lo bastante profundo. El ARN de la mandíbula de la mantis es una hermosa cinta. ¿Tendrá la polilla Polyphemus en su acuoso corazón una célula, y en esa célula una molécula especial, y en esa molécula un átomo de hidrógeno, y alrededor del núcleo de ese átomo un electrón exaltado y remoto que, al escindir-se, hizo visible un bosque trémulo?

En vez de jugar al pinacle, voy a estirar las piernas antes de acostarme. Ahora no dudo en ponerme los guantes; me forro con lana de pies a cabeza y me adentro en la noche.

El aire me hace cosquillas en la nariz como si fuera pimienta. Bajo por la carretera, salto una zanja y subo por la colina donde hoy he recogido los sacos de huevos y donde hace años vi a la mantis hembra soltando espuma. Esta noche la arcilla acanalada está fragmentada por el hielo; sus escarpas se vislumbran bajo la luz sesgada como las crestas de presión del hielo bajo la aurora boreal. La luz de la luna es imponente, a la vez llena y tenue. No tiene

el lustre del mediodía, sino el de una luz élfica, centelleante y onírica. Pisoteo varias matas de hierba quebradiza y endurecida por el viento y me quedo quieta. Las ramitas congeladas del gran tulípero que hay junto a la colina repiquetea con el frío como cizallas.

Miro al cielo. ¿Qué sé acerca de las profundidades del espacio con sus gigantes rojos y sus enanos blancos? Pienso en nuestro sistema solar, en las cinco lunas mudas de Urano —Ariel, Umbriel, Titania, Oberón y Miranda— girando en su eterno sueño de sumisión. Los actores, como ya te dije, eran espíritus<sup>[7]</sup>. Por último, miro la luna; cuelga por el este, henchida, fija, simple y pulida. La Última Luna de nuestra tierra natal. Seguramente tuvo unas vistas espectaculares cuando los continentes verde oliva se separaron y se desperdigaron, y el hielo blanco rodó hacia arriba y hacia abajo como una persiana. Siento frío en los ojos cuando parpadeo; ya está bien de paseos por esta noche. Carezco del sistema necesario para sentir ese calor que unos pocos han sentido, aunque sé que ese calor existe. Según Arthur Koestler, Kepler sintió esa concentración de calor mientras investigaba utilizando espejos cóncavos. Kepler escribió: «Estaba ocupado con otros experimentos con espejos sin pensar en el calor; entonces, me di la vuelta de forma involuntaria para ver si alguien estaba respirando encima de mi mano». Se trataba del calor de la luna.

## DESATANDO EL NUDO

Ayer salí para empaparme de la nueva estación pero, en lugar de eso, encontré una vieja piel de serpiente. Me hallaba junto a la cantera, en los soleados bosques del mes de febrero; la piel de serpiente estaba sobre un montón de hojas, justo al lado de un acuario que alguien había dejado allí tirado. No sé quién podría adentrarse en lo más profundo del bosque para deshacerse de un acuario; tenía roto sólo uno de los laterales de cristal. Supongo que la serpiente lo encontró práctico, ya que les gusta frotarse contra algo rígido para desprenderse mejor de su camisa, y el acuario roto parecía el objeto más a mano. Juntos, la camisa y el acuario, formaban un escenario interesante sobre el suelo del bosque. Parecían la prueba de un juicio, la prueba circunstancial de una escena salvaje, como si una serpiente hubiera roto violentamente el lateral del acuario, hubiera rasgado su horrible piel vieja y hubiera desaparecido, tal vez en línea recta, hacia el cielo en una ascensión de libertad y belleza.

La camisa de la serpiente no contaba con escamas carenadas, así que pertenecía a una serpiente no venenosa. Tenía alrededor de metro y medio de longitud, según la regla que utilicé para medirla, aunque tampoco estoy muy segura, ya que como estaba muy arrugada y seca, cada vez que intentaba estirla se partía. Al final acabé con siete u ocho trozos repartidos por la mesa de la cocina sobre una fina capa de polvo del bosque.

Pues bien, lo que quería destacar sobre la camisa de la serpiente es que, cuando la encontré, estaba entera y atada formando un nudo. Algunos científicos prestigiosos han contado historias sobre serpientes que se anudan deliberadamente para evitar que otras serpientes más grandes intenten engullirlas, pero no se me ocurría ninguna explicación según la cual resultaría

más fácil deshacerse de la camisa haciendo un nudo marinero con su cuerpo. Aun así, tan prudente como siempre, imaginé que algún niño de la zona la habría atado en otoño, por alguna razón infantil y caprichosa, y la habría dejado allí secándose y cogiendo polvo. Sin pensarlo dos veces, agarré la piel para llevármela a casa, y en ese trayecto fue cuando se partió en dos por primera vez al engancharse en una rama. Antes de regresar a casa para observar la camisa y su nudo, me fijé en que la densa capa de hielo seguía en la charca de la cantera y que la col de mofeta ya había brotado en los claros.

El nudo no tenía comienzo. Extrañada, empecé a darle vueltas a la piel buscando un sitio por donde desatarla; al rato caí en la cuenta de que le había dado la vuelta unas diez veces. Entonces, con mucha atención, tracé el recorrido del nudo con un dedo: era continuo. Desatarlo era tan imposible como desatar un dónut; se trataba de un bucle sin principio ni fin. Estas serpientes sí que son mágicas, pensé durante un instante, aunque luego, por supuesto, razoné sobre lo que podía haber ocurrido. La piel se había dado la vuelta sobre sí misma como un calcetín a lo largo de varios centímetros; un trozo de la parte que estaba del revés —cuya longitud coincidía con el diámetro de la piel— se había vuelto a poner del derecho, formando un bulto grueso cuyos bordes se perdían entre arrugas, lo que daba la impresión de ser un nudo perfecto.

En fin. He estado pensando en el cambio de las estaciones. Este año no quiero perderme la primavera. Quiero diferenciar entre el último frío del invierno y el frío de fuera de temporada, es decir, el de la primavera. Quiero estar ahí en el momento en que el pasto se vuelva verde. Siempre me pierdo esta revolución radical; miro por la ventana un día y el terreno que rodea la casa está de pronto tan verde y exuberante que si Nabucodonosor se pusiera a cuatro patas para comer hierba me provocaría envidia. Este año quiero tender una red a través del tiempo y decir «ahora», al igual que los hombres plantan banderas en el hielo y la nieve y dicen «aquí». Pero me da la sensación de que será tan imposible atrapar la primavera por la cola como desatar el aparente nudo de la piel de serpiente; no hay bordes donde agarrarse. Ambos son bucles continuos.

Me pregunto cuánto tiempo sería necesario para que alguien se diese cuenta de la recurrencia regular de las estaciones en caso de ser el primer habitante de la Tierra. ¿Cómo sería vivir en un tiempo indefinido delimitado sólo por el día y la noche? Podrías decir: «Otra vez hace frío; ya hizo frío antes», pero no

podrías establecer una conexión y decir: «Por esta época, el año pasado hacía frío», porque la noción de año es justo lo que te falta. Si damos por hecho que todavía no te has percatado del movimiento ordenado de los cuerpos celestes, ¿cuánto tiempo tendrías que vivir en la Tierra antes de adquirir la certeza de que cualquier periodo prolongado de frío puede, en efecto, finalizar? «Mientras dure la Tierra, sembrera y siega, frío y calor, verano e invierno, día y noche, no cesarán»: Dios hace esta promesa muy pronto en el Génesis a un pueblo cuyos temores al respecto no estaban del todo despejados.

Tuvo que ser increíblemente importante, en los albores de la cultura humana, conservar y transmitir esta información vital para que la gente anticipara la llegada de las estaciones secas y húmedas en vez de quedarse apelotonada encima de alguna roca durante el mes de noviembre con la lamentable esperanza de que la primavera estaba a la vuelta de la esquina. Seguimos haciendo hincapié en enseñar las cuatro estaciones a los niños en los colegios; incluso el más moderno de los profesores modernos —a quienes no les preocupa si sus pupilos saben leer, escribir o nombrar dos productos de Perú— dará a los niños alguna charlita sobre las estaciones y los pondrá a hacer calabazas de papel o tulipanes para decorar las paredes. «La gente —escribió Van Gogh en una carta— es muy sensible a los cambios de estación». Que seamos «muy sensibles a los cambios de estación» es, por cierto, una de las pocas razones para evitar viajar. Si me quedo en casa mantengo la ilusión de que lo que sucede en Tinker Creek es lo último, que estoy a la vanguardia de cada nueva estación. No quiero la misma estación dos veces seguidas, no quiero saber que el tiempo de hoy es el mismo que el de la semana pasada, un tiempo usado, retransmitido a lo largo de la costa, pasado de moda.

Pero siempre hay un tiempo fuera de estación. Lo que pensamos del tiempo y del comportamiento de la vida en el planeta en una estación concreta es, en realidad, una cuestión de probabilidad; pero en cualquier momento puede pasar de todo. Cada estación contiene un poco de todas las estaciones. Las plantas verdes —de hojas caducas— crecen por todas partes, durante todo el invierno, y en todas las estaciones aparecen retoños pálidos y nuevos. Las hojas mueren en el árbol en mayo, se vuelven marrones y caen al arroyo. El calendario, el tiempo y el comportamiento de las criaturas salvajes están sutilísimamente conectados entre ellos. Todo se superpone con suavidad durante unas pocas semanas en cada estación y luego se vuelve a enmarañar. La temperatura, por supuesto, se queda rezagada respecto a las estaciones del calendario, puesto que la tierra absorbe y emite el calor lentamente, como la

respiración de un leviatán. Los pájaros migratorios se dirigen al sur sumidos en lo que parece un pánico extremo, dejando atrás el clima suave y los campos llenos de insectos y semillas; luego reaparecen en enero como llenos de impaciencia y se ponen, taciturnos, a fisgar en la nieve. Hace años, nuestros bosques de octubre habrían representado una lúgubre fotografía coloreada propia de un calendario sádico: el frío paralizante llegaba antes incluso de que las hojas empezaran a cambiar de color, se caían de los árboles como si fueran de crepé, ennegrecidas y lacias. Se trata pues, en el mejor de los casos, de un asunto incierto y confuso, como suele ocurrir con todo lo que está bajo las estrellas.

El tiempo es un bucle continuo, la piel de una serpiente con escamas superpuestas hasta el infinito, sin principio ni fin; o, si lo prefieres, es una espiral ascendente, como un juguete infantil con forma de muelle. Es obvio que no tenemos ni idea de cuál es el tramo de muelle correspondiente a nuestro tiempo dentro de ese bucle, y menos aún dónde se encuentra el bucle o, por así decir, a quién pertenece el elevado tramo de escaleras por donde desciende el muelle tan misteriosamente.

El poder que buscamos también parece ser un bucle continuo. Siempre me he sentido cercana a la noción arcaica de un poder divino que existe en un lugar concreto o que se desplaza por la faz de la tierra como un hombre errante que, cuando está «allí», no puede estar aquí. Puedes estrechar la mano de un hombre que te encuentras en el bosque, pero el espíritu parece rodar como el uróboros, la mítica serpiente que se muerde la cola. No hay manos que estrechar ni bordes que unir. Rueda por las laderas como una bola de fuego, soltando al azar una estela de chispas, y nadie puede atraparla, ralentizarla, asirla, trasladarla a otro lugar, despojarla de su piel o dirigir su curso. «Oí que a esas ruedas les gritaba: “¡Oh ruedas!”»<sup>[8]</sup>. Éste es el aro en llamas que se precipita por los rápidos del arroyo o que gira por los vertiginosos prados; es el pirómano de los bosques soleados: atrápalo si puedes.

6  
EL PRESENTE

I

Atrápalo si puedes.

Estamos a principios de marzo. Me siento aturdida debido a una larga jornada de conducción por la interestatal de regreso a casa; he parado en una gasolinera en Vete-tú-a-saber, Virginia, al norte de Lexington. El joven encargado («¿Miramos el aceite?», con acento marcado) regala una taza de café con cada repostaje de gasolina. Nos ponemos a charlar detrás de los muros de cristal de la oficina mientras se enfría un poco el café. Me cuenta, entre otras cosas, que la gasolinera de la competencia, que está más adelante, cuyo cartel de café gratis se ve desde la autopista, te cobra quince centavos si quieres el café en vaso de poliestireno, imagino que para que no te lo tengas que beber directamente de la mano.

Mientras hablamos, el nuevo cachorro de beagle del encargado va patinando por la oficina, olisqueando todo lo que encuentra a su paso, ya sean mis zapatos o el expositor metálico de los mapas de carretera. La animada conversación con otros humanos me espabila, me evoca no tanto una consciencia normal sino una suerte de disposición energética. Salgo con el cachorro detrás.

Estoy absolutamente sola. No hay más clientes. La carretera está vacía y la interestatal queda fuera del alcance de la vista y del oído. Me he aventurado en un rincón nuevo del mundo, un punto desconocido, un Brigadoon. Ante mí se extiende un cerro de gramíneas amarillas y, por detrás, cubriendo el cielo, se erige una enorme cordillera tapizada de bosque y plagada de unas

impresionantes luces brillantes que se mueven con el viento. Nunca he visto nada tan trémulo y vivo. Por encima, inmensas nubes alargadas y gruesas se precipitan hacia el noroeste con una fiebre dorada. A mi espalda se pone el sol, ¿cómo es posible que no me haya dado cuenta de que el sol se está poniendo? Mi mente lleva horas siendo como una plancha lisa de asfalto negro, pero eso no detiene el recorrido feroz del sol. Coloco el café a mi lado, sobre el bordillo; el viento trae olor a tierra fértil; acaricio al cachorro; observo la montaña.

Mi mano se mueve de forma automática sobre el pelaje del perrito, siguiendo el sentido del pelo bajo las orejas, por el cuello, por las patas delanteras, por su cálida barriga. Las sombras avanzan dando grandes zancadas por las arrugadas laderas de la montaña; se extienden como las puntas de las raíces, como lóbulos de agua que se derraman cada vez más deprisa. Un cálido pigmento purpúreo que se acumula en cada uno de los pliegues y hendiduras de la roca aporta profundidad y sensación de esparcimiento a las tediosas grietas y a los cañones. A medida que el color morado salta y resbala, el bosque, despojado de hojas, se atavía y la roca se arrebuja con manchas cambiantes de resplandor dorado. Esas luces viran y se repliegan, se funden en mil pedazos y sobrevuelan con una serie de deslumbrantes salpicaduras, encogimientos, goteos y explosiones. En la cumbre crecen protuberancias y montículos que sobresalen por los lados; la montaña entera aparenta estar varios kilómetros más cerca; la luz se vuelve cálida y rojiza; el bosque desnudo se plisa ante mis ojos como un protoplasma viviente, como una gráfica de mediciones, un oscilógrafo del momento presente que garabatea como un loco. El aire refresca; la piel del cachorro está caliente. Estoy más viva que el mundo entero.

Esto es —pienso—, ahora sí, esto es, el ahora, el presente, esta gasolinera vacía, aquí, este viento del oeste, este gusto a café en la lengua mientras acaricio al cachorro, mientras observo la montaña. Y un segundo después de verbalizar esta evidencia en mi cerebro, dejo de ver la montaña y de sentir el tacto del cachorro. Soy opaca, demasiado asfalto negro. Pero, al instante, en cuanto sé que lo he perdido, me doy cuenta de que el cachorro sigue contoneando la espalda bajo mi mano. En él nada ha cambiado. Baja las patas para tensar la piel y así sentir cada roce de mi mano por el lomo peludo y arqueado, por el costado, por el cuello estirado.

Me bebo el café a pequeños sorbos. Miro la montaña, que sigue con sus trucos, como cuando miras el rostro, todavía bello, de alguien que fue tu amante años atrás, en otro país: lo miras con una nostalgia tierna, lo

reconoces, pero no experimentas más sensación que el secreto asombro de ser ahora dos desconocidos. Gracias. Por los recuerdos. Es una ironía que lo único que todas las religiones reconocen como un obstáculo entre los seres humanos y el creador —la conciencia de uno mismo— es también lo que nos separa de nuestro prójimo. Fue un regalo de cumpleaños amargo el que nos hizo la evolución al cortarnos por los dos extremos. Me monto en el coche y regreso a casa.

Atrápalo si puedes. El presente es un electrón invisible; es el leve trazo de su rápida estela sobre una pantalla ennegrecida, un trazo que huye, que ya ha pasado.

Lo importante no es sólo que yo misma detuviera de manera prematura esa experiencia interponiendo vendas entre mis ojos y la montaña, o guantes entre mi mano y el perro. Al fin y al cabo, era algo que iba a terminar de todas maneras. Nunca he visto una puesta de sol o sentido un viento que no existen. Los santos levitantes descendieron al fin y sus pies soportaron su peso real. No, lo importante no es sólo que el tiempo vuela y que nosotros morimos, sino que vivimos en esas condiciones de riesgo y que, durante ciertos momentos inexplicables, tenemos el privilegio de ser conscientes de ello.

Stephen Graham me sorprendió al describir este mismo don en su antiguo y elegante libro *The Gentle Art of Tramping*. Decía así: «Y mientras estás sentado en la ladera o tumbado de bruces bajo los árboles del bosque o echado en una playa de guijarros mojándote los pies en el riachuelo de una montaña, la gran puerta, que no parece una gran puerta, se abre». Esa gran puerta se abre al presente iluminándolo como con un millón de antorchas encendidas.

Como ya había visto el árbol con luces, pensé que la gran puerta, por definición, se abriría a la eternidad. Ahora que he «acariciado al cachorro» — es decir, ahora que he experimentado el presente a través de los sentidos única y exclusivamente— descubro que, a pesar de que la puerta que da al árbol con luces se abría desde la eternidad, por así decir, y que hacía brillar esas luces eternas del árbol, también se abría al cedro real, al cedro presente. Se abría al tiempo: ¿adónde si no? El hecho de que la encarnación de Cristo se produjera de forma sorprendente y ridícula en un momento y en un lugar concretos y no en otros, suele recibir el apelativo sincero de «escándalo de la particularidad», incluso entre los creyentes. Bueno, el «escándalo de la particularidad» es el único mundo que yo, en particular, reconozco. ¿De qué le sirve la eternidad a

la luz? Todos estamos sumergidos hasta el cuello en este escándalo particular. También podríamos preguntarnos: ¿por qué no un platanero, en vez de un árbol de Bodhi<sup>[9]</sup>? Nunca he visto un árbol que no fuera un árbol en particular; nunca he conocido a una persona —ni siquiera al mayor de los teólogos— que llenara el infinito o cuya mano, digamos, fuera indiferenciada, sin dedos, como una tortita, y en la que las incursiones del tiempo no hubieran formado un arco y trazado hendiduras impecables.

Tampoco quiero incidir demasiado en esto. Ver el árbol con luces fue una experiencia infinitamente distinta a la de acariciar al cachorro, tanto en calidad como en trascendencia. En aquel cedro brillaron, aunque de forma breve y hacia el interior, las llamas constantes de la eternidad; junto a la gasolinera corrieron las llamas familiares del sol de poniente. Pero en ambas ocasiones pensé, con creciente regocijo: «Esto es, ahora sí, esto es». Experimentar el presente de manera pura es vaciarse hasta quedarse hueco; es recoger la gracia como quien llena su taza bajo una cascada.

La conciencia no impide vivir el presente. De hecho, la gran puerta del presente sólo se abre cuando existe una percepción más intensa. Incluso cierta dosis de verbalización interior resulta útil para reforzar el recuerdo de lo que está sucediendo. Después de todo, el cachorro de beagle de la gasolinera pudo haber experimentado esos mismos momentos de una forma más pura que yo, pero disponía de menos instrumentos para tratar ese mismo material, carecía de datos para establecer comparaciones y sacó provecho de la forma más burda, mediante un surtido de picores que se aliviaban al ser rascados.

La conciencia de uno mismo, sin embargo, sí dificulta la experiencia del presente. Es el instrumento que desconecta a todos los demás. Mientras me «pierdo» en un árbol, soy capaz de sentir el olor de su frondoso aliento o de calcular las cuerdas que supondrían su madera, puedo arrancar sus frutos o hervir té sobre sus ramas, y el árbol sigue allí. Pero en el instante en que me vuelvo consciente de mí misma al realizar una de esas actividades —como si mirara vigilante por encima de mi hombro, por así decir—, el árbol desaparece de mi vista, es arrancado de cuajo, como si nunca hubiera estado allí. Y el tiempo, que se deslizaba sin cesar hacia el interior del árbol aportando nuevas revelaciones como hojas flotantes, cesa. Se contiene, se apacigua, se estanca.

La conciencia de uno mismo es la maldición de la ciudad y todo lo que implica la sofisticación. Es reflejarse en un escaparate, el conocimiento espontáneo de las reacciones en los rostros de otras personas, el mundo del novelista, no del poeta. Lo conozco bien. Recuerdo lo que la ciudad puede

ofrecer: compañía humana, liga principal de béisbol y un estrépito de estímulos presurosos, como la euforia de las drogas potentes que luego te deja agotado. Recuerdo cómo esperabas a que llegara tu momento en la ciudad y pensabas —si es que te parabas a pensar—: «El año que viene... empezaré a vivir; el año que viene... comenzaré mi vida». La inocencia es un mundo mejor.

La inocencia ve que esto es, que ahora sí, y considera que el mundo y el tiempo son suficientes. La inocencia no es una prerrogativa de los niños y de los cachorros, y menos aún de las montañas o de las estrellas fijas en el cielo, ya que éstas carecen por completo de prerrogativas. Para nosotros la inocencia no es algo perdido; el mundo es un lugar mejor que todo eso. Como cualquiera de los dones del espíritu, está ahí si la quieres, disponible para quien la pida, y eso es algo que han resaltado palabras más potentes que las mías. Es posible perseguir la inocencia como los sabuesos persiguen a las liebres: con esa única idea en la cabeza, impulsados por una especie de amor, atravesando arroyos, gimiendo por los campos y los bosques y perdiéndose en ellos, dando vueltas, saltando setos y colinas con los ojos muy abiertos, expresando sin darse cuenta los anhelos más profundos e incomprensibles, con una llama enraizada en el corazón y con ese coro gorjeante resonando por detrás de las montañas. Es posible perseguir la inocencia abalanzándose de una cumbre a otra por encima del valle, que a veces está borroso y otras veces nítido, haciendo resonar el aire, ese aire a través del cual los sabuesos desgarran, exhaustos, los ecos de sus propios gemidos clavados débilmente en sus pulmones.

Lo que yo llamo inocencia es la falta de conciencia de sí mismo que tiene el espíritu en un instante de pura devoción hacia cualquier objeto. Es, al mismo tiempo, receptividad y absoluta concentración. Uno no necesita convertirse en un cachorro para ello, no debería. Si quieres decirme que la ciudad también ofrece galerías de arte, te serviré una copa y disfrutaré de tu compañía mientras dure; pero me llevaré a la tumba aquellos momentos puros en la Tate Gallery (¿era la Tate?) en los que, justo cuando estaba con la boca abierta, como renacida, delante de aquel lienzo, de aquel río, sumergida hasta el cuello, jadeante, perdida, alejándome en la profundidad de la acuarela hacia el punto de fuga, flotante e impresionada, me obligaron a salir de allí, sacándome, literalmente, a rastras. Esos instantes escasos son el meollo de la existencia. Vivámoslos de la manera más pura que podamos, en el presente.

Las manchas de colores de la visión se van, cambian y se recomponen mientras me muevo a través del tiempo y el espacio. El presente es el objeto de visión y lo que veo delante de mí en un momento cualquiera es un campo lleno de manchas de colores diseminadas de un modo impecable. La configuración nunca es la misma. La vida es movimiento; el tiempo es un arroyo vivo que transporta luces cambiantes. Mientras me muevo, o mientras el mundo se mueve a mi alrededor, la plenitud de lo que veo se hace añicos. Ese segundo de devastación es un *Augenblick*, una configuración particular, un haz de luz sesgada que te da en el ojo. El Fausto de Goethe corre el riesgo de perderlo todo si pide a gritos que un momento determinado, un *Augenblick*, dure para siempre: «*Verweile doch!*» (¡Detente!). ¿Quién no ha deseado nunca algo semejante? Pero el *Augenblick* no va a *verweilen*. Tuviste suerte de vivirlo al menos una vez. El presente es un lienzo que se entrega sin reservas. Sin embargo, aunque no dejen de rasgarlo, aunque se lo lleve la corriente, sigue siendo un lienzo.

Me gustan los haces de luz sesgada; los colecciono. Ése es uno de los buenos, ese tramo de la orilla, la piel de serpiente y el acuario, esa mancha de luz del arroyo en la corteza de un árbol. A veces me construyo un visor con los dedos pulgares e índices para mirar a través de un pequeño rectángulo — un marco de sombras— que me coloco justo delante del ojo. Hablando del desarrollo del *papier collé* en la última fase del cubismo, Picasso dijo: «Intentamos librarnos del *trompe-l'oeil* y encontrar un *trompe-l'esprit*». ¡*Trompe-l'esprit!* No sé cómo el mundo no se ha aferrado a esa frase. Toda nuestra vida es un paseo —o una marcha forzada— por una galería tapizada de *trompes-l'esprit*.

En una ocasión visité una gran universidad y me colé en los pasillos subterráneos de su famoso Departamento de Biología. Vi una señal en la puerta: Departamento de Ictiología. La puerta estaba entreabierta, así que entré a echar un vistazo. Lo que vi fue sólo de pasada. Dentro había dos hombres con bata blanca sentados uno frente al otro en unos taburetes altos de laboratorio, delante de una mesa. Estaban inclinados sobre unas bandejas de esmalte blanco idénticas. A un lado, uno de los hombres estaba diseccionando con una lanceta un enorme pez que acababa de sacar de un bote. Al otro lado, el otro hombre se estaba comiendo un pomelo con una cuchara plateada. Me estuve riendo todo el camino hasta Virginia.

Michael Goldman escribió en un poema: «Cuando la Musa llega, no te dice que escribas; / te dice que te levantes, que ha de mostrarte algo, que no te

vayas». ¿Qué fue lo que me hizo levantar la vista hacia aquel árbol que estaba junto a la carretera?

La carretera que va hasta Grundy, Virginia, es, como podrás imaginar, un angosto garabato trazado a lo largo de las montañas más escarpadas y gibosas que hayas visto jamás. La poca gente que vive en sus alrededores también parece escarpada y gibosa. ¿¡Qué demonios...!>? Era un día de verano caluroso y soleado. La carretera se curvaba abruptamente hacia la derecha. Llevaba kilómetros sin ver una sola casa. En plena curva había un enorme roble, un roble bur de doscientos años y unos cuarenta y cinco metros de altura, un roble a cuya rama más baja no se llegaba ni con la escalera más alta. Levanté la vista: había ropa repartida por encima de todo el árbol. Camisas rojas, pantalones azules, calzones negros, batitas de niño... Pero no colgaba de las ramas, sino que las prendas estaban por fuera, extendidas cuidadosamente como si las hubieran tendido para secarlas sobre las hojas de la copa del gran roble. ¿Había fundas de almohada, mantas? No lo recuerdo. Pero sí recuerdo un alegre surtido de ropa interior de algodón, vestidos amarillos, jerséis verdes de niño, faldas escocesas... Ya sabes cómo son las carreteras. Cuando llega una curva la tomas sin pensártelo, sigues avanzando. Miré atrás durante una fracción de segundo, asombrada; ambos lados de la copa del árbol estaban cubiertos de ropa hasta arriba. ¡*Trompe!*

Pero el presente es mucho más que una serie de instantáneas. No somos una simple película sensible; tenemos sentimientos, memoria para la información y una memoria eidética que retiene las imágenes de nuestro pasado.

Nuestra conciencia estratificada es un recorrido escalonado en el que giran bobinas concéntricas de diferentes tamaños. Cada una de ellas ejecuta durante toda la vida su deslumbrante y borrosa proyección de imágenes de sombras translúcidas; cada una tararea sin cesar su propia melodía secreta en su clave única. Sintonizamos y desintonizamos. Pero ningún momento se pierde. El tiempo que queda fuera de la mente sigue siendo tiempo, es acumulativo, conforma el presente. Incluso desde el sopor más profundo puedes despertar de un sobresalto, más viejo, más cerca de la muerte y más sabio, agradecido por respirar. Te levantas del asiento de un cine oscuro, pasas por el pasillo vacío, abres la doble puerta de cristal y sales a la calle como Orfeo. Y la fuerza acumulativa del presente que habías olvidado hace que te tambalees, que te desequilibres, como si te hubieran golpeado con una tabla en un costado. Todo te inunda de nuevo. Sí —dices como si hubieras dormido cien años—, esto es, ahora sí, el clima te golpea en la cara, la luz

lavanda se desvanece, la humedad te llena los pulmones, el calor de la acera en los labios y en las palmas de las manos —no el polvo seco y anaranjado que levantan los cascos de los caballos, la sal marina o el gusto ácido de la Coca-Cola—, sólo este aire sólido, la sangre bombeando de nuevo por tus muslos, tus dedos vivos. Y de camino a casa conduces entusiasmado, lleno de energía, bajo las siluetas de los árboles perfumados.

## II

Me encuentro sentada bajo un sicomoro junto al arroyo Tinker. Estamos a principios de la primavera, un día después de acariciar al cachorro. He venido al arroyo —al tramo del arroyo que discurre por detrás de la casa— a mediodía para sentir en el aire la delicada concentración de calor, el auténtico calor del sol, y para ver cómo descienden las aguas nuevas. No espero más que eso y un poco de dispersión mental. Es como estar en un mercado buscando un poco de tiempo presente; permanezco ojo avizor, comparando los distintos productos, cada año más alerta. Es un mercado ventajoso para los vendedores, ¿crees que yo no ofrecería todo lo que tengo para comprar el presente? Thomas Merton escribió lo siguiente en un pasaje ligero de sus diarios de la abadía de Getsemaní: «Sugerencia de enmienda en la oración del padre nuestro: quitar “venga a nosotros tu reino” y sustituirlo por “¡danos tiempo!”». Pero el tiempo es lo único que nos ha sido dado, del mismo modo que nosotros hemos sido dados al tiempo. El tiempo nos proporciona una oportunidad. Seguimos despertándonos de un sueño que no recordamos, mirando sorprendidos a nuestro alrededor y volvemos a dormirnos, así durante años. Pero yo lo único que quiero es permanecer despierta, mantener la cabeza levantada, los ojos abiertos de par en par, apuntalados con palillos de dientes o con árboles.

Delante de mí está el arroyo, con sus cinco metros de ancho, salpicando las rocas de arenisca que afloran caprichosas y las piedras dispersas. Soy afortunada: este tramo del arroyo es ruidoso, debido a las rocas, y salvaje. Con el estiaje del verano y el otoño puedo cruzar hasta la orilla opuesta saltando de piedra en piedra. Más arriba hay un muro de luz, una luz dividida en planchas por suaves cornisas de arenisca que cruzan el río horizontalmente como si fueran escalones. Más abajo, el agua viva que pasa por delante de mí se acalla, muere de pronto, como si se hubiera extinguido, y desaparece tras un recodo cubierto de tulíperos, falsas acacias y naranjos de los osages donde da la sombra tanto en verano como en invierno. Mire donde mire, el arroyo

está orlado de árboles cuyos troncos, en contraste con el agua y la hierba, acentúan la verticalidad del terreno. En el arroyo la vista descansa, es un refugio, un regazo; las dos orillas escarpadas se lanzan desde el cauce como si fueran alas. Ni siquiera la copa del sicomoro puede echar un vistazo por encima de las tierras circundantes.

Mi amiga Rosanne Coggeshall, la poeta, dice que «sicomoro» es la palabra más hermosa de nuestra lengua. Este sicomoro es antiguo; la parte más baja de la corteza está siempre grisácea debido a las crecidas que todos los años golpean su tronco. Como muchos sicomoros, éste también es peculiar, muy dado a los vuelos y las desviaciones. Su tronco se inclina hacia el arroyo formando un ángulo vertiginoso, y desde ese tronco se extiende una rama larga y delgada que se derrama sobre la orilla opuesta sin bifurcarse. El arroyo refleja la superficie moteada de esa rama, clara incluso en comparación con las nubes más altas; su imagen palidece todavía más y se estrecha a medida que atraviesa las aguas, se rompe en mil pedazos en los rápidos y se vuelve a juntar más adelante, temblorosa y jaspeada, como si hubiera un reptil primitivo y enorme sumergido por debajo de ella.

Quiero pensar en los árboles. Los árboles guardan una curiosa relación con este asunto del momento presente. En el universo hay muchas cosas creadas que nos sobreviven, que sobreviven incluso al sol, pero no puedo pensar en ellas. Vivo con los árboles. Hay criaturas bajo nuestros pies, criaturas que viven sobre nuestras cabezas, pero los árboles viven de un modo bastante convincente en el mismo filamento de aire que habitamos nosotros y, además, se extienden admirablemente en ambas direcciones, hacia arriba y hacia abajo, perforando la roca y abanicando el aire, llevando a cabo sus asuntos inalcanzables. La idea que tiene de la inmensidad un hombre ciego es un árbol. Poseen cuerpos robustos, habilidades especiales, almacenan agua fresca, perduran. Este sicomoro que hay encima de mí, debajo de mí, junto al Tinker, es un buen ejemplo. Al verlo, mi cerebro se llena de todo un cúmulo de pensamientos divergentes que me resultan tan presentes como la presión que ejercen las briznas de hierba en la piel de mi codo. Para abordar la cuestión del presente, quiero mostrar que la conciencia se precipita o camina a paso lento por el laberinto de la mente y regresa una y otra vez, aunque de forma breve, a los sentidos: «Si en el bosque no existiera más que un árbol erecto y sólido, todas las criaturas acudirían para frotarse contra él y asegurarse así un punto de apoyo»<sup>[10]</sup>. Mientras me pierdo en estos pensamientos, se me resbala el pie bajo los árboles; o me caigo o bailo.

Los sicomoros son unos de los últimos árboles en hacer brotar sus hojas y, en otoño, son los primeros en perderlas. Durante un tiempo breve fabrican dulces en unas hojas verdes y anchas —grandes como platos— y luego se vuelven locos y agitan sus largos brazos blancos. En la antigua Roma, los hombres honraban al sicomoro —bajo la forma de su pariente, el plátano oriental— regando sus raíces con vino. El rey Jerjes, según he leído, «detuvo su rígido ejército durante varios días para poder contemplar con satisfacción la belleza de un sicomoro».

Eres Jerjes de Persia. Tu ejército se extiende a lo largo y ancho de la árida penillanura. Llamas a tus tristes capitanes y les ordenas que se detengan. Acabas de ver el árbol con luces, ¿no es así? Tienes que haberlo visto. Jerjes ha sido zarandeado en una llanura y su ambición se ha agotado en un suspiro. Esa violenta sacudida detiene el avance de cualquier ejército. Tus hombres están desconcertados; se apoyan en sus lanzas mientras chupan cortezas de calabaza. En esta planicie no hay nada a la vista, sólo un cielo hueco y martilleante, una zona de juncos al socaire de las rocas azotadas por el viento, una cenefa exigua de pequeños sauces trazando el cauce adormecido... y ese sicomoro. Lo viste, sigues de pie embelesado y mudo, emocionado, quizá sin acordarte de cubrirte la cabeza con tu túnica, durante varios días.

«Hizo que labraran una medalla de oro con su forma para recordarlo durante el resto de su vida». Los dientes te castañetean; está a punto de amanecer y has salido brevemente de tu aturdimiento. «¡Orfebre!». El orfebre está todavía medio dormido, malhumorado. Enciende su fragua, desenrolla la tela polvorienta que cubre sus casi olvidados estiletes y tenazas y espera a que salga el sol. Todos deberíamos tener un orfebre que nos siga a todas partes. Pero no es necesario recordarte, Jerjes, que ninguna medalla de oro alrededor del cuello te devolverá esa hora dichosa ni mantendrá esas luces encendidas durante toda tu vida. Pascal lo vio. Tomó lápiz y papel; consiguió garabatear una sola palabra, *feu* (fuego); llevó ese trozo de papel cosido a la camisa durante el resto de su vida. No sé qué vería Pascal. Yo vi un cedro. Jerjes vio un sicomoro.

Estos árboles me entusiasman. El pasado introduce el dedo en una grieta de la piel del presente y aprieta. Recuerdo cómo crecían los sicomoros —y supongo que seguirán creciendo— en la ciudad, en Pittsburgh, incluso a lo largo de las calles más concurridas. Me pasaba horas y horas en el patio pensando Dios sabe qué y arrancando la corteza moteada de un sicomoro, ociosa, esparciendo por la hierba las costras secas mientras el tronco se iba quedando húmedo, con la piel fina y amarillenta a la altura de los ojos, hasta

que me despertaba alguien llamándome la atención desde la ventana de la cocina. Entonces, yo miraba mi obra asombrada y pensaba: «Oh, no. Esta vez sí que me he cargado el sicomoro».

Aquí en Virginia los árboles alcanzan unas proporciones tremendas, sobre todo en las tierras bajas junto a la orilla de los ríos. Cuesta comprender que el mismo árbol pueda desarrollarse igual de bien tanto si se asfixia en la Penn Avenue de Pittsburgh como si chapotea en el Tinker hasta media pierna. Pensándolo bien, yo he hecho lo mismo. Como la corteza primitiva de un sicomoro no es elástica, sino quebradiza, se va mudando mientras crece; visto desde la distancia, un sicomoro parece que aumente en palidez y vulnerabilidad a medida que gana en altura; las ramas desnudas más altas son blancas en contraste con el cielo.

El cielo es profundo y distante, está surcado por ramas de sicomoro como una eclosión de sables entrecruzados. Apenas puedo verlo; no estoy mirando. No acudo al arroyo buscando el cielo sin intermediarios, lo que busco es cobijo. Apoyo la espalda en la margen abrupta que desciende bajo el sicomoro; delante de mí el arroyo centellea —es toda la luz que puedo soportar— y más abajo se alza la otra orilla, también escarpada, sembrada de árboles.

Nunca he entendido por qué tantos místicos de todos los credos experimentan la presencia de Dios en las cimas de las montañas. ¿No tienen miedo de salir volando? Dios le dijo a Moisés en el Sinaí que incluso los sacerdotes, que tienen acceso al Señor, deben santificarse para que el Señor no descargue su ira contra ellos. Eso sí que es miedo. A veces es mejor quedarse impasible y pasar desapercibido en lugar de ir por ahí blandiendo tu espíritu por las alturas como un pararrayos. Porque si Dios es, en cierto modo, la mecha, una bola de fuego que gira sobre la tierra de los continentes, también es el destructor, el rayo, el poder ciego, neutro como la atmósfera. O Dios es simplemente una «D». Te acomodas a cubierto en una hondonada profunda, y tienes esa sensación reconfortante de no ser vulnerable más que a una columna relativamente estrecha de aire divino.

A la intemperie puede suceder cualquier cosa. Dorothy Dunnett, la gran medievalista, afirma rotundamente: «Cuando se está a la intemperie no hay defensa posible frente a un arquero que se encuentra en lugar resguardado». Si cualquier serpiente cabeza de cobre es como un arquero resguardado, ¡cuánto más lo será Dios! La invisibilidad siempre ha sido la mejor forma de ponerse a cubierto; además, el hecho de que ese poder infinito esté tan

profusa e insondablemente relacionado con la muerte —por la mañana, a mediodía y por la noche, con todo tipo de muerte— lo convierte en un arquero invencible, no hay forma de sortearlo. Y nosotros, las personas, somos tan vulnerables... Nuestro cuerpo está azotado por la mortalidad. Nuestras piernas son el miedo y nuestros brazos son el tiempo. Estos humores helados se filtran por nuestros capilares cargando las células con un toque glacial de inexistencia que crece, aumenta de tamaño y sorbe las células hasta vaciarlas. Por eso la valentía física es tan importante —llena, por así decir, los agujeros— y tan tonificante. El mínimo acto de valentía en el que se asume un riesgo y se consigue un resultado te hace vivir con la intensidad de un niño.

Pero cada vez es más difícil. La valentía de los niños y los animales es un acto de inocencia. Permitimos que nuestro cuerpo siga el camino de nuestros miedos. Un adolescente, rey del mundo, pasará semanas delante de un espejo perfeccionando algún truco difícil con un mechero, un músculo, una pelota de tenis, una moneda. ¿Por qué perdemos interés por la destreza física? Si me apetece dar volteretas —como es el caso—, ¿por qué no aprendo a hacerlas, en lugar de lamentarme por no haber aprendido de pequeña? Todos podríamos ser tan buenos equilibristas como una ardilla, tan buenos buceadores como una foca; podríamos ser constantes y veloces, podríamos incluso caminar con las manos, si la vida o nuestra condición lo exigieran. Y ni siquiera somos capaces de sentarnos derechos o de soportar nuestra pesada cabeza.

Cuando perdemos la inocencia —cuando empezamos a sentir el peso de la atmósfera y nos damos cuenta de que hay muerte en la cazuela— nos desprendemos de nuestros sentidos. Sólo los niños oyen la canción del ratón común macho. Sólo los niños mantienen los ojos abiertos. Lo único que poseen son los sentidos; han desarrollado unos «sistemas de entrada» que admiten todos los datos de manera indiscriminada. Matt Spireng colecciona miles de puntas de flecha y de lanza; dice que si de verdad quieres encontrar puntas de flecha tienes que pasear con un niño: un niño lo recoge todo. Llevo toda mi vida adulta deseando ver la cápsula cementada de una larva de tricóptero. Para conseguirlo tuve que contar con la ayuda de Sally Moore, la hija pequeña de unos amigos, que encontró una en el fondo pedregoso de un arroyuelo junto al cual estábamos sentadas. «¿Esto qué es?», preguntó. Eso —me dieron ganas de decir cuando reconocí el trofeo que tenía en la mano— es un *memento mori* para la gente que lee demasiado.

Ese día, Sally y yo encontramos otras cápsulas de tricóptero, después de que yo aprendiera a enfocar la vista como es debido, y guardé una de ellas. Se trata de un cilindro hueco que tiene una longitud de unos dos centímetros, una pequeña obra maestra de albañilería consistente en una fina capa de granos de arena gruesa cementada. Algunos de esos granos son rojos, y eso fue lo que me ayudó a aprender a distinguir las cápsulas. La larva de tricóptero utiliza todo lo que encuentra a su alrededor para construir su casa; de hecho, unos entomólogos se entretuvieron en colocar una larva desnuda en un acuario provisto sólo con arena de un color determinado: roja, por ejemplo. Cuando la larva se rodeó de varias filas de arena roja, la transfirieron a otro acuario donde sólo había granos blancos. La larva añadió con esmero otras filas blancas a las rojas ya existentes, hasta que los entomólogos volvieron a intervenir cambiándola a un último acuario lleno de arena azul. En cualquier caso, lo que quiero señalar es que esta pequeña e inmadura criatura responde al instinto de colocar algo entre ella y el abrupto mundo. Si a una de estas larvas de tricóptero, especialista en mampostería, le diéramos sólo hojas de árbol grandes y en descomposición, las mordería para fabricar igualmente su cápsula con pequeños jirones vegetales.

La regla general en la naturaleza es que los seres vivos son blandos por dentro y duros por fuera. Nosotros, los vertebrados, vivimos en un riesgo continuo y somos dignos de lástima, como árboles desprovistos de corteza. Esto ya lo han pensado muchos con anterioridad, pero nadie lo expresó como Plinio, cuando dijo, refiriéndose a la naturaleza: «A los otros animales dio diferentes vestidos, conchas, cortezas, cueros, vellos, espinas, cerdas, pelos, plumas, escamas y lanas; a los troncos y árboles, sus ramos cubiertos de corteza, y a veces redoblada, que los defiende del frío y del calor. Sólo al hombre ha hecho desnudo y en tierra desnuda y el día que nace comienza a habitarla con quejido y llanto»<sup>[11]</sup>.

Estoy sentada bajo un sicomoro: soy un caparazón blando y descascarillado, vulnerable al más mínimo soplo del viento o azote de la arena. El presente de nuestra vida parece distinto debajo de los árboles. Los árboles ejercen su dominio. Nunca llegué a matar a aquel sicomoro del patio; aunque frágil, su corteza interior era un escudo. Los árboles no acumulan vida, sino madera seca, como una cota de malla cada vez más espesa. De hecho, sus posibilidades de salir adelante aumentan con la edad. Algunos árboles, como las secuoyas gigantes, son prácticamente inmortales, vulnerables sólo a otra Edad de Hielo. Son incluso inmunes al fuego. Los bosques de secuoyas casi nunca se queman y la corteza es «casi tan ignífuga

como el amianto. Hace varios años, un rayo sacudió la copa de una secuoya durante una tormenta de julio: el árbol estuvo ardiendo de forma pausada sin que en apariencia se dañara, hasta que lo apagó una tormenta de nieve en octubre». Algunos árboles hunden su raíz primaria en la roca; otros extienden amplias marañas de raíces a lo largo de varias hectáreas de terreno. El viento no se los llevará jamás. Correteamos alrededor de esas criaturas-obelisco, tambaleándonos sobre nuestros pequeños y frágiles pies. Estamos en una excursión, en un pícnic, engordando como cachorros en dirección a la muerte. ¿Grabaré un nombre en este tronco? Y si fuera yo quien se cayera en un bosque, ¿me oiría algún árbol?

Estoy sentada bajo un sicomoro en la orilla del arroyo; mi mente es una cuesta empinada. Arthur Koestler escribió: «Al analizar la literatura que trata el presente psicológico, Woodrow estimó que el periodo máximo atribuido al presente está entre 2,3 y 12 segundos». ¿Cómo puede alguien medir ese lapso? Tan pronto como eres consciente de él, ya ha pasado. Repito una frase: las delgadas cimas de las montañas. Y las delgadas cimas de las montañas entran en erupción, como si de volcanes se tratara, en el núcleo de mi cerebro. Las veo; tienen forma dentada, por sorprendente que parezca, como la hoja de un cuchillo de pan, y son marrones como las hojas caducas de los árboles. Los filos serrados tienen un grosor tan fino que son translúcidos; a través de la cima de una de las vertientes de la cordillera veo la silueta de un gavián que vuela en círculo; a través de otra veo vetas profundas y endebles de mineral metálico. No es Tinker Creek. Entonces, ¿dónde vivo? Me pierdo, floto... Estoy en Persia, intentando pedir una sandía en alemán. Es de locos. El ingeniero ha abandonado la sala de control y un idiota maneja ahora las bobinas. ¿Qué podría aportar yo a la «literatura que trata el presente psicológico»? Si me acordara de apretar el botón del cronómetro, no estaría en Persia. Antes de que inventaran el segundo como unidad de tiempo, la gente utilizaba el pulso para medir los acontecimientos breves. Oh, pero ¿qué hay de aquella palpitación en la muñeca cuando vi el árbol con luces y mi corazón se paró? ¿Y cómo es que sigo estando allí?

Las escenas pasan por la pantalla venidas de ninguna parte. Nunca logro descubrir la conexión entre una escena cualquiera y lo que pienso de forma más consciente, así como tampoco consigo regresar a una escena con toda su intensidad. Es como un fantasma que, vestido con las insignias de la realeza, flota sobre el escenario sin que lo perciban los personajes principales. Su

imagen es completa, a todo color, no hay palabras, aunque ya se está alejando: las pistas de tenis de la quinta avenida de Pittsburgh, una estatua ecuestre en un parque de Washington, una tienda de ropa en un sótano de Nueva York... escenas que creo que no significan nada para mí. No son planos sueltos, la cámara está en continuo movimiento. Y la escena siempre se sale del encuadre, como si yo no pudiera evitar estar siempre descendiendo por una pendiente, doblando una esquina, caminando por la calle con un acompañante que me insta a continuar, mientras miro hacia atrás por encima del hombro y veo que la imagen se aleja, se desvanece. El presente de mi conciencia es un misterio que siempre está virando como una rama flotante que se lleva la corriente. ¿Dónde estoy? Pero no, no estoy. «A ruinas, a ruinas, a ruinas lo reduciré...»<sup>[12]</sup>.

Está bien. Calma. ¿Es ahí donde estoy pasando la vida, en el «cerebro de reptil», esta lámpara que hay en lo alto de la columna vertebral que es como un faro que lanza indiscriminadamente haces de luz por la oscuridad, hacia los tórax peludos de las polillas, hacia los dorsos de los peces que saltan, hacia las goletas que naufragan? Ascendamos de nivel; salgamos a la superficie.

Estoy sentada bajo un sicomoro junto al Tinker. Estoy aquí realmente, viva sobre la tierra intrincada que hay bajo los árboles. Pero, por debajo de mí, justo debajo del peso de mi cuerpo sobre la hierba, hay otras criaturas igual de reales que yo para las cuales también este momento y este árbol son «eso». A sólo un centímetro de profundidad desde la superficie del suelo, por debajo de la palma de mi mano, el mundo se retuerce. A un centímetro de profundidad, los biólogos encontraron «una media de 1356 criaturas vivas en un área de diez decímetros cuadrados, incluyendo 865 ácaros, 265 colémbolos, 22 milpiés, 19 escarabajos adultos y criaturas de otras 12 especies distintas. Una estimación de la población microscópica determinó que podía haber más de dos mil millones de bacterias y muchos millones de hongos, protozoos y algas en una sola cucharadita de tierra de bosque». Las crisálidas de las mariposas también viven aquí, plegadas, rígidas, durmiendo sin soñar. Podría incluir a todas esas criaturas en este momento, es lo mejor que puedo hacer. Que yo las ignore no las va a despojar de su realidad y, al aceptarlas en mi conciencia, pueden aumentarla, pueden añadir su conciencia a mi conciencia humana y

generar una vibración, como las ondas que produce una rata almizclera al golpear el agua cuando se sumerge, en este momento particular y desde este árbol concreto. Según una tradición jasídica, uno de los propósitos del hombre es ayudar a Dios en su tarea redentora «santificando» las cosas creadas. Mediante un esfuerzo espiritual inmenso, el devoto libera las chispas divinas encerradas en todas las cosas silentes en el tiempo; eleva las formas y momentos de la creación hacia ese aire purificado y ese fuego santificante en donde todo barro debe hacerse añicos y estallar. Así pues, lo mínimo que puedo hacer es no olvidar el mundo del subsuelo que hay bajo los árboles, tenerlo en mente.

Las lombrices, en pasmosas procesiones, van dando tumbos por la grava que hay bajo nuestros pies, engullendo hojas caídas y expulsando toneladas de humus. Los topos cavan complejas redes de túneles; suele haber tantos junto al arroyo que cuando vengo por aquí me hundo con cada paso. Los topos están casi sueltos dentro de su pellejo y tienen una fuerza enorme. Si consigues agarrar uno, además de darte un mordisco que no olvidarás, saltará de tus manos con una única contracción convulsiva y desaparecerá al instante. Nunca consigues verlo del todo, sólo sientes que se revuelve en la palma de la mano como si estuvieras agarrando un corazón palpitante dentro de una bolsa de papel. ¡Qué no haría yo si tuviera la fuerza y determinación de un topo! Pero lo que hace el topo es revolver la tierra.

El verano pasado, varias ratas almizcleras construyeron su madriguera bajo las raíces de este árbol junto a la orilla; creo que siguen estando ahí. El pelaje húmedo de las ratas almizcleras redondea las paredes de barro abovedado de la madriguera y las alisa como un iglú. Cubren el suelo con vainas de plantas y semillas, entran en celo constantemente y duermen encorvadas y empapadas, acurrucadas formando un ovillo. Eso también es parte de lo que Buber denomina «el *ethos* infinito del momento».

Todavía no estoy aquí; no puedo desembarazarme de aquel día en la interestatal. Mi mente se ramifica y brota como un árbol.

Debajo de mi columna vertebral, las raíces del sicomoro absorben sales disueltas. Los extremos de las raíces empujan y se retuercen entre las partículas de tierra mientras exploran minuciosamente; de sus tejidos errantes y expansivos brotan minúsculos pelos absorbentes, traslúcidos y huecos que se adhieren a las partículas de tierra para poder impregnarse. Esos arroyuelos corren profundos y en silencio; toda la tierra tiembla, escindida y agrietada, forzada y drenada. Me pregunto qué les sucederá a los sistemas radiculares cuando los árboles mueren. ¿Morirán de inanición esas redes extensas y

ciegas en medio de la abundancia y se desecarán enganchadas a las motas de tierra?

Por debajo de todas las coníferas del mundo —debajo del cedro que hay detrás de mí, en la orilla del arroyo—, un manto de hongos envuelve la tierra formando una trama de filamentos ciegos y frágiles de un blanco palidísimo y desleído. Desde la punta de una raíz a otra, desde un pelo absorbente a otro, estos filamentos serpentean y se enrollan; cuando pienso en ellos siempre me acuerdo de las palabras de Rimbaud: «He tendido cuerdas de campanario a campanario, guirnaldas de ventana a ventana, cadenas de oro de estrella a estrella, y bailo». El rey David saltó y bailó desnudo delante del arca del Señor en un desierto árido. Aquí el enmarañado suelo es una intrincada red de alabanzas. Establece relaciones, suéltate y baila mientras puedas.

Pero los insectos y lombrices, los topos, las ratas almizcleras, las raíces y los filamentos micóticos no lo son todo. Un movimiento aún más delicado, una pavana, se está llevando a cabo ahora mismo por debajo de mí. Las ninfas de las cigarras están vivas. Se ven sus pieles escindidas, de un par de centímetros de longitud, marrones y traslúcidas, arqueadas y segmentadas como una gamba, pegadas al tronco de los árboles. Y de vez en cuando se ven cigarras adultas, grandes y robustas, con los cuerpos brillantes, negros y verdes, con las alas transparentes y nervadas plegadas al dorso y la mirada artificial de sus ojos color rojo intenso. Pero nunca ves a las ninfas vivas. Están bajo tierra, aferradas a las raíces y sorbiendo la dulce savia de los árboles.

En el sur, la cigarra periódica posee un ciclo reproductivo de trece años, a diferencia del de las del norte, que es de diecisiete años. Que una criatura viva se pase trece años consecutivos escarbando por los sistemas radiculares de los árboles en la húmeda oscuridad —¡trece años!— me resulta alucinante. Cuatro años más —o cuatro años menos— no cambian ni un ápice el panorama. Una noche oscura de abril, las ninfas salen de sus túneles todas a la vez: hasta ochenta y cuatro por cada diez decímetros cuadrados de suelo. Suben poco a poco por árboles y matorrales, se despojan de sus pieles y comienzan a emitir ese chirrido hueco y estridente que dura todo el verano. Imagino que cuando eran ninfas nunca vieron el sol. Las adultas ponen huevos en las hendiduras de las ramitas de los árboles; cuando eclosionan, las ninfas caen al suelo y cavan para desaparecer de la faz de la tierra y se pasan trece años esperando que llegue su hora. ¿Cuántas ninfas hay ahora mismo debajo de mí y cuáles son sus anhelos? ¿En qué pensaría yo durante esos trece años? Se enroscan, reptan, se agarran a las raíces y sorben, sorben a ciegas,

sorben árboles, llueva o salga el sol, haga calor o hiele, avanzando a tientas un año tras otro.

Y por debajo de las cigarras, a mayor profundidad que la raíz primaria más larga, entre las rocas redondeadas y negras y las láminas de arenisca oblicuas de la tierra, más abajo aún, se deslizan las aguas subterráneas. Estas aguas se filtran y se escurren a través del suelo, cada vez más hondo, goteando paulatinamente, avanzando a razón de un kilómetro y medio al año. ¡Menuda lucha la del agua! Un continuo tira y afloja en todas direcciones. El mundo es una batalla salvaje por debajo de la hierba: la tierra debe ser removida.

¿Qué más está sucediendo en estos instantes mientras las aguas subterráneas fluyen bajo mis pies? La galaxia avanza en su lenta y silenciosa expansión. Si cada hora nacen un millón de sistemas solares, seguramente habrá cientos de ellos irrumpiendo mientras traslado el peso de mi cuerpo de un codo al otro. La superficie del sol está explotando; otras estrellas, pesadas y negras, implosionan y desaparecen de nuestra vista. Los meteoritos se pasan todo el día trazando arcos invisibles sobre la tierra. En el planeta soplan los vientos: los polares del este y del oeste; los alisios del nordeste y del sudeste. En algún lugar hay alguien inmóvil, con las velas desplegadas, en la cresta subtropical, en la calma ecuatorial; mientras, en la región septentrional, un trampero está furioso, enloquecido por el sobrecogedor olor del chinook, el viento más cálido, que puede derretir sesenta centímetros de nieve en un solo día. Soplan el pampero y la tramontana; el bora, el siroco, el viento de levante y el mistral. Humedécete el dedo: siente el ahora.

La primavera se filtra por el norte, viene hacia mí y se aleja, avanzando veinticinco kilómetros al día. Los caribús se trasladan por la tundra desde los bosques de abetos del sur: primero van las hembras preñadas, a toda prisa; luego, los viejos y las demás hembras; después, un grupo de machos; y, tras ellos, los enfermos y heridos, uno a uno. En algún lugar hay gente afligida viendo la puesta de sol desde un avión y divisando desde las alturas las luces de las casas. En la región montañosa de Perú, en el bosque tropical de las laderas de los Andes, una mujer está de rodillas en un claro polvoriento delante de una oscura cabaña cubierta de grandes hojas superpuestas; en el pecho lleva una cruz hecha con dos palitos que ella misma peló con los dientes y que ató con zarcillos de trepadoras. En las orillas de los estuarios de las rías de todo el mundo, los caracoles forman grupos negros como racimos

de pasas que se deslizan arriba y abajo por los tallos de los juncos, en una migración constante al ritmo de las mareas. Detrás de mí, el monte Tinker, y a mi izquierda, el Dead Man se erosionan un par de milésimas de centímetro al año.

El gato que solía despertarme ahora está muerto; ya llevaba tiempo muerto cuando se convirtió en humus de lombriz y ahora es la savia clara de un sicomoro de Pittsburgh, o la ligamaza de los pulgones que están alimentándose en las ramas altas del sicomoro, que forma unas gotas pegajosas que caen sobre el coche de un desconocido. Un buey desciende desde el otro lado de la carretera hasta el arroyo para beber; parpadea, da vueltas; una hoja que flota en la corriente se le queda enganchada un instante en el corvejón y luego sigue su camino. La chinche acuática gigante que vi también está muerta desde hace tiempo; sus tripas húmedas y su cubierta rígida están como la piel vacía de la rana que succionó, disuelta, desperdigándose en mil partículas aún hoy, en los capilares del buey, en los fragmentos de las nubes que lleva el viento, en el mar de los Sargazos. El sinsonte que se lanzó desde el tejado sin abrir las alas... Pero ahora no es el momento de contar mis muertos. Eso es un trabajo nocturno. Los muertos están mirando, bajo tierra, y sus talones durmientes apuntan al cielo.

Los tiburones que vi están deambulando por la costa. Si dejaran de errar de acá para allá, si detuvieran su movimiento oscilante y descansaran un momento, morirían. Necesitan que el agua nueva penetre por sus branquias, necesitan bailar. En algún lugar hacia el este, en otro continente, se está poniendo el sol, y los estorninos vuelan por las alturas en espiral, formando impresionantes bandadas, para posarse en el lugar donde pasarán la noche. Debajo del agua, justo en el meandro que hay río abajo, la focha roza el fondo del arroyo con una pata, mientras mueve sus redondos ojos rojos. En casa, una araña dormita en su telaraña circular como una solterona postrada en una esquina durante todo el día. Los sacos de huevos de las mantis están atados al seto de celinda; dentro de cada saco, dentro de cada huevo, las células se alargan, se encogen y se escinden, burbujan y se curvan hacia dentro, se alinean, se endurecen, se ahuecan o se estiran. La polilla Polyphemus, con sus alas apelotonadas en la espalda, se arrastra por el camino de acceso al colegio, cuesta abajo, avanzando poco a poco, poco a poco... La serpiente —cuya piel manufacturada e íntima ya tiré, y que ahora está en el vertedero de la comarca— está moviéndose en el bosque que hay junto a la cantera, ahora más deprisa que hace un momento, bajo el mantillo de hojas, empujada por la luz del sol,

junto a la raíz exploradora de una podófila, junto al brote de una sanguinaria. Y tú, ¿dónde estás ahora?

Me levanto. Toda la sangre del cuerpo me baja hasta los pies y al instante se me sube a la cabeza, me sonrojo y dejo de ver con claridad, como un árbol que hace brotar sus hojas impulsando el agua desde las raíces hacia las ramas. ¿Qué me sucede? Me quedo de pie delante del sicomoro, aturdida; miro fijamente su tronco gigante.

Los árboles grandes agitan los recuerdos. Te quedas en su penumbra, donde la luz es azul, con la mirada perdida hacia la parte más gruesa del tronco, como si fuera un túnel largo y oscuro, el túnel Squirrel Hill de Pittsburgh. Te has ido. La mancha de luz ovalada del final del túnel negro aumenta de tamaño; el canto de los neumáticos sobre la calzada alcanza un *crescendo* ensordecedor; la luz choca de golpe contra el capó y te da en plena cara. Has alcanzado el pasado.

Los chamanes de los esquimales, atados con correas de piel de foca sobre el suelo del iglú, solían abandonar su cuerpo, o más bien su piel, y nadar «con los músculos al desnudo» como una foca despellejada, a través de la roca de los continentes, con el fin de aplacar a una anciana que vivía en el fondo del mar y que era quien enviaba o retenía a los animales de caza. Después de llevar a cabo esta atroz misión, el chamán regresaba a su piel, exhausto debido a la lucha descarnada a través de la roca, y se despertaba en un iglú iluminado, en una especie de fiesta, rodeado de rostros conocidos.

De ese mismo modo, después de haber horadado el tronco de un sicomoro y recorrido un túnel por debajo de una montaña de Pensilvania, me pongo a pestañear, sorprendida por la luz amarilla, y me veo a mí misma años atrás en un lugar sombrío de la ciudad, en un salón diáfano, bailando. Hay un estrépito de trompetas alegre y poco definido, parece la banda sonora de una escena de amor sonando en la azotea de un edificio; hay una luz que desde una distancia inconmensurable ilumina rostros conocidos... Me muevo. El esfuerzo de enderezar los hombros me devuelve al presente, al árbol, al sicomoro, y tiro de mí, me marchó en busca de agua viva.

### III

El agua viva cura los recuerdos. Miro hacia el arroyo y ahí llega el futuro, flotando sobre el agua como una fila zigzagueante de bandejas repletas. Es posible que te despiertes un día, mires por la ventana, respires el aire real y digas con satisfacción o con nostalgia: «Esto es, ahora sí». Pero si miras hacia el arroyo, independientemente del tiempo que haga, el espíritu se te llena y, mientras se te inflan los pulmones, exclamas con regocijo: «¡Aquí viene!».

Aquí viene. A lo lejos veo el puente de hormigón, por donde la carretera cruza el arroyo. Por debajo de ese puente y al otro lado, el agua está plana y silente, teñida de azul por la distancia e inmóvil por su profundidad. Es un pedazo del cielo que, al caer, se ha quedado atrapado en la fisura que se extiende entre las orillas. Sin embargo se derrama. Por aquí el cauce es estrecho como una flecha y la mismísima gracia es el arquero. Entre las varas colgantes de los sauces de las orillas, bajo el dosel de ramas de tulípero, nogal y naranjo de los osages, veo el arroyo derramándose. Se vierte hacia mí, fluyendo por una serie de gradas de arenisca, bajando y bajando. Me siento como si me encontrara a los pies de una escalera infinitamente alta por la que algún espíritu entusiasta estuviera arrojando pelotas de tenis, una tras otra, de forma eterna, y lo que más deseo en el mundo entero es una pelota de tenis.

Algo no va bien en una persona que, en la ribera de un río, prefiere mirar aguas abajo. Es como contaminar tu propio nido. ¿Y a cambio de esto y de tumbarse en un diván de piel la gente paga cincuenta dólares la hora? El arroyo Tinker no remonta, no es una regurgitación del río Roanoke; fluye hacia abajo, relajándose, desde la ladera invisible del monte Tinker, al norte. «La gravedad, para Copérnico, es la nostalgia de las cosas por convertirse en esferas». Es una versión curiosa y un poco forzada de la gran cadena de los seres. El camino de la perfección consiste en la facilidad para hacer las cosas dejándolas caer por su propio peso. Pero al igual que en la versión clásica de la gran cadena, el chorro puro que se derrama desde el insondable corazón del monte Tinker se ensancha, toma forma y se abre paso entre las orillas, cargado con la vida y las intrincadas impurezas del tiempo, y así desciende hasta mí, hasta donde me encuentro conmigo misma, en este punto a medio camino entre aquí y allí. Mira río arriba. Simplemente date la vuelta, ¿es que no tienes voluntad? El futuro es un espíritu —o una destilación del espíritu— que se dirige hacia mí. Está al norte. El futuro es la luz en el agua; sólo viene sobre la piel de este arroyo, real y presente, que es su mediador. Mis ojos no soportan una luz más brillante que ésta; tampoco pueden ver sin ella, ni siquiera el envés de las hojas.

Los árboles son robustos. Son resistentes, desde la raíz principal a la corteza, y nosotros nos ablandamos a sus pies. «Porque forasteros y huéspedes somos delante de ti, como todos nuestros padres; como sombras son nuestros días sobre la tierra y no hay esperanza». No somos capaces de soportar el rayo, el azote de los sitios elevados y los aires viciados. Pero podemos tomar la luz, la luz reflejada que brilla en los arroyos e ilumina los valles. Los árboles agitan los recuerdos; las aguas vivas los curan. El arroyo es el mediador benevolente e imparcial que subsume mis males más viles y los disuelve transformándolos en topos vivos, en pececillos, en hojas de sicomoro. Es un lugar al que ni siquiera mi deslealtad ha ofendido jamás; sigue dirigiéndome, hoy y mañana, su rostro complejo e inocente. Riega un mundo poco digno de él, empapando las células con vetas de luz. Me quedo junto al arroyo, sobre la roca, bajo los árboles.

Es pura coincidencia que mi tramo de arroyo esté cubierto de cantos rodados. Nunca he merecido esta gracia que hace que, al mirar río arriba, sienta el olor de las montañas y el agua pulverizada en las mejillas y los labios, oiga un incesante rumor, el sonido del agua que no sólo desciende con suavidad por el aire para llenar una charca inmóvil, sino que arrastra vida en todas direcciones a través de una compleja dispersión de rocas. Es pura coincidencia que más arriba el lecho del río esté fraccionado en láminas horizontales de arenisca. Nunca he merecido esta gracia que hace que, al mirar río arriba, vea la luz sobre el agua avanzando hacia mí libre e inevitablemente a través de una serie de terrazas gradadas que son como plataformas con alas armoniosas sobre una pila infinita e inagotable. «Eh, si tenéis sed, venid a por agua; eh, si tenéis hambre, venid a sentaros y comed»<sup>[13]</sup>. Éste es el presente, al fin. Puedo acariciar al cachorro cada vez que quiera. Es el ahora, esta luz parpadeante y quebrada, este aire que el viento del futuro me clava en la garganta y me deja llena de entusiasmo y mareada de tanto cantar alabanzas.

Miro el arroyo. Es la respuesta a la oración de Merton de «¡Daños tiempo!». El arroyo nunca cesa. Si pretendo encontrar los sentidos y la habilidad de los niños, la información de un millar de libros, la inocencia de los cachorros, incluso las escenas pasadas de mi vida anterior en la ciudad, lo hago única y exclusivamente porque puedo ver bien el arroyo. Uno no atrapa el presente, no lo persigue con anzuelos y redes. Uno lo espera con las manos vacías, así es como te llenas. Tendrás pescado de sobra. El arroyo es el único proveedor. Es, por definición, la Navidad, la encarnación. Este viejo planeta de roca recibe el regalo del presente todos los días por su cumpleaños.

He aquí el mundo de un físico subatómico: «Todo lo que ya ha pasado es partículas, todo lo que está por venir es ondas»<sup>[14]</sup>. Analicemos su significado. Aquí viene. Las partículas están rotas; las ondas son traslúcidas, limpias, están agitadas por la belleza como los tiburones. El presente es la onda que me explota sobre la cabeza y proyecta sus partículas al aire, por las alturas donde se expande sin respiro; es el agua viva y la luz que trae las noticias más frescas, renovadas y renovadoras desde fuentes secretas, el mundo sin fin.

## PRIMAVERA

## I

Cuando era muy joven, creía ingenuamente que todas las lenguas eran códigos de la mía, el inglés. Pensaba, por ejemplo, que *hat* (sombrero) era el nombre real del objeto, pero que la gente de otros países, que seguían empeñados en utilizar el código de sus antepasados, podían emplear la palabra «ibu» para designar no sólo el concepto de sombrero, sino también la palabra *hat* en sí. Sólo conocía una palabra extranjera, *oui*, y como tenía tres letras al igual que la palabra a la que codificaba, *yes*, mi teoría se confirmaba de forma elocuente. Suponía que cada lengua extranjera era un código diferente, y que en el colegio me darían las claves para descodificar algunos de los más importantes. Sabía, por supuesto, que tardaría años en adquirir la fluidez necesaria para codificar y descodificar esa otra lengua y ser capaz de dar cierto sentido a ese galimatías. Sin embargo, uno de los primeros días de clase de francés, las cosas tomaron forma de manera repentina e inesperada. Me di cuenta de que iba a tener que aprender a hablar desde cero, palabra por palabra... mi consternación no tenía límite.

Los pájaros han empezado a cantar en el valle. Sus graznidos de febrero y sus gorjeos desnudos tienen ya el plumaje adulto y en el aire flota un canto lírico continuo. Los reclamos se agarran a las crestas de las montañas y se funden en las laderas; se cuelan por los bosques y se deslizan por los arroyos. En casa sucede algo maravilloso. El sinsonte que anida todos los años en la picea que

hay enfrente ha tomado la costumbre de ponerse a cantar en los sitios más altos, y uno de ellos es mi chimenea. Cuando canta desde allí, el conducto de la chimenea hace las veces de caja de resonancia, como el meticuloso hueco de un violonchelo o de un violín, y las notas de la melodía alcanzan una amplitud que reverbera por toda la casa. Canta una frase y la repite al pie de la letra; luego canta otra y la vuelve a repetir, y así continuamente. La inventiva del sinsonte es ilimitada; esparce frescura con la despreocupación de un dios. También es incansable; hacia el mes de junio empezará su maratón diario desde las dos de la mañana, sin apenas detenerse para tomar aire, hasta las once de la noche. No sé cuándo duerme.

Cuando pierdo el interés por un pájaro concreto, intento retomarlo mirándolo desde uno de estos dos puntos de vista: bien imagino neutrinos atravesando sus plumas, su corazón y sus pulmones, o bien me remonto en su evolución y me lo imagino como un lagarto. En ese caso, veo sus patas escamadas y ese anillo desnudo alrededor de su ojo brillante; retrocedo y lo desplumo para vestirlo con escamas de lagarto, despico su boca sin labios y lo pongo bajo un palmito a acechar libélulas con la mirada fría. Luego invierto el proceso de nuevo, rápidamente; sus patas delanteras se despliegan, sus escamas generan plumas y se vuelven suaves. Emprende el vuelo en busca de aire fresco; canta melodías. Eso es lo que tengo en la chimenea; es capaz incluso de mantenerme alerta, tanto en el asombro como en la furia.

Algunos científicos prestigiosos siguen sin estar convencidos de que el canto de los pájaros sea un reclamo única y exclusivamente territorial. Esta observación es importante. Con todos los años que llevamos en la tierra, aún no estamos seguros de por qué cantan los pájaros. Necesitamos que alguien descubra el código de esa lengua y nos dé la clave; necesitamos una nueva piedra Rosetta. ¿O deberíamos aprender, como hice yo de pequeña, las palabras una a una? Tal vez el pájaro canta «Soy un gorrión, gorrión, gorrión», tal y como Gerard Manley Hopkins sugiere: «Yo mismo hablo y deletreo. Me lamento de que lo que hago soy yo: para eso vine». A veces, el canto de un pájaro se parece mucho al habla confusa de los niños. A cierta edad, el niño te mira con aire serio y suelta una parrafada con todas las inflexiones de su lengua materna, pero sin una sola palabra reconocible. No puedes explicarle que si la lengua fuera una melodía, la tendría dominada y lo habría bordado, pero que como se trata de que tenga sentido, lo que ha hecho es una auténtica chapuza.

Hoy he observado y escuchado el canto de un chochín, de un gorrión y de un sinsonte. Mi cerebro ha empezado a trinar ¿por qué, por qué, por qué?

¿Qué sentido tiene, tiene, tiene? No es sólo el hecho de que sepan algo que nosotros no sabemos; nosotros sabemos muchas más cosas que ellos y seguramente ellos tampoco saben por qué cantan. No; como casi siempre, nos hemos estado haciendo la pregunta equivocada. Qué más da lo que el sinsonte de la chimenea estuviera cantando. Si el sinsonte estuviera gorjeando para proporcionarnos la ansiada fórmula de la teoría del campo unificado, la pregunta tampoco sería mucho más relevante. Por contra, la pregunta oportuna sería: ¿por qué es bello? No me atrevo a usar esta palabra a la ligera, pero ahí está la cuestión desde el momento en que doy por hecho, como he dicho, que la belleza es algo objetivo —el árbol que se cae en el bosque—, que posee una existencia externa, tanto si nos topamos con ella como si la obviamos, tan real y presente como las dos caras de la luna. Este canto del lagarto modificado que mana por la chimenea posee una música salvaje y completamente extranjera; se vuelve más hermosa a medida que va resultando más familiar. Si la letra de la canción es un simple «mío, mío, mío», ¿por qué hay tanto derroche en su partitura? Tiene el sonido líquido e intrincado de la corriente de todos los arroyos del país al fluir sobre cualquier tipo de fondo rocoso. ¿Quién, al telegrafiar un mensaje, se molestaría en transmitir una obra en cinco actos o el «Kubla Khan» de Coleridge, y quién, al recibir el mensaje, iba a entenderlo? La belleza en sí es un lenguaje para el que no tenemos clave; es la cifra muda, el criptograma, el código incólume e inaccesible. O podría ser que para la belleza no existiera ningún código, como resultó con el francés, donde *oui* nunca tendrá sentido en nuestra lengua más que por sí mismo, y que necesitemos aprenderlo todo desde el principio, en un nuevo continente, sílaba a sílaba.

Es primavera. Este año he decidido controlarme y observar el progreso de la estación con una actitud de calma y orden. En primavera tiendo a excesos lamentables. Me dejo llevar por ilusiones y obsesiones; me pierdo en distintos desórdenes físicos. Una vez estuve toda la primavera jugando al pinacle; otra la pasé jugando al béisbol como segunda base. En una ocasión me perdí la primavera porque tuve neumonía lobar; hubo una vez en que una bursitis me impidió disfrutar de la temporada de béisbol; y todas las primaveras, más o menos cuando las primeras hojas comienzan a moldearse en los sauces, dejo de comer y me pongo pálida como una anguila plateada a punto de emigrar. Mi cabeza divaga. Béisbol, segunda base, como Broadway, Hollywood y Vine; pero ¡ay!, si me quedo perdida al fondo del terreno de juego puede que

me larguen. Mientras el sol se pone, los parhelios, que son falsos soles — trozos de arcoíris a ambos lados del sol, aunque generalmente a bastante distancia de él—, aparecen sobre los pastos que hay junto al arroyo Carvin. Wes Hillman<sup>[15]</sup> está en su biplano; el pequeño avión de la compañía Waco domina la quietud y su fina silueta destaca sobre el cielo. Puede que mañana llueva si estos cristales de hielo en suspensión hacen de las suyas. No tengo ni idea de cuántos puntos llevamos, lo dejo en manos de los zurdos y me dedico a mirar el arcoíris. El terreno de juego que yo veo debe de parecerse al que vio Wes Hillman desde el biplano: todo el mundo está corriendo pero no oigo nada. Los jugadores parecen muy delgados en el césped, las sombras muy alargadas, la pelota es un objeto místico, pálido hasta la invisibilidad... Estoy mejor en el área interior del campo, donde está la acción.

En abril fui a los bosques de los Adams. En un abrir y cerrar de ojos, la hierba había reverdecido; me lo había vuelto a perder. Al marcharme de casa comprobé el estado del saco de huevos de mantis religiosa. Excepto uno, los había regalado todos a varios amigos para que los pusieran en sus jardines. Descubrí entonces que unas hormiguitas pequeñas habían encontrado el único saco que quedaba, el que estaba atado al seto de celinda que hay junto a la ventana del estudio. Alguien se había zampado uno de los laterales del saco, no sé si las hormigas u otra cosa, y se había quedado al descubierto una espuma rígida perforada por unas celdas estrechas. Las hormigas forcejeaban frenéticamente sobre esta capa protectora, incapaces de comérsela; los huevos de mantis, invisibles y a buen recaudo, esperaban en el interior.

El bosque de la mañana parecía totalmente nuevo. Una fuerte luz amarilla se condensaba entre los árboles; mi sombra aparecía y se desvanecía en el camino, pues un tercio de los árboles aún seguía desnudo, otro tercio desprendía una neblina luminosa a su alrededor y el otro tercio bloqueaba el sol con hojas flamantes y acabadas. Las serpientes estaban ya fuera —vi una en el camino, brillante y aplastada— y las mariposas revoloteaban trazando arcos en el aire; las florecillas silvestres estaban en pleno apogeo e incluso las plantas de hoja perenne parecían más verdes, renovadas y limpias.

De las falsas acacias colgaban grandes racimos de flores blancas. El verano pasado oí una leyenda cherokee sobre las falsas acacias y la luna. La diosa de la luna posee una gran bola, la luna llena, y la arroja por el cielo. Se pasa el día intentando recuperarla; cuando lo consigue, le corta una tajada y la vuelve a lanzar, la recupera, la corta, la recupera, y así sucesivamente. Gasta

una luna al mes durante todo el año. Bill Wellman, geólogo del Servicio Forestal, añade: «Cuando llega la primavera está de tajadas de luna hasta el gorro». Así que la diosa va en busca de su árbol favorito, la falsa acacia, y las cuelga de sus ramas. Por eso están ahí las flores de falsa acacia, blancas y agrupadas en forma de medialuna.

Los tritones habían regresado. Nadaban en la pequeña charca del bosque, brillantes y temblorosos, o se quedaban alerta cerca de la superficie del agua. Descubrí que si metía el dedo en el agua y lo movía despacio, el tritón acudía para investigar; luego, si dejaba el dedo quieto, me lo mordisqueaba con suavidad, como hacen las carpas doradas, y se marchaba con cara de pocos amigos, como también hace mi carpa dorada. Ésta es la gran metrópolis de las salamandras. Si quieres descubrir especies nuevas para la ciencia y que tu nombre aparezca en latín en alguna versión secular de un repertorio eterno, deberías venir al sur de los montes Apalaches, escalar alguna montaña oscura y tortuosa donde, como suele decirse, «la mano del hombre nunca haya puesto el pie»<sup>[16]</sup>, y ponerte a mirar debajo de las piedras. Las montañas funcionan como islas y la evolución se ocupa del resto, de modo que hay montones de salamandras diferentes por todas partes. Las cumbres de Otter, en la carretera que atraviesa las montañas Blue Ridge, producen sus propias especies únicas, negras con manchas de un dorado oscuro; los guardabosques de allí siempre tienen a mano una de estas salamandras y la conservan viva dentro de una bolsa de plástico en la nevera, como si fuera un trozo de queso.

Los tritones son las salamandras más conocidas. Su piel es de color verde claro, del tono del agua en una charca iluminada por el sol, y tienen una línea de puntos rojos brillantes en el lomo. En estado larvario tienen branquias; luego, cuando crecen, se vuelven de un color rojo luminoso, pierden las branquias y salen del agua para pasarse unos cuantos años deambulando en silencio por los lugares húmedos del suelo del bosque. Sus patas parecen manitas de bebé, y sus andares son como los de todos los cuadrúpedos: los de los perros, los de las mulas... es más, como los de los pandas rojos. Cuando maduran del todo, se vuelven verdes de nuevo y acuden al agua en tropel. Un tritón puede detectar mediante el olfato el camino a casa desde una distancia de doce kilómetros. Son unas criaturas maravillosas, tal vez un poco húmedas, pero nadie les presta atención, sólo los niños.

Una vez que estuve acampando «sola» en el parque natural de Douthat State, en los montes de Allegheny, cerca de aquí, me pasé casi toda una tarde observando a los niños y los tritones. Era más fácil ver tritones con manchas rojas al borde del lago que ver niños; la oferta excedía aquella enorme

demanda. Un niño los estaba guardando en una taza de termo para llevárselos a su casa, en Lancaster, Pensilvania, y alimentar con ellos a un caimán enfermo. Otros niños acudían corriendo junto a sus madres con manojos de tritones retorciéndose en sus manos. Un niño se puso a maltratarlos de un modo atroz: los estrujaba uno a uno por la cola y los lanzaba a una piedra de la orilla. Intenté razonar con él, pero no sirvió de nada. Al final me preguntó: «¿Es macho éste de aquí?». Y, en un brote de inspiración, le contesté: «No, es un bebé». Entonces gritó: «¡Oh, qué mono!», y lo colocó con mucho cuidado de nuevo en el agua.

Aquí, en el bosque de los Adams, yo soy la única que molesta a los tritones. Se tienden en el agua como si estuvieran suspendidos en ella con cuerdas. Su densidad hace que queden justo una pizca por debajo de la superficie y, según parece, estarían igual de relajados si tuvieran la cabeza o la cola hacia abajo; sus minúsculas extremidades se quedan colgando, como lacias. Un tritón hembra estaba tomando el sol en un palo, en una postura tan rara que creí que estaba muerto. Tenía medio cuerpo fuera del agua, se agarraba a un palo con las patas delanteras y con la nariz apuntaba hacia el cénit o más allá incluso. El arco cóncavo de su columna vertebral le estiraba el cuello de un modo increíble; la fina piel del vientre estaba tensa y mostraba un color amarillo brillante. No debería haberlo zarandeado con el dedo —pues hice que perdiera el ángulo de reposo—, pero necesitaba comprobar si estaba vivo. Los europeos, durante la Edad Media, creían que las salamandras eran tan frías que podían apagar el fuego sin quemarse; los antiguos romanos pensaban que el veneno de las salamandras estaba tan helado que si alguien comía un fruto de un árbol que hubiera sido ligeramente rozado por una de ellas, podía morir congelado. Pero yo sobreviví a estos leves encuentros —el de los mordisquitos en el dedo y el de los golpecitos en la nuca— y seguí mi camino.

El bosque estaba rebosante de flores. Ya habían florecido los *Cercis canadensis*, los sasafrás, los tulíperos, las catalpas y los extraños bananos de montaña empezaban a hacerlo ahora. En el suelo, las hepáticas y las violetas diente de perro se habían marchado con tanta rapidez como habían llegado; ahora se veían aquí y allá los ramitos de la *Claytonia virginica* rosa y las flores colgantes del sello de Salomón; las sanguinarias, las violetas, los *trillium* y los podófilos lucían en todo su esplendor. Los montes resplandecían con los laureles de montaña, los rododendros y las azaleas de fuego, y era probable que el sendero de los Apalaches estuviera atestado de excursionistas. En los pastos de los bueyes había visto margaritas, ortigas mansas y

vinagretas; las cerrajas y los helenios naranjas proliferaban junto a la alambrada. ¿Hay algo que coma flores? No recuerdo haber visto a ningún animal comiéndose una flor, ¿serán las niñas mimadas de la naturaleza?

Pero lo que más me interesaba era el crecimiento de las hojas de los árboles. Junto al sendero descubrí un maravilloso pimpollo de tulípero de alrededor de un metro de alto. De la copa le brotaban dos ramitas de tejido verde con forma de lágrima que envolvían, como si se tratara de un par de manos protegiendo una llama, una hoja diminuta que estaba enrollada en sí misma y cuidadosamente doblada por la mitad. La hoja era tan fina y desvaída que parecía traslúcida, pero al mismo tiempo refulgía con delicadeza, con una especie de luz tenue y precisa. No estaba mojada, ni siquiera húmeda, pero por dentro era claramente acuosa; el pliegue por donde se doblaba parecía menos una arruga que un surco, como la ligera concavidad que se forma cuando el insecto patinador camina sobre la superficie del agua mansa. Una sustancia intensa, apenas disimulada, hinchaba sus células, y la hoja se desenroscaba y crecía entre las láminas de tejido verde. Miré a mi alrededor buscando más hojas parecidas —en esa parte del bosque de los Adams sólo parece que haya tulíperos—, pero todas las demás hojas acababan de desplegarse y se agitaban con el viento sobre sus tallos apagados, como nuevas manitas que saludan.

La hoja del tulípero me recordó a un mamífero recién nacido que había visto días antes, uno de los jerbos de los niños del vecindario. Tenía menos de tres centímetros de longitud, el hocico de cerdito, los ojos apretados y unas protuberancias blancas donde más tarde crecerían las orejas. Su piel carecía de pelo, salvo unos bigotes minúsculos, y parecía tan fina como la membrana de una cebolla, tirante como la tripa que recubre una salchicha, rellena de carne húmeda y ensangrentada. Era como si estuviera rebosante de posibilidades, como una encía turgente bajo la cual hay un diente a punto de salir. Aquel arbolito de un metro de alto también estaba a punto de salir a algún sitio; no se iba a andar con remilgos.

Ahí reside el auténtico poder. Es sorprendente que los árboles puedan convertir la grava y las sales minerales en esos lóbulos de bordes suaves; es como si yo, al morder un trozo de granito, comenzara a crecer, a echar brotes y a florecer. Los árboles parecen llevar a cabo sus proezas sin ningún esfuerzo. El noventa por ciento de las partes vivas de un árbol se renueva cada año. El agua que asciende por el tronco puede alcanzar una velocidad de cuarenta y cinco metros por hora; en pleno verano, un árbol llega a mover una tonelada de agua diaria. Un olmo grande podría, en una sola estación, fabricar

alrededor de seis millones de hojas, con su compleja estructura, sin alterarse lo más mínimo. El árbol se queda ahí, acumulando madera seca, mudo y rígido como un obelisco, aunque por dentro está bullendo; se escinde, sorbe y se extiende; levanta toneladas y las arroja al aire en un despliegue de flecos verdes. No hay nadie que explote ese poder gratuito; la dinamo del tulípero produce más tulípero y se alimenta de lluvia y aire.

John Cowper Powys dijo: «No hay razón para que le neguemos al mundo de las plantas una lenta, débil, vaga, amplia y relajada semiconsciencia». Puede que no esté en lo cierto, pero me gustan los adjetivos que emplea. El retazo de acianos que hay en la hierba puede que no ande muy sobrado de inteligencia, pero tal vez esté despierto, en cierto sentido. Los árboles en concreto parecen denotar generosidad de espíritu. Sospecho que los auténticos filósofos morales acaban estudiando botánica, independientemente de cómo empiecen. No podemos estar seguros de nada, pero parece que todos vemos que el mundo gira alrededor del concepto de crecimiento, que crece hacia ese crecimiento, y que ese crecimiento es verde y limpio.

Aparté la vista de la hoja de tulípero en la parte superior del pimpollo y miré hacia atrás. Intenté calcular si me daría tiempo a ver la hoja levantándose y empujando a las otras hojas que la protegían. No sabía si estaba viendo su progreso o sólo imaginándolo, pero estaba segura de que la hoja se abriría del todo en el intervalo de una hora. Pero yo no podía esperar.

Me marché del bosque derramando una ola de silencio ante mí, como si no estuviera caminando a través del bosque sino por dentro de él. Lo dejé mudo, pero yo estaba conmovida y acelerada. Iré a los territorios del noroeste —pensé—, a Finlandia.

«¿Por qué miráis celosos, montes escarpados?». La tierra era un huevo que se enfriaba y se dividía en dos; latía un nuevo pulso, y yo resonaba. Plinio, quien, como recordarás, hablaba de los potros del viento portugueses, es probable que prohibiera salir de casa a sus hijas durante los días de viento, ya que también pensaba que las plantas concebían en primavera por obra de Flavonio, el viento del oeste. En febrero, las plantas entran en celo; el viento las preña, crecen brotes y, cuando llega el momento, dan a luz flores, hojas y frutos. Sentía en el viento el olor de la tierra fértil con toda su fuerza. Iré a Alaska, a Groenlandia. Mirara donde mirara, veía cientos de agujeros por el suelo; de la oscuridad de la tierra estaban surgiendo toda clase de criaturas, algunas de ellas por primera vez, para que el sol las iluminara y las calentara. Es cierto que, en el hemisferio norte, los hombres y mujeres que planean crear una nueva máquina de movimiento perpetuo conciben sus mejores ideas en

primavera. Si me tragara una semilla y un poco de tierra, ¿podría cultivar uvas dentro de la boca? Una vez cavé un hoyo para plantar un pino y me encontré una moneda de oro antigua sobre una piedra. Little America, el Yukón... «¿Por qué miráis celosos, montes escarpados?».

De camino a casa, todos los pájaros que vi llevaban algo en la boca. Un gorrión macho con la boca llena subía y bajaba de un viejo nido en un árbol desnudo y trasteaba en su interior. Un petirrojo que, en plena alerta roja, arrastraba medio gusano por la hierba con el pico, avanzó dando tres saltitos y se enderezó, interpretando sin darse cuenta el baile universal de los petirrojos. Un sinsonte pasó volando con una baya roja en el pico; la baya resplandeció con el sol como un trozo de carbón de alguna fragua o caldero de los dioses.

Por último, vi a unos niños muy pequeños jugando con un gato atigrado naranja y no pude evitar oír su misteriosa conversación, que desde entonces resuena en mi cabeza como un gong. El gatito se metió corriendo en un jardín y la niña se puso a llamarlo: «¡Dulces Sueños! ¡Dulces Sueños! ¿Dónde estás, gatito?». Y el niño le dijo enfadado: «¡No llares a Dulces Sueños gatito!».

## II

Estamos en mayo. Las morsas están emigrando; los esquimales de las islas Diómedes las persiguen en botes por el estrecho de Bering. Los esquimales netsilik cazan focas. De acuerdo con Asen Balikci, las focas toman el sol durante todo el día y se meten en el agua a medianoche para volver a emerger al amanecer por el mismo agujero por donde desaparecieron. En primavera el sol también se mete detrás del horizonte, pero sólo durante un breve periodo de tiempo en el que el cielo permanece claro. Lo único que tiene que hacer el cazador netsilik es salir a medianoche, fijarse en una foca que desaparezca por un agujero y esperar tranquilamente durante el breve crepúsculo sentado sobre una piel de oso. La foca no tardará en salir con el sol. Los glaciares se están desmoronando; una capa de hielo sin consistencia y a medio derretir obstruye las bahías. Desde tierra puedes ver el ensanchamiento de las grandes fracturas en las capas de hielo mediante la observación del fenómeno conocido por su nombre en inglés, «*water sky*»: unas manchas y vetas oscuras que aparecen en las nubes, que se producen por el reflejo de la luz de los bloques de hielo e indican la existencia de aguas abiertas justo debajo.

Quizá creas que los esquimales agradecían la llegada de la primavera y el verano; así era, en efecto, pero ansiaban más aún la llegada del invierno. Estoy hablando, como siempre, de las diferentes culturas esquimales antes de

la modernización. Algunos esquimales daban la bienvenida al sol en su primera aparición en el horizonte con un silencio sepulcral y los brazos levantados. Pero también sabían que en verano tendrían que comer peces pequeños y aves. La nieve del invierno se convertiría en agua y empaparía la fina capa de tierra hasta el permafrost; el agua se quedaría estancada y la superficie de la tierra sería una extensión de charcos. Entonces aparecerían los mosquitos, unos mosquitos capaces de enloquecer tanto a los caribús que éstos llegaban incluso a pisar a sus crías recién nacidas. Eran tan numerosos que de estos famosos mosquitos del ártico solía decirse: «Si hubiera uno más, tendrían que ser más pequeños».

En invierno, los esquimales podían viajar con trineos de perros y visitarse unos a otros, pero con la llegada del tiempo más cálido sus caminos se bloqueaban, como el mío de Virginia. En el interior de Alaska y en el norte de Canadá, el resquebrajamiento del hielo es un gran acontecimiento. Tanto los veteranos como los cheechakos o forasteros hacían apuestas sobre el día en que se produciría y la hora exacta. Resulta que el hielo de los ríos no se funde tal cual, sino que se deshace en un holocausto general. Río arriba, el hielo fino se resquebraja desde las orillas y la fractura va avanzando a lo largo de todo el cauce. Cuando embiste una masa de hielo sólido, el golpe hace que se desprendan trozos que avanzan con la corriente, desplomándose y partiéndose: al hielo ya existente se le va añadiendo más hielo, y todo explota como una hecatombe en movimiento. En el aire se oye un chirrido seguido de un gran estruendo, la máquina de hielo arrasa puentes, vallas y árboles, y el hielo acumulado durante todo el año se precipita en sólo una hora a la velocidad de un tren. Daría cualquier cosa por verlo. Ahora las vías fluviales permanecen abiertas para la navegación de la población rural, pero están cerradas para el desplazamiento en motonieve o con raquetas, de modo que les resulta más difícil moverse.

Aquí, en el valle de mayo, la abundancia está en su punto álgido. Todas las plantas están en su momento de máximo esplendor, pero el daño intensivo de los insectos aún no ha comenzado. Las hojas son frescas, plenas y perfectas. La luz del cielo es clara, no hay bruma que la filtre, y el sol todavía no ha secado la hierba.

Ahora las plantas me están rodeando. Los niños de los alrededores están creciendo y ya no mantienen los senderos despejados, como hacían antes. Me dan ganas de comprarles motos a todos. El bosque es un obstáculo verde y tengo que adoptar la costumbre que tienen en el norte, o que tenían antiguamente, de moverme a través de las vías fluviales. Pero creo que me

complico demasiado, porque una vez, después de haber vadeado el Tinker con zapatillas deportivas durante quinientos metros río arriba, un muchacho me saludó desde la maleza de la orilla. Me había estado siguiendo para pasar el rato e iba descalzo.

Cuando la madre selva me llega hasta las rodillas, me bato en retirada y acudo a visitar la charca de los patos. Es una charca eutrofizada que se encuentra en una zona despejada cerca del arroyo Carvin. Está atestada de algas y plagada de ranas; cuando la veo, siempre me acuerdo de la yegua de Jean White.

Hace varios años, la vieja yegua de Jean White, Nancy murió en un terreno privado donde había pastos; a Jean no le dieron permiso para enterrarla allí mismo. Por otra parte, estábamos a mediados de julio, en plena sequía, y la tierra arcillosa estaba dura como una roca. Así que teníamos un problema: ¿qué se hace con un caballo muerto? Otro amigo mío intentó quemar el cadáver de un caballo en una ocasión y nunca más volvió a intentarlo. Jean White hizo llamadas telefónicas y reclutó a otros amigos que a su vez hicieron más llamadas. Todos los expertos sugirieron lo mismo: habla con el criadero de zorros. El criadero de zorros está al sur; allí crían a distintos animales para fabricar abrigos con sus pieles. Hacía poco tiempo que ese criadero había empezado a aceptar caballos muertos, que les llegaban de todas partes, para alimentar a los zorros con carne fresca. Pero, por raro que parezca, resultó que ya tenían caballos muertos de sobra y no había sitio para ninguno más.

Como ya he dicho, era julio, y el problema de la última morada de la yegua empezaba a ser acuciante. Al final alguien le propuso a Jean que lo intentara en el vertedero sobre el cual estaban construyendo la nueva interestatal. Se hicieron más llamadas y, para sorpresa de todos, los funcionarios aceptaron la yegua muerta. Incluso la agradecieron, les venía bien por su tamaño que, por cierto, aumentaba cada hora que pasaba. Un granjero de vacas lecheras donó parte de su tiempo; con la ayuda de una grúa, cargaron la yegua en el camión y el granjero la llevó al sur. Con una pequeñísima ceremonia previa, la arrojó al vertedero sobre el que iban a construir la nueva autopista; ése fue el final de la yegua de Jean White. Si alguna vez pasas por la nueva interestatal de Virginia, entre Christiansburg y Salem, y sientes un ligero bache en la calzada, quítate las sandalias de tus pies, porque el lugar por el que estás conduciendo es la yegua de Jean White<sup>[17]</sup>.

Todo esto me viene a la cabeza en la charca de los patos porque la charca también se está convirtiendo, a su vez, en un vertedero cubierto de ranas. Hay millones de ellas, millones de ranas toro saltando unas sobre otras por encima de las marañas de algas. Y la charca está rebosante. Las charcas pequeñas no suelen durar mucho, sobre todo en el sur. La materia en descomposición se amontona en el fondo, desprende oxígeno, y las plantas de la orilla avanzan hacia el centro. Dentro de un par de siglos, si nada lo impide, la charca de los patos será un bosque de nogales.

Es una tarde de finales de mayo, un viento húmedo llega desde el valle del Carvin a través del hueco entre los montes Tinker y Brushy, se precipita por la vega del arroyo Carvin y me golpea la cara mientras estoy junto a la charca de los patos. La superficie de la charca no se mueve. Las algas forman una capa rígida: imagino que, si el viento soplara con la fuerza suficiente, se oiría su crujido. Durante los días cálidos de febrero, las plantas primitivas comienzan a deslizarse por el agua, manojos enteros de algas filamentosas verdes y azuladas. Desde el borde soleado y poco profundo, crecen y se esparcen, espesando el agua como gelatina brillante. Cuando cubren toda la charca, obstaculizan la entrada de la luz del sol, impiden la respiración y las criaturas se quedan fatalmente enredadas en ellas. Las ninfas de libélula, por ejemplo, son capaces de despojarse de una o dos patas para escapar en momentos de apuro, pero a veces se quedan enredadas entre las algas y acaban muriendo de hambre.

En varias ocasiones he visto ranas atrapadas bajo las algas. De repente, mientras miraba la charca, el cieno verde que estaba a mis pies se ponía a saltar y volvía a hundirse. Parecía como si lo estuvieran pinchando desde abajo con un palo de escoba. Luego saltaba de nuevo, pero en otro lugar distinto, un destello verde, completamente silencioso; menuda forma desconcertante de pasar la tarde. Al final, la rana siempre encontraba una abertura y aparecía triunfante sobre el montón de algas con restos de fango en el lomo, emitiendo un sonido hueco parecido al que se produce al arrojar una tubería en una cueva. Esta noche he paseado alrededor de la charca asustando a las ranas; un par de ellas saltaron emitiendo un «¡ay!», aunque casi todas croaban y la charca volvía a quedarse en silencio. Sin embargo, una rana grande, de un verde brillante como el de una rana pintada, no saltó, así que hice aspavientos con el brazo y di un zapatazo para asustarla; entonces saltó, yo también salté, todo en la charca saltó, y me puse a reír y a reír.

Hay una suerte de energía muscular en la luz del sol que es comparable a la energía espiritual del viento. En los días de sol, la energía solar que recibe media hectárea de terreno equivale a cuatro mil quinientos caballos de vapor. Estos caballos se propagan en todas direcciones, como esclavos construyendo pirámides y fabricando, de abajo arriba, un mundo nuevo y firme.

La charca rebosa vida. Las pequeñas moscas pululan por el centro y en los bordes proliferan las masas gelatinosas de huevos de caracol. Una primavera vi una tortuga lagarto saliendo con pesadez de la charca para poner huevos. Ahora hay una garza verde picoteando entre las hierbas y la utricularia; dos ratas almizcleras están haciendo acopio de espadañas en una zona poco profunda. Las diatomeas, que son algas que bajo el microscopio parecen cristales, se multiplican tan rápido que prácticamente puedes ver cómo una hoja verde sumergida se transforma en una pelusa marrón. En el plancton abundan las algas unicelulares, los hongos, las bacterias y los mohos acuáticos. Las larvas de insectos y las ninfas se alimentan a lo largo y ancho de la charca. Los tricópteros de las aguas mansas, las larvas de sílido y las ninfas de caballito del diablo y de libélula acechan en el fondo fangoso; las ninfas de efímera se esconden entre las hierbas, las larvas de mosquito se retuercen cerca de la superficie y las cresas de los sílfidos asoman sus tubos respiratorios entre las hojas que se descomponen en la orilla. Además, en los bordes fangosos es fácil ver pequeños gusanos tubifex rojos y lombrices; la agitación convulsiva de cientos y cientos de ellos me llama la atención.

En una ocasión, cuando la charca era más joven y las algas todavía no se habían apoderado de ella, vi una criatura asombrosa. Al principio lo único que percibí fue un leve movimiento. Luego me fijé en que se trataba de un ser con forma de gusano que nadaba en el agua con una fuerte propulsión, como un látigo, y tenía unos sesenta centímetros de largo. También era delgado como un hilo. Parecía una línea de tinta que alguien dibujaba con trazo nervioso una y otra vez. Más tarde me enteré de que se trataba de un gusano pelo de caballo. La larva de esos gusanos vive como parásito dentro de algunos insectos terrestres; los adultos acuáticos pueden llegar a alcanzar un metro de largo. No sé cómo consigue llegar desde el insecto a la charca o desde la charca al insecto, ni con qué forma; tampoco sé por qué demonios necesita esa forma tan exagerada. Si el gusano que vi hubiera sido un par de centímetros más largo o un pelo más fino, dudo que yo hubiera sido capaz de volver a la charca.

La floración del plancton es lo que más me interesa. Los animales del plancton son todas esas criaturas microscópicas a la deriva que nos superan en

número en una proporción asombrosa. Se dice que en primavera «florecen», como las amapolas. Puede que en primavera haya cinco veces más de esos numerosísimos animales que en verano. Entre ellos se encuentran los protozoos —las amebas y otros rizópodos, y varios millones de flagelados y ciliados—; los gelatinosos animales musgo o briozoos; los rotíferos, cuya corona parece girar y viven de forma aislada o en colonias; y todos los crustáceos minúsculos: copépodos, ostrácodos y cladóceros (como las numerosas dafnias). Todos estos animales acuáticos se multiplican de los modos más diversos, comen plantas minúsculas o se comen entre ellos, mueren y caen al fondo de la charca. Muchos de ellos poseen medios de locomoción bastante sofisticados —giran, reman, nadan, avanzan golpeando el agua o azotándola, serpentean...—, pero como son tan pequeños, no son capaces de vencer las corrientes del agua, por pequeñas que sean. Incluso un limnólogo tan sobrio como Robert E. Coker califica el movimiento del plancton como «un continuo deambular».

Un vaso del agua de la charca de los patos parece un caldo de cultivo. Si me llevo el vaso a casa y dejo que el fango se asiente, los animálculos salen por sí mismos; luego, aumento su concentración si los divido en dos cuencos de cristal transparente. Uno de los cuencos lo pinto todo de negro salvo un círculo por donde puede pasar la luz; en el otro cuenco, en cambio, sólo pinto un círculo negro. Pasadas unas cuantas horas, las criaturas que prefieren la luz se acercan al círculo claro, y aquellas que prefieren la oscuridad se acercan al círculo negro. Entonces, si lo deseo, puedo recogerlas con una pipeta y examinarlas con el microscopio.

Allí, bajo el microscopio, aparecen y desaparecen mientras trasteo con el foco. Muevo el ocular hasta que consigo ver la gota ampliada trescientas veces y parpadeo cuando por fin veo un pequeño rotífero llamado monostyla. Se mueve de un lado a otro con nerviosismo, chocándose contra las hebras de alga spirogyra o girando a toda pastilla alrededor del borde deshilachado de un cúmulo de desechos. La criatura es plana y ovalada; como «cabeza» tiene un reborde circular de cilios que giran, y la «cola» es una única púa alargada, de modo que su forma recuerda a la del cangrejo de herradura. Pero es tan increíblemente pequeño, como todos estos animales pluricelulares, que es traslúcido, incluso transparente, y me cuesta trabajo averiguar si está encima o debajo de un alga igual de transparente. Dos monostylas entran en el campo de visión desde direcciones opuestas; se encuentran, chocan, dan media vuelta, se van. Sigo creyendo que si escucho con atención voy a oír el chirrido agudo de diminutos motores. A medida que la luz del espejo calienta la gota,

los rotíferos van deslizándose cada vez con más ímpetu; luego, cuando el agua se evapora, se vuelven más claros y empiezan a oscilar con indecisión; al final, sólo son capaces de contraerse de forma titubeante. Después, lo lavo todo en el fregadero o, en un arrebatado de sentimentalismo, salgo a la carretera bajo la luz de las estrellas y los vierto en un charco. Tinker Creek, donde yo vivo, es demasiado rápido y hostil para la mayoría de ellos.

En realidad no es que esté ansiosa por llevar a cabo estas incursiones microscópicas; en varias ocasiones he estado a punto de caerme de la silla de la cocina mientras seguía con la mirada cansada el pequeño recorrido de un rotífero monostyla y de repente aparecía en escena un enorme nematodo rojo boqueando la imagen y retorciéndose, con unas convulsiones tan grandes que parecía que fuera a golpearme en la cara y a arrasar la cocina. Para mí es como un ejercicio moral; el microscopio en la frente es una especie de filacteria, un recordatorio constante de los hechos de la creación que de otro modo olvidaría. Puedes comprarle un microscopio a tu hijo y decirle en tono solemne: «Mira, hijo, la selva en una gotita». Entonces el niño mira, juega con el agua de la charca, con el moho del pan y con los brotes de cebolla durante un par de meses, pero luego le da por el baloncesto o por las carreras de coches y deja el microscopio arrumbado sobre la mesa del sótano, donde se queda mirando fijamente a través de su propio espejo por toda la eternidad. Entonces te dices que tu hijo está creciendo. Pero en el charco, en el estanque, en el embalse municipal o en el océano Atlántico, los rotíferos siguen girando y masticando, las dafnias siguen filtrando y siendo filtradas, y los copépodos siguen pululando y arrastrando sus sacos de huevos. Éstas son criaturas reales con órganos reales que viven vidas reales, todas y cada una de ellas. No puedo hacer como si no existieran. Si yo vivo, siento, tengo energía y voluntad, los rotíferos también. Las monostylas acuden al círculo oscuro del cuenco; ¿hacia qué círculo me dirijo yo? Puedo moverme con bastante desenvoltura en la calma pero, si cambia el tiempo, si me sitúo a contracorriente, ¿me muevo de verdad o simplemente estoy en «un continuo deambular»?

Fui creada a partir de un coágulo y puesta en movimiento con orgullo y libertad; ellos también. Ese rotífero también fue creado, y esa monostyla con el cuerpo como una bombilla cuyos órganos descoloridos flotan haciendo bucles; también el paramecio, con mil pelillos que se agitan al unísono y lo impulsan a lo largo y ancho de una gota de agua. *¿Ad maiorem Dei gloriam?*

En algún lugar, aunque no encuentro dónde, leí que un cazador esquimal le preguntó al sacerdote misionero de su localidad: «Si no supiera de la

existencia de Dios ni del pecado, ¿iría al infierno?». «No —respondió el sacerdote—. Si no supieras nada, no». «¿Entonces por qué me has hablado de ellos?», respondió el cazador. Si no supiera nada de los rotíferos y los paramecios, ni del florecimiento del plancton que obstruye la charca moribunda, estaría bien; pero, como los he visto, tengo que hacerles frente, tengo que tenerlos en cuenta. «No pierdas nunca tu bendita curiosidad», dijo Einstein; de modo que saco el microscopio de la estantería, coloco una gota de agua de la charca de los patos sobre una lámina de cristal e intento mirar a los ojos a la primavera.

## 8 INTRINCACIÓN

### I

Una luz rosácea y compleja satura mi cocina a finales de estos largos días de junio. A partir de la explosión, producida hace ocho minutos, de una estrella cercana, la luz viaja por el espacio en ondas de partículas, golpea el planeta, se desvía hacia nuestro continente y se filtra a través de una malla de polvo terrestre: fragmentos de arcilla, de tierra, minúsculos insectos que flotan en el viento, bacterias, trozos de alas y patas, polvo de grava, motas de carbón y células secas de hierba, de corteza, de hojas. Enrojecida, la luz se inclina por el valle sobre las verdes montañas occidentales; se cierne entre las agujas de pino, sobre las laderas del norte y a través de los robles y los espinos, cuyas hojas se van soltando una a una y forman una intrincada, dentada y lobulada neblina. La luz cruza el valle, se abre paso por la mosquitera de la ventana de mi cocina y baña en oro la pared pintada. Una plancha de luminosidad se inclina desde la pared y se extiende por encima de la pecera de la carpa dorada sobre la mesa donde estoy sentada. El lomo del pez refleja la luz hacia donde yo estoy; se me llenan los ojos de escamas y estrellas.

Ellery me costó veinticinco centavos. Es de un profundo color rojo anaranjado, más oscuro que la mayoría de las carpas doradas. Recorre cortas distancias manejando principalmente sus delgadas aletas laterales, que parecen proporcionarle el impulso necesario para subir, bajar o ir hacia atrás. Me llevó varios días descubrirle las aletas ventrales; son completamente transparentes, casi invisibles: unas aletas fantásticas. También tiene una aleta anal corta y su cola tiene profundas muescas y es transparente en las afiladas

puntas. Puede estirar la boca, que entonces parece un tubo; también puede modificar el ángulo de los ojos para mirar hacia delante y hacia atrás, en vez de limitarse a los laterales. Su tripa, si podemos llamarla así, es de un color blanco que se extiende por parte de los costados. Ellery el abigarrado. Cuando abre las hendiduras branquiales, muestra una fina medialuna plateada, donde se superpone el opérculo, como si su brillo fuera una quemadura del sol.

Como decía, pagué por él veinticinco centavos. Nunca antes había comprado un animal. Fue muy simple: me dirigí a una tienda de Roanoke llamada Mascotas mojadas, le di al dependiente una moneda y él me pasó una bolsa de plástico anudada llena de agua con una planta verde flotando y la carpa dorada nadando. Este pez, que no tiene ni dos bocados, tiene el intestino enrollado, una espina de donde parten huesos finos y un cerebro. Justo antes de esparcir su alimento en copos, doy tres golpecitos en el borde de la pecera para condicionarlo y él nada hacia la superficie. Y... también tiene corazón.

Hace años vi unas células rojas avanzando por los capilares de la cola transparente de una carpa dorada. El pez estaba anestesiado con éter. Tenía la cabeza depositada en un algodón húmedo y la cola sobre una lámina situada bajo un microscopio de disección, uno de esos maravillosos microscopios que concentran la luz, con dos objetivos que son como un estereoscopio en el que los fragmentos del mundo —incluso la piel de mi dedo— parecen brillantes, con miles de luces de colores, y tan profundos como cualquier paisaje alpino. Las células de sangre roja de la cola del pez corrían a través de unos canales estrechos que resultaban casi invisibles, salvo por los hilos relucientes que se veían en la transparencia general. No oscilaban ni se ralentizaban ni dejaban de fluir en ningún momento, como el arroyo; discurrían enrojeciendo la corriente arriba y abajo, uno a uno, en una circulación sin fin. (La energía de ese pulso me recuerda una particularidad del cuerpo humano: si te sientas en perfecto equilibrio sobre la parte baja de la columna vertebral con las piernas cruzadas en posición de sastre o dobladas con las rodillas hacia el pecho, aun reteniendo la respiración, el cuerpo se mecerá con la energía del corazón, hacia adelante y hacia atrás, sin esfuerzo, durante todo el tiempo que quieras). Aquellas células rojas están corriendo de esa misma manera por la cola de Ellery en este momento, también por su boca y por sus ojos, y también por los míos. Nunca olvidaré la imagen de aquellas células; pienso en ellas cuando veo el pez en la pecera; pienso en ellas cuando me tumbo en la cama por la noche e imagino que si me concentro lo suficiente seré capaz de sentir en los capilares del dedo el pequeño golpeteo y el paso de esos puntitos circulares, como una ristra de cuentas que corriera por mi mano.

En la pecera está sucediendo algo más. Ahí, en la mesa de la cocina, alimentado por la plancha de luz compleja, el plancton está floreciendo. El agua amarillea y se enturbia; una baba transparente cubre las hojas de la planta acuática, una *elodea*; una capa verdeazulada de algas unicelulares se aferra al cristal. Y tengo que limpiar la dichosa pecera. Te ahorraré los detalles, lo que me interesa ahora es la planta. Mientras Ellery nada en el fregadero taponado, quito las algas bajo el grifo de otro fregadero distinto, lavo la grava y froto las numerosas hojas frondosas de la *elodea* con el agua corriente hasta que están limpias.

La *elodea* es una planta a la que no se le presta mucha atención. Los acuaristas la usan porque es fácil de conseguir y desprende oxígeno estando sumergida en su totalidad; los laboratorios la utilizan porque sus hojas sólo tienen dos células de grosor. Es abundante, barata y crece sin mucha complicación, como la carpa dorada. Y, también como la carpa dorada, sus células actuaron para mí sin saberlo en el escenario del microscopio.

Yo me encontraba en un laboratorio, utilizando un microscopio muy caro. Estaba mirando con mucha atención a través de los dos oculares gemelos y vi de nuevo aquel mundo colorido y reluciente. Una hoja de *elodea*, delgada y rectangular, de alrededor de medio centímetro de longitud, estaba depositada en un portaobjetos húmedo y muy bien iluminado desde debajo. En el círculo de luz formado por los dos oculares enfocados hacia la hoja traslúcida, vi un pulcro mosaico de células casi incoloras. Estas células eran grandes —ocho o nueve de ellas, aumentadas cuatrocientas cincuenta veces, llenaban el círculo—, de modo que pude ver lo que pretendía: el flujo de los cloroplastos.

Los cloroplastos contienen clorofila; proporcionan color al mundo verde y llevan a cabo la tarea de la fotosíntesis. Alrededor del perímetro interior de cada una de las células gigantes se extendía un circuito continuo de esos puntos verdes brillantes. Giraban como los paramecios; latían, se empujaban y se amontonaban. Un cambio de enfoque reveló de pronto las corrientes arremolinadas del río de citoplasma transparente, una suerte de «éter» para los cloroplastos, o de «espacio-tiempo» en el que viven su minúscula existencia. De vuelta a los puntos verdes observé que brillaban, pululaban formando hileras en continuo movimiento que giraban y giraban por el borde de la célula; deambulaban, se empujaban, aceleraban y se apresuraban en el borde de una nada aparente, en el interior de una célula de aspecto vacío; discurrían y empujaban todo su verdor contra la pared vegetal.

En el mundo de las plantas, todo lo verde consiste en estos cloroplastos redondos abriéndose camino a través del agua. Si analizas una molécula de

clorofila, obtienes ciento treinta y seis átomos de hidrógeno, carbono, oxígeno y nitrógeno relacionados de un modo preciso y complejo alrededor de un anillo central. En el centro del anillo hay un único átomo de magnesio. Ahora bien, si quitas ese átomo de magnesio y en su lugar exacto colocas un átomo de hierro, obtienes una molécula de hemoglobina. El átomo de hierro se combina con todos los demás átomos para formar sangre roja, el flujo de puntitos rojos de la cola del pez.

Así pues, hay un pequeño mundo dentro de la pecera, y uno muy grande a la vez. Supongamos que el núcleo de cualquier átomo del interior de la pecera fuera del tamaño de un hueso de cereza; el electrón más cercano giraría a su alrededor a ciento setenta metros de distancia. Un remolino de aire en la vejiga natatoria equilibra el peso de la carpa dorada en el agua; sus escamas se superponen, sus branquias plumosas bombean agua y la filtran; sus ojos funcionan, su corazón late, su hígado absorbe, sus músculos se contraen en una ola de ondas prolongadas. Las dafnias que come tienen ojos y patas articuladas. Las algas que comen esas dafnias están compuestas de células verdes que se amontonan como las casillas de las damas o que serpentean en forma de cintas estrechas como escaleras de caracol alrededor de largas columnas de vacío. Y así sucesivamente, decreciendo cada vez más. Todavía no hemos encontrado una partícula tan pequeña que por así decir, fuera increada, como un vacío metálico, o que sólo haya sido esbozada... y nunca la encontraremos. Pasamos del paisaje a la escultura móvil y de la escultura al *collage*, buscando estructuras moleculares que son como un baile campestre de Brueghel, buscando átomos, livianos y equilibrados como un lienzo de Klee, buscando las partículas atómicas, el corazón de la materia, tan vigorosas y salvajes como cualquier santo de El Greco. Y todo funciona. «La naturaleza —dijo Thoreau en su diario— es siempre mítica y mística y emplea todo su genio en la más mínima obra». El creador, añadiría yo, produce en serie esa textura intrincada de obras mínimas —el mundo— con un derroche de genio y mimo. Ahí reside la cuestión.

Estoy aquí sentada mirando la pecera de la carpa dorada y quebrándome los sesos. *Ich kann nicht anders*. Yo estoy aquí, tú estás allí. Podríamos decir incluso que ahora mismo estás al otro lado de esta mesa, enfrente de mí. Nuestras miradas se cruzan: una conciencia viene y va. Lo que sabemos, al

menos como punto de partida, es que estamos aquí, eso es incontestable. Ésta es nuestra vida, éstas son las estaciones luminosas, y más tarde morimos. (Morirás, morirás; al principio estás mojado y después te secarás). Mientras tanto, durante ese intervalo, podemos ver. Las vendas se nos caen de los ojos, las cataratas desaparecen y nos dedicamos a darles sentido a las manchas de colores mientras nos esforzamos en descubrir dónde estamos tan incontestablemente. Es lo lógico: cuando uno se muda, intenta conocer bien el barrio.

Mi interés acerca de dónde estoy es tan apasionado como el de un marinero sin sextante a bordo de un queche ante el mar abierto. ¿En qué otra cosa iba a pensar? Por suerte, como el marinero, estoy en una situación que me permite dedicar una buena cantidad de tiempo a ver lo que puedo ver y a intentar darle sentido. He aprendido los nombres de algunas de esas manchas de colores, pero no sus significados. He leído libros. He recopilado estadísticas febrilmente: la temperatura media de nuestro planeta es de catorce grados centígrados. El veintinueve por ciento de las tierras, casi un tercio, están dedicadas al cultivo de pastos. El tamaño medio de los animales vivos, incluyendo al hombre, es más o menos el de una mosca doméstica. La tierra está formada principalmente por granito, que a su vez está constituido sobre todo por oxígeno. De los animales con un tamaño suficiente para que podamos verlos, los más numerosos son los copépodos, los ácaros y los colémbolos; respecto a las plantas, las más numerosas son las algas y los juncos. En los Apalaches hemos encontrado una capa de carbón con ciento veinte vetas, lo que significa que ciento veinte bosques quedaron sumergidos en el agua, apilados como cadáveres en cajones. Y así todo. La estadística y todos los elementos relacionados con las partículas subatómicas, los cuantos, los neutrinos, etcétera, constituyen, en efecto, la luz infrarroja y ultravioleta de ambos extremos del espectro. Son demasiado grandes o demasiado pequeños para que los veamos, para que los comprendamos; me resultan más o menos invisibles aunque estén presentes, y me resultan periféricos, en el sentido estricto de la palabra, porque ni siquiera entiendo los que puedo ver con facilidad. Me gustaría verlos todos, comprenderlos todos, pero tengo que empezar por algún sitio; de ahí que prefiera dedicarme a la chinche acuática gigante del Tinker, al vuelo de trescientos tordos alirrojos desde un naranjo de los osages, a la pecera de la carpa dorada y a la piel de la serpiente, y dejar a un lado los concernientes a la tasa de natalidad y la explosión demográfica en los sistemas solares.

Así que pienso en el valle. Y me sucede cada vez con más frecuencia que lo que veo es absolutamente gratuito. La depredación de la chinche acuática gigante, el croar de la rana y el árbol con luces no son, en sentido estricto, necesarios por sí mismos, ni para el mundo ni para su creador. Ni yo tampoco. La creación ante todo, su propia existencia, es la única necesidad, lo único por lo que moriría y por lo que, de hecho, moriré. Lo curioso de esa existencia, tal y como la conozco y la veo, es que, mientras pienso en ella, se acumula en mi mente como una profusión de detalles. Este perímetro traslúcido, esta red de detalles, asume una importancia primordial. El hecho más importante y visible relacionado con la creación parece ser la prodigalidad de detalles. Si los árboles te impiden ver el bosque, mira los árboles; cuando hayas mirado suficientes árboles, habrás visto un bosque, lo habrás entendido. Si el mundo es gratuito, el borde de la aleta de la carpa dorada lo es un millón de veces más. La primera cuestión —y la única crucial— de la creación del universo y de la existencia de algo como señal y enfrentamiento a la nada es una pregunta en blanco. No puedo pensar en ella. Por eso centro mi atención en lo que rodea a esa pregunta, en la aleta del pez, en la complejidad del mundo salpicado de detalles.

Hay una antigua fórmula cabalística que habla del «misterio de la ruptura de las vasijas». Estas palabras hacen referencia a la reducción o aprisionamiento de esencias contenidas en diversas formas de emanación o tiempo, unas formas recubiertas de un caparazón. Las vasijas se rompieron y los sistemas solares se pusieron a girar; los rotíferos ciliados comenzaron a dar vueltas en las aguas mansas y los tritones con branquias dejaron su rastro en el fondo sedimentario del arroyo. Las vasijas no sólo se rompieron: se hicieron añicos. La complejidad, por tanto, es el asunto principal: la complejidad del mundo creado.

Eres Dios. Quieres hacer un bosque, algo que sostenga el suelo, que atrape energía solar y que desprenda oxígeno. ¿No sería mucho más fácil idear una capa de sustancias químicas, una hectárea verde de alguna materia viscosa?

Eres un ser humano, un empleado de ferrocarriles jubilado, aficionado a construir réplicas. Decides elaborar una réplica de un árbol, del pino de hoja larga que tu abuelo plantó hace años —aunque será sólo una réplica, no tiene que funcionar—. ¿Cómo lo vas a hacer? ¿Cuánto tiempo crees que vas a

vivir? ¿Qué tal es el pegamento que vas a usar? Antes de nada, vas a tener que cavar un hoyo para meter el tronco, un hoyo que se quede a medio camino de China si quieres que el árbol se mantenga en pie. Ha de ser bien grande, ya que, si la réplica es demasiado pequeña, no podrás manipular las delgadas agujas de tres caras para unir las en grupos de tres y formar los manojos que irán en las ramitas flexibles. A su vez, esas ramitas tendrán que ir cubiertas de «numerosas escamas de un color blanco plateado con los bordes irregulares y dispuestas a lo largo». ¿Son las piñas de tu pino «delgadas, planas y redondeadas por el vértice»? ¿Y las partes expuestas del cono cerrado son «de color marrón rojizo, normalmente rugosas, provistas de una pequeña espina invertida en la parte de atrás, con curvas hacia la base de la escama»<sup>[18]</sup>? Cuando sueltes el hilo de cobre que ata las ramas al tronco, el árbol entero se te hundirá como una sombrilla.

Eres un estornino. Te he visto volando sin parar atravesando un pino de hoja larga.

Eres un escultor. Subes por una gran escalera y untas grasa por toda la superficie de un pino de hoja larga. Luego, construyes un cilindro hueco, una especie de compartimento estanco que rodea todo el pino, y lo engrasas por la cara interna. Subes por la escalera y te pasas la siguiente semana vertiendo yeso hasta cubrir todo el pino. Esperas; el yeso se endurece. Luego abres las paredes del cilindro, divides el yeso en dos, sierras el árbol, lo quitas, te deshaces de él, y tu intrincada escultura ya está lista: la forma de un trozo de aire.

Eres un cloroplasto que se mueve por el agua bombeada a treinta metros de altura. Hidrógeno, carbono, oxígeno y nitrógeno en un anillo alrededor del magnesio... Eres la evolución; acabas de empezar a hacer árboles. Eres Dios... ¿Estás cansado? ¿Has terminado ya?

La intrincación significa que hay un perímetro estriado alrededor de ese algo que existe en contraposición a la nada, un perímetro que se levanta y se extiende, que crece en detalles. Invierte mentalmente el espacio positivo y el negativo, como el molde de escayola del pino, e imagina el vacío como una especie de persona, una persona ilimitada constituida de una arcilla elástica y amorfa. (De momento olvida que el aire de nuestra atmósfera es «algo» y considéralo «nada», el espacio negativo del escultor). El hombre de arcilla

rodea completamente los agujeros que hay en él, que son las galaxias y los sistemas solares. Los agujeros se separan, se expanden, se encogen, cambian de rumbo, dan vueltas, giran sobre sí mismos. El cede, como si fuera agua, se propaga y llena lo invisible. Hay un agujero irregular, nuestra tierra, un agujero con el perímetro deshilachado y desgarrado, con montañas y pinos. Y ahí está la forma enredada y veloz de otro contorno, el agujero de una pluma sobre el hueco del ala voladora de un ganso que se extiende sobre el planeta. Quinientas barbas de vacío que agujerean la arcilla desde ambos lados de un raquis central flexible. Cada barba tiene dos bordes de quinientas barbillas cada uno, lo que suma un total de un millón de barbillas por pluma, estriadas y ganchudas en una matriz de vacuidad cerrada. El hombre de arcilla va y viene infaliblemente a través de ese tejido, así como a través de los agujeros de las demás plumas, del ganso, del bosque de pinos, del planeta, etcétera.

En otras palabras, incluso en el nivel de lo totalmente corriente y claramente visible, la creación se desarrolla con una complejidad insondable y en apariencia injustificada. El ping solitario que se convirtió en el primer átomo de hidrógeno *ex nihilo* fue de una radicalidad tan impensable y violenta que seguramente tuvo que bastar, tuvo que ser más que suficiente. Pero mira lo que pasa. Abres la puerta y todo el cielo y el infierno se ponen patas arriba.

La evolución, por supuesto, es el vehículo de la intrincación. La estabilidad de las formas simples es la base sólida desde la que es posible que surjan más formas estables complejas, generando a su vez más formas complejas y así sucesivamente. La naturaleza estratificada de esta estabilidad, como una casa construida sobre una roca sobre otra roca sobre otra roca, actúa, en palabras de Jacob Bronowski, como la «rueda dentada» que evita que todo el tinglado «patine hacia atrás». Trae una pluma a la casa y un piano; pon una escultura en el tejado, por supuesto, y banderolas en los dinteles; la casa se mantendrá.

Existen, por ejemplo, doscientos veintiocho músculos distintos e independientes en la cabeza de una oruga común. Por otra parte, leo lo siguiente acerca del ostrácodo, un crustáceo de agua dulce del tipo de los que aplasto a millares cada vez que pongo un pie en el arroyo Tinker: «El animal tiene un ojo en la parte delantera. El canal alimentario reside bajo la charnela, y alrededor de la boca están los apéndices alimentarios, con forma plumosa, que atrapan la comida [...]. También tienen una pata con dedos en la parte de atrás que les sirve, entre otras cosas, para retirar partículas indeseadas de esos apéndices alimentarios». Además, como ya dije, un olmo grande tiene seis millones de hojas. De acuerdo... Estas hojas están dentadas, y esos dientes, a

su vez, están dentados. ¿Cuántas muescas y barbas hacen falta para un mundo? Los intrincados bordes de las hojas van hacia dentro y hacia fuera «y nadie sabe por qué». Todas las teorías botanistas que han procurado explicar las funciones de las diferentes formas de las hojas se derrumban bajo una avalancha de inconsistencias. Simplemente no lo saben, no pueden imaginárselo.

Muchas veces me doy cuenta de que estas cosas que a mí me obsesionan a otras personas les dan exactamente igual. Soy muy proclive a acercarme a algún inocente en medio de una reunión y, como el antiguo marinero del poema de Coleridge, mirarlo con ojos brillantes y feroces y decir: «¿Sabías que en la cabeza de la oruga del cócido del sauce hay doscientos veintiocho músculos individuales?». El pobre desdichado huye despavorido. No estoy intentando entablar una conversación, lo que pretendo es cambiar su vida. Es como si yo tuviera un órgano del que los demás carecen, una especie de máquina de trivialidades.

Cuando era pequeña pensaba que todos los seres humanos tenían un órgano dentro de los párpados inferiores que servía para atrapar las cosas que se nos metían en los ojos. No sé de dónde me saqué este dato anatómico. Se me metían cosas en el ojo y desaparecían, así que supuse que caían en la bolsita ocular. Esta bolsita ocular era delgada, tenía unas finas paredes parecidas a las de un monedero, y estaba provista de unos delicados poderes digestivos que le permitían absorber pestañas, hebras de tela, motas de polvo y cualquier cosa que se perdiera por el ojo. Bueno, la existencia de esta bolsita ocular resultó hallarse únicamente en mi cabeza y, según parece, ahí es donde sigue: una bolsita cerebral que captura y absorbe pequeños fragmentos que se me meten en lo más profundo de los ojos.

Lo único que recuerdo de un curso de zoología obligatorio al que asistí hace unos años, por ejemplo, es la impresión que tuve al enterarme de que en el universo hay un elemento llamado asa de Henle. Su domicilio terrestre está en el riñón humano. Acabo de refrescar mi memoria acerca de este asunto. El asa de Henle es un tubo pequeñísimo con forma de yugo u horquilla que está en la nefrona del riñón. La nefrona, a su vez, es una estructura filtrante que produce orina y reabsorbe nutrientes. Esta actividad es muy importante, ya que una quinta parte de la sangre que bombea el corazón llega a los riñones.

Es imposible describir una nefrona; te aproximarías bastante a reproducir su estructura si arrojaras al suelo unos trece metros de cuerda. Si hacia la

mitad de la cuerda se formara una curva muy cerrada, eso sería el asa de Henle. Los otros dos tramos de cuerda alborotada y enredada serían el túbulo contorneado proximal y el túbulo contorneado distal, que tienen justo esa forma. Pero lo principal estaría en una maraña de cuerda, «una red casi esférica de capilares paralelos» llamado glomérulo, que está en el corpúsculo de Malpighi. Éste es el no va más de los filtros: está provisto de arteriolas aferentes y eferentes y protegido por una cápsula de doble capa. Comparado con el glomérulo, el asa de Henle es bastante insignificante. Al ir de un lado a otro de un modo tan sinuoso, el asa de Henle contiene una gran cantidad de tubo filtrante en un espacio muy reducido. Pero este delicado tubo de tejido en forma de U, al bajar y luego subir de un modo tan abrupto, es en realidad una extravagancia periférica; por eso lo recordaba. Y es un hermoso derroche, como el meandro de un arroyo.

Ahora bien, el caso es que hay millones de nefronas en cada riñón humano. Tengo dos millones de glomérulos, dos millones de asas de Henle, y todos los he fabricado yo sola, sin el más mínimo esfuerzo. Son, sin duda, mi trabajo más minucioso. ¡Qué elaboración, qué derroche! El segmento proximal del túbulo, por ejemplo, «está compuesto de células cúbicas irregulares con unas estriaciones características o vellosidades (borde en cepillo) en el lado interno o luminal». Éstos son mis fundamentos periféricos, un verdadero bosque de pinos.

Van Gogh, como recordarás, decía que el mundo era un esbozo que no había salido bien. Si «safio bien» o no, es una cuestión complicada. Los cloroplastos corren por la hoja como si estuvieran propulsados por un inmenso aliento invisible; pero, por otra parte, hay un dolor innegable que brota del arroyo de las Sombras y, desde sus orillas solitarias, parece que todos nuestros perímetros intrincados, aunque hermosos, son las estriaciones de un desollamiento universal inmerecido. Pero no, Van Gogh: no es un esbozo. Ésa es la verdad de la extensa intrincación de los detalles del mundo: la creación no es un esbozo, un bosquejo rudimentario, sino que es suprema y meticulosa, abundante, derrochadora y está acabada.

Existe otro aspecto de la creación, junto con la complejidad, que me ha impresionado en el transcurso de mis divagaciones. Observa de nuevo el gusano pelo de caballo, con un metro de longitud y el grosor de un hilo, que

atraviesa el estanque de los patos a toda prisa o se enreda con otros congéneres suyos formando un resbaladizo nudo gordiano. Observa una bola de abejas zumbadoras hibernando o una tortuga respirando por la cloaca por debajo del hielo. Mira el fruto del naranjo de los osages, grande como un pomelo, verde, enrevesado como el cerebro humano. O mira el intestino traslúcido de un rotífero: en él hay algo naranja y potente que entra y sale como un pistón, y algo pequeño y redondo que gira sobre sí mismo como un volante. Mira de cerca casi cualquier cosa —las patas de una focha, la cara de una mantis, un plátano, la oreja humana— y verás que el creador no sólo lo ha creado todo, sino que tiene capacidad para crear cualquier cosa. No se detendrá ante nada.

No hay nadie observando la evolución con un lápiz azul en la mano diciendo: «Eso de ahí es absolutamente ridículo y no lo acepto». Si la criatura lo fabrica, ya tiene el visto bueno. ¿Tenemos mejor gusto que el creador? La única consideración estética de la evolución es la utilidad para la criatura. Que yo sepa, la forma sucede a la función en el mundo creado y la criatura que funciona, por extraña que sea, sobrevive para perpetuar dicha forma. Conozco algunas de las respuestas y desconozco otras acerca de la complejidad de la forma: sé por qué las barbillas de las plumas se entrelazan y por qué el asa de Henle es curvada, pero no sé por qué las hojas de los olmos tienen bordes zigzagueantes o por qué las escamas de la mariposa y el polen encajan entre sí. Pero de la variedad de las formas, de su multiplicidad, no sé nada, salvo que, en apariencia, cualquier cosa sirve. Esto incluye tanto las formas de comportamiento como las de diseño: la mantis que devora a su pareja, la rana hibernando en el fango, la araña envolviendo a un colibrí, la procesionaria del pino siguiendo un hilo a horcajadas. Bienvenido a bordo. Es un espíritu generoso quien reúne a este equipo tan variopinto.

Fíjate, por ejemplo, en el escarabajo hércules africano, que es tan grande, según Edwin Way Teale, «que por las tardes, cuando pasa zumbando por el campo, su sonido recuerda al de un aeroplano aproximándose». O mejor, considera la descripción de Teale de las hormigas melíferas de Sudamérica. El abdomen de estas hormigas puede alcanzar unas proporciones enormes. «Algunos miembros de la colonia actúan como recipientes para almacenar la ligamaza reunida por las obreras. Nunca abandonan el nido. Con el abdomen tan hinchado que no pueden caminar, se agarran al techo de la cámara subterránea y regurgitan alimento para las obreras cuando éstas lo necesitan». Mientras leo estos fragmentos, siento que las hormigas están tan presentes como si estuvieran en el techo de mi cocina o bajo la bóveda de mi cráneo,

unos tarros vivientes y palpitantes, unos barriles abultados, unas tetas con un animal provisto de ojos en la parte delantera que piensa: «¿Qué?».

Blake dijo: «¡Quien no prefiere la forma al color es un cobarde!». A veces me gustaría que el creador hubiera sido más cobarde y nos hubiera proporcionado menos formas y más colores. Aquí, cerca de casa, hay una forma interesante. Es la larva, o la ninfa, de una libélula corriente. Estas ninfas sin alas miden algo menos de tres centímetros y son gordas como lombrices. Acechan por el fondo de todas las charcas y todos los arroyos del valle sorbiendo agua por el recto, que lo tienen provisto de branquias. Pero lo que me interesa son sus caras. Según Howard Ensign Evans, «el labio inferior de la larva de la libélula es alargadísimo y tiene una doble articulación en bisagra para poder replegarla debajo del cuerpo cuando no está en funcionamiento; la parte exterior del labio también es amplia y está equipada con unos ganchos robustos que en posición de reposo forman una máscara que cubre gran parte de la cara de la larva. El labio puede salir hacia delante con rapidez y los ganchos terminales son capaces de agarrar presas e introducirlas en las afiladas mandíbulas articuladas. Las larvas de libélula atrapan muchos tipos de pequeños insectos que viven en el agua; las más grandes, incluso, son capaces de agarrar peces pequeños».

El mundo está lleno de criaturas que por alguna razón nos resultan más extrañas que otras y las bibliotecas están llenas de libros que las describen: mixinos, ornitorrincos, pangolines con aspecto de lagarto de más de un metro de largo con escamas verdes y brillantes superpuestas como las hojas de un árbol paraguas encima del tejado de una choza, mariposas que surgen de hormigueros, arañas inmaduras que flotan en el aire portando pequeñas pelotas de seda, cangrejos de herradura... El creador crea. ¿Se inclina, habla, salva, socorre, se impone? Puede que sí. Pero sobre todo crea; lo crea todo, cualquier cosa.

De todas las formas de vida conocidas, sólo quedan vivas un diez por ciento. Las demás —plantas fantásticas, plantas corrientes, animales con alas, cola, dientes y cerebros inimaginables— han desaparecido para siempre. Eso supone una enorme cantidad de formas creadas. Si multiplicamos por diez el número actual de formas vivas, obtenemos una profusión bastante superior a lo que considero imaginable. ¿Por qué existen tantas formas? ¿Por qué no hay simplemente un átomo de hidrógeno? El creador se va por las ramas una vez tras otra, o millones de veces a la vez, con una exuberancia que podría parecer injustificada y con una energía desenfrenada que fluye desde una fuente insondable. ¿Qué está pasando aquí? Lo del labio terrible de la libélula, lo de

la chinche acuática gigante, lo del canto del ave o lo del hermoso destello de los pececillos bajo la luz del sol no son piezas que encajen como la maquinaria de un reloj —de hecho, no encajan ni en el interior de la pecera—, sino que todo fluye de un modo tan libre y salvaje como el arroyo, donde esos elementos se deshilachan formando un enredo liberado de toda traba. La libertad es el agua y el clima del mundo, su alimento entregado de forma gratuita, su tierra y su savia: y al creador le encanta la acción.

## II

Mi objetivo no es tanto el de aprenderme los nombres de los jirones de creación que prosperan en este valle como el de estar abierta a sus significados, es decir, tratar de que su verdadera realidad influya en mí todo lo posible y en todo momento. Quiero que los objetos estén presentes y sean visibles para mí en sus formas más variadas e intrincadas. Entonces, tal vez podría sentarme en la colina junto a los libros quemados, donde vuelan los estorninos, y ver no sólo los estorninos, el campo de gramíneas, la roca de la cantera, el bosque de enredaderas, la laguna de Hollins Pond y las montañas de detrás, sino que, al mismo tiempo, vería barbas de plumas, colémbolos en la tierra, cristal en la roca, cloroplastos circulando, rotíferos latiendo y la forma del aire en los pinos. Y, si procuro estar atenta a la física cuántica y estar al día en astronomía y cosmología, si de verdad tengo fe en todo eso, quizá también sea capaz de divisar el paisaje del universo. ¿Por qué no?

El paisaje consiste en la complejidad y las formas múltiples y superpuestas que existen en un espacio y un momento determinados. El paisaje es la textura de la complejidad y la textura es lo que más me interesa ahora mismo. La complejidad del detalle y las variedades de forma se acumulan en las texturas. La pluma de un pájaro es una intrincación; el pájaro es una forma; el pájaro en el espacio, en relación con el aire, el bosque, el continente, etcétera, es el hilo de una textura. La luna también tiene su textura, sus paisajes esculpidos llenos de cráteres incluso en sus mares más planos. Los planetas son más que esferas lisas, la galaxia misma es una mota de textura, que amarra y limita. Pero es aquí, en la Tierra, donde la textura me interesa sobremanera. Dondequiera que hay vida, hay enredo y desorden: el encrespamiento de un líquen ártico, la maraña de broza a lo largo de una orilla, la articulación de la pata de un perro, la forma en que una línea recta se convierte en una curva, en una escisión o en un nudo. Nuestro planeta se

caracteriza por ser escarpado, por sus montañas agolpadas al azar, por los márgenes crispados de sus costas.

Piensa en un globo terráqueo que gira sobre un soporte. Piensa en el contorno del globo, cuyas cadenas montañosas proyectan sombras, cuyos continentes se alzan en bajorrelieve sobre los océanos. Y después, piensa en lo que es realmente. Esas alturas no son simples sugerencias, están allí. Plinio, que sabía que el mundo es redondo, imaginó que cuando se estudiara la superficie de la Tierra tendría la apariencia no de una esfera, sino de una piña llena de irregularidades. Cuando pienso en atravesar a pie un continente, me imagino todas las colinas vecinas, las pequeñas cuestas por donde los niños deslizan sus trineos. Todo está esculpido, todo es tridimensional y proyecta sombras. ¿Y si tuvieras un globo terráqueo enorme en relieve —un globo para el estudio geológico con una escala de ciento cincuenta metros el centímetro— que fuera tan grande que mostrara las carreteras y las casas de todo el mundo y el fondo de los océanos? Nada más mirarlo, te darías cuenta de que se tendrían que haber excluido ciertos detalles, como la disposición de los muebles en las habitaciones, los montones de rocas partidas en el lecho de un arroyo, las herramientas del interior de una caja, los transatlánticos laberínticos, la forma de las dragonarias, las morsas. ¿Dónde se encuentra lo que más te preocupa en la Tierra, el vaciado de una cara? El globo en relieve no podría mostrar los árboles, entre cuyas ramas superpuestas las aves crían a sus polluelos, ni los surcos de la corteza, donde criaturas completas y fácilmente visibles pasan su vida considerando que ése es su mundo.

¿Qué hago con toda esa textura? ¿Qué dice eso acerca del tipo de mundo en el que me encuentro? La textura del mundo, con su filigrana y sus volutas, significa que es posible la belleza, una belleza inagotable en su complejidad que se abre cuando llamo a su puerta, que me responde a una llamada que me olvido de hacer y que me prepara para la naturaleza salvaje y exagerada del espíritu que busco.

En el siglo XVIII, cuando los turistas europeos ilustrados visitaban los Alpes, se vendaban los ojos para protegerse de la evidente y horrible irregularidad de la tierra. Es difícil saber si no se trataba de simple afectación, puesto que hoy en día las pruebas que se realizan a recién nacidos —que todavía no han recibido nuestras ideas sobre la belleza— siempre muestran que prefieren los dibujos complejos a los simples. En todo caso, después del Romanticismo, y después de Darwin, debo añadir, nuestra noción de la belleza cambió. Si la tierra fuera lisa como un rodamiento, sería bella desde otro planeta, como lo son los anillos de Saturno. Pero aquí es donde vivimos y

donde nos movemos; vagamos arroyo arriba y arroyo abajo por la orilla, tomamos un ferrocarril que recorre los Alpes y el paisaje se transforma. Si la tierra fuera lisa, nuestro cerebro también lo sería; nos despertaríamos, parpadearíamos, daríamos dos pasos para tener una imagen completa y volveríamos a caer en un adormecimiento sin sueños. Porque somos personas vivas y porque estamos en el punto de mira de la belleza, hay otro elemento que interviene por fuerza. La textura del espacio es una condición del tiempo. El tiempo es la urdimbre, la materia es la trama de la belleza tejida en el espacio, y la muerte es la lanzadera. ¿Esas personas del siglo XVIII se creían inmortales? ¿O viajaban en unos carruajes regidos por la catalepsia, sabían que nunca se volverían a mover y, presas del pánico, buscaban vendas para taparse los ojos?

Lo que quiero hacer, entonces, es añadir tiempo a la textura, pintar el paisaje en un pergamino que no pueda desenrollarse y dejar que el globo terráqueo gigante dé vueltas en su soporte.

El año pasado viví una experiencia insólita. Estaba despierta con los ojos cerrados cuando tuve un sueño. Fue un pequeño sueño sobre el tiempo.

Yo estaba muerta, supongo, en un espacio negro y profundo entre muchas estrellas blancas. Me había sido revelada mi propia conciencia y me sentía feliz. Entonces vi, mucho más abajo, una franja de colores larga y curvada. Cuando me acerqué, me di cuenta de que se estrechaba en ambas direcciones hasta el infinito y comprendí que estaba viendo el tiempo del planeta donde había vivido. Parecía una bufanda de lana de mujer; cuanto más estudiaba un punto determinado, más puntos de colores veía. La profundidad y variedad de los puntos no tenían fin. Empecé a buscar con interés mi tiempo pero, aunque cada vez aparecían más motas de color y la textura de la tela crecía en complejidad, no lo encontré, ni tampoco reconocí ningún tiempo cercano al mío. No logré distinguir ni siquiera una pirámide. Sin embargo, mientras miraba esta franja de tiempo, entendí con total claridad que todas las personas, de forma individual, vivían ese preciso instante con gran emoción, con la complejidad del detalle, en su tiempo y lugar propios, persona por persona, como puntadas en las que se envolvían mundos enteros de sensaciones y energía en una tela infinita. De repente recordé el color y la textura de nuestra vida tal y como la conocimos —esas cosas que se nos han olvidado por completo— y pensé, mientras seguía buscando en la franja ilimitada: «Qué buena época fue aquella, una buena época para vivir». A continuación empecé a recordar nuestro tiempo.

Me vinieron a la memoria los prados verdes sembrados de zanahorias, una a una, en filas estrechas. Hombres y mujeres con chalecos y bufandas brillantes arrancaban las zanahorias del suelo y se las llevaban en cestas al interior de sus cocinas umbrías, donde las frotaban con estropajos amarillos bajo el agua corriente. Vi ganado con la cara blanca, mugiendo y vadeando arroyos con el pelo ondulado y lleno de polvo entre las orejas. Vi podófilos en los bosques irrumpiendo por los caminos cubiertos de hojas. Las células de los pelos absorbentes de las raíces de los sicomoros se escindían y se dividían y las manzanas se llenaban de manchas y rayas en otoño. Las montañas custodiaban sus frescas cuevas y las ardillas corrían hacia sus nidos entre los parches de sol y sombra.

Recordé el océano y creí estar en él, nadando sobre cangrejos naranjas que parecían coral o lejos de las profundas orillas del Atlántico donde proliferan los bancos de pescado blanco. Y volví a ver las copas de los álamos y el cielo inmenso con pálidas vetas de nubes, bajo el cual los patos volaban con el cuello extendido lanzando sus reclamos para luego desaparecer.

Todo eso vi. La profundidad y el detalle de las escenas aumentaban ante mis ojos y otras escenas iban sustituyendo a las anteriores a medida que recordaba el tiempo de mi vida con una emoción creciente.

Al final vi la Tierra como un globo terráqueo en el espacio y me acordé de la forma del océano y de los continentes, mientras me decía a mí misma, sorprendida: «Sí, así era entonces; esa parte de allí la llamábamos... Francia». Me embargó la profunda afección de la nostalgia y, entonces, abrí los ojos.

Todos deberíamos ser capaces de evocar visiones como ésta de forma voluntaria para tener siempre presente la importancia de la transformación de la textura en el tiempo. Es una pena que no podamos observar algo así en una pantalla. John Dee, el geógrafo y matemático isabelino, tuvo una gran idea, que es justo lo que necesitaríamos. Lanzas un espejo al espacio de forma que viaje más rápido que la luz (eso es lo complicado). Luego, miras el espejo y observas la historia previa de la Tierra, que aparece como una película en una pantalla de cine. La gente que graba películas interminables de fotografías secuenciales de rosas y tulipanes abriéndose se equivoca de idea. Debería apuntar con sus cámaras hacia los bloques de hielo que se derriten, hacia el fondo verde de las charcas, hacia la ola de la marea del río Severn. Debería grabar los glaciares de Groenlandia, algunos de los cuales se escinden tan rápido y crujen de tal modo que los perros les ladran. Debería grabar la

invasión del bosque de abetos septentrional por la tundra canadiense meridional, cosa que está sucediendo ahora mismo a razón de un kilómetro y medio cada diez años. Cuando la última lámina de hielo retrocedió del continente norteamericano, la tierra se levantó cuatro metros. ¿Acaso no habría merecido la pena ver algo así?

La gente dice que un buen asiento en el jardín trasero de la casa proporciona unas vistas tan privilegiadas y estimulantes del planeta como las de cualquier torre de observación de Alfa Centauri. Se equivocan. Miramos a través de un cristal que distorsiona. Nos encontramos en medio de una película o de una escena concreta, y no sabemos qué sucede en el resto de la historia.

Pongamos que pudieras mirar el espejo de John Dee que cruza el espacio a toda velocidad; pongamos que el globo terráqueo en relieve estuviera en movimiento, como un trompo gigante, y que pudieras insuflar vida a su superficie; pongamos que pudieras ver una película de nuestro planeta con tomas secuenciales en cámara rápida: ¿qué verías? Imágenes transparentes moviéndose a través de la luz, «una infinita tormenta de belleza»<sup>[19]</sup>.

En sus inicios aparece envuelta en neblina, iluminada con ráfagas de luz aleatorias y deslumbrantes. La lava emana y se enfría; los mares hierven y se desbordan. Las nubes toman forma y se desplazan; ahora puedes ver la superficie del planeta a través de retazos de claridad. La tierra se estremece y se fragmenta como un bloque de hielo dividido por una brecha que se ensancha. Las montañas emergen, se elevan, se pulen y suavizan ante tus ojos vistiéndose de bosques como si fueran de fieltro. El hielo se repliega y hace que las tierras verdes se sumerjan bajo el agua para siempre; luego el hielo regresa. Los bosques brotan y desaparecen como anillos de hadas. El hielo vuelve a replegarse, las montañas se transforman en lagos y la tierra húmeda se eleva sobre el mar como una ballena que emerge; el hielo regresa.

Las cumbres más altas se cubren de manchas verdeazuladas, desde el sur se extiende un verde amarillento como una ola sobre una playa. Un tinte rojo parece filtrarse desde el norte, por las cordilleras y entre los valles, hacia el sur; tras el rojo viene el blanco, y luego el amarillo verdoso que inunda el norte, luego se extiende de nuevo el rojo, luego el blanco, así una y otra vez, formando patrones de color demasiado rápidos y complejos para poder seguirlos. La película se ralentiza. Ves tormentas de polvo, langostas e inundaciones en una vertiginosa sucesión de imágenes instantáneas.

Céntrate ahora en una orilla y mira el humo de las hogueras a la deriva. Se levantan ciudades de piedra, se propagan y se desmoronan como manchas de flores alpinas que se abren un centímetro por encima del permafrost, esa tierra congelada en la que ninguna raíz puede absorber nada, unas flores alpinas que se marchitan al cabo de una hora. Aparecen nuevas ciudades, y los ríos vierten sedimento sobre sus azoteas; emergen más ciudades y se extienden con forma de lóbulos, como líquenes en las piedras. Los grandes seres humanos de la historia, esos tejidos intrincados y enérgicos que rondaron por la superficie de la tierra, son un borrón vacilante cuya fracción de segundo de exposición a la luz fue tan breve que no es posible obtener imagen alguna de ellos, salvo unas figuras fantasmales encorvadas y sin sombra. Las grandes manadas de caribús se derraman por los valles como escoria, después retroceden, gota a gota, y vuelven a derramarse, como un fluido pardo.

Ralentízalo más, acércate un poco. Aparece un punto, un copo de carne. Se hincha como un globo; se mueve, gira, se detiene y desaparece. Ésa es tu vida.

Nuestra vida es un leve trazo en la superficie del misterio. La superficie del misterio no es lisa, en tanto en cuanto el planeta tampoco lo es; ni siquiera un solo átomo de hidrógeno es liso, y mucho menos un pino. Por otra parte, esta superficie no está perfectamente encajada; tampoco las moléculas de clorofila y de hemoglobina se ensamblan a la perfección, ya que, incluso después de que el átomo de hierro sustituya al de magnesio, unas largas serpentinas de átomos dispares se arrastran de forma inconexa desde los bordes de los bucles de las moléculas. La libertad afecta en ambos sentidos. El misterio es tan periférico y complejo como la forma del aire en el tiempo. Las incursiones en el misterio recortan las bahías y afinan los fiordos, pero la tierra firme y boscosa es implacable, tanto por su masa como por el nivel de detalle en su perímetroafiligranado. Dice Pascal con rotundidad: «Toda religión que no afirme que Dios está oculto no es verdadera».

¿Qué es el hombre para que de él te acuerdes?<sup>[20]</sup> Ahí es donde las grandes religiones modernas son tan radicales: ¡el amor de Dios! Porque vemos que somos tan numerosos como las hojas de los árboles. Pero podría ser que nuestra incredulidad fuera pura cobardía originada por nuestra insignificancia, un gigantesco fracaso de nuestra imaginación. Sin duda, la naturaleza parece regocijarse en una radicalidad, un extremismo y una anarquía desbordantes. Si tuviéramos que juzgar la naturaleza por su sentido

común o por su previsibilidad, no creeríamos que el mundo existe. En la naturaleza, las improbabilidades son el único recurso. Toda la creación es una locura extrema. Si la creación hubiera dependido de mí, estoy segura de que no habría tenido la imaginación ni el coraje suficientes como para hacer otra cosa que no fuera dar forma a un único átomo de tamaño razonable y liso como una bola de nieve. Nadie reclamaría y todas las revelaciones serían tan inverosímiles como una simple jirafa.

La pregunta del agnosticismo es: ¿quién encendió las luces? La pregunta de la fe es: ¿para qué? Thoreau sube el monte Katahdin y expresa casi con rabia el sentido de la realidad de las cosas de este mundo: «Me asustan los cuerpos, tiemblo al encontrármelos. ¿Qué es este Titán que me posee? ¡Misterio! Piensa en nuestra vida en la naturaleza —estar a diario frente a la materia, permanecer en contacto con ella— en las piedras, en los árboles, en el viento rozándonos las mejillas. ¡La tierra sólida! ¡El mundo real! ¡El sentido común! ¡Contacto! ¡Contacto! ¿Quiénes somos? ¿Dónde estamos?». El Dios de los dioses, Yahveh, el Dios de dioses, Yahveh, lo sabe bien<sup>[21]</sup>...

Sir James Jeans, astrónomo y físico británico, sugirió que el universo podría parecerse más a un gran pensamiento que a una gran máquina. Los humanistas hicieron uso de la expresión aunque la idea no era nueva. Supimos, mirando a nuestro alrededor, que un pensamiento se bifurca en ramas y hojas, que un árbol llega a una conclusión. Pero la cuestión de quién está pensando ese pensamiento es más productiva que la pregunta de quién hizo la máquina, puesto que, aunque un maquinista se sacuda las manos y se marche, su máquina seguirá zumbando; en cambio, si el pensador pierde la atención un instante, su pensamiento más simple cesará del todo. Y, como enfatizaba antes, el lugar donde nos encontramos de un modo tan incontrovertible, sea pensamiento o máquina, no es particularmente simple.

Por contra, el paisaje del mundo es «listado, pinto o manchado», como las reses de Jacob escogidas entre el rebaño de Labán. Labán fue muy duro con Jacob al obligarle a ser su sirviente en el campo durante siete años para permitirle casarse con su hija Raquel. Luego, le entregó como esposa a Lía, la hermana de Raquel, y de ese modo retuvo a Jacob durante otros siete años. Cuando por fin Labán permitió que Jacob se casara con Raquel, aceptó que también tomara las ovejas y cabras del rebaño que fueran listadas, pintas o manchadas. Jacob utilizó algunas triquiñuelas y pronto los animales más fuertes y vigorosos de los rebaños de Labán engendraron sólo crías listadas, pintadas o manchadas. Jacob emprendió el camino hacia Canaán con sus esposas y sus doce hijos —los padres de las doce tribus de Israel—, y con ese

rebaño, que es el patrimonio de Israel, en Egipto y fuera de Egipto, al igual que este intrincado mundo, pintado y manchado, es el nuestro.

La complejidad es lo que viene dado desde el principio, el patrimonio; en ese carácter inextricable reside la resistencia de la complejidad que evita el fallo de cualquier vida. Ésta es nuestra herencia, el paisaje moteado del tiempo. Si nos damos una vuelta, vemos una parte de las infinitas combinaciones posibles dentro de la infinita variedad de formas.

Cualquier cosa puede pasar. Cualquier distribución de manchas puede aparecer en un mundo que no deja de proclamar la novedad a gritos. Veo un reguero de sangre roja en forma de puntos relucientes dentro de la cola de una carpa dorada; veo el labio robusto y extensible de una ninfa de libélula que puede perforar y agarrar a la carpa; y veo las marañas coaguladas de algas brillantes que atrapan y matan de hambre a la ninfa. Veo hormigas hinchadas e inmóviles que regurgitan papilla para una colonia de obreras sobonas, y veo tiburones dentro de una aureola de luz que se retuercen bajo una ola creciente y esmerilada.

Lo sorprendente —dada la naturaleza errante de la libertad y la expansión de la textura en el tiempo— es que no sean monstruosas todas las formas, que haya tanta belleza, que la gracia sea gratuita, que se encuentre tesoros escondidos, como un centavo o la caída libre del sinsonte. La belleza misma es fruto de la exuberancia del creador, que cultiva semejante enredo, y lo grotesco y los horrores florecen a partir de esa misma fuente libre, de ese intrincado revoltijo que entrelaza arriba y abajo las condiciones de tiempo.

Ése es, pues, el extravagante paisaje del mundo que nos ha sido dado. Una medida buena, apretada, remecida y rebosante<sup>[22]</sup>.

9  
INUNDACIÓN

Es verano. Hace alrededor de un mes, hubo una intensa luz primaveral acompañada de una racha de sequía; las noches eran frías. Durante una semana hemos tenido nubes y claros, aunque el cielo no llegó a ser opresivo, y ha llovido. Y pienso: ¿cuándo va a llegar el calor de verdad, ese que ablanda la mente y desbroza los campos? Esta mañana ha llovido de nuevo, la misma lluvia primaveral de estos días, pero esta tarde ha irrumpido una lluvia diferente: un fuerte chaparrón de tres minutos de duración. Cuando acabó, las nubes se disolvieron formando una ligera bruma. Ahora no veo el monte Tinker. Ya es verano: el calor ha llegado. Ya es verano durante todo el verano.

La estación cambió hace dos horas. ¿Cambiará también mi vida? Es una época de resoluciones, de revoluciones. Los animales están desatados. Debo de haber visto diez conejos en pocos minutos. Las oropéndolas de Baltimore están aquí y los cuitlacoques rojizos parecen estar anidando junto al arroyo, al otro lado de la carretera. La focha aún sigue por estos lares, gorda como un pavo de Acción de Gracias e igual de indolente; no mira siquiera a los perros cuando le ladran.

El arroyo está crecido. Hoy, cuando dejó de llover, crucé la carretera hacia el tronco caído que hay junto al paso de los bueyes. Los bueyes estaban al otro lado del arroyo, un coágulo negro en una colina lejana. Las aguas altas habían cubierto mi tronco, el tronco sobre el que acostumbro a sentarme, y ahora tenía un suave desnivel de barro en el sentido de la corriente. El agua misma era de un verde pálido y opaco, como jade pulverizado, y seguía corriendo a gran altura y a toda velocidad, apagada, como si no fuera de este

mundo. Un perro que nunca había visto, delgado como la muerte, ahuyentaba a los conejos de sus madrigueras.

Junto al tronco habían crecido unas cosas amarillas y carnosas. No parecían tener tallo ni flores propiamente dichos, eran sólo unos brotes uniformes y ciegos, como retoños de patata cultivados mediante etiolación en un sótano. Intenté desenterrar uno de ellos pero, según parece, crecen a partir de un único bulbo bien enraizado, por lo que desistí y los dejé en paz.

Aun así, el día tenía un aire amenazante. Una botella de whisky rota junto al tronco, la punta marrón de la cola de una serpiente desapareciendo entre dos piedras de la colina que había a mis espaldas, un conejo al que casi atrapa el perro, el brote de rabia que sabía que estaba azotando la región, las abejas que seguían inexplicablemente dando vueltas por mi frente con sus patas peludas...

Me dirigí hacia el bosque joven que hay junto al arroyo, el bosque de las motocicletas. Estaba extrañamente vacío. El aire era tan húmedo que apenas me dejaba ver. El barranco que separaba el bosque del prado se había anegado durante la crecida y ahora estaba cubierto de un lodo tostado. Las raíces callosas y anaranjadas de un árbol, en una de las laderas del barranco, estaban al descubierto; ahora estas raíces colgaban en el aire como una red vacía agarrada a una extraña bombilla que quedó varada cuando las aguas retrocedieron. Durante el rato que paseé por el bosque, estuvieron volando a mi alrededor, muy despacio, cuatro arrendajos, comportándose de un modo extraño y emitiendo dos notas agudas. No corría ni una pizca de viento.

Al salir del bosque, oí unas fuertes explosiones; retumbaron de un modo inquietante en el aire húmedo. Pero cuando me acerqué a la carretera me enteré de lo que eran, y el carácter espantoso que había adquirido la tarde desapareció de golpe. Se trataba de dos enormes camiones compactadores de basura, jorobados como armadillos, cuyos motores petardeaban para impresionar a las hermosas hijas de mis vecinos, unas colegialas que acababan de bajarse del autobús escolar. Las chicas, con sus largas melenas y sus risitas bobas, se perdieron de vista al final de la carretera; los camiones se marcharon a toda pastilla con magnificencia, como si fueran los gemelos Tarleton alejándose a medio galope de las puertas de Tara a lomos de sus purasangres. A lo lejos, un vapor blanco ascendía desde la ensenada del Carvin formando mechones trepadores que se enganchaban a las laderas de las montañas. Me quedé, entusiasmada, en el porche, sin ganas de entrar en casa.

El año pasado por esta época sufrimos inundaciones. En realidad se trataba del huracán Agnes, sólo que, cuando llegó a esta zona, el Servicio Meteorológico Nacional lo había rebajado a la categoría de tormenta tropical. En un recorte de periódico que guardé, veo que la fecha exacta fue el 21 de junio, durante el solsticio, la noche de San Juan, el día más largo del año; pero entonces no me di cuenta. Todo era tan fascinante y oscuro...

No hizo más que llover. Y el arroyo empezó a crecer. Como es natural, el arroyo crece siempre que llueve, en principio no parecía nada anormal. Pero siguió lloviendo y, aquella mañana del 21 de junio, el arroyo siguió creciendo.

Es esa mañana y estoy delante de la ventana de la cocina. El Tinker se ha desbordado más de un metro y sigue acercándose. El arroyo crecido no parece nuestro arroyo. Nuestro arroyo salta, transparente, sobre el revoltijo de rocas; en cambio, este arroyo alto lo arrasa todo con una opacidad plana. Parece como si el arroyo de otra persona hubiera usurpado o devorado el nuestro y ahora tratara de huir, grande y feo como una serpiente negra que se esconde en un cajón de la cocina. Su color es sucio, de un tono crema herrumbroso. El agua, que ha removido el barro del fondo, tiene peor aspecto que el de cualquier agua turbia, ya que las partículas de arcilla son tan finas que al disolverse la vuelven opaca; si llenáramos un vaso con esta agua, la luz no conseguiría penetrar más de un centímetro.

Todo parece distinto. Cuando la vista se acostumbra a la distancia, veo que el agua plana está cerca, muy cerca. Veo árboles que nunca antes me habían llamado la atención, las verticales negras de sus troncos empapados sobresalen del agua pálida como los pilotes de un muelle putrefacto. La habitual quietud de las orillas herbosas y de las cornisas pétreas ha desaparecido; ahora veo que el agua se abalanza con un salvaje movimiento de barrido rápido e impetuoso, como el de una cascada, avanzando en una única dirección. Los hijos de los Atkins están fuera con sus diminutos impermeables observando el monstruo del arroyo. El agua ha llegado hasta su puerta; los vecinos se están reuniendo en el exterior; yo también salgo.

Oigo un rugido, un ruido tempestuoso y violento, más parecido al del aire que al del agua, como el golpeteo constante que producen las hélices de un helicóptero cuando se apaga el motor, como un millón de zumbidos. El olor del aire es húmedo y acre, como el de la gasolina o el insecticida. Está lloviendo.

No corro peligro; mi casa está elevada. Me apresuro hacia el puente por la carretera. Allí hay vecinos que apenas se han visto en todo el invierno y que ahora sacuden la cabeza. Pocos han sido testigos de algo así antes: el agua

está pasando por encima del puente. (Incluso hoy, cuando veo el puente —y lo veo a diario—, sigo sin creérmelo: el agua estaba pasando un palmo o dos por encima del puente, cuando lo habitual es que el puente quede a unos tres metros del agua).

Ahora el agua está retrocediendo ligeramente. Alguien ha traído unos bidones metálicos vacíos y entre todos los llevamos rodando hacia el puente y los colocamos formando un cuadrado para que los coches no crucen. Ahora mismo hace falta sangre fría para estar en el puente: la corriente ha arrancado un pedazo de hormigón que lo fijaba a la orilla. De repente uno de los extremos está colgando, sin apoyo aparente, mientras el agua se abalanza formando un arco unos pocos centímetros más abajo.

Es difícil asimilar lo que está sucediendo, todo es nuevo. Miro hacia abajo para ver el arroyo. Está dando golpes por debajo del puente como si fuera un puño, pero su fuerza no tiene límites; se precipita como un rayo hasta donde la vista alcanza y luego gira tras el meandro y cubre el valle, aniquilando, machacando, arrastrando lo que encuentra a su paso, cada vez más rápido y más extenso, hasta que me inunda el cerebro.

Es como un dragón. Tal vez porque el puente sobre el que nos encontramos es inseguro, me doy cuenta de que es imposible no imaginarse a uno mismo arrastrado por la corriente y calibrar las posibilidades de supervivencia. No sobrevivirías. Mark Spitz tampoco. El agua se arquea en la zona de las vigas de sujeción del puente haciendo que su enorme volumen no se expanda a lo ancho, sino que se eleve; ese arco, que vuelve a hundirse como una ballena sumergiéndose, te arrastraría hasta el fondo. «No te daría tiempo a saber qué te ha golpeado», dice uno de los hombres. Pero ¿y si sobrevivieras a eso y consiguieras regresar a la superficie? ¿A qué velocidad puedes mantenerte con vida? Necesitarías un parabrisas. No podrías sostener la cabeza; el agua va más deprisa por debajo que en la superficie. Te pondrías a girar como un calcetín en una secadora. No podrías agarrarte a ningún tronco sin perder el brazo. No, no sobrevivirías. Y, si alguna vez te encontrarán, tendrías las vísceras llenas de arcilla roja y seca.

Es todo lo que puedo hacer para seguir de pie. Me siento mareada, tensa, vapuleada. Por debajo de mí, la riada se enturbia con una violenta espuma semejante a una puntilla sucia, una puntilla que no deja de explotar ante mis ojos. Si miro a lo lejos, la tierra se mueve hacia atrás, se eleva y ondea en contra de la corriente desde el punto donde tengo fijada la vista. Todo este terreno cotidiano no parece sólido ni real; es como si estuviera pintado sobre

un papel enrollado, como un telón de fondo que alguien hubiera sacudido provocando el balanceo de la tierra y el rugido del aire.

Todo lo imaginable pasa volando, casi demasiado deprisa para verlo. Si me quedo en el puente y miro aguas abajo, me mareo; si miro aguas arriba, me siento como si estuviera frente a un alud. Hay muñecas flotando, madera partida y ramitas, polluelos de pájaro cantor muertos, botellas, matorrales y árboles enteros, rastrillos y guantes de jardinero. Unas traviesas de ferrocarril de madera sin pulir descienden más rápido que cualquier tren. Una verja de forja desciende mecida por la corriente, seguida de una valla de madera. Con el reciente descenso del nivel del agua, se han amontonado en la orilla unas garrafas de leche vacías que desde la distancia parecen una bandada de gansos blancos.

Espero ver cualquier cosa. En este sentido, el arroyo es como siempre: intermediario, portador de objetos. No me sorprendería ver a John Paul Jones<sup>[23]</sup> apareciendo por el meandro sobre la cubierta del *Bonhomme Richard*, o a Amelia Earhart saludando alegremente con la mano desde la cabina de su Lockheed flotante. ¿Y por qué no un violonchelo, una cesta de frutas del árbol del pan, un cofre de monedas antiguas? ¡Aquí llega la expedición Franklin sobre raquetas de nieve seguida de los tres reyes magos con sus camellos sobre una barcaza con dosel!

El mundo entero está inundado, tanto la tierra como el agua. El agua se derrama sobre los troncos de los árboles, chorrea desde las alas de los sombreros, corre por las carreteras. Toda la tierra parece deslizarse como la arena cuesta abajo; el agua que se vierte por la pendiente más insignificante allana la hierba y la deja con el envés hacia arriba en favor de la corriente. Por todas partes hay fruta caída de los árboles, palitos y ramas frondosas flotantes, leña proveniente de las pilas de los vecinos, botellas y paja empapada salpicando la tierra o rayándola con surcos curvos. Los tomates de los jardines están flotando en el barro, parece como si hubieran sido arrojados a un guiso con salsa de carne hirviendo. El nivel de la capa freática me llega por encima de la puntera de los zapatos. Un manto de agua fangosa y blanquecina cubre las zonas planas, de forma que la hierba está casi ahogada; podría ser una espantosa parodia de la nieve ligera sobre el campo, de la que sólo sobresalen las puntas de las briznas.

Cuando miro hacia el otro lado de la carretera, no doy crédito a lo que veo. Justo detrás del arcén hay olas, unas olas festoneadas que se alzan rítmicamente con la corriente. La colina donde vi a la mantis religiosa poniendo huevos es ahora una cascada que desemboca sobre un océano

marrón. Ni siquiera recuerdo cuál es el curso normal del arroyo, pues ahora se expande por todas partes. Supongo que mi tronco habrá desaparecido, como es lógico, aunque más tarde descubriré que sigue ahí, incrustado entre unos árboles jóvenes. Sólo se ve el cable que sostiene la valla de los bueyes, pero no la propia valla; los pastos están anegados por completo, bajo un torrente marrón. El río se salta sus márgenes y se estrella contra el bosque de las motocicletas, devastándolo todo salvo los árboles más robustos. El agua es tan profunda y el cauce tan ancho que parece que se pudiera navegar con el *Queen Mary* hasta las faldas del monte Tinker.

¿Qué hacen los animales durante estas riadas? Veo una rata almizclera ahogada que pasa a toda prisa, pero es imposible que mueran todas; el agua siempre crece cuando llueve mucho y el arroyo sigue estando plagado de ellas. El nivel del agua ha superado las cornisas de las orillas donde suelen dormir, así que tendrán que buscarse un terreno más elevado y esperar. ¿Dónde van los peces y qué hacen? Se supone que sus branquias filtran oxígeno en este fango, pero no sé cómo. Deben de resguardarse de la corriente detrás de alguna barrera que encuentren y ayunar varios días. Tiene que ser así, porque en caso contrario no tendríamos peces, estarían todos en el océano Atlántico. ¿Y qué sucede con las garzas y los martines pescadores, por ejemplo? No pueden ver a través del agua para comer. A veces, al observar algunos animales, me da la impresión de que sus tareas son tan urgentes que apenas podrían retrasarse cuarenta y ocho horas. ¿Cangrejos, ranas, caracoles, rotíferos? La mayoría de ellos tiene que morir. Es imposible que sobrevivan. Luego, supongo que cuando las aguas se amainan y se aclaran, los supervivientes se aprovechan de la falta de competencia. Aunque no es descabellado imaginar que el lecho del arroyo sufra serios daños para la cadena alimenticia; la pirámide, al carecer de la base del plancton, quizá no se sostenga, se derrumbe estrepitosamente. Tal vez un número considerable de esporas, larvas y huevos desciendan de forma constante, arrastrados por aguas menos turbulentas, para repoblar el arroyo... No lo sé.

Unos niños pequeños han encontrado una tortuga lagarto del tamaño de una bandeja. Cuesta creer que este arroyo pueda albergar un depredador de ese tamaño: su caparazón tiene un diámetro de unos cincuenta centímetros y la cabeza sobresale otros veinte centímetros más. Cuando los niños, acompañados de un terrier enclenque, se acercan a ella en la orilla, la tortuga se encabrita y suelta un impresionante silbido. Yo había leído que, como tienen el caparazón rígido, sus pulmones no funcionan como fuelles, sino que tienen que tragar el aire. Por eso, cuando están asustadas y planean su

retirada, tienen que expulsar el aire de los pulmones para hacer sitio a la cabeza y a las patas dentro del caparazón; de ahí su silbido malévolos.

Cuando vuelvo a mirar, veo que los niños se las han arreglado para meter la tortuga en una tina de lavar. Agitan un palo de escoba delante de sus narices esperando que la criatura lo triture como si fuera una cerilla, pero ella se niega a seguir órdenes. Los niños están defraudados; llevan toda la vida oyendo que eso es lo que se hace con las tortugas lagarto: las azuzas con un palo de escoba y ellas lo «trituran como si fuera una cerilla». Es su naturaleza, no falla. Sin embargo, la tortuga no quiere saber nada del asunto y esquiva el palo de escoba con pinta de resignación. Al final, cuando la dejan tranquila, se va directa a la orilla y, sin pensárselo dos veces, se sumerge en las aguas revueltas; eso es lo último que vemos de ella.

Llegan unos gritos de júbilo del grupo que está sobre el puente. ¡Ya ha llegado el camión cisterna para extraer el agua del sótano de los Bowery! ¡Hurra! Apartamos los bidones metálicos; el camión, para mi sorpresa, consigue atravesar el puente, y los vecinos vuelven a jalearse. La policía estatal se acerca para echar un vistazo; por aquí todo va bien, pero un poco más abajo hay gente en apuros. El puente que cruza el Tinker hacia la casa de los Bing está a punto de ceder. Un tronco se ha quedado atascado en la barandilla y se ha desprendido un trozo de hormigón. Los Bing no están; ahora vive allí una pareja joven que «cuida la casa». ¿Qué pueden hacer? El marido se fue a trabajar como todas las mañanas; pocas horas después, tuvieron que acudir a la puerta de su casa en una lancha motora para rescatar a su mujer.

Voy hacia la casa de los Bing. La mayoría de la gente que estaba en nuestro puente se dirige hacia allí; está al fondo de la carretera. Avanzamos cada uno por nuestro lado bajo la lluvia, pero acabamos formando un grupo. Los hombres que trabajan lejos de casa también están aquí; sus esposas los han telefoneado esta mañana para decirles que el arroyo estaba creciendo muy rápido y que era mejor que regresaran antes de que fuera imposible volver.

Hay mucha gente allí congregada, todo el mundo sabe que la casa de los Bing está situada muy abajo. El arroyo está llegando a las ventanas del salón y ya sobrepasa la mitad de la puerta del garaje. Ese mismo día, más tarde, la gente sacará todo lo salvable e intentará que se seque: libros, alfombras, muebles... La planta de abajo se inundó hasta el techo. Ahora, en este puente, una cuadrilla de mantenimiento está intentando cortar con un hacha el tronco atravesado. El mango no es lo bastante largo como para poder maniobrar desde fuera del puente y del arroyo. Me pongo a caminar sobre un murete de ladrillo construido para evitar que las crecidas lleguen a la casa. El muro

aguanta bien, pero ahora que el arroyo retrocede, retiene el agua y evita que vuelva a su cauce. Sigo andando por encima del muro, por en medio de la riada. Al volver, me encuentro con un joven que viene en dirección opuesta. Como el muro tiene sólo un ladrillo de ancho, no podemos pasar los dos a la vez, de modo que nos agarramos de las manos y nos inclinamos hacia atrás, en dirección opuesta, sobre las turbulentas aguas. Nuestros pies se entrelazan como los dientes de una cremallera, nos recomponemos y seguimos cada uno por nuestro camino. Los niños han visto a lo lejos una serpiente de cascabel que se refugia en un arbusto; ahora todos quieren pasar por el muro de ladrillo y llegar hasta ella para que les muerda.

Los niños pequeños de los Atkins están aquí saltando de un lado para otro. Me pregunto si el puente se caería en caso de que yo también saltara. Podría agarrarme a la barandilla, como si se tratara de un barco de vapor, e informar de la profundidad de las aguas, tal y como se hacía en el siglo XIX, gritando como una loca: «¡Tres brazas! ¡Tres menos cuarto! ¡Dos brazas y media! ¡Dos brazas y cuarto!...», mientras la corriente arrastra el puente arrancado de cuajo y lo hace desaparecer por detrás del meandro antes de naufragar...

Todo el mundo va de un lado para otro. Algunas mujeres llevan curiosos paraguas de plástico que parecen campanas de buceo, ya que en vez de ir debajo de ellos van dentro. Desde ahí apenas pueden ver el exterior, como si fueran carpas doradas en sus peceras. Sus voces suenan lejanas, pero en ellas se percibe una nota animada que parece decir: «¿A que es ridículo?». Algunos hombres llevan gorros de pesca. Otros se tapan la cabeza con periódicos doblados, en un esfuerzo por no mojarse a la vez que la lluvia les chorrea por las mangas. Por algún tipo de norma de cortesía, imagino, bajan el periódico cuando hablan contigo y guiñan los ojos educadamente bajo la lluvia.

Las mujeres llevan tazas de café a la cuadrilla de mantenimiento, que apenas ha conseguido hacer una muesca en el árbol y al final ha cejado en el empeño. Es una tarea que requiere herramientas eléctricas; de todos modos, el agua está bajando y el peligro ya ha pasado. Un niño comienza a hacer acrobacias con su monopatín; me marcho a casa.

El mismo día en que yo estaba en los puentes del Tinker, un amigo mío, Lee Zacharias, estaba en un puente del río James, en Richmond. Allí era un día tranquilo, sin una sola nube. El río James apenas había crecido tres metros, lo cual no era para nada anormal. Pero bajo el brillo del sol flotaban todo tipo de cosas. Ante los ojos de Lee desfilaron gallineros, trozos de casas, porches,

escaleras, árboles arrancados de cuajo y, por último, un caballo muerto hinchado. Lee se dio cuenta, al igual que el resto de Richmond: se estaba acercando.

El James creció casi diez metros. Toda la ciudad se inundó y se cortó el suministro eléctrico. Cuando el gobernador Holton firmó el decreto que declaraba la región como zona catastrófica, tuvo que alumbrarse con velas.

Aquella noche ocurrió un suceso curioso en la mansión a oscuras del gobernador. El gobernador Holton se encontraba en un pasillo de la planta de arriba de su casa y vio con incredulidad que una de las tres bombillas del plafón del techo estaba encendida. Las demás estaban muertas —toda la ciudad lo estaba—, pero esa bombilla desprendía una tenue luz eléctrica. Se quedó mirándola, se rascó la cabeza y llamó a un electricista. El electricista se quedó mirándola, se rascó la cabeza y sentenció: «Es imposible». El gobernador volvió a la cama y el electricista se fue a casa. Nunca encontraron ninguna explicación.

Más tarde, el huracán Agnes subió hasta los estados de Maryland, Pensilvania y Nueva York, donde dejó muertos y cientos de millones de dólares en daños. Aquí, sólo en Virginia, mató a doce personas y destruyó bienes por un valor total de ciento sesenta y seis millones de dólares. Pero Pensilvania fue azotada dos veces, una a la ida y otra a la vuelta. Hablé con uno de los pilotos del helicóptero que había ayudado a transportar antiguos cadáveres desde un cementerio inundado en la ciudad de Wilkes-Barre en Pensilvania. Las inundaciones dejaron más cadáveres varados sobre las casas, en los árboles; los pilotos, con síntomas de indisposición, tenían que relevarse cada pocas horas. El que estuvo hablando conmigo en una tiendecita de bocadillos de los Picos de Otter, en el parque natural de Blue Ridge, me dijo que él llevó mejor lo de Vietnam. Así que en Virginia tuvimos suerte.

Este invierno oí una historia sobre las inundaciones que tenía que ver con un regalo extra que la riada les dejó a los Bing: una sorpresa tan inesperada como un bebé dentro de una cesta en un portal.

Cuando los Bing llegaron, su casa estaba destrozada, pero de algún modo consiguieron salvarlo casi todo y continuaron viviendo como antes de la inundación. Una tarde de otoño, un amigo mío fue a visitarlos; mientras se acercaba a la casa, se cruzó con un hombre, un profesor con un gran libro bajo

el brazo. A su llegada, los Bing condujeron a mi amigo hasta la cocina, donde abrieron con orgullo la puerta del horno y le mostraron una seta gigante que estaban cocinando para unos invitados que irían al día siguiente. El profesor del libro acababa de verificar que el hongo era comestible. Me imaginé la seta arrugada, negra y grande como un plato, brotando por la noche misteriosamente en el salón de los Bing, en la parte de atrás de un sofá acolchado, por ejemplo, o en una alfombra aún húmeda debajo de un sillón.

¡Lástima! La historia que yo me había montado en la cabeza resultó verdad sólo a medias. Los Bing suelen preparar setas silvestres y saben bien lo que hacen. Ésa en concreto había crecido fuera, bajo un sicomoro, en un terreno elevado donde no había llegado el agua. Así que las inundaciones no tuvieron nada que ver. No obstante, sigue siendo una buena historia y me gusta pensar que la riada les dejó un obsequio, un premio de consolación, de modo que durante años encontrarán setas comestibles repartidas por la casa: la cena sobre las estanterías de los libros, los entremeses en el piano. Habría estado bien.

10  
FECUNDIDAD

I

Anoche me despertaron mis propios gritos. Sería a causa de la terrible planta amarilla que había visto en la tierra inundada, cerca del tronco, junto al Tinker, una planta tan carnosa y amorfa como una babosa que brotaba en el suelo de mi cerebro mientras dormía y que florecía en el sueño de fecundidad que me despertó.

Me encontraba observando una pareja de enormes mariposas luna. Las mariposas luna son unas polillas frágiles y fantasmales, como de cuento de hadas, cuyas alas de golondrina pueden alcanzar los trece centímetros y tienen un color verde pastel ribeteado por un festón lavanda. De la peluda cabeza del macho salían dos enormes antenas afelpadas que sobrepasaban sus alas etéreas. Estaba encima de la hembra, encorvándose una y otra vez con un horrible vigor animal.

Era la imagen perfecta de la espiritualidad y la degradación absolutas. Yo estaba fascinada y no podía apartar la vista de ellas. Al observarlas, estaba permitiendo su acoplamiento y me comprometía a aceptar las consecuencias, todo porque quería ver qué pasaba a continuación. Deseaba participar en un secreto.

Entonces los huevos eclosionaron y la cama se llenó de peces. Yo estaba de pie, en la entrada de la habitación, mirando la cama. Los huevos se abrieron allí mismo, delante de mí, y un millar de peces fornidos se apiñaron en un fluido viscoso. Los peces eran duros y gordos, blancos y negros, con forma triangular y ojos saltones. Observé, horrorizada, cómo se retorcían a un

metro de profundidad, rezumando baba transparente y brillante y nadando en ella. ¡Peces en la cama!, y me desperté. Todavía me retumbaban los oídos por el grito ajeno de mi propia voz.

Para evitar las pesadillas hay que comer zanahorias silvestres, que reciben el nombre de «encaje de la reina Ana», o mascar los estambres negros de las peonías macho. Pero ya era demasiado tarde, no había cura posible. ¿Qué raíz o semilla podría borrar aquella escena de mi cabeza? Boba —pensé—. Eres una cría ignorante, tonta e inocente. ¿Qué esperabas ver? ¿Ángeles? Porque en el sueño se sobreentendía que la cama se había llenado de peces por mi culpa, que si me hubiera alejado de la pareja de polillas que estaba copulando, los huevos no habrían eclosionado, o al menos lo habrían hecho en secreto en otro lugar. Esa viscosidad, ese revoltijo, lo había propiciado yo.

No sé qué sucede con la fecundidad, por qué horroriza tanto. Supongo que es por la evidencia apabullante de que el nacimiento y el crecimiento, a los que tanto apreciamos, son ubicuos y ciegos, que la vida misma es asombrosamente barata, que la naturaleza es tan descuidada como generosa y que a ese derroche se le añade el abrumador despilfarro que un día incluirá nuestras propias vidas baratas, asas de Henle incluidas. Cada huevo reluciente es un *memento morí*.

Después de un desastre natural como el de una inundación, la naturaleza «vuelve a su cauce». La gente utiliza esta expresión optimista sin hacerse una idea de la presión y el desgaste que eso implica. Ahora, a finales de junio, todo está estallando ahí fuera. Las criaturas expulsan sus huevos o los dejan salir; las larvas engordan, rompen sus envoltorios y los devoran; las esporas se disuelven o explotan; los pelos absorbentes de las raíces se multiplican, el maíz se infla en su tallo, la hierba produce semillas, los brotes surgen de la tierra, túrgidos y envueltos en sus vainas; las ratas almizcleras, los conejos y las ardillas se deslizan, húmedos, hacia el sol, sollozantes y cegados; y, por todas partes, las células acuosas se dividen y se hinchan, se hinchan y se dividen. Me puede gustar, puedo denominarlo «nacimiento y regeneración», o puedo hacer de abogado del diablo, llamarlo «fecundidad absoluta» y decir que lo que está bullendo es el mismo infierno.

Esto es lo que tengo intención de hacer. En parte, debido a aquel terrible sueño, he estado pensando que el paisaje del mundo intrincado que he pintado es impreciso y desigual. Es demasiado optimista. Porque la noción de variedad infinita de detalles y multiplicidad de formas es agradable; en la

complejidad están los márgenes de la belleza y en la variedad están la generosidad y la exuberancia. Pero todo esto deja fuera de escena algo vital. Lo que veo no es un pino, sino un millar de pinos. Yo misma no soy una, sino una legión. Y todos vamos a morir.

En esta repetición de individuos hay un tartamudeo absurdo, una inmutabilidad estúpida que debemos tener en cuenta. La fuerza motriz que reside detrás de toda esa fecundidad es una terrible presión que yo también debo considerar, la presión del nacimiento y el crecimiento, la que desgarrar la corteza de los árboles y arroja semillas, la que aprieta el huevo y revienta las crisálidas, la que provoca hambre y codicia en la criatura y la conduce de forma implacable hacia la muerte. Por tanto, en lo que he estado pensando es en la fecundidad; en la fecundidad y en la fuerza del crecimiento. Fecundidad es una palabra fea para un asunto igual de feo. Es feo, al menos, en el mundo animal, con todos sus huevos. No creo que sea así en el de las plantas.

Nunca he conocido a alguien que se sienta perturbado al ver un campo de briznas de hierba idénticas. Una hectárea de amapolas y un bosque de píceas no aturde a nadie. Incluso dos mil hectáreas de trigo alegrarían el corazón de cualquiera, a pesar de que es algo tan poco natural y desmesurado como el monstruo de Frankenstein. Si el hombre desapareciera —según leo—, el trigo no le sobreviviría más de tres años. No, en el mundo de las plantas, y especialmente entre las plantas con flores, la fecundidad no es un ataque a los valores humanos. Las plantas no son nuestras competidoras, sino nuestra presa y el material de nuestros nidos. Su proliferación no nos provoca una angustia mayor que la que sentiría una lechuza ante una explosión demográfica de ratones de campo.

El año pasado, después de las inundaciones, encontré una gran rama de tulípero que el viento había arrojado al arroyo. La corriente la había arrastrado hacia unas piedras de la orilla y se había quedado allí varada cuando descendió el nivel del agua. Un mes después de la riada, descubrí que le estaban creciendo nuevas hojas. Los dos extremos de la rama estaban completamente secos y al descubierto. Me quedé estupefacta. Era como la vieja fábula sobre el cadáver al que le crecía la barba; como si a la leña que guardo en el garaje le empezaran a salir hojas verdes de repente. La forma en que las plantas perseveran en las circunstancias más duras es del todo alentadora. Me cuesta no atribuir de manera inconsciente cierta voluntad a esas plantas, cierto coraje de vida o muerte, y tengo que recordarme a mí misma que las células codificadas y la presión muda del agua no tienen la menor idea del enorme combate que están librando contra todo.

En el bajo Bronx, por ejemplo, unos aficionados encontraron un ailanto de casi cinco metros que crecía en la esquina del tejado de un garaje. Estaba enraizado y vivía «del polvo y los residuos del tejado». Todavía más espectacular es el caso de una planta del desierto de la familia de las calabazas, el guareque, descrita por Wood Krutch. Si te encuentras con esta planta en el desierto, sólo verás un trozo de madera seca y flácida. No tiene raíces ni tallo; es como una protuberancia gris. Pero está viva. Todos los años, antes de que llegue la estación lluviosa, echa unas cuantas raíces y brota. Si llega la lluvia, le crecen flores y frutos; éstos enseguida se marchitan y la planta regresa a su estado de quietud como el de un tronco a la deriva.

Resulta que en el Jardín Botánico de Nueva York colocaron un guareque dentro de una urna de cristal. «Estuvo así durante siete años —dice Joseph Wood Krutch—, sin tierra ni agua, simplemente expuesto en la urna, tal cual; echó unas cuantas raíces anticipatorias y, como no llegó la estación lluviosa, se volvió a secar con la esperanza de tener más suerte al año siguiente». A eso le llamo yo luchar en contra de los elementos.

(Cuesta entender cómo no se le ocurrió a nadie en el Jardín Botánico echarle un vaso de agua por encima. Así podrían haber puesto en la etiqueta de la planta: «Esto es una planta viva». Pero durante los ocho años que la tuvieron allí fue una planta muerta, al menos ésa era la imagen que dio durante todo el tiempo. Si además le hubieran añadido la etiqueta «Guareque muerto», al menos habrían inspirado cierta melancolía a los visitantes del Jardín Botánico. Supongo que al final acabaron tirándola).

La fuerza del crecimiento en las plantas puede emplear una enorme variedad de argucias. El bambú llega a crecer noventa centímetros en veinticuatro horas, un logro que se aprovechó, según cuenta la leyenda, en aquella exquisita tortura asiática que consistía en atar a la víctima a un camastro de malla a treinta centímetros de altura sobre un lecho de plantas de bambú sanas cuyas puntas leñosas habían sido afiladas. Durante las primeras ocho horas, todo iba bien; luego, la víctima se convertía poco a poco en un colador.

Más abajo, en las raíces, el crecimiento ciego alcanza unas proporciones asombrosas. Hasta donde yo sé, sólo un experimento ha conseguido determinar la extensión y el calibre del crecimiento de las raíces y, cuando ves los números, te das cuenta de por qué. Me he tropezado con varios informes sobre este experimento y lo único que no detalla es el número de técnicos de laboratorio que se quedaron ciegos para siempre.

Los investigadores estudiaron una sola planta gramínea: el centeno de invierno. La dejaron crecer en un invernadero durante cuatro meses; luego, con mucho cuidado, retiraron la tierra y contaron y midieron —con la ayuda de microscopios, supongo— todas las raíces y pelos radiculares. En cuatro meses la planta había producido seiscientos kilómetros de raíces —alrededor de cinco kilómetros al día— divididos en catorce millones de raíces diferentes. Si eso ya es impresionante, al llegar a los pelos radiculares me quedé alucinada. Durante esos cuatro meses, la planta de centeno había creado catorce mil millones de pelos que si se colocaban uno detrás de otro casi no tenían fin. En un centímetro cúbico de tierra, la longitud total de los pelos radiculares era de más de seiscientos kilómetros.

Otras plantas utilizan la misma energía del agua para rodearse del suelo rocoso como si se echaran un chal de seda por los hombros. Rutherford Platt nos habla de un gran árbol cuyas raíces agrietaron un peñasco de una tonelada y media y lo levantaron treinta centímetros del suelo. Todo el mundo sabe que la raíz de un sicomoro puede abombar la acera y que una seta puede romper el suelo de cemento de un sótano. Pero cuando se midió por primera vez esta increíble fuerza, nadie podía creerse las cifras.

Rutherford Platt cuenta la historia en *The Great American Forest*, uno de los libros más interesantes que jamás se han escrito: «En 1875, un granjero de Massachusetts, intrigado por la fuerza del crecimiento de las manzanas, los melones y las calabazas, enganchó una calabaza a un aparato para levantar peso provisto de una escala, como la que tienen las balanzas de las fruterías, que indicaba la presión ejercida por la fruta en crecimiento. A medida que los días fueron pasando, el granjero fue acumulando contrapeso para compensar; cuando vio que sus verduras ejercían tranquilamente una fuerza de trescientos cincuenta kilos por centímetro cuadrado, se quedó impresionado. Como nadie le creía, montó una exhibición de calabazas enganchadas al aparato e invitó a la gente para que las vieran. El informe anual de la Comisión de Agricultura de Massachusetts de 1875 informó de que “varios miles de hombres, mujeres y niños de todas las clases sociales visitaron la exposición. El señor Penlow estuvo día y noche observando y tomando notas; el profesor Parker se emocionó tanto que escribió un poema sobre ese asunto; el profesor Seelye declaró que el experimento le había asombrado profundamente”».

Todo esto es muy divertido. Salvo que me encontrara atada encima de un macizo de bambú afilado en pleno desarrollo, es poco probable que el

crecimiento de las plantas o su fecundidad me provocaran la más mínima intranquilidad. Aunque las plantas se interpongan en el camino de la «cultura» humana, no me importa. Cuando leo la cantidad de miles de dólares que ciudades como Nueva York tienen que gastar para mantener la tuberías subterráneas aisladas de las raíces de ailantos, ginkos y sicomoros, no puedo evitar la sonrisa. Después de todo, las tuberías suelen ser una excelente fuente de agua. En un lugar donde se valora tanto el hecho de tener iniciativa e ir en contra de lo establecido, estos árboles primitivos se enfrentan al ayuntamiento y ganan la batalla.

Pero en el mundo animal las cosas son diferentes, y las emociones humanas también. Dado que estamos hablando de Nueva York, pensemos en las cucarachas de debajo de la cama y en las ratas que, por la mañana temprano, se congregan en los portales. Los edificios de apartamentos son hervideros de cucarachas. Es más, en ciertos aspectos podrías considerar el territorio de Manhattan como un mercado inmobiliario de precios tan elevados como sus edificios pero, por otro lado, también es un enorme caldo de cultivo para las ratas: hectáreas y hectáreas de ratas. Supongo que las ratas y las cucarachas no hacen tanto daño como las raíces de los árboles; sin embargo, la perspectiva no es nada agradable. La fecundidad es un anatema sólo en el mundo animal. La idea de «hectáreas y hectáreas de ratas» posee algo escalofriante que no existe si, en cambio, dijera «hectáreas y hectáreas de tulipanes».

El paisaje de la tierra está salpicado y manchado de masas de criaturas en apariencia idénticas, desde las inmensas manadas del Pleistoceno que cubrían las praderas hasta los cúmulos pegajosos de bacterias que atascan los lóbulos de los pulmones. Los lugares de cría oceánicos de las aves pelágicas son tan fértiles y están tan abarrotados como una Calcuta humana. Los *lemmings* tiznan de negro la tierra, y las langostas, el cielo. Los peces gruñones pueblan el océano, los corales se apilan unos sobre otros y los protozoos explotan formando mareas rojas. Las hormigas se apoderan del cielo en enjambres voladores, las efímeras salen a millones de sus huevos y las cigarras que acaban de mudar la piel cubren los troncos de los árboles. ¿Has visto los ríos grumosos y teñidos de rojo por los salmones?

Piensa en el percebe común de las rocas. Dentro de cada uno de esos millones de conos duros y blancos —de los que te magullan los talones mientras tú les magullas la cabeza— hay una criatura tan viva como tú y

como yo. Su cometido en la vida es el siguiente: cuando una ola lo baña, extiende doce apéndices alimentarios plumosos y filtra el plancton. Cuando crece, se despoja de su piel como una langosta, agranda su caparazón y se reproduce sin fin. Las larvas «salen de los huevos formando nubes blanquecinas en el mar». Los percebes que habitan a lo largo de un solo kilómetro de costa arrojan al agua un billón de larvas. ¿Cuánto es eso en proporciones humanas? Crecen en el agua del mar, mudan la piel, cambian de forma vertiginosamente y, después de varios meses, se pegan a las rocas, se transforman en adultos y construyen sus cubiertas. Dentro de ellas mudan la piel. Rachel Carson siempre se topaba con estas viejas pieles y escribió: «Casi todas las muestras de agua marina que recojo en la orilla están salpicadas de unos objetos blancos semitransparentes [...]. Vistos bajo el microscopio, cada uno de los detalles de su estructura está representado a la perfección [...]. En estas pequeñas réplicas parecidas al celofán, pueden contarse las articulaciones de los apéndices; incluso las espinas que crecen en la base de las articulaciones parecen intactas después de haberse desprendido». En total, los percebes de las rocas pueden vivir cuatro años.

Lo que me interesa de los percebes es ese billón de larvas que forman las «nubes blanquecinas» y todos esos restos de piel. El agua del mar de pronto parece ser una sopa de trozos de percebe. ¿Puedo pensar que un billón de niños humanos es más real que eso?

¿Y si Dios siente la misma indiferencia afectuosa hacia nosotros que nosotros hacia los percebes? No sé si cada larva de percebe es, en sí misma, única y especial o si las personas somos en esencia tan intercambiables como ladrillos. Mi cerebro está lleno de números que se hinchan y podrían partirme el cráneo como si de un caparazón se tratara. Examino los trapecios de piel que me cubren el dorso de la mano como si fueran partículas de polvo arrastradas por el viento que al humedecerse se convierten en barro. Yo también he salido de un huevo, junto a millones de mis congéneres, en una vía láctea que se extiende desde una orilla ignota.

He visto el abdomen de la mantis escupir burbujas húmedas de huevos que eran como flan de tapioca pegado a un espino. He visto una película donde una termita reina tan grande como mi cara, lívida y amorfa, bañada en baba brillante, expulsaba ríos palpitantes de huevos redondos. Las termitas obreras, que parecían pequeños estibadores descargando el *Queen Mary*, lamían cada uno de los huevos tan rápido como iban saliendo para evitar que se pudrieran. El mundo entero es una incubadora para un número incalculable de huevos minuciosamente codificados y listos para eclosionar.

El huevo de una *chalcidoidea* parásita, una avispa común pequeña, se multiplica dando lugar a más huevos idénticos. La hembra deja un único huevo fertilizado en el tejido flácido de su presa viva y ese huevo se divide una y otra vez. Cerca de dos mil nuevas avispas parásitas eclosionarán para alimentarse del cuerpo de su huésped con la misma avidez. De un modo similar —pero a mayor escala— Edwin Way Teale relata que un único pulgón, sin pareja, reproduciéndose durante un año «sin que lo molesten» puede producir tantos pulgones vivos que, a pesar de no medir más de dos milímetros y medio cada uno, si se pusieran en fila alcanzarían una longitud de dos mil quinientos años luz en el espacio. Incluso la carpa dorada pone un promedio de cinco mil huevos que, si tiene ocasión, devorará tras expulsarlos. El encargado del criadero de peces Ozark Fisheries, en Misuri, donde venden carpas doradas para gente como yo, me dijo: «Producimos, controlamos y vendemos nuestro producto a espuestas». La complejidad de Ellery y de los pulgones multiplicada a mansalva y medida en toneladas y años luz es más que un exceso; es un holocausto, una parodia.

La fuerza del crecimiento entre los animales es una especie de ansia terrible. Estos miles de millones de criaturas deben comer para alcanzar la madurez sexual y expulsar otros tantos miles de millones de huevos. ¿Y qué van a comer los peces de encima de la cama o las mantis religiosas recién nacidas en el bote de cristal si no se comen entre ellos? Existe una terrible inocencia en el entumecido mundo de los animales inferiores que reduce la vida a un banquete universal. Edwin Way Teale, en *The Strange Lives of Familiar Insects* —un libro sin el cual no podría vivir— describe varios casos de alimentación compulsiva que responden a una presión desmesurada.

Recordarás, por ejemplo, la ninfa de libélula que acecha en el fondo del arroyo y de la charca buscando presas vivas para atraparlas con su labio ganchudo y retráctil. Las ninfas de libélula son insaciables y poderosas. Agarran y devoran pececillos enteros y renacuajos gordos. Pues según dice Teale, «se ha visto incluso a una ninfa de libélula trepando por una planta para salir del agua y atacar a una libélula desvalida, húmeda y arrugada que emergía en ese momento de su crisálida». ¿Es ahí donde establezco el límite?

Este hambre voraz alcanza sus matices más macabros cuando sucede entre las madres y su prole. Mira las crisopas, esos frágiles insectos verdes con grandes alas redondeadas y transparentes. Las larvas comen grandes cantidades de pulgones, los adultos se aparean en un arrebató del instinto, ponen huevos y mueren a millones con el primer golpe de frío del otoño. A veces, cuando una hembra pone sus huevos fértiles sobre una hoja verde que

está situada sobre un tallo delgado, le entra hambre. Deja de poner huevos, se da la vuelta, se come los huevos uno a uno, y vuelve a poner más, que también se comerá.

Puede pasar cualquier cosa y, de hecho, pasa. Pero ¿de qué va todo esto? Valerie Eliot, la viuda de T. S. Eliot, escribió en una carta en el *Times* de Londres: «A mi marido, T. S. Eliot, le encantaba contar que una noche se montó en un taxi y el taxista le dijo: “Usted es T. S. Eliot. Cuando le preguntó por qué lo sabía, le contestó: Verá, tengo buen ojo para los famosos. La otra noche llevé a Bertrand Russell y le dije: Bueno, señor Russell, ¿de qué va todo esto? Y, ¿sabe qué?, no supo qué responderme”. Bueno, señor Dios — pregunta la delicada y moribunda crisopa cuyas mandíbulas están húmedas por los jugos segregados por su propio ovopositor—, ¿de qué va todo esto? (“Y, ¿sabe qué?...”»).

Las planarias que viven en la charca de los patos se comportan de un modo similar. Son esos gusanos planos oscuros de los laboratorios que tienen capacidad para regenerar casi cualquier parte de su cuerpo. Arthur Koestler escribió al respecto: «Durante el apareamiento, los gusanos se vuelven caníbales y devoran todo ser vivo que se les ponga por delante, incluyendo su cola, de la que se habían despojado previamente y de la que empezaba a crecer una nueva cabeza». Incluso algunos mamíferos sofisticados como los grandes felinos en ocasiones se comen a sus cachorros. Se ha referenciado a una madre felina lamiendo el área que rodea el cordón umbilical del indefenso recién nacido. Después de lamer y lamer, se le cruzó un cable y empezó a comerse a su cría, comenzando por el vulnerable ombligo.

Aunque parece un verdadero sinsentido que una madre se coma su propia descendencia, el comportamiento a la inversa resulta aún más chocante. En esa muerte del padre o la madre entre las mandíbulas de sus crías identifico un drama universal que el azar no ha hecho más que condensar para que yo vea a todos los actores a la vez. Las moscas de las agallas, por ejemplo, son unas pequeñas moscas corrientes. A veces, según Teale, una larva de estas moscas, que no se parece en nada a las adultas y que jamás se ha apareado, produce huevos dentro de su cuerpo, huevos vivos, que eclosionan dentro de sus tejidos blandos. En ocasiones, los huevos eclosionan dentro del cuerpo quiescente de la pupa. El mismo acontecimiento increíble sucede también en ciertas especies de la mosca del género *Miastor*: «Los huevos eclosionan dentro de sus cuerpos y las voraces larvas, nada más salir, comienzan a devorar a su madre». En este caso, sí sé de qué va todo esto, pero preferiría no saberlo. Los padres mueren, la siguiente generación vive *ad maiorem Dei*

*gloriam*, y así siempre. Si la nueva generación precipita la muerte de los viejos, poco importa; los viejos ya han cumplido con su cometido y el procesamiento directo de proteínas queda en familia. Pero ¡piensa en la invisible prominencia de los huevos maduros dentro de la pupa, tan embalsamada y rígida como una reina egipcia momificada! Esos huevos se abren, le destrozan el abdomen y emergen larvas vivas, despiertas y hambrientas de una cápsula momificada por la que se arrastran como gusanos y de la que se alimentan hasta que no queda nada de ella. Y luego salen al mundo.

«Con el fin de evitar semejante destino —continúa Teale—, algunas moscas del género *Ichneumon*, una especie de avispas parásitas que depositan los huevos en los tejidos de las orugas, tienen que esparcir los huevos durante el vuelo, cuando no encuentran una presa disponible, para que no eclosionen dentro de ellas».

Eres una mosca *Ichneumon*. Te has apareado y tus huevos están fecundados. Si no encuentras una oruga donde depositarlos, tus pequeños van a pasar hambre. Cuando eclosionen los huevos, se van a comer el cuerpo en el que se encuentren, así que o los matas diseminándolos por el ambiente o te comerán viva. Si los dejas caer sobre los campos, es probable que mueras tú también, que mueras de vieja, antes incluso de que salgan del huevo y mueran de hambre, y el espectáculo habrá terminado. Un espectáculo espantoso. Sientes que ya están ahí, ya llegan... y te esfuerzas por elevarte.

Tampoco es que la mosca *Ichneumon* elija conscientemente. Si lo hiciera, su dilema sería auténtica materia de tragedia. Esquilo no necesitaría buscar nada más allá de la mosca *Ichneumon*. En otras palabras, sería materia de tragedia sólo si Esquilo y yo te convenciéramos de que esta mosca está tan viva como nosotros y de que, en consecuencia, lo que le sucede es relevante. ¿Te lo crees?

Hay una última historia. Demuestra que las fuerzas del crecimiento a veces se conjuran de forma errónea. Las polillas de la ropa, cuya oruga come lana, a veces entran en una fase de muda que Teale describe de forma insulsa como «curiosa»: «En el proceso de muda, cuando carece de suficiente comida, el comportamiento de la larva de la polilla de la ropa es una paradoja curiosa. A veces entra en un estado frenético en el que cambia la piel varias veces y se hace cada vez más pequeña». Cada vez más pequeña... ¿te lo imaginas? ¿Dónde ponemos nuestros jerséis? El proceso de disminución

podría extenderse en la imaginación hasta el infinito mientras la criatura, en su frenesí, encoge y encoge y encoge hasta alcanzar el tamaño de una molécula, luego el de un electrón, aunque nunca podría encoger tanto como para convertirse en absolutamente nada y acabar con su hambre voraz. Me siento como Esdras: «Al oír esto, rasgué mis vestiduras y mi manto, me arranqué los pelos de la cabeza y de la barba y me senté desolado».

## II

No estoy de broma cuando afirmo que estas fuerzas abrumadoras para comer y procrear son desconcertantes. El billón de larvas de percebe en menos de un kilómetro de orilla, los ríos de huevos de termita y los años luz de los pulgones aseguran la presencia viva de más percebes, termitas y pulgones en un mundo que apenas se preocupa por ellos.

Ahí fuera es todo muy incierto. Los caracoles marinos se comen los percebes de las rocas, los gusanos invaden sus cubiertas calcáreas, las heladas de la costa acaban con ellos y los reducen a polvo. ¿Puedes poner huevos de pulgón más rápido de lo que tardan las cigarras en comérselos? ¿Puedes hallar una oruga, puedes vencer las mortíferas heladas?

Al igual que los animales inferiores, si vives una vida sencilla es probable que te enfrentes a una muerte aburrida. Algunos animales, no obstante, tienen unas vidas tan complicadas que no sólo se multiplican sus posibilidades de morir cada minuto que pasa, sino que también se multiplica la variedad de muertes posibles que pueden sufrir. Para algunos animales los caminos establecidos son tan escabrosos que rozan lo absurdo. El gusano pelo de caballo de la charca de los patos, por ejemplo, que serpentea cerca de la superficie tan tranquilo, es el superviviente de toda una serie imposible de fugas milagrosas. Investigué un poco cómo son los ciclos de vida de estos gusanos que tienen la forma exacta del pelo de una cola de caballo, y descubrí que, aunque los científicos no están del todo seguros acerca de lo que les sucede, intuyen que puede ser como describo a continuación. Todo empieza con unas largas hebras de huevos enredadas entre la vegetación de la charca de los patos. Los huevos eclosionan, emergen las larvas y cada una de ellas busca un huésped acuático, una ninfa de libélula, por ejemplo. La larva penetra en el cuerpo de la ninfa y allí se alimenta y crece antes de escapar de un modo que desconozco. Entonces, si nadie se la come, nada hacia la orilla y se enquistada en las plantas sumergidas. Es un proceso bastante improbable, pero no imposible.

Y ahora empiezan las casualidades. Primero, se supone que el nivel del agua de la charca debe descender. Eso deja al descubierto la vegetación para que el huésped terrestre llegue hasta la planta sin ahogarse. El gusano pelo de caballo tiene varios huéspedes terrestres posibles, como los grillos, los escarabajos y los saltamontes. Pongamos que el nuestro sólo puede salir adelante si aparece por allí un saltamontes. De acuerdo. Pero el saltamontes debería darse prisa en llegar, porque el gusano enquistado tiene poca grasa almacenada y podría morir de hambre. Bueno, pues se presenta un saltamontes de la especie adecuada y empieza a comerse con diligencia la vegetación de la orilla. Nunca he visto saltamontes paciando por las plantas de la orilla pero, según parece, puede suceder. ¡Estupendo! El saltamontes acaba de comerse el gusano enquistado.

El quiste revienta. El gusano emerge con su espantosa longitud de noventa centímetros dentro del cuerpo del saltamontes, del cual se alimenta. Supongo que el gusano debe de comerse una gran parte de su huésped para vivir, pero no tanto como para que al saltamontes le dé un síncope y muera lejos del agua. Los entomólogos han encontrado escarabajos tigre muertos y moribundos cuyo interior estaba casi vacío, si no fuera por el cuerpo blanco y enrollado del gusano pelo de caballo. En todo caso, el gusano ya es casi adulto y está preparado para reproducirse. Pero primero ha de salir del saltamontes.

Los biólogos no saben qué sucede a continuación. Si en esta fase crítica el saltamontes está saltando por una pradera soleada lejos de una charca o de una acequia, lo cual es muy probable, la historia se acaba. Pero pongamos que está alimentándose cerca de la charca de los patos. El gusano tal vez se abre paso por el cuerpo del saltamontes, o quizá éste lo excrete. Sea como fuere, ahí está, secándose sobre la hierba. Ahora los biólogos se ven obligados a invocar una «fuerte lluvia», que cae de los cielos en este preciso momento, para conseguir que el gusano pelo de caballo regrese al agua, donde se apareará y pondrá más huevos aparentemente desventurados. No es raro que esté tan delgado, tú también lo estarías.

Otras criaturas tienen las cosas más o menos igual de fáciles. El esquistosoma comienza siendo un huevo en las heces humanas. Vivirá si tiene la suerte de caer en agua fresca, pero sólo si se encuentra con cierto tipo de caracol. Dentro del caracol sufre una transformación, sale nadando y, a continuación, ha de encontrar a un ser humano en el agua para perforarle la piel. Viaja a través de la sangre del hombre o la mujer, se establece en los vasos sanguíneos de su intestino y se convierte en un individuo maduro, ya

sea macho o hembra. Entonces tiene que encontrar a otro esquistosoma del sexo opuesto que haya viajado por el mismo circuito y que haya aterrizado en los vasos sanguíneos del mismo desgraciado humano. Otros esquistosomas diferentes llevan otras vidas igual de improbables, algunos llegan incluso a pasar por cuatro huéspedes diferentes.

Pero mi mayor asombro lo reservo para los percebes cuello de ganso. Hace poco vi unas fotografías tomadas por miembros de la expedición del *Ra*. Una de ellas mostraba un pegote de alquitrán tan grande como una pelota de béisbol, arrojada al mar por algún barco más grande, que Heyerdahl<sup>[24]</sup> y su tripulación habían encontrado en el Atlántico. El pegote llevaba en el mar mucho tiempo y estaba cubierto de percebes cuello de ganso. Los percebes eran secundarios, pero para mí fueron lo más interesante de toda la expedición. ¿Cuántas larvas de percebe deben morir en medio de los vastos océanos para que encuentren un pegote de alquitrán donde pegarse? Habrás visto percebes que han sido arrastrados hasta la playa; crecen en las vigas de los barcos, en las maderas que van a la deriva, en los trozos de goma... en cualquier cosa que lleve mucho tiempo flotando en el mar. No se parecen a los percebes de las rocas, aunque están emparentados con ellos. Los percebes cuello de ganso tienen un caparazón rosáceo con forma de óvalo aplanado que se extiende sobre un pedúnculo flexible —parecido al cuello de un ganso— que le sirve de agarre.

Estas criaturas siempre me han fascinado, pero pensaba que vivían cerca de la costa, donde tienen más posibilidades de flotar agarrados a algún objeto. ¿Qué hacen —y qué hacen las larvas— en medio del océano? Van a la deriva y perecen o, debido a algún raro accidente en un mundo donde puede pasar cualquier cosa, se aferran a algo y salen adelante. Si estuviera en la cubierta del *Ra* y sacara la mano para tocar el agua, ¿se me pegaría un percebe? Si recogiera agua del océano con un vaso, ¿estaría recolectando una veintena de larvas de percebe muertas o moribundas? ¿Debería lanzarles una astilla de madera? En cualquier caso, ¿qué clase de mundo es éste? ¿Por qué no se producen menos larvas de percebe y se les da un número decente de oportunidades? ¿Estamos tratando con la vida o con la muerte?

Tengo que volver a mirar el paisaje verdeazulado. Piensa que entre todos los lugares del sistema solar, bellos e inmaculados, nuestro planeta es la única mácula: sólo en él existe la muerte. Tengo que reconocer que el mar es un cáliz de muerte y la tierra es un altar de piedra sucio. Los vivos somos

supervivientes apiñados sobre los restos de los naufragios y vivimos a la deriva. Somos fugitivos. Nos despertamos aterrorizados, comemos con voracidad y dormimos con la boca llena de sangre.

Muerte. W. C. Fields decía que la muerte es «un tipo con camisón fulgente». Se mueve por la casa paseando por todos los rincones que yo he olvidado, por todos los pasillos que no me atrevo a recordar o a recorrer por miedo a vislumbrar el dobladillo de su vestido desgastado y deslumbrante mientras desaparece tras las esquinas. Éste es el monstruo al que adora la evolución. ¿Cómo podría ser si no?

Cuánto más rápido avanza la muerte, más rápida es la evolución. Si un pulgón pone un millón de huevos, es posible que varios sobrevivan. Ahora bien, mi mano derecha, con todo su ingenio humano, no sería capaz de fabricar un solo pulgón ni en mil años. Sin embargo, esos huevos de pulgón —que no valen absolutamente nada— pueden fabricar pulgones con el mismo esfuerzo con que el mar produce olas. Maravillas desperdiciadas. Es un sistema abyecto. Arthur Stanley Eddington, el físico y astrónomo británico que murió en 1944, sugirió que todo lo relativo a la naturaleza podría funcionar según ese mismo esquema disparatado. «Si es cierto que la Naturaleza no tiene mayor propósito que dotar de un hogar a su mejor experimento —el hombre—, su método consistiría en esparcir un millón de estrellas, entre las cuales sólo una le permitiría cumplir con su objetivo». Dudo mucho que ése sea su propósito, pero parece bastante claro, se mire por donde se mire, que sí es su método.

Pongamos que eres el director de Ferrocarriles del Sur. Imagina que necesitas tres locomotoras para un tramo de vías entre Lynchburg y Danville. Es una cuesta bastante empinada. De modo que, con un esfuerzo y un gasto formidables, haces que tus talleres fabriquen nueve mil locomotoras. Cada una de ellas tiene que estar diseñada de manera impecable, con todos sus remaches y cerrojos bien atornillados, con los cables bien colocados, las agujas de los indicadores precisas y bien calibradas.

Envías las nueve mil máquinas a las vías. Aunque hay maquinistas en los mandos del tren, nadie controla los cambios de agujas. Las locomotoras se chocan, colisionan entre ellas, descarrilan, se amontonan unas con otras, comienzan a arder... Al final de la masacre, te quedan tres locomotoras, que son las que necesitabas desde un principio. Como ahora son tan pocas, ya no se molestan unas a otras.

Te diriges a tu junta directiva y les muestras lo que has hecho. ¿Y qué van a decir? Ya sabes lo que van a decir. Van a decir: vaya manera nefasta de

poner en marcha un tramo de ferrocarril.

¿Acaso esa manera resulta más adecuada a la hora de poner en marcha un universo?

La evolución ama más a la muerte que a ti o a mí. Es fácil escribirlo, fácil decirlo, pero difícil de creer. Las palabras son simples, el concepto es claro, pero no te lo crees, ¿verdad? Yo tampoco. ¿Cómo me lo voy a creer con lo adorables que somos los dos? Entonces, ¿son mis valores diametralmente opuestos a los que mantiene la naturaleza? Ahí está la clave.

¿Debo ir por otro camino diferente al del único mundo que conozco? Pensaba vivir junto al arroyo para conformar mi vida según su flujo libre. Pero parece que he llegado a un punto en el que debo poner un límite. Parece que el arroyo no me mantiene a flote, sino que me hunde. Mira: Cock Robin<sup>[25]</sup> puede sufrir la peor y más lenta de las muertes y la naturaleza no estará menos contenta; el sol sale, el arroyo fluye y los supervivientes siguen cantando. Yo no puedo sentir eso por tu muerte, ni tú por la mía ni ninguno de nosotros por la muerte del petirrojo... o del percebe. Valoramos al individuo por encima de todo, pero la naturaleza no lo valora lo más mínimo. De pronto es como si tuviera que rechazar esta vida en el arroyo, a menos que quiera embrutecerme por completo. ¿Es la cultura humana, con sus correspondientes valores, mi único hogar verdadero, después de todo? ¿Podría ser que tuviera que mover mi ancla para colocarla junto a una biblioteca? Esta dirección del pensamiento me lleva directa a una bifurcación en la carretera donde me quedo paralizada, incapaz de continuar, ya que los dos caminos conducen a la locura.

O este mundo —mi madre— es un monstruo, o el engendro soy yo.

Consideremos la primera opción: el mundo es un monstruo. Cualquier niño de tres años vería lo insatisfactorio y torpe que resulta todo este asunto de la reproducción y muerte por miles de millones. Todavía no hemos encontrado a ningún dios que sea tan misericordioso como un hombre que le da la vuelta a un escarabajo para ponerlo patas abajo. No hay gente en el mundo que se porte tan mal como las mantis religiosas. Pero espera —dirás—, en la naturaleza no hay bondad ni maldad: lo bueno y lo malo son conceptos humanos. Exacto: somos criaturas morales en un mundo amoral. El universo del que mamamos es un monstruo al que no le importa si vivimos o morimos ni tampoco si él mismo se va ralentizando hasta detenerse. Es un mundo establecido y ciego, un robot programado para matar. Somos libres y tenemos capacidad para ver; lo único que podemos intentar es ser más listos que él en todo momento para salvar el pellejo.

Este punto de vista requiere que un mundo monstruoso movido por la suerte y la muerte, que va a la deriva de un sitio a otro, produzca de alguna manera la maravilla que somos nosotros. Vine del mundo, me escurrí de un mar de aminoácidos y ahora debo darme la vuelta de un salto y gritarle a ese mar mientras levanto el puño: «¡Vergüenza debería darte!». Si siento aprecio por algo, debería vendarme los ojos cuando me acerque a los Alpes suizos. Como cultura, debemos desarmar nuestros telescopios y volver a darnos palmaditas en la espalda. Nosotros, pequeños grumos de tejido suave que reptamos por la faz de este mundo, tenemos razón, y el universo entero está equivocado.

O podemos considerar la otra alternativa.

Juliana de Norwich, la gran anacoreta y teóloga inglesa, citó, a la manera de los profetas, estas palabras de Dios: «Mira, yo soy Dios. Mira, estoy en todo. Mira, hago todas las cosas. Mira, nunca he apartado las manos de mis obras y nunca las levantaré, por toda la eternidad. [...] ¿Cómo podría salir algo mal?». Pero ya nadie ve las cosas de la forma en que Juliana las veía, ni siquiera la gente más simple y mejor. Parece que salieron mal muchas cosas. Tanto es así, que debo considerar la segunda opción de esta carretera bifurcada, es decir, que la creación se torció de forma inocente y benévola a causa de su naturaleza libre y que lo único monstruoso es el sentimiento humano. Es probable que la rana que succionó la chinche acuática gigante tuviera un acceso de sentimiento puro un segundo antes de que su cerebro se convirtiera en caldo. A mí, en cambio, lleva años minándome ese incidente mediante diversos sentimientos profundos que experimento casi a diario.

¿La larva del percebe se preocupa por algo de todo esto? ¿Se preocupa la ensopa que se come sus propios huevos? Si a ellos les da igual, ¿por qué estoy armando tanto alboroto? Si soy yo el engendro, ¿no sería mejor que me callara?

Nuestras emociones excesivas nos resultan tan dolorosas y dañinas como especie que me cuesta pensar que sean resultado de la evolución. Otras criaturas consiguen aparearse e incluso establecer sociedades sin necesidad de grandes emociones, y tienen la ventaja accesoria de no conocer el duelo. (Aunque algunos animales superiores muestran emociones que consideramos similares a las nuestras: los perros, los elefantes, las nutrias y los mamíferos marinos lloran a sus muertos. ¿Por qué se le hace algo así a una nutria? ¿Qué creador querría ser tan cruel, no ya para matar a los demás, sino para hacer que a ellas les importe?). Podría parecer que la maldición son las emociones,

no la muerte; unas emociones que parecen haberse desarrollado en unos cuantos seres monstruosos como una maldición especial de la Maldad.

De acuerdo. Entonces, nuestras emociones son lo que está mal. Somos monstruos, el mundo está bien, así que vayamos todos a hacernos lobotomías para volver al estado natural. Podemos abandonar la biblioteca, volver al arroyo lobotomizados y vivir en sus orillas con la misma indolencia que una rata almizclera o un junco. Tú primero.

De esas dos ridículas alternativas, me inclino más bien por la segunda. Aunque seamos criaturas morales en un mundo amoral, la amoralidad no convierte el mundo en un monstruo. Más bien soy yo el engendro. Quizá no necesite una lobotomía, pero podría utilizar algún medio para serenarme, y el arroyo es el lugar propicio. Tengo que bajar de nuevo al arroyo. Ése es mi sitio, aunque cuando me acerco a él mis compañeros parecen cada vez más monstruosos y mi hogar en la biblioteca cada vez más limitado. Al principio de forma imperceptible y ahora de un modo más consciente, rehúyo las artes, el hervidero emocional humano. Leo lo que dicen sobre el paisaje los hombres que tienen telescopios y microscopios. Leo acerca del hielo polar y me sumerjo cada vez más en el exilio, lejos de mis congéneres. Pero, como no puedo eludir la biblioteca del todo —la cultura humana que me enseñó a hablar en su lengua—, me llevo los valores humanos al arroyo y así me salvo del embrutecimiento.

Lo que he sido todo este tiempo no es una explicación, sino un cuadro. Así es el mundo, altar y cáliz, encendido por el fuego de una estrella que acaba de empezar a extinguirse. Mi rabia y estupefacción por el dolor y la muerte de los individuos de mi especie son un misterio antiguo, tan viejo como el hombre, aunque tan válido e inexplicable como siempre. Mis dudas acerca de la fecundidad y el desperdicio de vida entre otras criaturas son, sin embargo, simples remilgos. Después de todo, yo soy quien tiene las pesadillas. Es cierto que muchas de esas criaturas viven y mueren de un modo abominable, pero nadie me ha pedido que sea yo quien lo juzgue. Tampoco me han pedido que viva del modo en que ellas viven, y a ellas, a las criaturas que sí se lo han pedido, les han otorgado una compasiva inconsciencia.

No quiero terminar antes de tiempo. Permíteme alejar la cámara y mirar la bifurcación de la carretera desde la distancia, en el contexto más amplio del mundo moteado y sarmentoso. Podría darse que la bifurcación desapareciera

o que yo la percibiera como un intersticio más dentro de una red, de forma que fuera imposible decir qué línea es la principal y cuál es la bifurcación.

La imagen de la fecundidad con sus excesos y de las fuerzas del crecimiento con sus accidentes no es, por supuesto, diferente de la imagen del mundo que describí como una textura intrincada compuesta por una extraña variedad de formas. Sólo que ahora las sombras son más profundas. El derroche adquiere un aire siniestro y pródigo y la exuberancia delira. Cuando añadí la dimensión del tiempo al paisaje del mundo, vi que la libertad cultivaba la belleza y el horror en la misma rama viva. Este paisaje es el mismo, pero con unos cuantos detalles añadidos y con un énfasis distinto. Veo calabazas que se expanden con la presión y un trozo de madera extasiado en el desierto. La planta de centeno y el ailanto del Bronx se matan, literalmente, por fabricar semillas y los animales por poner huevos. En vez de una carpa dorada nadando en su compleja pecera, lo que veo son toneladas de carpas poniendo billones de huevos y comiéndoselos. La finalidad de todos esos huevos es, por supuesto, fabricar carpas doradas, una a una —a la naturaleza le encanta la idea de la individualidad, aunque no el individuo en sí mismo—, y la finalidad de la carpa dorada es la acción. Es un terreno conocido. Sólo me olvidé de señalar que es la muerte quien hace girar el globo.

Es difícil de asumir, pero seguramente esto ya lo han pensado antes. No puedo preocuparme demasiado por la horrible apariencia y los hábitos de algunas medusas y peces, aunque suelo hacerlo. Pero el tema de mi muerte sí que me afecta, y mucho. Sin embargo, los dos fenómenos son brazos del mismo arroyo, del arroyo que riega el mundo. Su fuente es la libertad y sus ramificaciones son infinitas. El elegante sinsonte que cae al vacío bebe de ese arroyo, y de un mismo sorbo toma la belleza que le humedece los ojos y la muerte que le hace echar plumas y volar. Los pétalos de los tulipanes están realizados con la misma agua funesta que se hincha y eclosiona en las entrañas de la mosca Ichneumon.

Que haya algo ubicuo y que además ese algo sea erróneo es parte de la creación. Es como si todas las figuras de arcilla se hubieran cocido en ese fuego, se hubieran quemado con él, una veta azul de no existencia, un vacío umbrío como una burbuja que no sólo da forma a toda su estructura sino que además hace que escorde y que al final explote. Podríamos haber planeado las cosas de un modo más compasivo, tal vez, pero nuestro plan nunca habría salido del tablero de dibujo hasta haber acordado los términos de ese compromiso, que son los únicos que nos ofrece la existencia.

El mundo ha firmado un pacto con el demonio; tenía que hacerlo. Es un convenio que lo engloba todo, incluso cada uno de los átomos de hidrógeno. Los términos son claros: si quieres vivir, tienes que morir; no puedes tener montañas y arroyos sin espacio, y el espacio es una mujer hermosa casada con un hombre ciego. El hombre ciego es la Libertad, o el Tiempo, y no va a ningún sitio sin su gran perro, Muerte. El mundo empezó a existir con la firma de este contrato. Un científico lo llama Segundo Principio de la Termodinámica. Un poeta dice: «La fuerza que por el verde tallo impulsa la flor / impulsa mis verdes años». Eso es lo que sabemos. El resto es añadidura.

## 11 ACECHO

### I

Verano: bajo de nuevo al arroyo y llevo una vida de arroyo. Observo y permanezco al acecho.

La vida de los esquimales también cambia en verano. Los caribús huyen de los mosquitos del interior de la tundra desplazándose hacia las orillas ventosas del océano Ártico, donde los cazan los esquimales de la costa. Antiguamente, antes de que tuvieran rifles de largo alcance, los hombres tenían que acercarse mucho a los recelosos animales para conseguir matarlos. A veces, mientras esperaban un cambio favorable del clima que les permitiera correr hacia ellos sin ser vistos ni olidos, los esquimales tenían que seguir a pie a las veloces manadas durante días sin dormir.

Además, en verano pescan arenques con redes desde sus campamentos costeros. En las aguas abiertas del delta del río Mackenzie, cazan belugas y focas barbudas. También conducen sus esbeltos kayaks tierra adentro por el agua dulce y cazan ratas almizcleras sirviéndose de lazos o golpeándolas con palos.

Para viajar de un campamento a otro en verano, los esquimales de la costa surcan el mar abierto a bordo de grandes umiaks en los que reman las mujeres. Comen pescado, huevos de ganso y de pato, carne fresca y cualquier otro alimento que consigan, incluyendo «ensalada», que no es más que la

verdura cruda que encuentran en el estómago de los caribús aliñada con sus delicados ácidos digestivos.

En la isla de San Lorenzo, las mujeres y los niños se encargan de cazar pajarillos. Han desarrollado un método ingenioso a la par que cruel: después de haber atrapado unos cuantos con mucho esfuerzo y tras horas de acecho, los atan vivos pasando un hilo por los agujeros del pico y dejan que vuelen como cometas vivientes. Los pájaros se agitan frenéticamente en el aire intentando escapar, pero no pueden; el esfuerzo de su aleteo atrae a más pajarillos curiosos a los que también acaban cazando.

En otros tiempos, fabricaban una especie de camisetas interiores con la piel de los pájaros y, cuando arreciaba el frío, se las ponían para poder quitarse las parkas de pelo dentro de los iglúes. La confección de estas camisetas era una tarea laboriosa, ya que requería miles de puntadas minúsculas. Usaban el nervio fibroso del espinazo del caribú a modo de hilo. El nervio tenía que secarse, hilarse y retorcerse para formar un hilo basto. Su única ventaja era que se hinchaba con el agua, de modo que las costuras se volvían más o menos impermeables, y que por lo general contenía una minúscula porción de grasa que los esquimales podían chupar en un caso extremo de hambre y prolongar así su vida cinco minutos más. Como agujas, utilizaban esquirlas de hueso que se iban haciendo más finas y cortas a medida que las clavaban en las burdas pieles; en consecuencia, una aguja vieja podía no ser más grande que un agujero rodeado mínimamente de hueso. Cuando los esquimales conocieron la cultura desarrollada del sur, tanto hombres como mujeres empezaron a admirarla sobre todo por la dureza de sus agujas de coser. Porque se sobrentiende que sin una buena indumentaria, te mueres. Un tripulante de un barco ballenero que llevara un paquete de agujas en el bolsillo podía salvar muchas vidas y era recibido en todas partes como siempre se ha recibido a los ricos y poderosos.

Dudo que sigan haciendo camisetas de pieles de pájaro, tengan o no agujas de acero. Ya no hacen muchas de las cosas que hacían antiguamente, salvo en mi cabeza, donde siguen cazando y suturando con una destreza animal, siempre perfilados contra los blancos océanos de hielo.

Aquí abajo, el calor ya ha empezado. Hasta una camiseta de piel de pájaro sería demasiado. Con el frescor de la tarde atravieso los puentes que cruzan el arroyo. De nuevo estoy atisbando secretos y probando mi suerte. Puede que vea que algo sucede ante mí; puede que sólo vea luz sobre el agua. Vuelvo a casa entusiasmada o apaciguada, pero siempre distinta, viva. «Se dispersa y se

reúne —decía Heráclito—, viene y va». Y yo quiero estar en el camino de su cauce y que su aliento invisible me refresque.

En verano, permanezco al acecho. En verano las hojas ocultan, el calor deslumbra y las criaturas se esconden de los ojos rojizos del sol y de mí. Me veo obligada a buscar. Las criaturas que busco poseen varios sentidos y una voluntad libre; parece obvio que no desean que nadie las vea. Puedo acecharlas de dos formas distintas. La primera no consiste en una búsqueda como tal, sino que es la vía negativa, tan fructífera como una persecución real. Cuando acecho de esta manera, tomo posición en un puente y espero, ociosa. Me coloco en el lugar de paso de las criaturas, como los esquimales en primavera delante del agujero por donde sale la foca a respirar. Algo puede venir, algo puede pasar. Soy Newton debajo de un manzano, Buda debajo del árbol de Bodhi. Por contra, para acechar del otro modo, me abro camino en busca de la criatura. Vago por las orillas; si encuentro algo, lo sigo con tenacidad, como los esquimales que van tras las manadas de caribús. Soy Wilson escrutando las huellas de los electrones en una cámara de niebla; soy Jacob en Peniel luchando con el ángel.

De un modo u otro, los peces siempre son difíciles de ver. A pesar de que me paso casi todo el verano acechando las ratas almizcleras, creo que son los peces, con su excepcional misterio y ocultamiento, quienes materializan la calidad de mi vida estival en el arroyo. El desove espeso de un pez o una cama llena de peces son horrores desmesurados; pero soy capaz de desviarme de mi camino si albergo la esperanza de ver tres mojarras azules hechizadas en el fondo de una poza o elevándose hacia unos pétalos o unas burbujas de la superficie.

El mero hecho de intentar ver peces los vuelve imposibles de ver. Mis ojos son unos instrumentos torpes con un envoltorio desproporcionado y tosco. Si me pongo frente al sol en la orilla, no alcanzo a ver lo que hay bajo el agua; en lugar de peces veo insectos patinadores, el envés reflejado de las hojas, el vientre de los pájaros, las nubes y el cielo azul. Así que cruzo a la orilla opuesta y me coloco de espaldas al sol. Entonces veo a la perfección lo que hay bajo la sombra azul que proyecta mi cuerpo pero, en cuanto esa sombra se cierne sobre ellos, los peces desaparecen con una ráfaga de colas intermitentes.

En alguna ocasión, esperando inmóvil sobre un puente o deslizándome con sigilo por la sombra de algún árbol que crece en la orilla, consigo ver

peces que toman forma entre las sombras, uno a uno, dando vueltas y más vueltas en un círculo silente, bañados de azul celeste y tan afilados como lágrimas. O los veo suspendidos formando una línea sobre las aguas profundas, paralela a la corriente fértil, una composición literalmente aerodinámica. Porque los peces tienen una vejiga natatoria llena de gas que equilibra su peso en el agua; de hecho, penden de sus propios cuerpos, por así decir, como las barquillas de los globos. Esperan suspendidos y en apariencia inmóviles en el agua clara; parecen muertos, embrujados o fosilizados en ámbar. Se asemejan a esas piezas inexpresivas que cuelgan de un móvil, del mismísimo móvil que habría servido de inspiración a los diseñadores de móviles. ¡Peces! Logran ser como acuarelas. El suyo no es el color del fondo, sino el de la luz, la luz disuelta como polvo en el agua. Desaparecen y reaparecen como por generación espontánea; la prestidigitación de los peces.

Estoy aceptando la idea del pez como espíritu. El acrónimo griego para algunos de los nombres de Cristo es *ichthys*, Cristo como pez y el pez como Cristo. Cuanto más me fijo en los peces del arroyo, más satisfactoria resulta esa coincidencia, más rico es el símbolo en relación también con el espíritu. La gente debe vivir. Imagina cuánto más fácil debe resultar, para los habitantes del Mediterráneo, la captura con red de peces libres y bien alimentados en comparación con la cría de rebaños hambrientos sobre praderas rocosas, con la consiguiente obligación de alimentarlos durante el invierno. Decir que la santidad es un pez expresa la abundancia de la gracia; es el equivalente a la afirmación, en una cultura puramente materialista, de que el dinero crece de los árboles. «No os la doy como la da el mundo»<sup>[26]</sup>; estos peces son el alimento del espíritu. Y la revelación nos enseña cómo acechar: «Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis»<sup>[27]</sup>.

Aun así —por supuesto—, existe un riesgo. A lo largo de la historia han muerto muchos más hombres pescando que realizando cualquier otra actividad humana, exceptuando la guerra. Te alejas tanto... y te lleva el viento, te encallas o te hundes y jamás vuelven a verte. ¿Dónde están los peces? En el espacio submarino, allí donde soplan los vientos, cautelosos, duchos, invisibles. Puedes atraerlos con un señuelo, atraparlos con una red, con una caña, apalearlos, agarrarlos con las manos, perseguirlos hasta una ensenada, aturdirlos con savia de plantas, cazarlos con una rueda de madera que gira durante toda la noche... y es posible que sigas muriéndote de hambre. Están ahí, no cabe duda de que lo están, son libres, comestibles y completamente fugaces. Puedes verlos si quieres; atrápalos si puedes.

Se dispersa y se reúne; viene y va. Puede que vea una carpa monstruosa que salta en el agua y desaparece con una bofetada de espuma, puede que vea una trucha que emerge con una onda por debajo de mi mano colgante o puede que sólo vea un destello o unas colas huyendo. Sucede lo mismo durante todo el verano, durante todo el año, busque lo que busque. Últimamente me he entregado casi por completo a acechar ratas almizcleras: alimento para los ojos. He averiguado a base de errores que esperarlas es mejor que perseguirlas; ahora suelo situarme sobre un puente peatonal estrecho, en un punto donde el arroyo es poco profundo y ancho. Me siento, sola y alerta, sumida en un silencio extraordinario, esperando y observando algún cambio en el agua, alguna onda trémula que aumente de intensidad y que señale la aparición de una rata almizclera viva desde la entrada subacuática de su madriguera. Las ratas almizcleras son precavidas. Paso muchas, muchísimas tardes sin ver ninguna. Pero a veces resulta que el objetivo de mi espera se desvía, como si Buda hubiera esperado la caída de una manzana. Porque, cuando las ratas almizcleras no se presentan, aparece otra cosa.

Estoy segura de haber fastidiado la cena de una garcita verde la semana pasada en el arroyo. Era bastante joven y estaba bastante decidida a no emprender el vuelo, aunque tampoco quería ser demasiado temeraria. De modo que no me quitaba el ojo de encima. La estuve observando durante la media hora en que permaneció alerta en el arroyo, irascible, estirando y encogiendo su sensacional pescuezo de vetas marrones. No hizo más que tres fugaces intentos de buscar comida en la orilla fangosa, y las tres veces me pilló mirando hacia otro lado.

La garza se encontraba en aguas mansas y poco profundas; el agua no le cubría más de cinco centímetros sus patas naranjas. Se alejaba para buscar algo en las espadañas de la ribera y, cuando se lo comía —sacudiendo el pico hacia arriba y contrayendo la garganta con grandes tragos—, regresaba con pesadez hacia un banco de arena seca del centro del arroyo que parecía servirle de torre de vigilancia. Sacudía arriba y abajo su cola achaparrada, tan corta que no sobresalía entre las alas plegadas.

La mayor parte del tiempo me observaba con cautela, como si yo fuera a dispararle o a robarle sus pececillos para prepararme la cena en cuanto me perdiera de vista. Pero mi única arma era la quietud y mi único deseo su continua presencia ante mis ojos. Sabía que echaría a volar al menor paso en falso. En media hora se acostumbró a mí, como si yo fuera una bicicleta

abandonada en el puente o una rama varada. Consintió incluso que volviera la cabeza y estirara las piernas entumecidas lentamente. Pero, al final, algún movimiento o pensamiento insignificante la perturbó, se incorporó mirándome y, con un graznido, se alejó aleteando río arriba hasta que desapareció de mi vista tras un meandro.

Me cuesta ver los detalles cuando un pájaro no quiere que los vea. El ave requiere mi atención plena. Sin embargo, varias veces, mientras esperaba la aparición de ratas almizcleras, he visto insectos sumidos en las más diversas actividades y, como la mantis que ponía huevos, permanecían ajenos a mi presencia. Y en dos ocasiones no estuve segura de lo que vi.

La primera fue una libélula que volaba a poca distancia de la superficie del arroyo con una cadencia inusual. La miré más de cerca; rozaba el abdomen con el agua muy rápido, una y otra vez. Volaba en círculos pequeños tocando el agua en cada pasada. Lo único que imaginé fue que estaba poniendo huevos, como resultó ser el caso. Creo que eso es lo que vi: una libélula que ponía huevos a menos de dos metros de mí.

Ese particular movimiento del abdomen de la libélula, parecido al de hilvanar, es el que le dio el nombre de «aguja de zurcir»: los padres solían amenazar a sus hijos diciéndoles que, si mentían, las libélulas llegarían volando cuando estuvieran dormidos y les coserían los labios. Curiosamente, leí que la elevada velocidad con la que la libélula hembra pone los huevos sobre el agua «evita que la fuerza del agua la atrape y la arrastre hacia dentro». Y, con esa misma velocidad, aquella libélula se marchó batiendo las alas río abajo: un zumbido, un punto y desapareció.

Otra vez vi un insecto patinador que se comportaba de un modo extraño. Cuando no hay nada más que ver, me fijo en los insectos patinadores que se deslizan por encima del agua y en las seis minúsculas sombras que se proyectan en el fondo cuando deforman levemente la superficie con las patas. Su movimiento provoca pequeñas ondulaciones y he advertido que, cuando notan que estas ondas se aproximan, tienden a alejarse de lo que las origina. Con otras palabras, se evitan unos a otros. Supongo que este comportamiento favorece su distribución uniforme en un área determinada y así aumentan las posibilidades de sobrevivir al ataque de sus depredadores.

Pero un día que miraba el agua, distraída, me llamó la atención algo fuera de lo normal. Un insecto patinador se deslizaba por el arroyo con un propósito específico, no estaba dejándose llevar. En vez de huir de las ondas provocadas

por otro insecto, se dirigía hacia ellas. En el centro de esas ondas vi que una pequeña mosca había caído al agua y luchaba por escapar. El insecto patinador mostraba un interés exagerado; se movía con brusquedad detrás de los frenéticos intentos de la mosca por escapar y la seguía por el arroyo de un lado a otro, cada vez más cerca, como un esquimal acechando a un caribú. La mosca no podía zafarse de la tensión superficial del agua. Sus esfuerzos se fueron reduciendo a un zumbido ocasional; llegó a la orilla flotando, y el insecto patinador la persiguió hasta allí, aunque no pude ver lo que sucedió después porque me lo impidieron las hierbas circundantes.

Una vez más, me enteré con posterioridad de lo que había pasado. Leí que los insectos patinadores se sienten atraídos hacia cualquier luz. Según William H. Amos, «A menudo, esas atrayentes luces resultan ser los reflejos que producen las ondas emitidas por un insecto que ha quedado atrapado en la superficie; los patinadores se alimentan de esas criaturas». Les chupan todo el líquido. ¡Mira que vivir de los restos arrojados al agua! En todo caso, estaré atenta este verano. Sobre todo, quiero ver si las propias ondas que emiten los insectos patinadores reflejan menos luz que las provocadas por los insectos que quedan atrapados. Aunque pueden pasar años antes de que vuelva a ver otro insecto que cae al agua entre patinadores; ya tuve la suerte de verlo una vez. En la próxima sabré qué está sucediendo y, si quieren interpretar el último acto sangriento entre bastidores, simplemente apartaré la cortina de hierba sin perder la esperanza de poder dormir esa noche.

## II

Me llevó varios años aprender a acechar ratas almizcleras.

Siempre supe que vivían en el arroyo. A veces, cuando llegaba a casa de noche, los faros del coche iluminaban los amplios surcos que dejan atrás estos animales al nadar y que convergen en la V oscura de su cabeza. Detenía el coche y me bajaba: nada. Se comen el maíz y los tomates de los huertos de alrededor, también de noche, por lo que mis vecinos no paraban de decirme que el arroyo estaba plagado de ellas. Por aquí las llaman «ratas papilleras»; Thoreau las llamaba *musquashes*, que literalmente significa «calabazas de almizcle». Por supuesto, no son ratas (y menos aún calabazas). Son más bien unos castores en miniatura y, al igual que éstos, excretan una sustancia de olor intenso (el almizcle) a través de unas glándulas que se encuentran en la base de la cola. Había leído en varias fuentes fiables que las ratas almizcleras son tan cautelosas que resulta casi imposible observarlas. Un experto que llevó a

cabo un amplio estudio en grandes poblaciones examinando sobre todo sus rastros y efectuando autopsias, dijo que a menudo transcurrían semanas sin que viera una sola rata almizclera viva.

Una tarde calurosa de hace tres años, me encontraba poco más o menos metida en un arbusto. Estaba inmóvil, mirando las profundidades del Tinker desde la orilla opuesta a la casa, observando un grupo de mojaras azules que permanecían suspendidas y quietas cerca del fondo de una poza honda y soleada. Tenía la mirada enfocada hacia el lecho del arroyo. Llevaba un buen rato perdida, me había olvidado del arroyo, de todo, salvo de las inertes profundidades de ámbar. De repente dejé de ver. Y luego recuperé la vista: una rata almizclera había aparecido sobre el agua, flotando bocarriba. Tenía las patas delanteras cruzadas con languidez sobre el pecho; el sol se reflejaba en su vientre volteado hacia el cielo. Su mueca juvenil y sonriente de roedor, acompañada de ese ridículo método de locomoción consistente en agitar la cola con vagancia, ayudado por algún chapoteo esporádico de las palmeadas patas traseras, convertía el animal en una fascinante imagen de la decadencia, la disipación y la pereza veraniega. Me olvidé por completo de los peces.

Pero, debido a la sorpresa de ver aparecer la luz con tanta brusquedad y recuperar de golpe la conciencia mediante una rata almizclera bocarriba, debí de moverme y me delaté. La cría —porque ahora sé que se trataba de un animal joven— se enderezó, de modo que sólo se le veía la cabeza por encima del agua, y siguió alejándose arroyo abajo. Logré salir del arbusto y me puse a perseguirla como una boba. Se sumergió en el agua, lustrosa, y se deslizó hasta la orilla opuesta. Corrí entre los matorrales intentando no perderla de vista. No dejaba de lanzarme miradas inquietas. Se sumergió de nuevo, esta vez bajo una maraña de matojos que estaban varados en la orilla, y desapareció. No volví a verla. (A pesar de todas las ratas almizcleras que he visto desde entonces, nunca he vuelto a ver una bocarriba). Por entonces no conocía a estas criaturas; esperé, jadeante, y observé la orilla sombría. Ahora sé que no puedo retar a una rata almizclera si sabe que estoy acechando. Lo máximo que puedo hacer es llegar hasta ella con sigilo mientras sigue en su agujero, para que no se dé cuenta de mi presencia, y esperar a que salga. Pero aquel día lo único que sabía era que quería ver más ratas almizcleras.

Empecé a buscarlas día y noche. A veces veía ondas que brotaban de un lateral del arroyo, pero en cuanto me agachaba para observar, las ondas se desvanecían. Ahora ya conozco lo que significaba aquello y he aprendido a quedarme totalmente quieta para divisar la pequeña cara puntiaguda de la rata almizclera observándome oculta bajo la vegetación de la ribera. Aquel verano

frecuenté los puentes, recorrí el arroyo de arriba abajo, pero no apareció ninguna. Tienes que estar ahí cuando suceda, pensaba. Tienes que pasarte el resto de tu vida entre los arbustos. Son cosas que sólo pasan una vez en la vida, y tú ya tuviste tu oportunidad.

Sin embargo, una noche vi otra y mi vida cambió. Después de aquello ya supe en qué lugares eran más numerosas y dónde tenía que mirar. Fue a última hora de la tarde; yo volvía a casa en coche después de visitar a unos amigos. Por si acaso, aparqué junto al río, me coloqué sobre el puente estrecho, en el tramo de aguas poco profundas, y miré río arriba. Algún día — me decía desde hacía semanas—, una rata almizclera aparecerá nadando por el canal entre las espadañas, y yo la veré. Justo eso fue lo que pasó. Levanté la vista hacia el canal por si veía una rata almizclera y allí mismo apareció, nadando hacia mí. Pedid, buscad, llamad. Parecía nadar de lado a lado remando con la cola extendida en vertical. Parecía más grande que la rata almizclera que había visto bocarriba y tenía la cara más rojiza. En la boca llevaba una ramita de tulípero. Hubo algo que me sorprendió: estaba nadando hacia la mitad del arroyo. Pensaba que se escondería en los arbustos de la ribera; en cambio, surcó el agua con el mismo disimulo que un acuaplano. No podía dejar de mirarla.

Yo estaba de pie en el puente, no estaba sentada, así que me vio. Cambió su rumbo en dirección a la orilla y desapareció detrás de un entrante de juncos. Experimenté tal arranque de energía que pensé que no necesitaría respirar durante días.

Ya casi he perdido por completo aquella inocencia, a pesar de que anoche sentí la misma energía acuciante. Desde que aprendí a buscar ratas almizcleras en esa zona del arroyo, he visto muchas. Pero aún trato de localizarlas con el frescor del anochecer y sigo aguantando la respiración cuando veo que se alzan ondas desde la orilla. Si hay que vitorear a los animales salvajes porque existen, el mayor hurra sería para el momento en que los veo, pues ostentan toda su dignidad y prefieren no tener trato conmigo, ni siquiera como simple objeto de mi visión. Con su recelo absoluto me enseñan que el hecho de abrir los ojos y contemplar es una recompensa.

Las ratas almizcleras son el pan con mantequilla de la cadena alimentaria de los carnívoros. Son como los conejos y los ratones: si eres lo bastante grande como para comer mamíferos, te las puedes comer. Los halcones y lechuzas son sus depredadores, al igual que los zorros y otros animales. El

visón es su enemigo acérrimo. Los visones viven cerca de las grandes comunidades de ratas almizcleras; entran y salen a hurtadillas de sus madrigueras y suelen merodear a su alrededor como las mantis hacen con las colmenas. Las ratas almizcleras también son propensas a una enfermedad sanguínea contagiosa que extermina colonias enteras. Otras veces, en cambio, se produce una explosión demográfica, como sucede con los *lemmings*, que son sus parientes cercanos; cuando esto ocurre, mueren a centenares o se diseminan tierra adentro en busca de nuevos ríos y charcas.

El hombre también las mata. Un esquimal que las cazaba como pasatiempo durante unas pocas semanas al año dice que en catorce años acabó con 30.739 ejemplares. Sus pieles se venden cada vez más caras. Son el animal de peletería más importante de Norteamérica. Desconozco las cifras en el delta del río Mackenzie, pero por aquí los comerciantes de pieles, que en 1971 pagaban dos dólares con noventa centavos por piel, ahora pagan cinco dólares. Con las pieles fabrican abrigos que llaman de muchas formas, excepto «abrigo de rata almizclera». El nombre más habitual es «abrigo de foca de Hudson». En los viejos tiempos, después de vender las pieles, los tramperos también vendían la carne, que denominaban «conejo de los pantanos». Todavía hay mucha gente que sigue haciendo guiso de rata almizclera.

Antes de toda esa carnicería, una hembra puede tener hasta cinco camadas al año de seis o siete crías cada una. El nido está en algún lugar elevado y seco de la orilla; sólo la entrada está bajo el agua, normalmente a más de un metro de profundidad, para eludir a los enemigos. Aquí los nidos se distinguen porque se ven agujeros en el barro de la orilla; en otras partes del país, las ratas almizcleras construyen unos pabellones de invierno flotantes y cónicos que no sólo son herméticos, sino que también les sirven de alimento.

Las más jóvenes tienen una vida llena de riesgos. En primer lugar, hasta las serpientes y los mapaches se las comen. En segundo lugar, su madre se despista con facilidad y, si la camada es grande, puede dejar abandonadas a un par de crías en cualquier parte, como si se olvidara de hacer recuento. Los recién nacidos, enganchados a las mamas de la madre, pueden caerse si ésta se ve obligada a zambullirse en el agua de repente, y a veces se ahogan. Los jóvenes recién destetados también lo tienen difícil, porque las nuevas camadas aparecen tan pronto que tienen que independizarse antes de haber aprendido a sobrevivir. Y, si los recién destetados están hambrientos, deben comerse a los recién nacidos —si consiguen llegar hasta ellos, ya que las ratas almizcleras adultas, incluyendo sus propias madres, a menudo las matan si se acercan

demasiado—. Sin embargo, si sobreviven a todas estas vicisitudes, les espera una vida en la que podrán nadar en el crepúsculo y masticar raíces de espadaña, tréboles y, de vez en cuando, algún cangrejo. Paul Errington, una autoridad en la materia, escribe: «Las ratas almizcleras, cuando se acercan al primer mes de vida, pueden ser consideradas como una empresa independiente de proporciones modestas».

Lo más maravilloso de las ratas almizcleras, en mi opinión, es que no ven muy bien y, para colmo, son bastantes lerdas. Se muestran extremadamente precavidas si saben que estoy cerca y no dejan de vigilarme. Pero con una pizca de destreza y una pérdida mínima de dignidad humana, como es el caso, puedo estar «ahí» y la realidad de mi presencia nunca penetrará en sus estrechas mulleras.

Lo que sucedió anoche no fue sólo el colmo de la estupidez en las ratas almizcleras, también fue el colmo de la intromisión humana, un límite que estoy convencida de no poder traspasar. Nunca pensé que llegaría tan lejos y me sentaría al lado de una rata almizclera como quien se sienta junto a otro comensal en una mesa abarrotada.

Lo que sucedió fue lo siguiente. Llevaba desde la semana pasada acudiendo a un lugar diferente, a uno de los afluentes anónimos del arroyo. Es un riachuelo poco profundo que une varias pozas que no superan un metro de profundidad. Sobre una de esas pozas hay un puentecito peatonal conocido en la zona —si acaso— con el nombre de «puente de los duendes». Me encontraba sentada en ese puente, una hora antes de que se pusiera el sol, mirando hacia la derecha, río arriba, a unos tres metros de donde yo estaba, porque sabía que allí había una madriguera de ratas almizcleras. Acababa de encender un cigarrillo cuando apareció un grupo de ondas en la boca de la madriguera y emergió una rata almizclera. Nadó hacia mí y pasó por debajo del puente.

En el preciso instante en que la cabeza del animal desaparece bajo el puente, me pongo en acción. Tengo unos cinco segundos para darme la vuelta y verla aparecer por el otro lado. Puedo incluso asomar la cabeza, de manera que cuando la tenga debajo podré contar sus pestañas si me apetece. El problema de esta estratagema es que, en cuanto sus vivarachos ojos aparezcan por el otro lado, tengo que ser una estatua. Si me muevo otra vez, el espectáculo se acabará por hoy. Tengo que quedarme como esté durante el tiempo que permanezca dentro de su campo de visión, ya se me agarroten los

músculos, me magulle los tobillos con el asfalto o me queme los dedos con el cigarrillo. Y si la rata almizclera aparece en una orilla para comer, allí estaré yo, con la cabeza colgando a treinta centímetros del agua, incapaz de ver nada salvo los cangrejos. Por eso he aprendido a hacer las cosas con suavidad durante esos cambios de posición de cinco segundos.

Mientras la rata almizclera pasaba bajo el puente, me moví para poder mirar en la otra dirección cómodamente. Volvió a aparecer y la vi bastante bien. Tenía el cuerpo de unos veinte centímetros y la cola de unos quince. Las colas de las ratas almizcleras son negras, escamosas y planas en sentido vertical, como una correa colocada de canto —y no horizontales, como las colas de los castores—. En invierno, a veces se les congela y tienen que desprender con los dientes las partes heladas hasta un par de centímetros del cuerpo. En ese caso, se ven obligadas a nadar sirviéndose sólo de las patas posteriores y les cuesta trabajo mantener la dirección. Ésta usaba la cola como timón y muy de vez en cuando como propulsor; casi todo el tiempo nadaba con el pedaleo de las patas traseras, que mantenía muy rectas rotándolas hacia abajo, como un ciclista pedaleando de pie. Las palmas de sus patas traseras eran extrañamente pálidas; sus uñas eran unos conos largos y puntiagudos. Mantenía las patas delanteras inmóviles, replegadas sobre el pecho.

La rata almizclera trepó por la orilla del otro lado del riachuelo y se puso a comer. Arrancó con los dientes un hierbajo de unos treinta centímetros y lo fue royendo con la ayuda de las patas delanteras, como un carpintero utilizando una sierra. Yo oía el ruido que hacía al masticar; se parecía al de alguien comiendo pencas de apio. A continuación se volvió a meter en el agua con la planta aún en la boca, pasó de nuevo por debajo del puente y, en vez de regresar a su madriguera, se subió a una roca y acabó de masticar con calma. Estaba a poco más de un metro de mí. De inmediato se puso a nadar otra vez por debajo del puente, regresó a la orilla y encontró con destreza el mismo punto donde había devorado el brote.

Durante todo ese tiempo no sólo estuve realizando elaborados giros de ciento ochenta grados cada vez que su cabeza desaparecía bajo el puente, sino que también seguí fumándome el cigarrillo. En ningún momento se dio cuenta de que la configuración del puente sufría una completa metamorfosis cada vez que pasaba por debajo. Muchos animales son así: no ven algo a no ser que se mueva. Asimismo, cada vez que volvía la cabeza, yo tenía libertad para fumar, aunque, como es lógico, nunca sabía cuándo volvería a mirarme y a dejarme inmóvil en la posición más extraña. Lo peor de todo era que ella estaba situada a favor del viento respecto a mí y mi cigarrillo; ¿de verdad

estaba montando toda aquella parafernalia por una criatura carente de cualquier tipo de inteligencia?

Cuando hubo terminado con toda la mata de hierbajos, la rata almizclera comenzó a recorrer la extensión de hierba con un movimiento nervioso, arrancando hierbajos y tréboles desde la base. Pronto reunió un buen manojo; se lanzó al agua, cruzó el puente una vez más nadando hacia su madriguera y se sumergió.

Al poco rato, después de haber escondido la hierba, imagino, reapareció en el agua, repitió la misma operación con mucha formalidad y regresó a la madriguera con otro manojo.

Volvió a salir. Cuando pasó por debajo del puente la perdí durante un minuto; esta vez no salió por donde yo esperaba. De pronto, para mi desconcierto, apareció en la orilla que estaba a mi lado. El puente de los duendes está al mismo nivel que la parte baja de la orilla; ahí estaba yo y ahí estaba ella, justo a mi lado. Podría haberla tocado sin estirar el codo. La tenía al alcance de la mano.

Se puso a buscar comida a mi lado, moviéndose con una postura encorvada, quizá para evitar la pérdida de calor por la evaporación de la humedad. Por lo general, cuando estaba fuera del agua, adoptaba la forma de un «shmoo», el famoso dibujo animado; tenía los hombros tan delgados como los de un gatito. Utilizaba las patas delanteras para separar la hierba en manojos con extremo cuidado; vi cómo flexionaba sus estrechas muñecas. Reunió varios bocados de hierba y tréboles, más que royéndolos, mordiéndolos con fuerza cerca del suelo mientras contraía los músculos del cuello y tiraba con las patas delanteras.

Tenía la mandíbula hundida, los ojos negros juntos y brillantes y las orejas pequeñas, puntiagudas y peludas. Un día debería comprobar si es capaz de aguzarlas. Llegué a ver los largos pelos de su piel, resbaladizos con el agua, que se agrupaban en mechones castaños que resaltaban los suaves contornos de su cuerpo y que revelaban el pelo interior, más claro y suave, como el de un conejo. A pesar de su proximidad, no conseguí verle los dientes ni el vientre.

Después de varios minutos hurgando entre la hierba a mi lado, se introdujo con soltura en el agua, por debajo del puente, y nadó hacia la madriguera con el ramo de hierba sujeto hacia arriba con la boca. Eso fue lo último que vi de ella.

Durante los cuarenta minutos que la estuve observando, nunca me vio, me olió o me oyó. Cuando me encontraba totalmente expuesta, por supuesto, no

me movía salvo para respirar. También movía los ojos para seguir los suyos, pero ella no se dio cuenta en ningún momento. Incluso tragué saliva un par de veces y... nada. Lo de tragar saliva me interesaba porque había leído que cuando intentas domesticar a un pájaro para que coma de tu mano, si tragas saliva sin querer, todo se va al traste. Según esta teoría, el pájaro piensa que estás tragando de forma anticipatoria y se va. La rata almizclera no se inmutó. Sólo una vez, mientras comía en la orilla opuesta a unos tres metros de mí, se puso alerta y permaneció erguida un instante, aunque de inmediato continuó con la búsqueda de alimento. Jamás supo que me encontraba allí.

Tampoco yo supe jamás que me encontraba allí. Anoche, durante esos cuarenta minutos, fui tan sensible y muda como una placa fotográfica; recibía impresiones, pero no imprimía los pies de foto. Dejé de tener conciencia de mí misma; ahora creo que si me hubieran colocado electrodos, mi electroencefalograma habría sido plano. Llevo haciendo este tipo de cosas durante tanto tiempo que no soy consciente cuando comienzo a moverme despacio y me detengo de golpe; ésa es ya mi segunda naturaleza. Y a menudo me he dado cuenta de que incluso un intervalo de pocos minutos sumida en este olvido de mí misma es tremendamente revitalizante. Me pregunto si no desperdiciamos la mayor parte de nuestra energía, mientras permanecemos despiertos, en saludarnos a nosotros mismos. Martin Buber cita a un viejo maestro del jasidismo que dijo: «Cuando paseas por los campos con la mente pura y santificada, surgen las chispas del alma de todas las piedras, de todos los seres que crecen y de todos los animales, que llegan hasta ti purificadas y se convierten en un fuego sagrado en tu interior». Es una forma de describir la energía que nos llega, mediante el vocabulario especializado de la cábala del jasidismo.

He intentado mostrarles ratas almizcleras a otras personas, pero es raro que lo consiga. Por más callados que estemos, las ratas almizcleras permanecen escondidas. Quizá perciben el zumbido tenso de la conciencia, el ronroneo de dos seres humanos que, aun en silencio, no pueden evitar ser conscientes el uno del otro y de sí mismos. Por otro lado, siempre ocurre que la otra persona sufre una especie de vergüenza que le impide acechar como es debido. Eso también me importunaba antes a mí: no aguantaba perder la dignidad hasta el punto de transformarme por completo, todo por una rata almizclera. Así que me movía o miraba a mi alrededor o me rascaba la nariz; no aparecía una sola rata almizclera, me dejaban a solas con mi dignidad durante días, hasta que decidí que merecía la pena aprender —de las propias ratas almizcleras— a acechar.

La antigua regla clásica del acecho es «detente a menudo y quédate inmóvil». Esta regla no puede mejorarse, pero las ratas almizcleras permiten un poco de margen. Si los ojos de animal están fuera del campo de visión, podría bailar claqué sobre su cola sin que se diera cuenta. Hace unos días me acerqué a una rata almizclera que estaba comiendo en la orilla junto al puente de los duendes; simplemente fui dando pequeños pasos cada vez que ella miraba para otro lado. Repartía mi peso lo mejor que podía para que ella no sintiera las vibraciones del suelo y para que, cuando mirara hacia donde yo estaba, pudiera quedarme inmóvil hasta que se volviera de nuevo sin tener que efectuar torpes equilibrios sobre una sola pierna.

Cuando me encontraba a tres metros de ella, estaba segura de que huiría, pero continuó paciando entre los tréboles y hierbajos con aire miope. Puesto que ya había visto todo lo que quería ver, seguí acercándome para comprobar hasta dónde podía llegar. Para mi absoluta perplejidad, no se marchó. Me cansé yo primero. Cuando uno de mis pies estaba a quince centímetros de su lomo, desistí. Me veía perfectamente, era obvio, pero yo seguía inerte, salvo cuando ella bajaba la cabeza. Lo único que me faltaba era darle una patada. Al final regresó al agua, se sumergió y desapareció. Hasta hoy no sabría decir si me habría permitido seguir caminando hasta su espalda.

No siempre es tan fácil. En otras ocasiones he aprendido que la única manera de acercarme a una rata almizclera que está comiendo implica un procedimiento tan ridículo que, para seguir viviendo conmigo misma, es necesaria la pérdida absoluta de vergüenza. Tengo que deshacerme de mi sombrero, localizar una piedra baja y tumbarme para ir reptando muy despacio a lo largo de unos seis metros de campo descubierto hasta que estoy detrás de la piedra y soy capaz de atreverme a echar un vistazo alrededor. Si saco la cabeza de detrás de la piedra justo cuando ella está mirando para otro lado, todo va bien. Puedo permanecer en esa posición y quedarme inmóvil cuando ella se dé la vuelta. Pero si me ve moviendo la cabeza, se sumergirá en el agua y todo el número de arrastrarme por el suelo habrá sido en vano. Es imposible saberlo con antelación; tengo que intentarlo y ver cómo sale.

He leído que en el improbable caso de que cruces la mirada con un oso grizzly lo mejor que puedes hacer es hablarle con voz suave y amable. Se supone que tu voz tiene un efecto relajante. Todavía no he tenido oportunidad de comprobarlo con los osos grizzly, pero puedo asegurar que con las ratas almizcleras no da resultado. Se llevan un susto de muerte. Lo he intentado en repetidas ocasiones. Una vez vi a una rata almizclera comiendo en una orilla a

tres metros de mí; cuando ya la había observado a mi antojo y no tenía nada que perder, la saludé con un tono muy agradable. Pum. El aterrorizado animal dio un respingo de ciento ochenta grados, cayó en picado sobre la hierba y desapareció. La tierra se lo tragó; la cola se le irguió en el aire y a continuación se esfumó en el suelo sin emitir sonido alguno. Las ratas almizcleras construyen numerosos agujeros en la orilla para huidas de emergencia, y no les gusta alejarse de ellos cuando están comiendo. Todo el suceso resultó impresionante e ilustra el relativo poder que tienen, en la naturaleza, la palabra y el ardid.

El acecho es una habilidad, como el lanzamiento en el béisbol o como jugar al ajedrez. Rara vez está involucrada la suerte. Lo hago bien o lo hago mal; la rata almizclera me lo dirá, no tardará en decirlo. El acecho es un juego que se practica en el momento presente, incluso más que el béisbol. En cada segundo, la rata almizclera viene, se queda o se va, dependiendo de mi destreza.

¿Puedo quedarme quieta? ¿Cómo de quieta? Es sorprendente la cantidad de gente que es incapaz de permanecer inmóvil. Yo no podría estar sin moverme durante treinta minutos en casa, pero en el arroyo me apaciguo, me centro, me vacío. No estoy nerviosa; mi respiración se vuelve lenta y regular. La cabeza no me dice: «¡Rata almizclera! ¡Rata almizclera! ¡Allí!». No digo nada. Si tengo que mantener una postura, no me quedo «congelada». Si lo hiciera, se me agarrotarían los músculos, me cansaría y abandonaría. En vez de quedarme rígida, me calmo. Me centro, esté donde esté; encuentro el equilibrio y el descanso. Es un retiro, aunque no en mi interior, sino fuera de mí, de forma que me convierto en un cúmulo de sensaciones. Todo lo que veo es pleno, abundante. Soy la superficie del agua con la que juega el viento; soy pétalo, pluma, piedra.

### III

Viviendo de esta manera, junto al arroyo, donde la luz aparece y se desvanece sobre el agua, donde las ratas almizcleras afloran y se sumergen, donde los zorzales alirrojos se dispersan, he llegado a conocer un lado especial de la naturaleza. Miro hacia las montañas, que siguen dormidas, azules, mudas y absortas. Entonces digo: las montañas agrupan, el mundo permanece. En cambio, al mirar el arroyo digo: el arroyo dispersa, viene y va. Cuando me

marcho de casa, los gorriones levantan el vuelo y dejan de piar; en las orillas del arroyo, los arrendajos gritan alarmados, las ardillas corren a esconderse, los renacuajos se sumergen, las ranas saltan, las serpientes se quedan petrificadas, las reinitas amarillas se esfuman. ¿Por qué se esconden? Simplemente no quieren ser vistos. «La naturaleza —dijo Heráclito— tiene la costumbre de esconderse». Un sinsonte que huye despliega por un segundo una deslumbrante colección de abanicos blancos... y desaparece entre las hojas. ¡Shane!... ¡Shane![<sup>28</sup>] La naturaleza dirige su vieja y profunda mirada —esa mirada de «ven aquí»—, deja caer el pañuelo, se da media vuelta y desaparece. La naturaleza que conozco es incierta.

Me pregunto si lo que veo y creo comprender acerca de la naturaleza no será tan sólo uno de los accidentes de la libertad que la casualidad repite ante mis ojos, o si tiene algún equivalente en los mundos que existen más allá de Tinker Creek. Encuentro en la mecánica cuántica un mundo simbólicamente similar a mi mundo aquí.

Muchos seguimos viviendo en el universo de la física newtoniana, e imaginamos, ingenuos, que los científicos de verdad no dan ninguna utilidad a esas divagaciones difusas y se preocupan, como todo buen científico, de lo conocido y mensurable. Creemos que al menos las causas físicas de los acontecimientos físicos son perfectamente reconocibles y que, como resultado de diversos experimentos que siguen realizándose, vamos poco a poco apartando la nube del desconocimiento. Retiramos los velos uno a uno, con meticulosidad, añadiendo conocimiento al conocimiento hasta que por fin mostramos lo esencial de las cosas, la ecuación genial de donde surgen todas las bendiciones. Incluso el indómito Emerson aceptó la lamentable falacia de la vieja ciencia cuando, al final de su vida, escribió a regañadientes: «Cuando mejoremos los microscopios, analizaremos las células y todo será electricidad u otra cosa». Lo único que hay que hacer es perfeccionar los instrumentos y métodos para recopilar datos suficientes como una ristra de pájaros sobre un alambre y predecir así los acontecimientos a partir de sus causas físicas.

Pero en 1927 Werner Heisenberg levantó la liebre y toda nuestra concepción del universo se desmoronó. Por alguna razón, la gente de la calle todavía no ha asumido que algunos físicos son un puñado de lunáticos místicos de ojos desorbitados, puesto que ya han perfeccionado sus instrumentos y métodos lo suficiente como para hacer desaparecer el velo

decisivo, pero lo que han puesto al descubierto es la sonrisa del gato de Cheshire.

El principio de indeterminación, que vio la luz en el verano de 1927, dice, en efecto, que no puedes conocer a la vez la velocidad y la posición de una partícula. Puedes estimar estadísticamente el comportamiento de un grupo de electrones, pero no puedes predecir la trayectoria de una partícula concreta. Parecen ser tan libres como las libélulas. Puedes perfeccionar tus instrumentos y tus métodos hasta el infinito y nunca serás capaz de medir ese elemento básico. No es posible. El electrón es una rata almizclera; es imposible acecharlo de un modo perfecto. Y la naturaleza es una bailarina de abanico que nació con el abanico en la mano; puedes abatirla, arrojarla al escenario y forcejear para intentar arrebatárselo, pero ella nunca lo soltará. Está hecha así; el abanico está unido a ella.

No es que carezcamos de la información necesaria para saber la velocidad y la posición de una partícula; ésa sería una situación corriente que entraría en la comprensión de la física clásica. Se trata más bien de que ahora estamos seguros de que no existe tal conocimiento. Puedes determinar la posición, pero el valor de la velocidad se difumina con imprecisión; o bien puedes determinar la velocidad, pero... ¡vaya!, falta la posición. El empleo de instrumentos y la propia existencia de un observador parecen echar por tierra las observaciones; en consecuencia, los físicos dicen que no pueden estudiar la naturaleza *per se*, sino sólo su propia investigación de la naturaleza. Y yo sólo puedo ver las mojarras bajo mi propia sombra azul, de la que inmediatamente salen huyendo.

El principio de indeterminación ha puesto la ciencia patas arriba. De pronto el determinismo desaparece, la causalidad se esfuma y nos quedamos con un universo compuesto de lo que Eddington denomina «sustancia mental». Mira lo que dicen estos físicos. Sir James Jeans, el sucesor de Eddington, invoca al «destino» diciendo que el futuro «puede descansar sobre el regazo de los dioses que sean». Eddington afirma: «El mundo físico es completamente abstracto y sin “realidad” más allá de su vínculo con la conciencia». El propio Heisenberg afirma: «Método y objeto no pueden separarse. La visión científica del mundo ha dejado de ser una visión científica en el sentido estricto de la palabra». Jeans dice que la ciencia no puede seguir oponiéndose a la noción de libre albedrío. Heisenberg añade: «Hay un poder superior, que no está influido por nuestros deseos, que es quien al final decide y juzga». Eddington explica que la supresión de la

causalidad como resultado del principio de indeterminación «nos deja sin una clara distinción entre lo Natural y lo Sobrenatural». Y así todo.

Estos físicos son místicos una vez más, como lo fue Kepler, místicos que están de pie sobre un elevadísimo desfiladero mirando fijamente hacia un abismo de libertad, paralizados. Y llegan hasta allí a través del método experimental y gracias a unos cuantos saltos violentos, como el que dio Einstein. ¡Qué maravilla de desfiladero!

Todo esto significa que el mundo físico, tal y como lo entendemos hoy, se parece más al mundo del arroyo incierto que yo veo que al mundo inalterable del cual parecen hablar las montañas. Las partículas de los físicos pasan veloces y cambian, como los rotíferos dentro y fuera del campo de visión de mi microscopio, y debo creer que el anillo de montañas de granito de este valle es una ligera nebulosa de esas mismas partículas. El universo entero es un enjambre de esas energías indómitas y cautelosas, el sol que se refleja en el pelo mojado de la espalda de una rata almizclera y las estrellas que ocultan las montañas en el horizonte pero que el arroyo Tinker arrastra desde los cielos. Todo es incierto. La garza levanta el vuelo; la libélula despeg a cincuenta kilómetros por hora; el insecto patinador se desvanece tras una cortina de hierba; la rata almizclera se sumerge y las ondas se propagan desde la orilla, se aplanan y cesan por completo.

Moisés le dijo a Dios: «Déjame ver, por favor, tu gloria». Y Dios le contestó: «Pero mi rostro no podrás verlo; porque no puede verme el hombre y seguir viviendo». Aunque añadió: «Mira, hay un lugar junto a mí; tú te colocarás sobre la peña. Y al pasar mi gloria, te pondré en una hendidura de la peña y te cubriré con mi mano hasta que yo haya pasado. Luego apartaré mi mano, para que veas mis espaldas; pero mi rostro no se puede ver». Entonces, Moisés subió al monte Sinaí, esperó quieto en una hendidura de la peña y vio la espalda de Dios. Cuarenta años después subió al monte Pisgá y vio la tierra prometida al otro lado del Jordán, pero murió antes de que se le permitiera entrar en ella.

Sólo un vistazo, Moisés: una hendidura de la peña por aquí, la cumbre de una montaña por allá, pero el resto es negación y anhelo. Tienes que permanecer acechante ante todas las cosas. Todo se esparce y se reúne; todo viene y va como los peces por debajo de un río. También tienes que acechar

el espíritu. Puedes esperar en cualquier parte distraído, porque ése es el camino por donde pasa veloz; puedes tener la esperanza de agarrarlo por la cola cuando pase y gritarle algo al oído antes de que consiga escapar. O puedes perseguirlo hasta donde te atrevas, poniendo en riesgo el nervio ciático, sobre la articulación del muslo<sup>[29]</sup>; puedes pasar la noche golpeando la puerta hasta que el posadero se apiade, si es que alguna vez se apiada; y puedes emitir el grito de la encarnación hasta que te quedes ronco o peor aún, como en el poema de John Knoepfle: «Y Cristo es el vagabundo rojo<sup>[30]</sup>... y los niños lo llaman, ven aquí, ven aquí». Me siento en un puente, como si estuviera sobre el Pisgá o el Sinaí y espero inmóvil en la hendidura de la peña mientras grito con todas mis fuerzas, como un niño que golpea una puerta: «¡Sal ahora mismo!... Sé que estás ahí».

Y entonces, de vez en cuando las montañas se separan. El árbol con luces aparece, el sinsonte cae y el tiempo se despliega a través del espacio como una oriflama. Nos regocijamos. La noticia, después de todo, no es que las ratas almizcleras sean recelosas, sino que se las puede ver. El ruedo inferior del manto<sup>[31]</sup> fue el Premio Nobel para Heisenberg; no volvió a casa descontento. Yo espero sobre los puentes y acecho en las orillas, a la espera de esos momentos impredecibles en los que una ola comienza a surgir bajo el agua y las ondas se intensifican y palpitan a lo largo del arroyo, para volver a empezar con su textura vibrante. Es como la superficie de un impulso, como la materialización de los peces, esa elevación, ese punto álgido, como la maduración de las nueces en el interior de sus cáscaras, listas para abrirse como los castaños de Indias en un prado flamante. «¡Así pues está Yahveh en este lugar y yo no lo sabía!». Los jirones que veo desaparecer tras su espalda son un regalo, son la abundancia. Cuando Moisés bajó del monte Sinaí, la gente se asustaba de él: la piel de la cara le brillaba.

¿Brillan también las caras de los esquimales? Me tumbo en la cama, alerta: estoy con los esquimales en la tundra, están persiguiendo a los caribús, cuyas patas hacen ruidos breves y secos; corren durante días, sin dormir, aturcidos, formando líneas desordenadas sobre los montículos de los glaciares y los líquenes, frente al océano, bajo el sol pálido de sombras alargadas, desplazándose en silencio durante toda la noche.

## VIGILANCIA NOCTURNA

Me encontraba en el prado de los Lucas en medio de un aluvión de saltamontes. Debía de haber algo en el calor creciente, en la noche incipiente, en la madurez de la hierba, algo capaz de reunir a semejante ejército en el prado, donde nunca antes habían sido legión. Tuve que ver mil saltamontes, clamor y ruido de fondo entre los tréboles hasta las rodillas.

Me había adentrado en el prado para sentir el calor y echar un vistazo al cielo, pero esos saltamontes reclamaban mi atención y se convirtieron por sí mismos en un acontecimiento. Cada paso que daba era una detonación en la hierba. A mi alrededor se producía una explosión de cuerpos como si fueran metralla; el aire estallaba y zumbaba. Había saltamontes de todos los tamaños, saltamontes amarillos, verdes y negros, con antenas cortas, con antenas largas, con la cara oblicua, con bandas en las alas, con las patas rojas, con la cabeza cónica, pigmeos, con puntos, rayas y franjas. Aparecían en salvas, se lanzaban por el aire y se pegaban sin orden ni concierto a los tallos y las briznas de hierba abriendo las patas para mantener el equilibrio, del mismo modo en que los zorzales alirrojos se posan en las espadañas. Repiqueteaban a mi alrededor, rebotaban en mis pantorrillas agarrándose un instante y soltándose con sus diminutas patas.

Me encontraba bajo cobijo, pero a cielo abierto. El prado estaba limpio, el mundo renovado, y yo me había refrescado al pasar junto a las aguas del embalse. Un sentimiento nuevo y salvaje me invadió. ¿Y si esos saltamontes fueran langostas?, pensé. ¿Y si yo fuera el primer ser humano en el mundo y estuviera en medio de una de sus plagas?

Había estado leyendo acerca de las langostas. En los países áridos siempre han existido plagas de langostas migratorias que desaparecían tan pronto como habían llegado. De hecho, un año las veías poniendo huevos en una llanura y al año siguiente no había ni una sola de ellas. Los entomólogos etiquetaban los especímenes y estudiaban su estructura, pero no encontraban ninguna viva hasta varios años después, cuando volvían a invadir el terreno. Nadie sabía en qué cuevas o nubes se escondían las langostas entre una plaga y otra.

En 1921, un naturalista ruso llamado Uvarov resolvió el misterio. Las langostas son saltamontes: son el mismo animal. Las plagas de langostas suelen ser saltamontes que se han vuelto locos.

Si tomas varios saltamontes comunes de cualquier especie de una de las numerosas regiones secas del mundo —incluyendo las Montañas Rocosas— y los crías en botes de cristal en condiciones de hacinamiento, entran en fase migratoria. Es decir, se convierten en langostas. Cambian, literal y físicamente, de Jekyll a Hyde delante de tus ojos. Incluso cambian estando solos en botes, siempre que se les aplique una rápida sucesión de estímulos artificiales. Aunque al principio es imperceptible, sus alas y élitros se alargan. Su color apagado se acentúa y se satura cada vez más hasta que se convierte en el amarillo y rosa de la histérica langosta. En sus élitros aparecen rayas y puntos que se oscurecen hasta alcanzar un color negro brillante. Ponen más vainas de huevos que los saltamontes. Son inquietos, excitables, voraces. Tus botes ahora están llenos con una plaga.

En condiciones normales, ya sea en un laboratorio o en el desierto, los huevos que depositan estas langostas producen saltamontes corrientes. Sólo se transforman en determinadas condiciones especiales —como en las sequías, durante las cuales se ven obligados a apilarse cerca de la comida disponible—. Rechazan comida y refugio y no buscan más que los empujones y el repiqueteo de sus congéneres. Sus tropas aumentan; bullen en los valles. Y un buen día, emprenden el vuelo.

Son capaces de oscurecer el cielo durante nueve horas cuando vuelan por millones y, cuando aterrizan, ¡a tus tiendas, Israel! «Delante de él devora el fuego, detrás de él la llama abrasa. Como un jardín del Edén era delante de él la tierra, detrás de él, un desierto desolado. ¡No hay escape ante él!». Un autor afirma que si le das a un saltamontes una brizna de hierba «las dieciocho piezas de sus mandíbulas se accionan de inmediato, lubricadas por una saliva marrón que parece aceite de motor». Multiplica esta operación por varios millones y oirás un sonido nuevo: «El ruido de crujidos sordos y chirriantes

que la miriada de mandíbulas produce mientras están inmersos en su tarea de destrucción sólo puede comprenderlo alguien que haya combatido el fuego en una pradera u oído las llamas avanzar, azuzadas por un viento fuerte». Cada palmo de la tierra y cada rama están atestados de cuerpos, de modo que los valles borbotean y las colinas tiemblan. Langostas: es una vieja historia.

Will Barker cuenta que un hombre se tumbó para echarse una siesta en medio de una horda de langostas. Al instante, la nube agobiante se le abalanzó y lo rodeó como una estridente cota de malla. Las piezas metálicas de sus bocas se engranaban y apretaban. Sus amigos corrieron a despertarlo de inmediato. Cuando se levantó, sangraba por el cuello y las muñecas.

En el mundo hay langostas y hay saltamontes. Me hallaba inmersa en el mundo hasta las rodillas.

Ninguno de los insectos del prado se iba a transformar en langosta, bajo ningún concepto. Soy la reina del prado, pensé, y levanté los brazos. Al instante los saltamontes brincaron en torno a mí, describiendo en el aire una neblina de trayectorias angulares que terminaban enfrente de mi camino con una sacudida de hierba. Como si de verdad yo fuera la reina, «dilly-dilly», como dice la canción infantil.

Un gran saltamontes gris verdoso se chocó contra mi camisa con un crujido y se me quedó, jadeante, encima del hombro. «¡Fuera!», dije, y saltó repiqueteando. Aterrizó en una espiga a varios metros de distancia. La espiga se combó hacia atrás a causa del impacto, como un potro salvaje, y el saltamontes se cayó al suelo. Cuando el movimiento cesó, no conseguí ver dónde estaba el insecto.

Seguí caminando, paso a paso, instigándolos y a la vez recibiendo esta lluvia de disparos de arma corta. Tuve que reírme. Me habían engañado. Quería verlos y ellos se iban. La única forma de observarlos y apreciar su astucia era asustarlos aprovechando su inocencia. No había encanto ni inteligencia posibles para hacerlos aparecer o atraerlos; lo único que podía hacer era espantarlos, accionar el más burdo de sus instintos con la brusquedad física de mi paso. Para ellos yo era un problema demasiado grande, una fuente de conmoción, como una piedra en continuo movimiento. ¡Esperad! ¿Dónde vais? ¿No queréis ninguno, con vuestras dieciocho piezas mandibulares, hablar un rato conmigo aquí, en el prado de los Lucas? Levanté los brazos de nuevo: ahí tenéis. Y se fueron. Las hierbas se arquearon con violencia. Me sentía rebosante de entusiasmo, ruborizada. Era la sierva del

prado, estaba exaltada; era la virgen que espera a su esposo en el umbral con la lámpara encendida. Un viento nuevo se levantaba; había recibido a los saltamontes como recibía ese viento. Alrededor del prado los árboles más altos se agitaban silenciosos.

Volví a la cabaña, dirigiendo a todo el escuadrón de un extremo a otro del prado. Los saltamontes, la ratas almizcleras y las montañas no dejaban de engañarme y yo, incauta de mí, siempre regresaba a por más. Al final siempre acaban atrapándote y, si lo sabes de antemano, tienes que reírte. Vienes buscando el ataque, el vuelo, aunque sabes que en realidad has venido por la risa.

Ha llegado la plenitud del final del verano; el verdor de lo que brota, de lo que ya ha brotado, se oculta. Observo durante diez minutos una rata almizclera que está comiendo en una orilla; cuando recolecta la hierba, los manojos se le quedan en la boca tiesos, como colgándole de las mandíbulas; más tarde, cuando ya se ha ido, no aprecio ningún cambio en la vegetación. A duras penas consigo localizar algún desperfecto al mirar de cerca y pasar la mano por la zona, por más que me fijo. Ni siquiera parece que haya pisado el terreno. ¿Todo pasa con la misma ligereza excepto yo? Cuando los sacos de huevos de la mantis eclosionaron en junio, estuve observando durante un periodo de varios días cómo las diminutas mantis traslúcidas daban saltitos por el saco con sus patas largas, se dispersaban por las ramas del seto y desaparecían por la hierba. En algunos sitios las veía descender en fila como un puente móvil desde el tallo hasta el suelo. En el instante en que cruzaban el horizonte y se adentraban por la hierba, desaparecían como si hubieran saltado desde el borde del mundo.

Ahora estamos a principios de septiembre y los caminos están obstruidos. Miro el agua para ver el cielo. En esta época del año, todos los coches aparcados tienen una abeja golpeando con languidez la ventanilla interior trasera. En cada metro de la orilla hay una rana saltando, las burbujas se enredan en una trampa de algas verdeazuladas y los escarabajos japoneses se encorvan de dos en dos en las hojas de los sauces. El sol transforma el aire en una gelatina espesa que blanquea, aplana y disuelve. Los cielos son una bruma lechosa, inertes cielos de verano. Todos los niños que veo tienen en la frente una cuadrícula circular, un sombreado de rayas cruzadas, resultado de pasarse el día entero con la cabeza apoyada contra las mosquiteras de las puertas.

Acudí a la finca de los Lucas para pasar la noche, para dejar que viniera lo que tuviera que venir. Ese lugar es para mí un paraíso. Lo tiene todo: bosques antiguos, bosques nuevos, precipicios, praderas, aguas tranquilas, rápidos, cuevas. Sólo haría falta que un glaciar extendiera su pie chirriante por detrás de la cabaña. Este jardín mágico está justo al otro lado del brazo muerto de Tinker Creek; es un lugar solitario porque resulta difícil llegar hasta él. Podría haber ido por el sendero del despeñadero rocoso, atravesando el bosque antiguo, pero en verano es imposible siquiera encontrarlo, porque está cubierto de árboles jóvenes, arbustos, kudzu y robles venenosos. Podría haber acortado por las terrazas herbosas que hay junto al despeñadero, pero para llegar hasta allí tendría que haber pasado por delante de un perro fiero que está esperando el día en que me olvide de llevar conmigo un palo. Así que decidí ir por el tercer camino, por el embalse.

Preparé un bocadillo, llené la cantimplora y me metí en el bolsillo una pequeña linterna. Todo lo que tenía que hacer era coger una esterilla de espuma delgada y el saco de dormir, bajar hasta la carretera, cruzar la colina de barro erosionado donde la mantis puso los huevos, seguir por el arroyo río abajo hacia el bosque de las motocicletas y atravesar la pista hasta el embalse.

Me gusta cruzar el embalse. Si me caigo en él, puede que no vuelva a salir. El embalse tiene una altura de alrededor de un metro; unas algas espesas y verdes, peinadas por el roce y la caída abrupta de la corriente del arroyo, se aferran al tramo del borde de hormigón que queda cubierto por el agua. Por debajo hay un revoltijo de aguas rápidas y rocas. Me enfrento a esta amenaza cada vez que cruzo el embalse, y siempre es excitante. La zona más estrecha se encuentra al principio del todo. Aquel día, como siempre que me encontraba frente a la corriente, apoyé los pies con firmeza, me puse a caminar de lado con pasos cortos y enseguida aparecí, empapada, en un mundo nuevo.

Pues bien, al regresar de mi incursión en el prado de los saltamontes, me encontraba en el mismo punto de partida, en la orilla que hay entre la cabaña y la parte más alta del embalse, donde había dejado el saco de dormir, la esterilla y el bocadillo. El sol se estaba poniendo, ya invisible tras la cima del risco. Desenvolví el bocadillo y miré hacia el camino por el que acababa de pasar, como si pudiera volver a ver los saltamontes diseminándose sobre el prado extenso y ocultándose entre la maleza y la hierba afelpada.

Para eso vine, justo para eso y para nada más. Una emanación de movimiento frondoso en las peñas, la irrupción de las cosas reales, vivas e inertes, con formas y energías bajo el cielo: ésa es mi ciudad, mi cultura y todo el mundo que necesito. Miré a mi alrededor.

Lo que yo denomino el prado de los Lucas es sólo una parte de la finca de los Lucas. Es uno de los claros más antiguos que hay por aquí, un jardín natural; siempre que cruzo el embalse y me detengo en la orilla para secarme los pies, me siento como si acabara de nacer. A mi derecha, las aguas embalsadas eran silentes y profundas, orladas por los tulíperos, los bananos de montaña y los fresnos de la orilla, que se reflejaban en ellas. El arroyo se perdía de vista río arriba, tras una curva; era el brazo muerto, y el embalse abarcaba su arco más cerrado. Río abajo, el arroyo se deslizaba hacia el embalse y salpicaba las cornisas de arenisca y los cantos de la orilla, despidiendo un refrescante aliento de bruma antes de desaparecer por el borde de la presa, bajo las escarpadas y boscosas peñas.

Me encontraba cercada, rodeada por un contorno de crestas, encerrada e iluminada en un valle en el interior de otro valle. Junto al risco se sucedían una serie de elevadas terrazas cubiertas de pasto, aptas para cultivar los jardines colgantes de Babilonia. Más allá de las terrazas, el bosque irrumpía de nuevo comoquiera que lograra subsistir enraizado en la roca vertical. En las bóvedas de piedra se abrían tres cuevas, cuyas entradas permanecían ocultas detrás de la madreselva. Una era tan pequeña que sólo un niño pequeño gateando podría entrar en ella; otra era tan grande que se podía explorar mucho más allá de las primeras curvas que impiden la entrada de luz; la tercera era inmensa y poco profunda, llena de leña y malla de alambre, y en la pared del fondo se abría otra cueva pequeña en la que una marmota había criado a su camada la anterior primavera.

Delante de mí, a lo lejos, veía cómo las peñas boscosas, minadas de cuevas, daban paso a las terrazas cubiertas de vegetación que antaño debieron de estar despejadas. Ahora había una maraña de árboles jóvenes envueltos en madreselva y rosales silvestres. Siempre me acuerdo de un invierno en que intenté abrirme paso a la fuerza para subir por esa pendiente y comprendí que ni siquiera el mes de enero es lo bastante poderoso como para suavizar el caduco sur. Había senderos despejados entre la maleza —los vi cuando ya estaba inmersa en la espesura—, pero también había caminos de conejos, inapropiados para alguien que supere los veinte centímetros de alto. Llegué al huerto de melocotoneros de los Lucas llena de arañazos y pinchazos, jadeante,

cuando resulta mucho más cómodo llegar a él por el empinado camino de grava que asciende paralelo al río.

En la parte llana que queda en el centro de ese contorno rocoso, estaba el prado soleado de los saltamontes y, frente a él, arropado entre las terrazas de hierba y el embalse, el centro de la ciudad: la cabaña de los Lucas.

Me dirigí hasta el porche. Mis pasos resonaban; las peñas devolvían el sonido y los tréboles y las hierbas lo absorbían. La mayor parte de la cabaña de los Lucas estaba, de hecho, constituida por ese amplio porche con aleros. Unos listones de madera pintados de gris se tambaleaban en las tres caras de la cabaña, agrietados, destrozados y alabeados, carentes ya de verticalidad. Las vigas, en las cuatro esquinas del porche, soportaban un tejado bajo y puntiagudo que abarcaba tanto el porche como la cabaña, otorgando tanta importancia al enorme porche que la propia cabaña parecía un añadido, al igual que Adán parece un añadido del Edén. Desde hacía años, un viejo tablero de ajedrez de marquetería, provisto de un pedestal tallado y roto, se apoyaba contra la cabaña en uno de los aleros del porche; los escaques incrustados, marrones y en contraste, se curvaban hacia arriba como hojas a causa de la erosión.

La anchura de la cabaña era apenas mayor que la longitud del porche. Era una cabaña diáfana que apenas podía contener —y esto es algo que he pensado muchas veces: construye mansiones más espartanas, ¡alma mía!<sup>[32]</sup>— un catre, un escritorio de tablones junto a la ventana, una silla —dos para la compañía, como dijo aquél<sup>[33]</sup>— y unas cuantas estanterías estrechas. En la cabaña casi todo son ventanas —hay cinco— pero están completamente rotas, de modo que mi vida en su interior consiste, sobre todo, en el arroyo y las avispas alfareras.

Es una vida formidable, fastuosa de verdad. La cabaña tiene toma de electricidad; un casquillo de bombilla desnudo cuelga del techo de madera inacabado. Hay un tubo de estufa que llega hasta el tejado. Más allá del porche, en el lateral más alejado del arroyo, hay una gran chimenea de ladrillo donde se podrían asar bueyes enteros. Los bueyes se crían a cinco minutos de distancia, subiendo la colina y bajando luego a los pastos. Los árboles que dan sombra a la cabaña son nogales y pecanos. En primavera, toda la margen ascendente, desde que se sale del porche de la cabaña, se cubre de narcisos amarillos hasta el huerto de melocotoneros.

Aquel día el interior de la cabaña estaba oscuro, como siempre; las cinco ventanas enmarcaban cinco películas de luz y naturaleza viva. El suelo crujió hasta que llegué a la ventana que da al arroyo caminando sobre la capa de

cristales rotos, y me quedé mirando la caída del agua por encima del borde del embalse, en la curva sombría bajo la peña, mientras los abejorros, del tamaño de ponis, hurgaban entre las fragantes flores que salpicaban la orilla. Un joven conejo de cola de algodón apareció y se quedó paralizado. Se agazapó bajo la ventana con las orejas pegadas a la cabeza y el cuerpo inmóvil, la imagen perfecta del camuflaje por adaptación. Salvo un pequeño detalle. Era jovencísimo y le picaba tanto un hombro que se atizaba violenta y ruidosamente con la pata trasera, y luego volvía a congelarse en posición de alerta. Por encima de la caída de agua del embalse había dos mariposas azufre peleándose. Se tocaban y se alejaban en un ascenso vertical como si estuvieran recorriendo la espiral de una vid invisible.

De pronto sucedió algo maravilloso, a pesar de que al principio resultó de lo más normal. Un jilguero hembra apareció de repente. Se posó ingrávido en la cabezuela de un cardo púrpura de la ribera, empezó a vaciar el receptáculo de las semillas y sembró el aire de vilanos.

El marco iluminado de mi ventana se colmó. Los vilanos se dispersaron en todas direcciones, flotando por encima de la cascada del embalse y oscilando entre los troncos de los tulíferos hacia el prado. Con una ráfaga de aire, saltaron hacia el huerto, se elevaron por encima del banano de montaña, cuyos frutos ya estaban maduros, y se fueron tambaleando hasta la terraza por su ladera escarpada. Se sacudían, flotaban, rodaban, viraban, oscilaban. Los vilanos del cardo se dirigieron titubeantes hacia la cabaña y luego, con una nueva ráfaga, hacia el bosque de las motocicletas; se elevaron y penetraron entre las frondosas ramas de los pecanos. Por fin cayeron errantes como la nieve, ciegos y suaves, en la poza de la parte alta de arroyo y en el tramo que desciende por las rocas. Se estremecieron en las puntas de los brotes de hierba donde se habían posado con ligereza, aún sacudidos por temblores impredecibles. Yo contenía la respiración. ¿Es aquí donde vivimos —pensé—, en este lugar y en este momento, con este aire tan ligero y salvaje?

La misma permanencia que hace que las estrellas se desplomen y que las mantis devoren a su pareja unía a estas dos criaturas ante mis ojos: el pico ancho y experto del jilguero y los vilanos ligeros como plumas y velados. ¿Cómo podría fallar algo? Si yo misma fuera más ligera y sutil, también cabalgaría sobre esos vientos suaves, asumiría ese riesgo por el simple placer de ser conducida con tanta pureza.

El cardo forma parte de la maldición de Adán: «Maldito sea el suelo por tu causa: con fatiga sacarás de él el alimento todos los días de tu vida. Espinas y cardos te producirá, y comerás la hierba del campo». Una maldición

terrible: pero ¿acaso el jilguero se come las espinas de la tristeza junto con las del cardo, o lo hago yo? Si este aire arrollador es la caída, entonces la caída fue feliz. Si este jardín de la ribera es la tristeza, entonces busco el martirio. Esta corona de espinas se posa ligera sobre mi cráneo como unas alas. Tiepolo, el pintor veneciano del Barroco, pintó a Cristo como un niño de labios rojos que sostenía un jilguero; el jilguero parece estar mirando a su alrededor en busca de cardos. La creación misma fue la caída, una irrupción en la belleza espinosa de lo real.

El jilguero, sobre la cabezuela deshilachada del cardo, se hundía un poco más en el receptáculo de las semillas con cada suave embestida. Para ayudarse en la tarea, se aferraba al tallo vertical y espinoso con sus frágiles patas; el último vilano se pulverizó y cayó como la lluvia. ¿Existe algo que yo pudiera comer con tanta ligereza? ¿Podría morir con tanta belleza? Con un batir de alas el jilguero echó a volar más allá de los límites del marco de la ventana hacia la sombra azul oscuro de las peñas donde las luciérnagas tardías ya empezaban a resplandecer bajo los árboles. Yo estaba ingrávida; mis huesos eran pieles tensas e infladas con el gas más ligero; tenía la sensación de que si inhalaba con demasiada intensidad, los hombros y la cabeza se elevarían por el aire. Aleluya.

Más tarde me tumbé, medio arropada en el saco de dormir, sobre una tablón estrecho en el suelo, entre el porche de la cabaña y la orilla que lleva al embalse. Sabía que hasta allí llegaban las crecidas y que el arroyo podría arrastrarme, pero era demasiado tarde para que se desbordara otra vez. La noche era clara; cuando el calado del follaje que me cubría se sacudía y se entreabría, veía las estrellas paganas.

Distintos sonidos se oían a mi alrededor; yo vibraba como el agua mansa acariciada por el viento. Las cigarras —a las que Donald E. Carr llama «los fusiles de agosto»— estaban a todo gas. Sus estridores cubrían el prado y retumbaban desde la cima de las peñas, llenando el aire con una premura lastimera y misteriosa. Había empezado a oír las en el ocaso y me impresionó la forma que tienen de comenzar, como una orquesta que necesita ensayar, rechinando y chirriando sin ninguna coordinación. Sonó como si alguien tocara el violonchelo con un peine de púas anchas. Las ranas aportaban sus notas imprecisas, que siempre me resultan arbitrarias y anárquicas, y los grillos irrumpieron interpretando la misma melodía de siempre, desde los

tiempos de Plinio, quien afirmaba sin rodeos que el grillo «no cesa de chirriar con gran estridencia durante toda la noche».

Antes de eso, una codorniz cantó desde la peña de los huertos, ora aquí ora allá, y sus notas redondas crecieron con tristeza sobre el prado. Si una codorniz continúa emitiendo sus reclamos en verano es que está sola y no ha encontrado pareja. Cuando me enteré de este dato, todos los reclamos de codorniz que oía se me antojaban teñidos de desesperación, miserables hasta el suicidio. Pero ahora, en cierto modo, toparme con esa señal solitaria me provoca alegría. La absoluta impotencia de la codorniz y sus dos notas obstinadas le proporcionan un aura de valor y terquedad. Dios sabe qué pensará en los intervalos de silencio, entre reclamo y reclamo. Dios sabe qué pensaré yo. En la codorniz y en su canto. (Una vez me enseñaron a contestar a las codornices con el gorjeo de notas descendentes de la hembra. Funciona como un hechizo. Pero ¿qué hago yo con un círculo de codornices macho hechizadas a mi alrededor, si no es llorar? Aun así, debo de ser bastante cruel, porque de vez en cuando respondo a su llamada sólo para provocar su respuesta entre las peñas y reírme con amargura). Sí, es duro, es duro, por descontado. Pero ¿acaso no lo es también la espera y el anhelo de que suceda una maravilla, mientras el viento, el sol y la sombra juegan con ellas?

Horace Kephart, en su famoso libro *Camping and Woodcraft*, escribe una singular frase premonitoria. Entre paréntesis, anota: «Algunas personas no podrán dormir bien en una tienda de campaña blanca bajo la luna llena». Cada vez que recuerdo esa cita, me echo a reír. Me gusta cómo ese práctico consejo silvestre nos amenaza con el severo castigo del espíritu.

Yo no estaba dentro de una tienda, sino bajo las hojas, insomne y contenta. No había luna; a lo largo de las costas del mundo las mareas estarían subiendo con fuerza. El aire también tiene mareas lunares: me quedé inmóvil. ¿Podría sentir en el aire un roce invisible, una oleada y como respuesta, un golpe en los pulmones? ¿O podría sentir la luz de las estrellas? Cada minuto, en cada kilómetro cuadrado de esta tierra —sobre los bueyes y el huerto, sobre la cantera, el prado y el arroyo— se vierte una minúscula fracción de luz de las estrellas. ¿Qué porcentaje de esa fracción llega hasta mis ojos, mejillas y brazos, golpeándolos y presionándolos en forma de partículas, pulsándolos y acariciándolos en forma de ondas? En la búsqueda esforzada de esas minúsculas sensaciones, sentí que por poco me caía rodando fuera del mundo al oír —y también al notar retumbándome en los huesos de las caderas

y las piernas posadas en el suelo— el estrépito, seguido de mi estremecimiento, de unos trenes de mercancías cuyos vagones eran enganchados a lo lejos.

Los ascensos y descensos de la noche ocuparon mi mente, excursiones libres realizadas con total invisibilidad mientras el aire oscilaba subiendo y bajando y la luz de las estrellas caía como la lluvia. Por el día había estado observando los insectos patinadores, que hacían sus hoyitos en la superficie y se movían a sacudidas por las profundas aguas de la ribera ralentizadas por el embalse. Pero sabía que a veces un suspiro o una llamada alerta a la colonia y emergen nuevas formas aladas. Por la noche se reúnen sobre la superficie de sus aguas natales y emprenden el vuelo a toda prisa. Al emigrar, vuelan sobre los prados, bajo los árboles, navegando por los aires, virando hacia un destello continuo en una ráfaga de alas relucientes: buques fantasmas en el aire.

También en el valle nocturno, una mofeta salió de su guarida subterránea para cazar pálidas larvas de escarabajo en la oscuridad. Un búho real desplegó las alas y cayó desde el cielo, y ambos se encontraron sobre la ensangrentada faz de la tierra. Al propagarse desde la distancia, el aire se dulcificó levemente, un viento matizado que indicaba la presencia de criaturas reales y encuentros en la orilla... sucesos, sucesos. Por encima de mi cabeza, los escarabajos cazadores negros trepaban por las ramas altas de los árboles mientras mataban más orugas y pupas de las que podían comer.

Una vez leí algo sobre un misterioso suceso nocturno que se me quedó grabado. Edwin Way Teale describió un acontecimiento tan absurdo que sobrepasa el mundo de los episodios extraños y se adentra en el asombroso reino donde el poder y la belleza ejercen su soberano dominio.

La frase de Teale es sencilla: «En las noches frescas de otoño, las anguilas que se apresuran hacia el mar a veces reptan más de un kilómetro a través de los prados humedecidos por el rocío para alcanzar los ríos que las conducirán hasta el agua salada». Se trata de anguilas adultas, anguilas plateadas, y ese descenso que tiene lugar en mi mente es la bajada de un largo ascenso primaveral que las anguilas hicieron años atrás. Cuando fueron angulas de algo más de dos centímetros, subieron serpenteando desde el agua salada por los ríos del litoral americano y europeo, a contracorriente, siempre hacia «las cuencas altas de los ríos y arroyos, los lagos y las charcas, a veces hasta una altura de dos mil quinientos metros por encima del nivel del mar». Allí permanecieron al menos ocho años sin reproducirse. Al final del verano del año en que alcanzaron la madurez, dejaron de comer y perdieron su color oscuro para volverse plateadas. Ahora se dirigen hacia el mar. Desde los

riachuelos a los ríos, desde los ríos al mar, hacia el sur, en el Atlántico Norte, donde se cruzan con miles de millones de anguilas que van en dirección opuesta. Regresan al mar de los Sargazos donde, entre las algas flotantes de alta mar del Atlántico, se aparearán, pondrán sus huevos y morirán. Esta historia, la de las anguilas, que me he limitado a resumir, es totalmente extraordinaria y sirve para alimentar cualquier otro tipo de pensamiento acerca del sentido de esos gestos tan feroces e incomprensibles. Pero lo que me preocupaba en ese momento eran las sensaciones, debajo del nogal, junto a la cabaña de los Lucas y el embalse. Mi mente estaba en ese prado.

Imagina una noche helada y un prado; gotas de rocío se inclinan desde las briznas de hierba. Muy bien: la hierba que rodea el prado comienza a temblar y a mecerse. Ahí vienen las anguilas. Las más largas tienen una longitud de metro y medio. Todas son plateadas. Se adentran por el prado, se cuelan entre la vegetación y los tréboles, te esquivan. Hay demasiadas para contarlas. Lo único que ves es un serpenteo plateado, como cuerdas acuáticas retorcidas descendiendo con brusquedad, una agitación sobre el terreno en un único sentido, en dirección al arroyo. Anguilas plateadas en la noche: un borboteo apenas perceptible hasta donde consigas ver, un torrente plateado de cuerpos que se contorsionan y se empujan unos a otros en la hierba. Si viera esa imagen, ¿seguiría viviendo? Si me tropezara con ella, ¿volvería a poner un pie fuera de mi casa alguna vez? ¿O caería en sus redes para unirme a esa fascinante carrera, dejar de comer, palidecer, abandonarlo todo y ponerme en camino?

¿Habría sido siempre así este lugar y yo no lo sabía? Había brisas y vuelos, sacudidas y lanzamientos por el aire hasta la hierba. ¿Por qué no permitió Dios que los animales del Edén nombraran al hombre? ¿Por qué no luché contra el saltamontes que se me posó en el hombro y lo sujeté hasta que hubiera pronunciado mi nombre? Yo era un vilano, y en ese momento parecía que era hierba, receptora de saltamontes, anguilas y mantis, hierba que mece el viento, la receptora final.

Porque los saltamontes, los vilanos y las anguilas subieron y bajaron. Si miras con atención las manos de un malabarista, verás que permanecen casi inmóviles, manteniendo unos ángulos precisos para que las bolas parezcan moverse por voluntad propia describiendo un círculo perfecto en el aire. El

arco ascendente es lo más difícil, pero nuestros ojos están centrados en la suave y curvada caída. Al caer, cada bola parece trazar la belleza como si de su propia imagen grabada en la retina se tratara, retrocediendo débilmente por el aire, casi desapareciendo, cuando ¡mirad!, otra bola real cae derramando su transparente belleza, y luego otra...

Y todo sucede con una rapidez tan vertiginosa... El jilguero que vi por la tarde ya dormía en un matorral; cuando se acomodó para descansar, el peso del pecho le hizo bloquear los dedos para aferrarse con fuerza a su rama. Las avispas dormían con las patas colgando y las mandíbulas sujetas a los suaves tallos de las plantas. Que todo el mundo se sujete: giramos precipitadamente cabeza abajo.

Soy barro hinchado, soplado y colocado en la tierra. No es sorprendente que caiga como Adán: salto, floto por el aire, describo un arco, desciendo como la lluvia y me desplomo. La sorpresa es lo bien que me sienta el aire en la cara mientras caigo. Y la otra sorpresa es que siempre me vuelvo a levantar. Me levanto cuando sirvo de apoyo, como la hierba.

Nunca he sabido qué espíritu es el que descende hasta mis pulmones y aletea cerca de mi corazón como un águila emprendiendo el vuelo. Yo lo llamaba maravilla plena, bien supremo, voces. Cerré los ojos y vi el tocón de un árbol que había sido arrastrado por el viento, un enorme tocón navegando a través de mi campo de visión con un gran borde circular de raíces y tierra como una chistera.

¿Y si los saltamontes hubieran sido langostas descendiendo del cielo?, pensé. ¿Y si me despertara en medio de una de sus plagas? No puedo pedir más, sólo puedo dejarme hacer, que vuelen hasta mí y se me posen en multitud, que me tanteen, me golpeen, me muerdan incluso. Un poco de sangre en las muñecas y el cuello es el precio que pagaría con gusto por la presión de esos chasquidos sobre mis hombros, por el aroma de los desiertos, el bombardeo en mis oídos; por estar en el aglutinamiento espeso de las cosas, cautivada y absorta en el mudo que asciende y descende.

13  
LOS CUERNOS DEL ALTAR

I

Esta noche en la cantera ha estado una serpiente a mi lado. Permanecía bajo las sombras de las peñas, en una cornisa de arenisca plana sobre las aguas oscuras. Yo me encontraba a unos diez metros de distancia, sentada en el camino forestal que está más arriba, cuando percibí el sombrío serpenteo entre las rocas, la perezosa sinuosidad que sólo puede provenir de una serpiente. Me acerqué para verla mejor, bordeando el camino por la empinada zanja de piedra, y advertí que la serpiente sólo medía unos treinta centímetros. Tenía el cuerpo grueso para su longitud. Me acerqué más aún y vi las inconfundibles franjas onduladas marrones con forma de reloj de arena: una serpiente cabeza de cobre.

Nunca salgo de casa, ni siquiera en invierno, sin el kit para mordeduras de serpiente en el bolsillo. El mío es un kit pequeño con una funda de goma del tamaño de un cartucho de escopeta; me palpé los pantalones instintivamente para tenerlo bien localizado. Luego di varios zapatazos fuertes en el suelo y me senté junto a ella.

La joven serpiente estaba inmóvil en su roca. A pesar de que tenía una postura relajada, lo único que vi al principio fue su estampado de camuflaje de manchas bicolors que se confundía con las luces que salpicaban la hierba que nos separaba y con la profunda oscuridad crepuscular de la charca de la cantera, más allá de la roca. De repente, la forma de su cabeza surgió de la confusión: era de un marrón bruñido, triangular, roma como un hacha de piedra. La cabeza y los primeros diez centímetros del cuerpo se apoyaban en

la nada etérea un par centímetros por encima de la roca. La admiré. Sus escamas tenían el esplendor de lo nuevo, brillaban y relucían. Su cuerpo era perfecto, pleno e inmaculado. Me costaba creer que no hubiera sido creada allí mismo o que no acabara de eclosionar de su madre, por lo limpia e intacta que estaba.

¿Me vio? Yo estaba a sólo un metro de distancia, sentada en una peña cubierta de musgo, detrás de la cornisa de arenisca; la serpiente se hallaba entre la charca y yo. Levanté un brazo en su dirección: no se movió. Ni su mirada, bajo esa frente estrecha, ni su sonrisa de reptil, carente de labios, revelaban nada. ¿Cómo podía saber hacia dónde miraba y qué veía? Presté atención a su cabeza, a aquellos ojos similares a los ojos de cristal de una reinita amarilla disecada, a aquellas escamas como escudos inclinados y superpuestos de forma impecable para enmarcar una cara inverosímil e insondable.

Sí, ella sabía que yo estaba allí. Había algo en sus ojos, una vigilancia ajena... ¿Cómo diantres sería tener escamas en la cara? Muy bien, serpiente, yo sé que estás ahí y tú sabes que estoy aquí. Tenemos toda la noche. Clavé los codos en la roca áspera y el suelo seco y me acomodé en la pendiente para comenzar con la larga tarea de esperar a que se mueva una serpiente.

Las únicas serpientes venenosas que hay por aquí, además de las cabezas de cobre, son las de cascabel, las *Crotalus horridus horridus*. Crecen en las montañas hasta alcanzar casi los dos metros de largo y son tan gruesas como un muslo. Nunca he visto una en el bosque; no sé cuántas me habrán visto a mí. Suelo ver a las cabezas de cobre, tomando el sol entre el polvo, desapareciendo entre las grietas de los riscos de roca, cruzando las carreteras de tierra al anochecer. Las cabezas de cobre no tienen cascabel, como es obvio, y, al menos en mi experiencia, no se apartan cuando pasas por su lado. Si ves una, puedes esquivarla. Las cabezas de cobre no son tan grandes o venenosas como para matar con facilidad a un humano adulto, pero son las responsables de la mayoría de las picaduras de serpiente venenosa en Norteamérica: en los bosques del este hay muchísimas. Me resulta interesante leer que se han realizado nuevos estudios sobre los crótalos; siempre tengo la impresión de que el equipo de herpetólogos ha escogido esta zona para sus trabajos de campo. Deduzco que aquí hay serpientes venenosas como en el este de África hay cebras o en los trópicos orquídeas: son nuestra especialidad, nuestro recurso. Por eso intento mantener los ojos abiertos. Pero

tampoco me preocupo demasiado: tienes que vivir bastante lejos para estar a más de un día de distancia del hospital. Y preocuparse por el posible encuentro con una serpiente de cascabel es como preocuparse por que te caiga un meteorito encima: la vida es muy corta para eso. Además, puede que la picadura sea indolora.

Un día estuve hablando de serpientes con Mildred Sink, que trabaja en una centralita. Nos separaba un gran cristal y nos comunicábamos a través de un agujero circular. Ella estaba en un cuarto oscuro poco mayor que una cabina. Mientras charlábamos, unas luces rojas se encendían en su mesa. Ella las miraba de reojo y volvía a prestarme atención. Entonces terminaba lo que estuviera diciendo con mucha calma, mirándome fijamente para mantener mi interés, mientras buscaba el botón oportuno y lo pulsaba con mano experta. Así fue cómo siguió atendiendo las llamadas entrantes mientras me contaba su historia sobre serpientes.

Cuando era pequeña, vivía en el campo, al norte de aquí. Tenía un hermano de cuatro años. Un claro día de verano su hermano y su madre estaban sentados tan tranquilos en el salón de su casa de madera. Su madre tenía su labor de costura en el regazo y se inclinaba sobre ella, concentrada. El pequeño jugaba con bloques de madera en el suelo. «Mamá —dijo—, antes vi una serpiente». «¿Dónde?». «Abajo, junto a la fuente». La mujer respunteaba el dobladillo de un vestido de algodón, fruncía la tela con la aguja y tiraba de ella suavemente con la mano. El niño apilaba sus bloques con cuidado, así o asá. Al cabo de un rato, dijo: «Mamá, está muy oscuro, no veo nada». Ella levantó la vista y resultó que el niño tenía la pierna tan hinchada como el contorno de su cuerpo.

La señora Sink hizo un gesto enfático con la cabeza y volvió a atender la luz roja del panel. Se dio la vuelta; esa llamada necesitaba tiempo. Me despedí con la mano y cruzamos la mirada; ella también se despidió y me marché.

La serpiente que estaba frente a mí seguía inerte; su cabeza aún colgaba del aire por encima de la roca de arenisca. Pensé en azuzarla con una hierba, pero descarté la idea. Aun así, deseaba que hiciera algo. Marston Bates cuenta que un ecologista inglés llamado Charles Elton una vez dijo, desplegando todo su carácter británico: «Todos los animales de sangre fría se pasan una cantidad

inaudita de tiempo sin hacer nada o, en todo caso, sin hacer nada en particular». Eso es precisamente lo que ésta estaba haciendo.

Me fijé en su cola. Se afilaba hasta que desaparecía por completo. Volví a mirar la cabeza y descendí poco a poco por su cuerpo: más estrecha, más, más, escamas, escamas pequeñas, aire. De repente, aquella cola me parecía lo más extraordinario que había visto en mi vida. Deseé que alguna parte de mí terminara en punta de esa manera. ¿Y si yo fuera un globo con forma y me hubieran inflado por un dedo?

Allí estaba aquella criatura repleta de sangre y alerta; aquel cordón nervoso se hallaba justo allí y no en otro sitio, blando y sólido al mismo tiempo, desplegado sobre una roca por la más pura casualidad. Era una condensación de aire que se extendía desde un extremo a través de una abertura del tamaño del ojo de una aguja, un impulso hacia el ser, globo ocular y sangre. Las veces anteriores que había visto esa roca no era más que una plancha de arenisca sobre la charca de la cantera; pero ahora albergaba y sostenía ese trozo de plenitud que partía el aire como una brecha. Miré a la serpiente en sentido contrario. Desde la cola se iba extendiendo hacia la cabeza como las líneas de un *crescendo*, se ensanchaba desde la quietud hacia una explosión túrgida; luego, en las prominentes mandíbulas comenzaba otra vez a contraerse, a disminuir hasta la punta del hocico donde las líneas se reagrupaban en un punto infinito y, en ese espacio preciso, dejaba de ser una serpiente.

Mientras esta maravilla me mantenía ocupada, sucedió algo tan inusual e inesperado que aún hoy me cuesta creerlo. Fue algo absurdo.

La noche se había levantado como un vapor terrestre emanado de la charca ennegrecida. Oí que un mosquito me zumbaba en el oído y lo espanté con la mano. Yo seguía mirando a la serpiente. El mosquito aterrizó en mi tobillo; de nuevo, me lo quité de encima, distraída. Para mi sorpresa, se posó en la serpiente. Se postró en su dorso, cerca de la «nuca», y dobló la cabeza para concentrarse en su tarea. Yo estaba cautivada. Aunque no veía el mosquito con todo detalle, imaginaba que su cabeza estaría taladrando la piel de la serpiente como una perforadora de pozos atravesando una superficie rocosa. Enseguida miré alrededor buscando a alguien —algún cazador que hubiera ido a practicar con latas, algún chico en una motocicleta— para enseñarle esta singular imagen antes de que terminara. Que yo recuerde, duró dos o tres minutos, aunque a mí me pareció una hora. Me imaginé a la

serpiente derrumbándose como una bolsa de piel vacía, como la rana a la que dejó seca la chinche acuática gigante. Pero la serpiente no se inmutó, en ningún momento dio muestras de estar sintiendo nada. Al final, el mosquito se enderezó, se frotó la cabeza con las patas delanteras como suelen hacer las moscas, emprendió el vuelo con indolencia y lo perdí de vista. Miré a la serpiente y más allá de ella, hacia el bocado irregular de la ladera donde años antes los hombres habían excavado la piedra; me levanté, me sacudí y me marché a casa.

¿Así que en eso consiste?, pensé entonces y pienso ahora. Un poco de sangre por aquí, un bocado irregular por allá... y pese a todo seguimos vivos, pisando la hierba. ¿Todo lo intacto tiene que ser mordisqueado? He aquí una nueva luz sobre la intrincada textura de las cosas en el mundo, la verdadera trama del momento presente en el tiempo después de la caída: los vivos mordemos y somos mordisqueados, no sobre una nube en el aire, sino dando tropezones, llenos de marcas y cicatrices, rotos, a través de una tierra rasgada y bella.

## II

Cuando llegué a casa, lo primero que hice fue ir hasta la librería para ver si se confirmaban mis sospechas. Lo único que encontré fue esta frase en el libro de Will Barker *Familiar Insects of North America*: «La picadura de la hembra del mosquito *Culex pipiens* se realiza con una pequeña taladradora capaz de perforar muchos tipos de envolturas corporales, incluso la piel curtida de una rana o las escamas superpuestas de una serpiente». De acuerdo, entonces es posible que fuera lo que yo creía. Cualquier cosa puede pasar en cualquier dirección; el mundo está más mordisqueado de lo que imaginaba.

Ahora estamos a mitad de septiembre. En la luz agonizante veo los agujeros dentados de las hojas del seto de celinda que hay fuera, bajo la ventana del estudio. Cuanto más de cerca lo miro, más dudo si quedará alguna hoja intacta en todo el arbusto. Vuelvo a salir y examino hoja por hoja, primero las de la celinda y luego las del cerezo que hay en el terreno de delante de la casa. Con la luz azul veo los tallos arañosos y pelados, las hojas medio comidas, herrumbrosas, con plagas, con ampollas, minadas, cortadas, ennegrecidas, picadas, abombadas, serradas, perforadas y arrugadas. ¿Dónde he estado todo este verano mientras se comían el mundo?

Me acuerdo de algo que vi esta semana. Iba por la carretera que hay junto al arroyo cuando me crucé con un niño que llevaba una enorme tortuga lagarto de unos treinta centímetros de largo. El niño transportaba la tortuga — que se estiraba y daba patadas furiosas en el aire— con los brazos estirados y debía de tenerlos cansados, porque me preguntó con voz lastimera: «¿Tienes una caja?», cuando yo también iba a pie y resultaba bastante evidente que no llevaba ninguna caja conmigo. Me quedé admirando a la tortuga, pero el niño estaba preocupado. «Tiene *sanguilejas*», dijo. «¿*Sanguilejas*?». «Sí, lo que te chupa la sangre». Ah. Localicé la sanguijuela negra que le caía como una lágrima de alquitrán por la gruesa concha. El chico me mostró otra de casi cinco centímetros de largo, pegada a la granulosa piel de debajo de su pata delantera. «¿La van a matar? —preguntó el niño—. ¿Sobrevivirá?». Muchas de las tortugas que veo, por no decir la mayoría, tienen sanguijuelas. Le aseguré que la tortuga sobreviviría. Para la mayor parte de las criaturas, tener parásitos es una forma de vida, si a eso se le llama vida.

Pienso en el zorro del que me habló el guarda forestal Gene Parker. El zorro estaba tumbado, con toda la piel pelada y rosa, muriéndose de sarna en un prado de la montaña, incapaz de levantarse. Pienso en la mojarra azul que vi en la finca de los Lawson, remontando el arroyo, al otro lado del monte Tinker. Tenía un ojo cegado por una protuberancia de mohos acuáticos blancos que se extendía hasta la mitad de su lomo con unos bultos lechosos como una guata de algodón empapado. Lo habían herido —quizá algún pescador lo había cazado con un anzuelo y luego lo había soltado o tal vez se había chocado contra una roca empujado por la corriente—, y el hongo se había extendido desde la zona dañada. Pienso en la descripción de Loren Eisley de un científico que conoció en el campo que llevaba con regocijo un bote ensangrentado con metros y metros de un parásito inconcebible que acababa de encontrar en la barriga de un conejo. De pronto, la vida de los parásitos — una suerte de hagiografía infernal— me llena la mente. Me acuerdo de los parásitos nematodos y trematodos, cuyos ciclos de vida requieren el cuerpo de hasta cuatro huéspedes distintos. ¿Cuántos de los saltamontes que se agitaban a mi alrededor en el prado de los Lucas llevarían enrollada en sus entrañas la inmensa larva del gusano pelo de caballo?

Una vez me regalaron una pequeña guía ilustrada para aficionados sobre plagas de insectos. Por diversas razones, existen muchos insectos en el camino de la cultura humana —o en su economía—, aunque ni mucho menos

son todos parásitos. Sin embargo, el libro parece la Suma Teológica del demonio. Los insectos que incluye son: las cochinillas acanaladas, los escarabajos de la alubia, los escarabajos de la madera, los gorgojos, las moscas del narciso, las arañuelas, los gusanos cortadores, las chinches hediondas, los gusanos barrenadores, las moscas de sierra, los piojos de las aves, las moscas del queso, los ácaros del queso, las moscas de los desvanes, las orugas peluche, los aradores de la sarna y los chanchitos blancos de cola larga. De las cucarachas, el libro decía: «Cuando son muy numerosas, pueden comerse también el pelo, la piel y las uñas de los humanos». (La palabra clave, piel, se camufla entre las otras). Unas imágenes a todo color muestran la carne de una vaca con reznos y con heridas llenas de moscas, árboles y maíz infestados de plagas, garrapatas hinchadas y pantorrillas infectadas, cerdos con los ojos llenos de pus y una oveja con gusanos en los orificios nasales.

En otro libro aprendí que el diez por ciento de todas las especies del mundo son insectos parásitos. Cuesta creerlo. ¿Y si fueras un inventor y fabricaras el diez por ciento de tus inventos de tal forma que sólo funcionaran hostigando, desfigurando o destruyendo por completo al otro noventa por ciento? Estas cosas no se conocen lo suficiente.

Hay, por ejemplo, una especie de piojo para cada especie de casi todo. Además de succionar sangre, los piojos también pueden comer pelos, plumas, escamas secas de polillas y otros piojos. Los anilladores de aves afirman que los pájaros salvajes están infestados de piojos de forma universal, cada especie tiene el suyo propio. Los pájaros cantores suelen posarse en el polvo, cerca de los hormigueros, para rociarse de hormigas vivas; se cree que el ácido fórmico de sus antenas evita la presencia de piojos. «A cada especie de alca le corresponde una especie de piojo distinta encontrada en todos los individuos examinados». El cuco europeo es huésped único de tres especies de piojo, y el morito común lo es de cinco, cada una de las cuales está especializada en comerse una parte concreta del cuerpo de su huésped. Los piojos viven en los cálamos huecos de las plumas de las aves, en las cerdas de los facóqueros, en las aletas de las focas antárticas y en las bolsas de los pelícanos.

Las pulgas están casi tan extendidas como los piojos, pero son mucho más abiertas en cuanto a la elección de sus huéspedes. Las pulgas inmaduras, curiosamente, se alimentan casi por completo de las heces de sus padres y otros adultos, mientras que las maduras viven de succionar sangre.

Los insectos dípteros parásitos, como las moscas y los mosquitos, a veces son extremadamente abundantes. Por eso los hipopótamos viven en el barro y los caribús enloquecen hasta aplastar a sus crías. En Europa murieron veinte mil cabezas de ganado tras una invasión de moscas negras que brotaron de las orillas del Danubio en 1923. Algunas moscas parásitas viven en el estómago de los caballos, de las cebras y de los elefantes; otras viven en los agujeros nasales y en los ojos de las ranas. Algunas se alimentan de lombrices, caracoles y babosas; otras atacan y perforan a los mosquitos que ya están atiborrados de sangre robada. Algunas viven de manjares tan delicados como el cerebro de las hormigas, la sangre de los polluelos del pájaro cantor o el fluido de las alas de las crisopas y las mariposas.

La vida de los insectos se cruza horriblemente con la de sus parásitos. Lo más común es que la larva del parásito se coma al otro insecto vivo en cualquiera de sus diversas fases y grados de desarrollo. Sobre todo, los himenópteros parásitos —a los que, por cuestiones de simplicidad llamaré «avispas»— son los que tienen la más alta especialización en este comportamiento. Algunas especies de avispas son tan «expertas» que las hembras grabarán un dibujo con forma de ocho en el huevo parasitado, en cuyo interior habrán depositado su propio huevo, para que las demás avispas lo reconozcan. Hay más de cien mil especies de avispas parásitas; tanto es así que, a pesar de que muchas de sus historias vitales son conocidas, otras siguen siendo un misterio. El entomólogo británico R. R. Askew dice: «El campo es extenso; el panorama, tentador». El campo puede que sea extenso pero el panorama es muy poco tentador, al menos para mí, aunque la mayoría de mis entomólogos favoritos parece disfrutar mucho con estas criaturas.

Fíjate en esta anécdota de Edwin Way Teale. Recogió una oruga de mariposa monarca para fotografiarla justo cuando estaba a punto de convertirse en pupa. La oruga de color verde claro estaba bocabajo, colgando de una hoja, como hacen las orugas de las mariposas monarcas desde tiempos inmemoriales, en forma de letra J. «Se quedó toda la noche tal como estaba, en la misma posición. A la mañana siguiente, a las ocho, me di cuenta de que la curvatura de la J era menos pronunciada. Luego, de pronto, como si se le hubiera roto una cuerda por dentro, la larva se estiró y se quedó flácida. Su piel estaba abombada y grumosa. Empezó a elevarse a la vez que los bultos de su interior crecían y se movían. A las nueve, apareció a través de su piel la primera de seis larvas gruesas. Cada una de ellas tenía una longitud de casi un centímetro». Era la obra de una avispa parásita.

Hay una avispa parásita que viaja sobre las mantis religiosas hembras adultas, comiéndose su cuerpo donde quiera que éstas vayan. Cuando la mantis pone los huevos, la avispa también pone los suyos dentro de la masa espumosa de burbujas antes de que se endurezca, de manera que las larvas de la avispa, que eclosionan antes, aparecen dentro de la bolsa y se comen los huevos de la mantis. Otras avispas comen huevos de cucaracha, garrapatas, ácaros y moscas. Muchas buscan orugas de mariposa y polilla para poner huevos en su interior; a veces almacenan orugas vivas paralizadas, dentro de las cuales han puesto sus huevos, en madrigueras subterráneas donde permanecen «frescas» por un periodo de hasta nueve meses. Askew, quien parece un observador muy atento, dice: «Es frecuente ver una masa de capullos amarillentos del bracónido *Apanteles glomeratus* debajo de los restos de una gran oruga de mariposa blanca».

Hay tantas avispas parásitas que algunas de ellas albergan a su vez a otras avispas parásitas. Un sorprendido entomólogo, al examinar en unas hojas las excrecencias producidas por una avispa de las agallas, que es vegetariana y ataca al roble, halló parasitismo de quinto orden. Esto significa que encontró los restos de una avispa de las agallas del roble, en cuyo interior había una avispa parásita, en cuyo interior había otra, en cuyo interior había otra, en cuyo interior había otra y en cuyo interior había otra, si no he contado mal.

Otros órdenes de insectos también incluyen parásitos fascinantes. Entre los hemípteros están las chinches, que parasitan a docenas de especies de murciélagos, y otros insectos que a su vez parasitan a las chinches. Los escarabajos parásitos, cuando son larvas, asedian a otros insectos; cuando son adultos, a las abejas y a los canguros. Hay un escarabajo ciego que vive en los castores. Los triatominos muerden los labios de las personas dormidas para chuparles la sangre e inyectar una toxina que provoca un dolor insoportable.

Hay un orden de insectos que está formado en su totalidad por parásitos, llamados estrepisípteros, que resultan interesantes debido a lo grotesco de su forma y a los efectos que producen. Los estrepisípteros parasitan a insectos de órdenes diversos, tales como los saltahojas, las hormigas, las abejas y las avispas. La hembra se pasa toda la vida dentro del cuerpo de su huésped, sólo saca el extremo de su abdomen, cuya forma se parece a la de un riñón. Este insecto es una protuberancia amorfa, carece de alas, patas, ojos y antenas; su rudimentaria boca y su ano son pequeños, están atrofiados y no tienen función

alguna. Absorbe el alimento —a su huésped— a través de la piel del abdomen, que es «abultado, blanco y blando».

La vida sexual de los estrepsípteros está igual de degenerada. La hembra tiene un amplio orificio rudimentario denominado «canal de cría» cerca de la boca vestigial, al aire libre. El macho introduce el esperma en ese canal, que se vierte en su desorganizado cuerpo y fertiliza los huevos que flotan libremente en el interior. Las larvas eclosionadas se abren paso por el canal de cría y salen al «mundo exterior».

Los desafortunados insectos de los que se alimentan los estrepsípteros, a pesar de que tienen una esperanza de vida normal, con frecuencia experimentan cambios inexplicables. Sus colores se vuelven más vivos. Las gónadas de machos y hembras se «destruyen» y no sólo pierden sus caracteres sexuales secundarios, sino que además adquieren los del sexo opuesto. Esto les sucede sobre todo a las abejas, que presentan diferencias bastante pronunciadas entre ambos sexos. «A un insecto parasitado por un estrepsíptero —dice Askew— podríamos describirlo como intersexual».

Por último, para completar este arrollador estudio de insectos parásitos, existen —y me sorprendí al enterarme— algunas polillas parásitas. Hay una oruga de polilla que se encuentra con frecuencia en los cuernos de los ungulados africanos. Otra polilla adulta provista de alas vive de las secreciones de la piel entre los pelos de los perezosos tridáctilos; y otra, originaria del sudeste asiático, succiona la sangre de los mamíferos. Por último, están las diversas polillas de los ojos, que se alimentan alrededor de los ojos abiertos del ganado doméstico, sorbiendo sangre, pus y lágrimas, cuando ya son adultas aladas.

Insistiré en que estos insectos parásitos comprenden el diez por ciento de todas las especies animales conocidas. ¿Cómo se entiende esto? No cabe duda de que estamos inculcando a nuestros hijos una idea equivocada acerca de sus prójimos en el mundo. Los ositos de peluche deberían venir cosidos con pequeños piojos de oso; el diez por ciento de todos los baberos y sonajeros vendidos debería estar adornado con moscardones, larvas y gusanos barrenadores. ¿Qué clase de diezmo le estamos pagando al demonio? ¿Qué porcentaje de las especies del mundo que no son insectos son parásitos? ¿Podría ser, contando a bacterias y virus, que viviéramos en un mundo en el que la mitad de las criaturas estuviera escapando —o intentando escapar— de la otra mitad?

El creador no es estricto. Una criatura no necesita trabajar para vivir; las criaturas pueden robar y succionar, y recibir a cambio una parte —una parte considerable— del sol y del aire. Hay algo completamente contrario a la exuberancia en esos piojos traslúcidos que se arrastran y en esas larvas blancas y gordas, pero en cambio sí que existe una exuberancia casi maníaca en un creador que los hace aparecer, criatura tras criatura tras criatura, y los pone a zumbar, a merodear, a volar y a nadar por ahí. Los parásitos son nuestros compañeros de vida, emprenden su lóbrego e insondable camino hacia el interior de los tejidos de sus huéspedes vivos, buscando, al igual que nosotros, comida, energía para crecer y reproducirse, para volar o reptar sobre el planeta, y añadir así más texturas de complejidad y más vida al baile universal.

Parasitismo: este picor, este soplo en el pulmón, este gusano enrollado en el intestino, un huevo eclosionando en el tendón, el agujero de un rezno en la piel... Es una especie de alquiler que pagan todas las criaturas que viven en el mundo real con nosotros en este momento. No se trata de un alquiler exorbitante: ¿acaso no pagarías un poco de sangre del cuello y de las muñecas a cambio de saborear el aire? Pregunta a la tortuga. Ciertamente, para algunas criaturas es una muerte lenta; para otras, como la abeja que alberga los estrepsípteros, es una vida extraña, transfigurada. Para la mayoría de los humanos occidentales, se trata de un pinchazo o de una picazón escamosa por aquí o por allá, provenientes de un mundo que enseguida aprendemos que puede atacarnos, pero no hay sorpresas. O bien es la sombra floreciente de la enfermedad, la laguna bautismal húmeda y sombría en la que nos sumergen al azar varias veces en contra de nuestra voluntad, hasta que de un modo u otro nos morimos. Mordisco. Es la espina en la carne del mundo, otra señal, si es que hacía falta alguna, de que el mundo es real y con flecos, agujereado por todas partes, de un lado a otro, con las condiciones dentadas del tiempo y el muelle misterioso de la muerte.

A los depredadores verdaderos, por supuesto, los entiendo. Yo estoy entre ellos. No vamos a negar que las hazañas de los depredadores pueden ser tan horribles como las de los desagradables parásitos: la forma que tienen las arañas de granero de envolver y después sorber a los colibríes que caen en sus redes, el modo en que los chimpancés matan y devoran a otros monos. Si me dispusiera a comer como lo hace la delicada mariquita, acabaría en nueve días

con toda la población de Boys Town, en Nebraska. Sin embargo, el depredador más rapaz a la hora de acechar y de atacar no resulta ni por asomo tan siniestro como la eclosión silenciosa de unos huevos implantados y apenas visibles. Con los depredadores al menos se tiene una oportunidad.

Una noche de este verano había salido a buscar ratas almizcleras y me encontraba esperando en el largo puente peatonal que cruza la parte más profunda del arroyo. No vino ninguna rata almizclera, pero ocurrió un pequeño suceso en una telaraña que colgaba del larguero más bajo de la barandilla. Mientras observaba, un pequeño insecto volador de color verde claro cayó en la telaraña. Se sacudió con violencia, lo que provocó el ataque de la araña. Pero el frágil insecto, que no medía más de la quinta parte del abdomen de la araña, logró escapar de las hebras pegajosas en uno de sus arrebatos, cayó en picado sobre el suelo duro del puente desde unos treinta centímetros de altura, se levantó, se sacudió y echó a volar. Me sentí como cuando terminé de curarme de la neumonía lobar y, por fin, hasta arriba de penicilina, di unos cuantos pasos en la calle y pensé: *vive la chance*<sup>[34]</sup>.

Hace poco elaboré una lista informal de aquellos que lograron escapar, de las criaturas vivientes que he visto en distintos estados de desbarajuste. Empecé con las arañas. En verano solía ver una gran cantidad de segadores, y tengo la vana costumbre de contarles las patas. No tardé mucho en darme cuenta de que rara vez me cruzaba con alguno, en estado adulto, al que le funcionaran los ocho cilindros, fuera cual fuese su tamaño. La mayoría tenía siete patas, algunos tenían seis. Incluso dentro de casa observé que las arañas más grandes tendían a tener una o dos patas menos.

Luego, en septiembre, me encontraba un día caminando por un sendero de gravilla a pleno sol cuando casi pisé un saltamontes. Le empujé las patas con una hierba para verlo saltar, pero no saltó. Entonces me agaché y, como era de esperar, vi que tenía el ovopositor hundido en la grava. Estaba apretando ligeramente —con un movimiento ni mucho menos tan vigoroso como el de la mantis que vi poniendo huevos— y tenía la antena derecha partida cerca de la base. Éste había estado a punto de morir. También me acordé de él en el prado de los Lucas, cuanto todos aquellos saltamontes saltaban a mi alrededor. A uno de ellos le faltaba, de manera bastante evidente, una de las grandes patas posteriores con forma de resorte: en lugar de un saltamontes era un «embistemontes». Parecía moverse bastante bien de un sitio a otro, aunque por entonces yo no sabía lo que eso implicaba.

Da la impresión de que la naturaleza te atrapa. Pienso en todas las mariposas que he visto, en cuyas alas posteriores rotas estaba la marca dentada de los picos de las aves. Había cuatro o cinco mariposas papilio tigre a las que les faltaba la cola, y una fritillaria a la que le faltaban dos tercios del ala posterior. Los pájaros constituyen el grueso de mi lista. Siempre parecía que los habían intentado agarrar desde atrás, a excepción del chorlito colirrojo que vi ayer, al que le faltaban todos los dedos; su esbelta pata acababa en un muñón liso y gris. En una ocasión vi un gorrión con cola de golondrina que resultó ser, al mirarlo más de cerca, un gorrión con la cola escindida por la parte central. He visto un gorrión sin cola, un petirrojo sin cola y un estornino sin cola. Mi lista privada termina con una ardilla con la cola corta, otra ardilla sin cola y una cría de rata almizclera que tenía una muesca considerable en la cola, cerca de la columna.

El testimonio de los expertos confirma lo mismo: ahí fuera las pasan canutas. Gerald Durrell, al defender el mantenimiento de animales en el interior de jaulas, siempre que sea en zoos bien cuidados, dice que todos los animales que recoge de la naturaleza se libran de los parásitos y se recuperan de diversas heridas. Howard Ensign Evans constata que las mariposas de su zona están tan deterioradas como las de aquí. Un naturalista del suroeste de Virginia anotó en su diario, en abril de 1896: «Las mariposas antíopes son abundantes pero acaban destrozadas después del invierno». A los tramperos les cuesta encontrar pieles intactas. Los cetólogos fotografían las cicatrices de las ballenas vivas, que presentan rajas de la longitud de mi cuerpo y vastas colonias de crustáceos denominados «piojos de las ballenas».

Por último, Paul Siple, el científico y explorador de la Antártida, escribe sobre la foca cangrejera, que vive sobre las masas de hielo del continente: «Rara vez se encuentra a una cangrejera adulta plateada y lustrosa que no presente horribles cicatrices —o cuchilladas paralelas de sesenta centímetros de largo— en ambos costados, producidas al zafarse de las mandíbulas de una oreja».

Pienso en esas focas cangrejeras y en las mandíbulas de las orcas con sus líneas de dientes que son, según Siple «tan largos como plátanos». ¿Cómo escaparon? ¿Cómo lograron huir, no una ni dos, sino la mayoría de ellas? Por supuesto, todos los depredadores que diezman a sus presas tienen hambre, al igual que cualquier parásito que mata a la especie huésped. Los ataques y defensas de los depredadores y presas —y la fecundidad también es una defensa— suelen funcionar de tal manera que ambas poblaciones quedan al final equilibradas, estables en su zona intermedia, por así decir, pero raídas y

mordisqueadas por los extremos, como una manzana mordida que sigue conteniendo las semillas. Un caribú sano puede dejar atrás a una jauría de lobos; los lobos matan a los enfermos, a los viejos y a los heridos que se quedan al final de la manada. Eso por descontado. Pero es muy llamativo ver cómo actúan algunos de los depredadores más «eficientes» en el delgadísimo puente del azar. Hay lobos que se mueren de hambre, literalmente, en valles llenos de animales de caza. ¿Cuántas focas cangrejas pueden escabullírsele a una orca a lo largo de su vida?

Sin embargo, regreso a la imagen de las focas cangrejas «plateadas y lustrosas», aquellas focas descritas por los científicos del hielo de la Antártida, las focas que resisten una vez tras otra las enormes heridas de unos dientes inimaginables. Lo mires como lo mires, desde el punto de vista de la orca, de la foca o del cangrejo, desde el punto de vista del mosquito o de la serpiente cabeza de cobre, de la rana o de la libélula, del pececillo o del rotífero, se trata de morder o ayunar.

### III

Se trata de morder o ayunar. Hoy, a última hora de la tarde, traje un puñado de hojas roídas del seto de celinda y del cerezo; ahora mismo están sobre esta mesa desenroscándose, flácidas y azuladas. No consiguieron escapar, pero su hora estaba cerca de todos modos. Fuera, un anillo de tejido leñoso se estrecha alrededor de la base de cada peciolo estrangulando las hojas una a una. El verano es viejo. Un polvo arenoso y desvaído cubre los melones y las calabazas; los gusanos del interior engordan con la pulpa brillante y dulce. El mundo se pudre con úlceras supurantes. ¿Dónde están los frutos sanos y enteros? El mundo «no posee en realidad ni gozo, ni amor, ni luz, / ni certeza, ni paz, ni alivio para el dolor». Yo he estado allí, lo he visto, lo he hecho — pienso—, y el mundo es viejo, un hombre viejo y hambriento, cansado y roto sin remedio. ¿Habré caminado demasiado, seré vieja a pesar de mis años? Veo la serpiente cabeza de cobre, reluciente en un altar de roca sobre una charca fétida donde debería crecer un bosque. Veo el chorlito colirrojo con el muñón en la pata, las mariposas y pájaros lisiados, la tortuga lagarto festoneada con sanguijuelas negras. Existen moscas que provocan heridas, moscas que encuentran heridas y un mundo hambriento que no va a esperar a que yo esté decentemente muerta.

«En la naturaleza —escribió Huston Smith— el acento recae sobre lo que es, más que sobre lo que debería ser». Todos los días aprendo esta lección de

una forma distinta. Debe de ser —pienso esta noche— que en cierto sentido sólo los recién nacidos están enteros en este mundo, que como adultos se espera que estemos necesariamente mordisqueados de alguna manera. Es lo más normal. La plenitud física no es algo que tengamos salvo accidente; ella es en sí misma accidental, un accidente de la infancia, como la fontanela en un bebé o el diente de huevo en un polluelo. Las anguilas plateadas de metro y medio de longitud que emigran, ya adultas, a través de los prados por la noche, ¿están marcadas por las cicatrices que les dejaron los picos de las garzas, están desolladas por los afilados dientes de las percas? Pienso en los hermosos tiburones que vi aquel día desde la orilla, elevándose y flotando en el aire sobre una ola de luz. ¿Estaban esos tiburones plagados de cicatrices? ¿Tenían ácaros en la piel y gusanos en el corazón? El sinsonte que se tiró desde el tejado sin abrir las alas, ¿portaba en los ligeros cálamos de las plumas una tropa de piojos succionadores? ¿Acaso están nuestros derechos de nacimiento y nuestra herencia —como el rebaño de Jacob sobre el que se fundó una nación— «listados, pintos o manchados», no con las marcas brillantes de una gracia como la belleza que desciende de la eternidad, sino con las salpicaduras rojas que nos dejan las dentelladas del tiempo? Dice Eddington: «Todos somos relojes cuyos rostros reflejan el paso de los años». El joven le enumera con orgullo sus cicatrices a su amada; el viejo, solo ante el espejo, se borra las cicatrices con los ojos para verse pleno.

Por la ventana que hay sobre mi escritorio llega un chirrido, chirrido, chirrido, el envolvente y cansino sonido de la quitina de las cigarras. Si me cayera encima un meteorito —pienso—, diría que ha sido culpa del azar y moriría maldiciéndolo. Pero las criaturas vivas nos comemos entre nosotras sin que nos hayamos hecho daño. Estamos todos juntos en este bote de cristal golpeando cualquier cosa que se mueva. Si el neumococo que me atacó se hubiera desarrollado con más vitalidad, si hubiera conseguido colonizar el otro pulmón y hubiera vivido y prosperado según hacen las criaturas de su especie, yo ya estaría muerta y bien muerta, y mi última obra absurda habría sido un huevo de Pascua, un huevo de Pascua en el que pinté castores y ciervos, un huevo de Pascua que, en realidad, mientras yo lo decoraba y otras criaturas maduraban en mi pulmón, estaba igualmente fertilizado. Es ridículo. ¿Qué pasó con el maná? ¿Por qué no se alimentan de maná todas las criaturas? ¿En qué aire enrarecido se disolvió el maná para que los seres vivos libres tengamos que hostigarnos entre nosotros?

Un chamán esquimal dijo: «El mayor peligro de la vida reside en el hecho de que la comida de los hombres se compone exclusivamente de almas». ¿Le

dijo eso al hombre inofensivo que le contagió de tuberculosis o al que le dio tela asfáltica y azúcar a cambio de unas pieles de lobo y de foca? Me pregunto cuántos bocados habré tomado, como parásita y depredadora, de familiares y amigos; me pregunto durante cuánto tiempo se me permitirá el lujo de esta soledad relativa. Ahí fuera, la gente no pretende pelear, aplastar, morir de hambre o traicionar, pero lo hacemos con toda la buena voluntad del mundo, no hay otra alternativa. Queremos algo, lo tomamos del pellejo de los demás y nos pasamos el resto de nuestra vida masticando esos trozos amargos de piel.

Pero la imagen de la tortuga con sanguijuelas y de todo lo dañado y cercenado significa algo más. Pienso en el insecto verde sacudiéndose la telaraña de las alas y en las focas cangrejas marcadas por las ballenas. Exigen cierto respeto. Para mí, la única manera de poder hablar razonablemente sobre todo esto es dirigirme directamente a ti, con franqueza, como quien se dirige a un compañero superviviente. Aquí estamos los dos, de forma incontrovertible. *Sub specie aeternitatis*, es posible que todo esto se vea de un modo diverso desde el interior de la tripa negra, más allá del buche estrecho, pero ahora, a pesar de que sentimos el zumbido en los oídos y el crujir de las mandíbulas pisándonos los talones, podemos mirar a nuestro alrededor como aquellos que están mordisqueados pero enteros, desde la luminosa superioridad de la vida. Puede que éste no sea el lugar más limpio y nuevo, pero ese otro lugar impoluto e intemporal que se eleva como una bóveda sobre los extremos de éste, en realidad no es un lugar. «Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron». No hay palabras más escalofrantes y vigorizantes que estas palabras de Cristo: «Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron».

Los esquimales de Alaska creían en la existencia de muchas almas. Un alma individual tiene una serie de vidas posteriores y regresa una y otra vez a la tierra, aunque rara vez como ser humano. «Puesto que su aparición en forma de ser humano es poco frecuente, se considera un enorme privilegio estar aquí, como es nuestro caso, acompañados de otros humanos que en esta reencarnación también han sido privilegiados y, como tales, deben ser respetados». Estar aquí tal como somos. Me encantan los pequeños casos, los diez por ciento, el caso de los bichos barrenadores reales, de los gusanos sigilosos cubiertos de cutícula, de los meloidos, esquistosomas y ácaros. Pero hay muchas maneras de recopilar datos y es fácil pasar por alto algunas

cuestiones. «El caso es —dice Van Gogh— que somos artistas en la vida real y lo importante es respirar tan fuerte como podamos».

Así que respiro. Respiro hacia la ventana abierta que hay sobre mi escritorio y una fragancia húmeda me asalta desde las hojas roídas de la celinda. Este aire es tan intrincado como la luz que se filtra a través de las cumbres de las montañas cubiertas de bosques y a través de la ventana de mi cocina; este aire dulce es la respiración de unos pulmones frondosos más podridos que los míos; ha pasado por el filo serrado de muchos dientes. Tengo que amar todos esos jirones. Y debo confesar que, al pensar en este viejo terreno que se extiende ante mi casa y que respira sólo en la oscuridad, mi mente divaga.

Para ser sincera, no puedo llamar viejo a un mundo que he visto nuevo. Por otra parte, la sinceridad tampoco me permite invocar ciertas experiencias de novedad y belleza como si fueran obligatorias y pusieran fin a todo el conocimiento. Pero ahora estoy pensando en el árbol con luces, en el cedro de la explanada junto al arroyo que vi transfigurarse.

Que el mundo sea viejo y esté raído no es ninguna sorpresa; lo que sí fue una sorpresa, y lo sigue siendo, es que el mundo pudiera volverse nuevo y pleno más allá de la incertidumbre, una sorpresa tan grande que no puedo evitar atribuirle todas las formas de conocimiento. Y de repente me pregunto: ¿estarían las ramas de aquel cedro llenas de avispas de las agallas? Probablemente sí, lo más seguro. He visto esos hongos a los que llaman «manzanas del cedro» creciendo en él; los vi antes y los he visto después: de un gris rojizo, malolientes, malignos. Muy bien. Pero el conocimiento no derrota al misterio ni oscurece sus luces distantes. Hoy sigo guiándome —y mañana seguiré haciéndolo— por lo que sucedió el día en que un espíritu indudablemente nuevo bramó en el aire, me desconcertó y encendió las luces. Me quedé en la hierba como el aire, un aire que corría por mi sangre como un rayo, que hacía que mis huesos flotaran, que se agitaba en mis dientes. He estado allí, lo he visto, me ha marcado. Sé lo que le sucedió al cedro, vi sus células palpitar como alas batiendo alabanzas. Ahora resultaría demasiado fácil sacárselo todo de la manga y decir que el misterio vence al conocimiento. Aunque mi visión del mundo del espíritu no se alteraría ni un ápice si el cedro hubiera estado infestado de avispas, esas avispas en realidad no afectan a mi comprensión de este mundo. ¿Puedo decir entonces que la corrupción es una de las motas azul oscuro de la belleza, que el borde raído y mordisqueado del mundo es un talit, un chal de oración, la intrincada indumentaria de la belleza? Es muy tentador, pero no puedo, sinceramente.

Sin embargo, sí puedo afirmar que la corrupción no es el núcleo de la belleza. Y también puedo apelar a la visión del cedro y al conocimiento de esos fiordos gemelos carcomidos que dividen las peñas de granito del misterio y decir que lo nuevo está siempre presente a la vez que lo viejo, aunque se encuentre escondido. El árbol con luces no se apaga; esa luz sigue brillando en un mundo viejo, a veces de forma débil, a veces brillante.

Soy la superviviente raída y mordisqueada de un mundo caído y me las arreglo bien. Envejezco y me comen, aunque yo también he comido. No estoy limpia ni soy bella ni tengo el control de un mundo brillante donde todo encaja, pero en cambio estoy deambulando sorprendida sobre un fragmento de madera, vestigio de un naufragio, al que he venido a cuidar, cuyos árboles roídos exhalan un aire delicado, cuyas criaturas ensangrentadas y llenas de cicatrices son mis compañeras queridas, y cuya belleza palpita y brilla no en sus imperfecciones, sino a pesar de ellas, de un modo sobrecogedor, bajo las nubes rasgadas por el viento, aguas arriba y abajo. Simone Weil simplemente dice: «Amemos este país de aquí abajo. Es real; le ofrece resistencia al amor».

Soy un sacrificio, atado con cuerdas a los cuernos del altar de piedra del mundo, esperando a los gusanos. Inspiro hondo, abro los ojos. Al mirar, veo que hay gusanos en los cuernos del altar, como larvas vivas en ámbar, hay conchas de gusanos en la roca y polillas aleteando en mis ojos. Se levanta un viento que no llega de ninguna parte. Una sensación de realidad me regocija; las cuerdas se sueltan; sigo por mi camino.

14  
HACIA EL NORTE

I

En septiembre los pájaros estuvieron tranquilos. Mudaban las plumas en el valle: el sinsonte en la píceca, el gorrión en la celinda, las palomas en el cedro que hay junto al arroyo. Caminara por donde caminara, la tierra estaba cubierta de plumas caídas: plumas primarias largas y coloridas, y plumón blanco sin cálamo. Estuve almacenándolas en los bolsillos durante todo el mes y luego las inserté una a una en el marco de un espejo de pared. Allí siguen; miro en el espejo y parece que llevo un tocado ceremonial del revés.

En octubre llegó la gran agitación, la *Zugunruhe*, la inquietud de las aves antes de la migración. Después de una larga racha de calor impropia de esta estación, una mañana amaneció fría de repente. Los pájaros estaban nerviosos, tartamudearon nuevas canciones durante el día entero. Los paros, que se habían escondido en la frondosa sombra de las montañas durante el verano, se posaban ahora en la canaleta; los carboneros establecieron un conventículo en las falsas acacias; y los gorriones, con un comportamiento extraño, planeaban como colibríes a pocos centímetros de las varas de oro que crecían en la cuneta.

Miré por la ventana; miré el arroyo. Un viento nuevo me erizó los pelos de los brazos. La fría luz iba y venía entre nubes desmesuradas y escoradas; retazos azules, como una bandada irregular de aves proteiformes, se desplazaban y se estiraban, sacudiéndose y avanzando a toda velocidad de un extremo a otro. A pesar del viento, el aire era húmedo; inspiré el suntuoso vapor de marga que rodeaba mi rostro y me volví a preguntar por qué toda esa

muerte —todas esas hojas podridas que una capa más abajo son masas húmedas envueltas en una red blanca de moho, todos esos millones de insectos de verano muertos— no olía peor. Cuando el viento arreció, un olor extraño y más sutil se coló desde detrás de las montañas, una inquietante fragancia a corteza húmeda, marisma y lodazal.

El agua del arroyo seguía estando cálida tras la racha de calor. En la superficie flotaban hojas de tulípero grandes como platos; otras hojas se hundían y se perdían de vista arrastradas por la corriente. Yo observaba las hojas que caían sobre el agua, primero sobre la corriente rápida, luego sobre el agua mansa. Era tan diferente como visitar Cornwall y Corfú. Pero aquellos vientos, aquellas luces parpadeantes y los gritos furiosos de los arrendajos me conmocionaron. Yo estaba ansiosa: ¡más frío, más frío aún, el mayor frío posible y que pase pronto el año!

Con el clima seco y calmo del día anterior, las colonias de hormigas habían comenzado sus vuelos nupciales y se las veía brillar en la puerta delantera, en la puerta trasera y a lo largo de toda la carretera. Yo había levantado el brazo e intentado en vano que se posaran encima. Ahora, en el tramo del arroyo donde las aguas son lentas, vi de pronto unas bandadas de jilgueros migratorios que se lanzaban de sauce en sauce por encima de los juncos. Ascendían en una ráfaga repentina y luego se asentaban, esparciéndose despacio como una colcha que se extiende sobre una cama, hasta que un nuevo impulso los volvía a sacudir por el aire, en grupos de veinte o treinta, y aleteaban, viraban, se plegaban y caían como una salpicadura.

Seguí a los jilgueros arroyo abajo hasta que llegué, por esa misma orilla, a una peña que impedía que la luz alcanzara los sauces y el agua. Por encima de esa peña se encuentra el bosque de los Adams, y en ella anidan —no sólo según los observadores locales, sino también según el testimonio del agente agrícola de la comarca— centenares de serpientes cabeza de cobre. La agitación de este octubre era peor que la de abril o mayo. En primavera, el deseo de deambular se debe, en parte, a una irritación innombrable nacida de la prolongada inactividad; sin embargo, en otoño el impulso es más puro, más inexplicable y más urgente. Por qué no correr algún riesgo —pensé—. Así que abandoné de súbito el arroyo y comencé a ascender por la peña. Necesitaba un poco de altura y quería ver el bosque.

El bosque estaba tan inquieto como los pájaros.

Me encontraba bajo los tulíperos y los fresnos, los arces, los oxidendros, los sasafrás, las falsas acacias, las catalpas y los robles. Dejé que los ojos se expandieran, que la vista se ampliara eliminando lo que no fuera movimiento vertical, y todo lo que vi fueron hojas en el aire o, mejor dicho, dado que también mi mente se había ampliado, estelas verticales de parches luminosos que caían desde la nada hacia la nada. Unas misteriosas serpentinatas de colores se desenroscaron a mi alrededor en silencio, tanto lejos como cerca de mí. Algunos pedacitos de colores efectuaban el descenso con violencia; oscilaban de un lado a otro en una serie de movimientos decrecientes, como si se resistieran a caer empleando todas las artimañas posibles del balanceo. Otros se precipitaban describiendo círculos cerrados y suicidas.

Los tulíperos habían arrojado sus hojas sobre mi camino, planas y brillantes como doblones. Pasé bajo un arce azucarero que me sorprendió por su elegante naturalidad: era como si un hombre en llamas continuara dando sorbitos a su té como si nada.

En lo más profundo del bosque había un macizo de helechos. Acababa de leer en un libro de Donald Culross Peattie que antiguamente se pensaba que las denominadas «semillas» de los helechos conferían el don de la invisibilidad a quien las portaba, y que Gengis Khan llevaba una de esas semillas en el anillo, «gracias a la cual comprendía el canto de las aves». Si yo fuera invisible, ¿podría ser también liviana para que el viento me llevara a todas partes, empujando mi cuerpo como la vela de un barco, como una hoja combada? Diversas setas brotaban entre el mantillo del bosque: la *Amanita muscaria*, en diversas fases de crecimiento y dispersión; algunos hongos grandes y marrones, redondos y suaves como hogazas de pan; y algunas sobrecogedoras setas de color púrpura que no había visto nunca, del color de la falsa medusa, del múrex, un color de alta mar, como si el peso de la tierra hubiera aplastado y drenado con sus árboles y rocas todos los demás tonos.

De pronto apareció una ardilla y, mirándome por encima del hombro, empezó a comerse una seta. Las ardillas y las tortugas de caja son inmunes al veneno de las setas, por eso no es seguro comerse las setas que ellas muerden. La ardilla arrancó el sombrero mordisqueado y, sujetándolo con la boca como una mujer ubangui, salió corriendo hacia el tronco de un roble. Entonces me moví y ella intentó intimidarme plegando la cola. No sé si esa treta asustará a algún depredador o si se detendrán ante ella. ¿O quizá me había tomado por otra ardilla macho? Estaba claro que estaba intentando mostrar una amplia envergadura, como hacen los gatos. Tal vez me habría impresionado algo más si se hubiera quedado quieta y no me hubiera mostrado lo poco sólida que era

su cola. Aplastó el cuerpo contra el tronco y adoptó la forma de un rectángulo gigante. Mediante algún tipo de ardid, las patas apenas sobresalían por las esquinas, como una ardilla voladora. A continuación ondeó la cola, que seguía baja contra el tronco, y repitió el movimiento, una y otra vez, sin quitarme los ojos de encima. Después —¿más asustada todavía o quizá en un ataque de valentía?—, trepó rápidamente hacia una rama, sin soltar el sombrero de la seta, y, agazapándose cerca del tronco, se mostró como un blanco sólido, enroscada sobre sí misma. Dobló la cola hacia arriba y la agitó con furia varias veces, como si se le hubiera quedado un trozo de cinta adhesiva pegado en la punta.

Una vez hube dejado que la ardilla escondiera su seta en paz, estuve a punto de pisar otra ardilla que se estaba mordiendo la base de la cola y el costado, y se rascaba el hombro con la pata trasera. Una ardilla listada estaba correteando con su habitual aire calamitoso. Cuando me vio se quedó quieta para investigar, plegando las patas delanteras contra el pecho, de forma que sólo se le veían las pequeñas garras, y dando la impresión de ser alguien suplicante sosteniendo con modestia su sombrero.

El bosque era un murmullo de agitación constante. Las orugas oso lanudo, esas orugas peludas de rayas naranjas y negras de la polilla Isabella, estaban en marcha. Se cruzaban en mi camino en todas direcciones; me subían por el pie, por el dedo, en busca de cobijo. Si una mofeta encuentra una, le da vueltas y más vueltas por la tierra con mucha delicadeza para quitarle los pelos largos antes de comérsela. Aquel día también parecía que hubiera una procesión de insectos palo; vi unos cinco o seis —o puede que viera el mismo cinco o seis veces— que se empeñaban en hacer autostop sobre la pernera de mi pantalón. Un entomólogo dice que los insectos palo, junto con las mariposas monarca, son capaces de fingir que mueren, aunque no sé cómo diferencian cuando está haciéndose el muerto y cuándo está fingiendo que es un palo. En cualquier caso, la hembra del insecto palo es completamente informal a la hora de poner los huevos ya que los suelta «dondequiera que esté, de manera que los huevos caen a tontas y a locas», lo cual me hace pensar que quizá mis pantalones y yo tuviéramos algo que ver con los asuntos de los insectos palo.

Oí un ruido entre la maleza, cerca de mí, los crujidos de un animal acercándose. Sonaba como si el animal tuviera el tamaño de un lince, de un oso pequeño o de una serpiente grande. Los chasquidos cesaban y volvían a comenzar, cada vez más cerca. El causante de todo este alboroto, como cabía esperar, un rascador pinto.

Cuanto más veo a estas aves brillantes —con el lomo negro, la cola con rayas blancas y los flancos rufos a ambos lados del pecho immaculado— más me gustan. No son tímidos, ni mucho menos. Están en todas partes, en las copas de los árboles y en el suelo. Su canto me recuerda a la llamada de los niños del barrio —eooee— con un gorjeo muy sentido al final. Pero lo verdaderamente entrañable son sus reclamos. El rascador pinto tiene la gracia y el desparpajo de emitir un simple y claro «pío». No conozco ningún otro pájaro que se limite a un piar tan literal.

El rascador pinto no llegó a verme. Cruzó el sendero y se volvió a adentrar en el bosque dando patadas, dejando tras de sí un amplio rastro entre las hojas amontonadas, como un *bulldozer*, salpicando de tierra el aire.

La corteza de los árboles estaba fresca al tacto. Vi un pico veloso golpeándose el cráneo contra un pino y un saltamontes verde muriendo sobre una piedra.

Podía irme. Sólo tendría que desviarme del sendero, paso a paso y abrireme camino. Podría caminar hasta Punta Barrow, el monte McKinley, la bahía de Hudson. Mi chaqueta de verano ya estaba guardada y mi chaqueta de invierno es cálida.

En otoño la tortuosa travesía de los cuervos desde el norte anuncia la gran migración otoñal de los caribús. Las aves de cuellos greñudos extienden las puntas de sus alas hacia las corrientes de convección ascendentes y se apresuran hacia el sur. Los grandes cuervos se reúnen, manada a manada, en los valles del Ártico y del Subártico, fundiéndose, agrupándose y aunando fuerzas como una cascada, hasta derramarse por las tierras yermas y extensas como una marea. Su pelaje es nuevo y hermoso. El fino pelaje de primavera —que mudaron a trozos en los bosques del sur y que estaba lleno de picaduras de moscas negras, tábanos y larvas de éstridos—, ha desaparecido, y en su lugar ahora lucen un pelo lustroso y marrón sobre una capa afelpada de pelo hueco que sirve de aislante contra el frío y la humedad. Están cubiertos de unos diez centímetros de grasa espesa, incluso por el lomo. Un cartílago móvil en los espolones hace que sus enormes zancadas produzcan un ruido seco, un kilómetro tras otro, mientras atraviesan la tundra hacia el sur en busca del cobijo de los árboles, de modo que puedes oírlos antes de que lleguen y después de que se hayan ido, retumbando como ríos o como el tictac de un reloj.

La caza del caribú más importante para los esquimales tiene lugar en otoño, cuando los animales están gordos y tienen el pellejo grueso. Si alguna razón caprichosa o un cambio en el clima conduce al caribú del norte hacia otro valle distinto, escondido e imprevisto, algunas tribus esquimales del interior pueden sufrir inanición, incluso hoy en día.

Más arriba, en las costas del océano ártico, los esquimales secan los últimos peces del verano en los secaderos para usarlos durante el invierno como comida para los perros. El hielo marino recién formado es elástico y flexible. Ondula sin romperse mientras el mar agitado asciende y desciende, se curva bajo el peso de los esquimales cuando pasan por encima y sus ondas gigantescas se propagan hacia el horizonte, de modo que parecen estar caminando y rebotando sobre la frágil cubierta del globo del mundo. Durante estos días de otoño los adultos y los niños esquimales se entretienen con el juego del cordel, que conocen desde siempre. Antes creían que las complejas figuras que se forman al enganchar el hilo con los dedos «enredaban al sol» y así «retrasaban su desaparición». Más tarde, cuando el sol se ponía durante el invierno, los niños se deslizaban por las pendientes nevadas usando, a modo de trineos, fetos congelados de foca que enganchaban con cuerdas por las fosas nasales.

Me atraen estos desplazamientos hacia el norte, los de ahora, los de antes, la simple idea de dirigirse al norte. En la literatura de la exploración ártica siempre se habla de ellos. Un explorador podía escribir en su diario desvencijado: «Latitud 82° 15" N. Hoy hemos avanzado treinta kilómetros hacia el norte, a pesar de una placa de hielo inestable». ¿Debería ir al norte? Tengo las piernas largas.

Una cornisa de arenisca de color piel que había a mi lado estaba manchada de bayas de granilla, como un altar ensangrentado. Los contornos de la mancha escarlata estaban disueltos, se fundían con linfa como la sangre de una pequeña herida. Mientras la miraba, una hoja de arce cruzó la roca crujiendo, arqueada sobre sus bordes como un cangrejo. Mientras, surgió de la nada un perro con manchas pardas portando entre sus fauces la pata de un ciervo. Las pezuñas de la pata estaban en punta, como los dedos de una bailarina. Yo ya había tocado patas de ciervo muerto antes; algunos carniceros locales las guardan para usarlas como armas. Son magras y secas; se nota el tacto de los huesecillos. El perro venía hacia mí por el sendero. Le

hablé y me eché a un lado; él pasó dando grandes zancadas sin dejar de mirar al frente.

En la zona final y más alta del bosque, había algunos árboles blancos y grises sin hojas, pero envueltos con enredaderas de un verde vivo. El sendero era un canal de hojas doradas nuevas flanqueado por trepadoras brillantes y salpicado de retoños verde oscuro que brotaban entre la cubierta de hojas. Una píceca recién nacida crecía sobre la profunda huella de un caballo en el barro seco.

En el bosque había una pequeña hondonada ancha como un plato sopero y llena de hierba. Se trataba del pasto de la yegua blanca Picapica. El agua se había acumulado en una pequeña charca de alrededor de metro y medio de ancho. En ella flotaban hojas doradas y se reflejaba el cielo medio olvidado y batido por las nubes. A la derecha, había un macizo de esbeltos tulíperos nuevos con la corteza plateada, con largos troncos sin ramas ni hojas que se apoyaban unos en otros. En medio del desorden y la agitación del bosque, la pequeña hondonada cubierta de pasto parecía muy antigua, como un lugar de ritos druídicos o un decorado teatral con la charca en el centro del escenario y el grupo de arbolitos plateados a modo de público forzado. Allí, en la charca, los amantes podían encontrarse con diversos disfraces y Bottom<sup>[35]</sup>, con la cabeza de asno, se lamentaría junto al reflejo de la luna.

Emprendí el camino a casa. Y un nuevo suceso tuvo lugar ese día, una confrontación más con la ajetreada vida que se desarrollaba a mi paso.

Me aproximé a un campo segado con una alargada pendiente, cerca de casa. Una bandada de cuarenta petirrojos había tomado la zona y los estuve observando desde un lindero de árboles. No veo bandadas de petirrojos más que en otoño. Se esparcían con uniformidad sobre la hierba, a unos diez metros de mí. Parecían miembros de una banda de música, cada uno colocado en su sitio aunque mirando en todas direcciones. Entre ellos estaban los pajaritos de la última nidada del verano, unos petirrojos jóvenes con el pecho todavía moteado que emprendían su primer viaje hacia los campos desconocidos del sur. Al menos la mitad de ellos se movía cada vez que los miraba y descendían por la cuesta con una serie de saltitos gráciles.

Me adentré en el campo y todos se detuvieron. Pararon en seco y se quedaron quietos mirándome, todos y cada uno de ellos. Yo también me detuve con brusquedad, tan cohibida como si estuviera ante un pelotón de fusilamiento. ¿Qué vais a hacer? Me fijé en el campo, en todas esas cabezas y ojos negros que me apuntaban. Vosotros seguid. Yo me quedo aquí.

Me gustaría emprender una especie de marcha hacia el norte, una atrevida travesía hacia un lugar donde el obturador de cualquier cámara, abierto hacia el cénit durante la noche, recogiera el recorrido circular de todas las estrellas del cielo como el rastro de unos perfectos círculos concéntricos. Busco una simplificación, una muda, un cambio de piel.

En la orilla del mar a veces ves una concha —o el fragmento de una concha— reducida a una astilla por el efecto de la arena gruesa y el oleaje. No hay forma de saber qué tipo de concha fue o qué criatura albergó en su interior; podría haber sido un buccino o una vieira, un cauri, una lapa o una caracola. El animal hace tiempo que se disolvió y su sangre se diluyó a lo largo y ancho del mar. Lo que ahora tienes en la mano sólo es un frío trozo de concha de un par de centímetros de largo, tan fina que a través de ella se filtra una tenue luz rosada, tan flexible como una hoja de afeitar. Es una esencia, una suave condensación del aire, una curva. Anhele el norte, donde los vientos sin obstáculos me pulirían hasta convertirme en una simple lámina de hueso. Pero este año no iré al norte. Seguiré acechando ese polo flotante y ese aire helado desde aquí. Espero sobre los puentes; espero, impresionada, en los senderos del bosque y en las inmediaciones de los prados, las cumbres y las orillas, día tras día, y recibo el sur como regalo. El norte lava las montañas como una cascada, como una ola de marea, y se vierte por el valle; viene hacia mí. Endulza los caquis y adormece a los últimos grillos y avispones; abanica las llamas de los bosques de arces, arquea las gramíneas del prado y clava sus dedos helados bajo el lecho de hojas, empujando los colémbolos y gusanos, las cochinillas y larvas de escarabajo hacia el interior de la tierra. El sol aparece por el sur durante el día y por la noche la salvaje Orión emerge amenazante como el espectro de Brocken<sup>[36]</sup> sobre el monte Dead Man. Ya hay algo por aquí, y tiene que venir aún más.

## II

Pocos días más tarde les tocó el turno a las monarcas. Vi una, luego otra y después varias más a lo largo del día antes de comprender de forma consciente que estaba presenciando una migración, pero hasta dos semanas después no comprendí el alcance de todo aquello.

Cada una de esas mariposas, el fruto de dos o tres puestas de huevos a lo largo del verano, eclosionaron con éxito de uno de los sacos esmeralda que la oruga de Teale había estado a punto de formar cuando las larvas parásitas la dejaron mustia al salir a bocados de su interior. Muchas de ellas habían

eclosionado justo antes de una tormenta, cuando el viento levantó las hojas plateadas de los árboles y los pájaros buscaron cobijo en los arbustos profiriendo gritos. Eran mariposas que se dirigían al sur, hacia los estados del golfo o más lejos aún, y algunas de ellas procedían de la bahía de Hudson.

Las monarcas estaban por todas partes. Se deslizaban a ras del suelo, pululaban de arriba abajo, se suspendían en el aire y se posaban en la tierra, aunque sin su habitual despreocupación. No tenían más que un pensamiento fijo: el sur. Las observé desde la ventana de mi estudio: tres, cuatro... dieciocho, diecinueve, cada pocos segundos pasaba una, a veces en tándem. Se acercaban aleteando a la ventana desde el noroeste y el noreste, emergían desde detrás de las puntas superiores de las píceas, donde la Estrella Polar cuelga por la noche. Aparecían como los jinetes indios en las películas: primero desperdigados, luego en masa, silenciosos, en la cima de una colina.

Cada una de las mariposas monarcas tenía un pequeño cuerpo negro y frágil y unas alas naranja oscuro orladas con franjas y bucles negros. Cuando están en reposo recuerdan el rostro de un tigre con los ojos muy abiertos. Una monarca en vuelo se parece a una hoja otoñal con voluntad propia, vivificada, que al lanzarse por el aire parece sorber una especie de energía, de vitalidad foliar, de savia. Mientras trepaban por el aire al otro lado de la ventana, veía la superficie ventral de sus alas, más delicada, y una imagen fugaz de sus patas agrupadas y del tórax tirante, pero con el aleteo y las sacudidas no conseguía fijarme bien en ellas antes de que se elevaran por encima de mí y las perdiera de vista.

Salí y vi que una monarca hacía algo maravilloso: subió una colina sin tensar un solo músculo. Yo me encontraba en el puente que cruza el Tinker, en la ladera sur de una colina muy empinada. La mariposa aleteó para pasar a mi lado por el puente a la altura de mis ojos y entonces, batiendo las alas, exhausta, ascendió por el aire en línea recta. Alcanzó en vertical la copa de un alto sicomoro de la orilla. Luego, manteniendo las alas en un ángulo preciso, planeó por el camino escarpado, perdiendo altitud a un ritmo extremadamente lento, y siguió avanzando, dirigiendo la caída hasta que fue a parar a un charco frente a la casa, encima de la colina.

Fui tras ella. Se tomó un respiro, tuvo un breve percance mientras se dirigía hacia el oeste y entonces, al regresar al charco, inició el asalto a la casa. Con mucho esfuerzo, se elevó por el aire casi sin perder el rumbo, junto al muro de ladrillo de dos plantas, y trepó por el tejado. Sin esfuerzo alguno, siguió por la pendiente del tejado a medio palmo de distancia. Y de pronto

desapareció. Me pregunté cuántas colinas y casas más tendría que subir antes de descansar. Por su fuerza de voluntad, parecía capaz de atravesar paredes.

La monarcas son «todo lo fuertes y enérgicas que pueden ser las mariposas». Sobrevuelan el lago Superior sin descansar; de hecho, unos observadores han descubierto algo curioso. En lugar de volar directamente hacia el sur, las monarcas trazan una curva inexplicable hacia el este por encima del agua. Luego, al llegar a un punto determinado e invisible, viran de nuevo hacia el oeste y el sur. Las sucesivas colonias que van pasando repiten este misterioso movimiento de zigzag año tras año. Los entomólogos piensan que las mariposas podrían «recordar» la posición de un amenazante glaciar desaparecido hace mucho tiempo. En otro libro leí que los geólogos creen que el lago Superior marca el sitio donde una vez estuvo la montaña más alta del continente. No lo sé. Me gustaría verlo. O me gustaría estar ahí, sentir en qué preciso instante hay que girar. Por la noche, en tierra, las monarcas emigrantes dormitan en determinados árboles; se enganchan a ellos formando festones, todas muy juntas y con las alas plegadas, cubriéndolos con una capa tan densa y frondosa como la piel de un oso.

Siempre se ha creído que estas mariposas tienen un sabor terriblemente amargo debido al agrio algodoncillo del que se alimentan las orugas. Si lees sobre el mimetismo, acabarás topándote con el caso de las monarcas y las virrey: ambas especies de mariposa tienen un aspecto tan parecido que los avispados pájaros que alguna vez han probado el sabor de las monarcas evitan también a las virrey. Hay nuevos estudios que indican que las monarcas que se alimentan de algodoncillo no es que sepan mal, sino que literalmente son nauseabundas, ya que el algodoncillo contiene «veneno cardiaco similar a la digitalina», que hace enfermar al ave. Personalmente, siento predilección por un experimento realizado por un voluntarioso entomólogo. Él llevaba toda la vida oyendo, al igual que yo, que las monarcas saben fatal, que su gusto amargo no se olvida, así que las probó. «Para llevar a cabo este experimento de campo, el doctor se dirigió al sur, en primer lugar, y comió varias mariposas monarcas en el campo [...]. Según concluyó el doctor Urquhart, la mariposa monarca no sabe más que a pan tostado». ¿A pan tostado? Me resultó duro reprimir la idea, a lo largo de la migración de las monarcas, en medio de toda esa belleza y esplendor, de que lo que en realidad estaba viendo en el aire era una vasta y ondulante bandeja de desayuno para prisioneros.

Es fácil engatusar a una mariposa moribunda o exhausta para que se te pose en el dedo. Una vez vi una monarca atravesando el aparcamiento de una gasolinera; caminaba hacia el sur. Coloqué el índice en su camino, se subió y dejó que me la acercara a la altura de la cara. Tenía las alas desvaídas pero no tenía señales de haber estado en peligro; una capa de terciopelo atrapaba la luz y sugería una levísima superposición de escamas. Era un macho; sus patas, agarradas al dedo, eran cortas y estaban atrofiadas. Al aferrarse desprendían fragilidad, una delicadeza apenas percibida, propia de una emoción grave o de un espíritu contenido. Y yo sabía que esas patas me estaban probando, que estaban saboreando con sus órganos sensitivos el vapor que desprendía la piel de mi dedo: las mariposas tienen el gusto en las patas. Durante todo el tiempo que estuvo agarrada, abría y cerraba sus gloriosas alas sin sentido alguno, como suspirando.

El batir de sus alas me abanicaba en la cara con una fragancia casi imperceptible, así que la acerqué un poco más. Casi percibía su aroma dulce, casi podía nombrarlo... luciérnagas, bengalas, madreSelva. Olía a madreSelva; no me lo podía creer. Sabía que muchas mariposas macho desprenden olores distintivos a través de unas glándulas odoríferas especiales, pero pensé que esos olores sólo se identificaban mediante instrumentos de laboratorio y utilizando un buen número de ejemplares. Había leído una lista de los inverosímiles aromas que podían tener: sándalo, chocolate, heliotropo, guisante de olor. En ese momento, el ser vivo que tenía en el dedo desprendía un olor que yo misma percibía: ese aleteo en verdad olía, esa virutilla que reflejaba la temperatura ambiente, como un sobre, como un martillo, esa brizna programada de quitina. Olía a madreSelva. ¿Por qué no a pezuña de caribú o a té de Labrador, a liquen de la tundra o a sauce enano? ¿Por qué no al agua salada de la bahía de Hudson o al vapor de los ríos blanqueados por el sedimento glaciar? Esa madreSelva era un olor casi olvidado, un suspiro del verano anterior, de las peñas de los Lucas y la valla descuidada junto al Tinker, un dulzor adulterado que casi empalagaba durante las noches cargadas de humedad y que ahora se reducía a una discreta filtración en el aire, a una destilación pura y excepcional, poco conocida y en gran parte perdida, en dirección al sur.

La llevé hasta el borde de la gasolinera y la deposité en el campo. Emprendió el vuelo, palpitante y ligera; se posó en un sasafrás y la perdí de vista.

Durante semanas me estuve encontrando parejas de alas de monarca sin cuerpo sobre la hierba que bordea la carretera. Recogí un par de ellas y les

quité las escamas; primero, las froté entre los dedos y luego las raspé con suavidad con la punta de una cuchara de plata de niño. El resultado de ese delicado trabajo se encuentra aquí, en la mesa de mi estudio: una especie de andamiaje elástico, como el de la cubierta de un globo aerostático, unas venas negras que despliegan una mínima expresión de materia a lo largo del vacío que deben ensamblar. El integumento en sí es perfectamente transparente; a través de él se pueden leer los caracteres más pequeños. Es tan delgado como la piel que se desprende por una quemadura solar y tan resistente como un pergamino de piel de búfalo. No obstante, las mariposas que fueron devoradas aquí en el valle y que nos dejaron sus alas fueron pocas; la mayoría sobrevivió para continuar hacia el sur.

La migración duró cinco días frenéticos. Durante ese periodo yo estaba inundada, consumida. El aire estaba vivo y compacto. El tiempo incluso era un pergamino sin desenrollar, curvo y tembloroso sobre una mesa o sobre la piedra de un altar. Las mariposas monarcas traqueteaban en el aire, lustrosas como un puñado de centavos, una aquí, otra allá, unas cuantas por aquí y otras más por allá. Revoloteaban y se enredaban entre ellas; se abrían paso a empujones batiendo el aire como las quillas de las canoas, acelerando con premura. Parecía que las hojas otoñales del bosque hubieran echado a volar y se estuvieran vertiendo por el valle como una cascada, como una ola de marea, todas las hojas caducas desde bahía de Hudson hasta aquí. Parecía que el color de la estación se drenara como si fuera sangre que da vida, como si el año estuviera mudando la piel. El año rodaba cuesta abajo y había alcanzado una curva vital, la inclinación que da paso a la caída precipitada. Y cuando las monarcas terminaron de pasar y se hubieron marchado, los cielos se quedaron vacíos y el aire sereno. La oscuridad en la que se estaba sumiendo el año no era un sueño, sino un despertar, una nueva y necesaria austeridad, el ambiente sobrio que yo tanto ansiaba. Los árboles desnudos estaban quebradizos e inmóviles, el arroyo ligero y frío, y mi espíritu contenía la respiración.

### III

Antes de que la aurora boreal aparezca, las sensibles agujas de las brújulas de todo el mundo se pasan varias horas inquietas, se agitan sobre sus pivotes en aviones y barcos y tiemblan dentro de los cajones de los escritorios, en los desvanes, metidas en cajas sobre las estanterías.

Anoche tuve un sueño curioso que me perturbó. Visitaba la casa de mi infancia y el sótano estaba cubierto con una fina capa de nieve. Levanté una

alfombra, también cubierta de nieve, y encontré debajo un fajo de dibujos a tinta que había hecho yo cuando tenía seis años. Junto al sótano, aunque no unido a él, se extendía un túnel de oración.

Se trataba de un túnel que estaba completamente recubierto de nieve sólida. Era cilíndrico y su diámetro tenía la altura de una persona. Sólo un esquimal —y con dificultad— podría sobrevivir en el interior del túnel de oración. Sin embargo, no tenía salida ni entrada; aun así, comprendí que si yo —o cualquiera— entraba de forma voluntaria, la muerte llegaría después de una larga y amarga lucha. Dentro del túnel hacía un frío letal y no paraba de soplar un viento hueco que se clavaba como puñales. Pero el poco aire respirable que quedaba desapareció. La oscuridad allí era total y aquella nieve fina e imposible de derretir caía eternamente, una nieve que se precipitaba con el viento.

He estado leyendo los apotegmas, los dichos de los eremitas egipcios del desierto de los siglos IV y V. Moisés el Etíope le dijo a un discípulo: «Ve y siéntate en tu celda; tu celda te lo enseñará todo».

Pocas semanas antes de la migración de las mariposas monarca, visité el valle Carvin, y un lago que hay entre los montes Tinker y Brushy, y allí, junto al camino forestal, vi a Moisés el Etíope —ahora soy consciente de ello— en forma de bellota. La bellota se retorció para clavarse en el suelo. Por una raja de la cáscara brotó de golpe una raíz larga y blanca que se hundió en la tierra como una flecha. La bellota en sí estaba suelta, pero la raíz se había quedado fija: pensé que si levantaba la bellota y me ponía de pie, tiraría del mundo. Junto a la raíz surgió un brote verde del que emergieron dos hojitas de roble, peludas y dentadas, del tamaño de dos intrincados granos de arroz. Esa bellota estaba inflada por la presión; una fuerza la empujaba hacia abajo y al mismo tiempo tiraba de ella hacia arriba provocando un picado con motor en la arena y un *grand jeté en l'air*.

A partir de ese momento la peligrosa escarcha comenzó a arreciar. Si me perdía en las montañas o en el valle, si me comportaba de forma irreflexiva, moriría de hipotermia y el cerebro se me quedaría liso como un plato mucho antes de que el agua de mi cuerpo se dilatara y formara astillas de cristal que perforarían y romperían en pedazos las paredes de mis células. La cosecha está lista, los graneros colmados. Los árboles de hojas anchas de los bosques del mundo han dado sus frutos: «El roble, una nuez; el sicomoro, aquenios; el laurel de California, una drupa; el arce, una sámara; la falsa acacia, una vaina; el granado, una baya; el castaño de Indias, una cápsula; el manzano, un pomo». Ahora las hojas gemelas del roble del sendero del valle Carvin se han

secado, se han caído y han volado; la bellota misma está encogida y seca. Pero la cubierta del tallo retiene el agua y la raíz blanca sigue sorbiendo con delicadeza, porosa y permeable, muda. La muerte del yo de la que hablan los grandes escritores no es un acto violento. Se trata simplemente de la unión con el gran corazón de roca de la tierra durante su rotación. Se trata simplemente del cese lento de las premuras de la voluntad y del parloteo del intelecto: está esperando como una campana hueca con el badajo inmóvil. *Fuge, tace, quiesce*. Es en la propia espera donde se halla el meollo.

El año pasado vi tres gansos de Canadá volando cerca de la tierra sobre la charca helada en la que me encontraba. Antes de verlos, oí una ráfaga vertiginosa; sentí el azote del aire contra mi cara. Tronaron por encima de la charca de los patos una vez, luego otra, después otra más: juro que nunca había visto semejante velocidad, semejante resolución, semejante batir de alas. La charca de los patos se congeló a su paso; hicieron sonar el aire y desaparecieron. Pienso en todo eso y me vibra el cerebro con el borroso golpeteo de esos huesos emplumados. Dice un salmo de Adviento: «Viene nuestro Dios y no se callará. Delante de él, un fuego que devora, en torno a él, violenta tempestad». Ésa es la impresión que recuerdo. Si esperas, no sólo llegan las cosas, sino que te llueven como una catarata, como una ola de la marea. Esperas con toda naturalidad, sin expectativa ni esperanza, vacía, traslúcida, y lo que llega te sacude y te eleva; te arrancará, te desatará, te lanzará por el aire, te pulverizará.

Me he saciado con la abundancia y recibo de buen grado el hisopo. Este distante cielo de noviembre, estas ramas de árbol secas y desnudas que muestran sus colores puros y secretos: éste es el mundo real, no el mundo dorado y nacarado. Aquí estoy, bajo el cielo purificado, desnuda, sin intermediarios. El viento helado ha elevado los huesos de mi cuerpo con sus agitadas ráfagas hasta que han alcanzado el deslizamiento aéreo de un cuervo. Me mantienen a flote una calma y un anhelo espontáneos, el impulso de mi voluntad con un ángulo preciso, como el del par de alas de la mariposa monarca que escaló una colina dejándose caer.

Durante la acción de gracias se realiza la ofrenda del pecho mecido del carnero —una forma de atraer la atención de Dios mediante el sencillo recurso de la alabanza—, y hay un momento preciso para ello. En los ritos del

antiguo Israel para las ofrendas voluntarias de acción de gracias, el sacerdote se coloca ante el altar vestido de lino inmaculado y con las manos vacías. Se le coloca en las manos el pecho del cordero sin tacha del sacrificio de la investidura y él lo balancea como una ofrenda mecida ante el Señor. El cuchillo del viento ha cumplido su cometido.

## LAS AGUAS LUSTRALES

«Te preguntan qué deben gastar.  
Di: Lo superfluo».  
Corán

«Y una claridad llega del norte: gloria terrible alrededor de Dios».

Hoy es el solsticio de invierno. El planeta se inclina al máximo con respecto a su estrella, escora y sostiene su giro en una tensión equilibrada entre el viraje y el anhelo, da vueltas sobre sí mismo, abandonado, exaltado, oscilando en esa caricia veloz y centelleante. Anoche Orión saltó y se propagó por todo el firmamento, pagano y lunático, con el hombro y la rodilla en llamas, con la espada de tres soles desenvainada, ¿para qué?

Y hoy ha hecho buen día, ha sido incluso caluroso; cuando me desperté tenía los dedos calientes y secos al tacto, como si fuera la piel de un extraño. Me quedé frente a la ventana, la misma ventana salediza en la que un verano un saltamontes con aspecto céreo respiró puf puf; pensé que no volvería a ver algo así este año, algo tan inocente, y la nostalgia se me enrolló en el cuello como una bufanda. Ruysbroeck dice: «Pues el Padre celestial desearía que viéramos, por eso no deja de repetirle a lo más hondo de nuestro espíritu una palabra profunda e ininteligible, nada más». ¿Pero cuál es esa palabra? ¿No la dice por misterio o por timidez? Una campana de hierro fundido colgaba de la bóveda de mi caja torácica; cuando me movía, hacía sonar —o tañía— una sílaba prolongada que me provocaba ondulaciones ascendentes en los pulmones y descendentes por la savia granulosa de mis huesos sin que yo pudiera entenderla; sentía esa vocal sonora como un suspiro o una nota cuya

consonante, que era lo que le otorgaba sentido, no podía identificar. Hice un esfuerzo para apartarme de la ventana. Me dirigí al exterior.

Allí, junto al seto de celinda, había una abeja que había salido de la colmena por el calor. Al momento tuve una idea estupenda. Hacía poco que había leído que los antiguos romanos pensaban que el eco mataba a las abejas. Parecía una idea inverosímil y divertida que la pronunciación de una palabra o la caída de una roca, devuelta por los barrancos —esa nada aérea que sin embargo trasporta y disemina el incomprensible impacto de algo— pudiera dejar sin sentido a estas criaturas tan resistentes y abatirlas en pleno vuelo. Por qué no comprobarlo. Se trataba de una excusa tan válida como cualquier otra para pasear y serviría para acallar la campana o al menos para atemperarla.

Sabía dónde hallar el eco, pero tendría que arriesgarme a no encontrar otra abeja de diciembre. Me até una sudadera a la cintura y me dirigí a la cantera. El experimento no salió del todo bien, pero dio lugar a otras digresiones y observaciones mientras recorría el paisaje de ese breve día de final de año.

Hacía calor; no llegué a necesitar la sudadera. Una nube enorme y alta se movía con elegancia a lo largo de una pasarela invisible en las alturas y deslizaba su pie plano como un enorme e imponente caracol. El viento olía a sedimento, a pavo, a ropa limpia, a hojas... Dios mío, qué mundo. Imposible darle sentido a un solo instante. Por el sendero que atraviesa el bosque hacia la cantera volví a ver el acuario tirado en el suelo; casi un año después, seguía rota sólo una de sus paredes de cristal. Podría construir un terrario aquí, pensé; podría transferir el pequeño terreno que está bajo el cristal y colocarlo encima, enmarcarlo, esconder un centavo y decirles a los transeúntes: ¡Mirad, mirad! Aquí hay un pequeño pedazo de mundo.

Esperé durante una hora en la cantera, errante, buscando alguna mancha en el aire, hasta que por fin descubrí una abeja. Estaba pululando con apatía entre las hierbas secas de la orilla empedrada donde meses antes me había sentado para observar el mosquito que picó a la serpiente cabeza de cobre y le chupó la sangre sobre una roca. Más allá de la orilla, unos dedos de hielo tocaban la charca verde de la cantera bajo las sombras de las peñas desnudas. El decorado era perfecto. ¡Hola! Hice un primer intento. ¡Hola!, respondieron titubeantes las peñas bajo el bosque. ¿Temblaron también las puntas de las raíces en la roca? Pero ésa no es forma de matar a una criatura, diciendo

«hola». ¡Adiós!, grité. ¡Adiós!, fue la contestación, y la abeja prosiguió a la deriva, indiferente, entre las hierbas.

Pensé que tal vez los naturalistas de la Antigua Roma conocían ese dato que a nosotros se nos escapaba porque este efecto del eco sólo funcionaba en latín. Mi latín es rudimentario. ¡*Habeas corpus!*, grité. ¡*Deus absconditus!* ¡*Veni!* Y las peñas de roca replicaron, ¡*Veni!*, pero la abeja siguió zumbando.

Eso fue todo. Era casi mediodía; la nube alta tal vez se habría ido hacia el oeste de Virginia, donde se mostraría indolente sobre una cordillera elevada, enredada entre los árboles que la tamizarían para convertirla en fragmentos a lo largo de la ladera. Observé la abeja todo el tiempo que pude, aunque la perdía de vista a ratos, hasta que de pronto ascendió por el aire como un globo perdido y se esfumó en el bosque. Me quedé sola. Seguía teniendo la impresión de oír el desacostumbrado sonido de mi voz afilado por la roca hasta convertirlo en un temblor devuelto a mi garganta, proyectado a mi alrededor para morir después abandonado. ¿La habrían oído en la laguna de Hollins Pond o detrás de mí, por el arroyo, por la colina donde los estorninos salieron volando? ¿Había alguien allí para oírla? Volví a sentir que la campana resonaba ligeramente bajo mis costillas. Vendré cuando pueda. Al marcharme de la cantera, la anterior euforia desbordante se había secado y mi espíritu estaba crispado y tenso.

Arroyo arriba, lejos de casa, el sendero de la cantera discurre en paralelo; cuando el bosque desembocó en los claros y los pastos, seguí por la orilla aguas abajo. Al pasar cerca de la isla con forma de lágrima, a la que nunca había llegado desde este lado, una valla se interpuso en mi camino. Era una débil cerca metálica para caballos que se tambaleaba al otro lado del arroyo y que me sirvió como puente hacia la isla. Me quedé allí de pie, jadeante, respirando el suave aroma del agua fresca y sintiendo que el sol me calentaba el cabello.

La hierba de diciembre de la isla estaba desvaída y seca, pálida en contraste con los troncos grisáceos de los sicomoros, crujiente bajo mis pies. Detrás de mí, por donde había llegado, se extendía el pastizal de Crepúsculo, un caballo cuyo nombre inicial fue Medianoche, que cambiaba de color continuamente y que una primavera dejó a todo el mundo boquiabierto porque se había vuelto marrón. Delante de mí, a lo lejos, el monte Tinker centelleaba y se derramaba bajo el sol. El huerto de los Lucas se extendía a media distancia, con sus lánguidas ramas de melocotoneros dispuestas en perfecto

equilibrio, fila tras fila, como un grupo de bailarines delgados e inocentes a los que nunca se les iba a pedir que actuaran; por debajo del huerto se extendían los pastos de los bueyes que daban paso a los campos llanos y, por último, el tronco de sicomoro que servía de puente hacia la isla donde, horrorizada, había visto la rana verde siendo sorbida hasta convertirse en pellejo y hundirse en el agua. Un cielo fugitivo y despejado se suspendía en lo alto; cuanto más intentaba vislumbrar su cúpula para calcular la distancia, más parecía alejarse de mí.

Me senté más abajo, en el extremo de la isla donde la chinche acuática gigante agarró a la rana y se la comió viva, y me empecé a chupar los nudillos. Así es como se arrugaron los ojos de la rana. Su boca era una hendidura terrorífica; la piel brillante de su pecho y sus hombros tembló una vez, se aflojó y se redujo a una bolsa vacía; ¡pero, oh, aquellos ojos apagados! Se arrugaron, la comprensión brotó en ellos como si el sentido y la vida hubieran sido un añadido accidental a la noción de ojo, un mero relleno, como la mermelada dentro de un bote de cristal que se vacía rápido y con facilidad; se aplanaron, apagados, opacos y hundidos. ¿La chinche acuática gigante había agarrado a la rana por detrás o por el hueco del muslo? ¿Me comería un anca de rana si me la ofrecieran? Sí.

Además del rito del pecho mecido de acción de gracias, en el cual se mece el pecho ante el Señor, se lleva a cabo otra ofrenda: la espaldilla elevada. El pecho del carnero se mueve ante el altar del Señor de lado a lado; la espaldilla elevada se mueve de arriba abajo. Pero me gustaría saber: ¿el sacerdote se lo eleva al Señor? ¿Arroja la espaldilla del carnero de la consagración —un carnero que, antes de que el sacerdote lo sacrificara y lo despiezara, fue perfecto y entero, no «ciego, quebrado, mutilado, ulcerado, sarnoso o ruín, aplastado, majado, arrancado o cortado»— por encima del tabernáculo, entre los ensangrentados cuernos del altar, hacia Dios? Mirad lo que me habéis obligado a hacer. Y a continuación se lo come. Esa elevación es una forma violenta y desesperada de atraer la atención de Dios. Pero no es inadecuada. Somos personas; nos está permitido tratar con el creador y debemos decir lo que pensamos de la creación. ¡Dios, mira lo que le has hecho a esta criatura, mira la tristeza, la crueldad, el desperdicio de todo esto! ¿Es posible que esa ridícula razón justifique que me pase toda la primavera jugando al béisbol en este planeta inconsciente con mis congéneres para desarrollar el brazo que ha de lanzar la bola? ¿A qué altura, a qué distancia debería elevar un pequeño trozo de espaldilla de rana hacia el Señor? ¿A qué altura, a qué distancia, durante cuánto tiempo antes de mi muerte?

Toqué la hierba muerta del invierno, enredándola con la punta de los dedos como si fuera pelo y agitándola con la palma de la mano. Ha transcurrido otro año, se ha desenmarañado y ha caído en la nada como una bandera llena de símbolos incoherentes que alguien tira al suelo. «El último acto es sangriento, por bella que haya sido la obra en todo lo demás; al final nos echan un poco de tierra sobre la cabeza y todo se acaba para siempre». En algún lugar, en todas partes, existe un hueco, como el escalofriante abismo del arroyo de las Sombras que se abre bajo mis pies, como una repentina hendidura en la ventana o en el fuselaje de un avión de reacción por donde los objetos se cuelan o salen volando, se pierden de vista, desaparecen en un instante, malditos, para siempre. Para los vivos hay una desgarradora pérdida en cada abrir de ojos, en cada *Augenblick*, cuando una rata almizclera se sumerge, cuando una garza se pone en guardia, cuando una hoja se aleja dando vueltas por el aire. La muerte está en la cazuela de la que comen los vivos, carne con gusanos, sal sucia y hierbas arrancadas, amargas como la cebolla albarrana. Atrápalo si puedes. ¿Cuánta gente ha rezado por el pan de cada día y ha muerto de hambre? Padecen su muerte diaria tanto como la rana, personas con las que se juega, a las que se trata con ligereza, aunque Dios sepa que aman la vida. En una hambruna invernal, los indios algonquinos, desesperados, «comían caldo elaborado con humo, nieve y cuero, y los sarpullidos de la pelagra aparecían como flores tatuadas en sus cuerpos demacrados; eran las rosas del hambre, según la descripción de un físico francés, y aquellos que morían de hambre lo hacían cubiertos de rosas». ¿Lo de estas rosas gratuitas es belleza o simplemente una demostración de fuerza?

¿O es la belleza un señuelo elaborado con complejidad, el más cruel de los engaños? Hay un fragmento de una vieja historia sobre esquimales, recogida por Farley Mowat, que lleva años rondándome la cabeza. El fragmento es una escena corta, simple y cruel, que mantiene una estructura clásica y se interpreta junto a la luz de una lámpara de esteatita de aceite de foca.

Un joven en tierras extranjeras se enamora de una muchacha y la toma como esposa en la tienda de la madre de ella. Por el día, las mujeres mascan piel y cuecen carne mientras el joven se va de caza. Pero la vieja está celosa, quiere al chico para ella. Un día, llama a su hija y se ofrece para trenzarle el pelo; la muchacha se sienta, agradecida y orgullosa, y su madre la estrangula con su propio cabello. A los esquimales se les da bien desollar, así que la madre toma su cuchillo curvado con forma de falda de bailarina, arranca la

piel de la cara de su hija y se coloca la suave máscara vacía sobre su rostro. Cuando el joven vuelve esa noche, yace con ella en la tienda sobre la cima del mundo. Pero está sudoroso por la caza; la máscara de piel se resbala con el sudor y se desprende, dejando al descubierto el rostro arrugado de la vieja madre, y el muchacho huye de allí horrorizado para siempre.

¿Podría ser que, si yo trepara por la bóveda celestial y me pusiera a rascar el hermoso manto hasta que consiguiera agarrar un pliegue del que tirar, la máscara se desprendiera para revelar a una vieja fea y desdentada con los ojos velados por el placer?

Un viento se levantó, cada vez más fuerte; al mismo tiempo que me penetraba por las fosas nasales parecía que me hiciera vibrar las entrañas. Me sacudí y levanté la cabeza. No, he pasado por esto un millón de veces, la belleza no es un engaño; ¿cuántos días me han servido para aprender a no quedarme mirando el reverso de mi mano pudiendo mirar el arroyo? Vamos, le digo al arroyo, sorpréndeme; y me sorprende con cada nueva gota. La belleza es real. Nunca lo negaría; lo terrible es que se me olvida. El derroche y la extravagancia subían y bajaban juntos por las orillas a lo largo del intrincado margen de las libres incursiones del espíritu en el tiempo. A ambos lados de mí el arroyo atrapaba las distantes luces del cielo, las transformaba en una sustancia cambiante y las partía en pequeños fragmentos.

¡Este arroyo, el Tinker! En ese momento estaba bajo y cristalino. En el lateral tranquilo de la isla, el agua era translúcida como un vidrio, las runas de arenisca, de pizarra y de barro sedimentado surcado por los caracoles brillaban en el fondo; el lateral turbulento, en cambio, albergaba una deslumbrante profusión de superficies curvas y afiladas, manchadas con sombras y retazos de cielo. Éstas son las aguas de la belleza y el misterio que brotan de una grieta en el mundo de granito; llenan las vetas de mis células con una luz como pétalos en el agua y se agitan en mis pulmones, intensas y gélidas, como la hélice de un gran barco. Y son también las aguas lustrales: son amargas, purifican y lavan, me escinden. Me salpican con cenizas mojadas, trozos de hueso quemado y sangre; escudriño con mirada salvaje por encima de los campos, saqueando los bosques; la compañía de los demás no me está permitida.

Ten un poco más de paciencia conmigo. En el viejo precepto hebreo de las aguas lustrales, el sacerdote debe encontrar una vaquilla roja sin tacha que nunca haya conocido el yugo, conducirla fuera del campamento, sacrificarla y

quemarla entera sin apartar la mirada: «Será quemada la vaca en su presencia, con su piel, su carne, su sangre e incluso sus excrementos». En la hedionda hoguera el sacerdote pone leña de un cedro para la longevidad, hisopo para la purgación y un cordón escarlata como una vena de sangre viva. Con esas cenizas inocentes se preparan las aguas lustrales: se dejan las cenizas en remojo en una vasija con agua limpia. Esta agua especial purifica. Un hombre cualquiera moja la punta de un hisopo en la vasija y rocía —¡sólo una vez!— el agua sobre el impuro «que tocó los huesos o al asesinado o al muerto». En fin. Pero yo nunca me ofrecí para este papel, fue el hueso el que me tocó.

Permanecí de pie, sola, y el mundo se sacudió. Soy una fugitiva, una vagabunda, una residente en busca de señales. Isak Dinesen en Kenia, con el corazón roto de dolor, recién salida de casa al amanecer, buscando una señal. Ella vio que un gallo embestía a un camaleón, le arrancaba la lengua de cuajo y se la tragaba. Isak Dinesen tuvo que coger una piedra y aplastar al camaleón. Pero yo ya he visto esa señal más veces incluso de las que pretendía; hoy vi algo inspirador, algo bello, realmente bello y pequeño.

Me encontraba perdida, hundida, con las manos en los bolsillos, mirando hacia el monte Tinker y sintiendo que la tierra se tambaleaba. De repente vi lo que parecía una nave espacial marciana que se acercaba hacía mí girando. Emitía una luz reflejada, como una hélice. Su avance era más rápido que el movimiento de caída. Mientras observaba paralizada, se volvió a elevar en el preciso instante en que iba a tocar un cardo, planeó haciendo piruetas sobre un punto fijo, luego giró y finalmente aterrizó. La encontré en la hierba; era la mitad de una sámara de arce, una sola semilla alada. Hola. La arrojé al aire y echó a volar de nuevo, con una determinación animada, no como algo lanzado al aire o arrastrado por él al antojo de los estúpidos vientos y las corrientes de convección que giran alrededor del mundo, sino como una criatura musculada y vigorosa, o como una criatura frágil y delgada empujada por ese otro viento, el viento del espíritu que «sopla donde quiere y oyes su voz», elevándose y descendiendo. Oh, sámara de arce —pensé, debo confesarlo—, bienvenida, yo te saludo.

Y la campana bajo mis costillas emitió una nota precisa, un suave toque que parecía una mezcla de trompas y clarines que produjo una prolongada sensación borrosa que intentaré explicar con detalle. «Precipitado» es un adjetivo demasiado duro para definir el discurrir del mundo. «Como un soplo» es una descripción más precisa, pero se trata de un soplo emitido por

un aliento generoso e interminable. Ese aliento nunca deja de avivarse, exuberante, abandonado; sus fragmentos raídos se esparcen en todas direcciones y manan en llamas. Y desde ahora, cuando me balancee en un viento intermitente, sola y escorada, pensaré: sámara de arce. Cuando vea una fotografía de la tierra tomada desde el espacio, de este planeta suspendido y asombrosamente pictórico, pensaré: sámara de arce. Cuando te estreche la mano o nuestras miradas se crucen, pensaré: doble sámara de arce. Aunque yo sea una sámara de arce que cae, al menos puedo girar.

Thomas Merton escribió: «En la vida contemplativa siempre existe la tentación de engañarse construyendo estatuas minúsculas». Siempre hay una enorme tentación de engañarse en todos los ámbitos de la vida construyendo amigos, comidas y viajes minúsculos durante años minúsculos, sin cesar. Resulta forzado —y moral en apariencia— el hecho de retirarse de las grietas por donde los arroyos y los vientos se vierten, diciendo, con toda la razón: «Yo nunca merecí esta gracia», y luego pasarse enfadado el resto de la vida. Eso no es para mí. Miremos donde miremos, el mundo es mucho más salvaje que eso, más peligroso y amargo, más extravagante y brillante. Intentamos aprovechar las circunstancias mientras éstas duran, cuando deberíamos estar gritando de júbilo; nos sumergimos en nuestras obligaciones cuando deberíamos estar levantando jaleo o incluso levantando a Lázaro.

Ezequiel vilipendia a los falsos profetas diciendo que son los que «no han escalado las brechas». Esas brechas, esas grietas, son la clave. Las grietas son el único hogar del espíritu, unas altitudes y latitudes tan deslumbrantemente austeras y limpias que el espíritu se descubre a sí mismo por primera vez como un ciego que hubiera recobrado la vista. Las grietas son las peñas de roca donde te agazapas para vislumbrar la espalda de Dios; son las fisuras que el viento atraviesa entre montañas y células, los estrechamientos helados de los fiordos que escinden las cimas del misterio. Sube hasta las grietas e introdúctete en ellas... si las encuentras. También cambian y desaparecen. Permanece al acecho de las grietas. Cuélate por una grieta del suelo, date la vuelta y descubre, más que un arce, un universo. Así es como pasas la tarde, y la mañana del día siguiente, y la tarde del día siguiente. Pasa la tarde. Deja que transcurra, ya que no puedes llevártela contigo. Vivo en la tranquilidad y el estremecimiento. A veces sueño. Me interesa Alicia, sobre todo cuando se come la galleta que la encoge. Me reduciría de tamaño o dejaría que me redujeran para pasar por la grieta más sutil, una grieta que sé que está en el

cielo. Justo ahora estoy buscando la galleta. A veces me abro, me descubro como un fruto. O soy porosa como un hueso viejo, o traslúcida, una condensación del aire teñida como una acuarela, y miro fijamente a mi alrededor con desconcierto, imaginando que no proyecto sombra alguna. A veces cabalgo sobre una fe rebelde, la agarro con una mano mientras agito la otra en el aire y, como cualquier temerario, clavo los talones hasta hacerla sangrar para que la carrera sea más feroz, para obtener más.

En el mundo no hay garantías. Bueno, tus necesidades sí están garantizadas por completo, gozan de la garantía más rigurosa en los términos más simples y verdaderos: llama, busca, pide. Pero debes leer la letra pequeña. «No os doy como da el mundo». Ahí está el reto. Si consigues aferrarte a eso, te atrapará en lo alto, en cualquier grieta, y volverás, porque seguro que volverás, transformado en algo que no esperabas, babeante y enloquecido. Las aguas lustrales, aunque te rocíen levemente, dejan manchas indelebles. ¿Pensabas, antes de ser atrapado, que necesitabas la vida? ¿Crees que conservarás la vida o cualquier otra cosa que ames? Pues no. Tus necesidades están todas cubiertas. Pero no como las cubre el mundo. Ves que las necesidades de tu espíritu se han cubierto cuando lo has pedido y has aprendido que esa increíble garantía se mantiene. Ves morir a las criaturas y sabes que morirás. Y llega un día en que no necesitas la vida. Es obvio. Y entonces te vas. Por fin te has dado cuenta de que estás tratando con un maniaco.

Creo que la oración fúnebre de los moribundos, en el último momento, no es «por favor», sino «gracias», como un huésped que da las gracias en la puerta a quien le ha hospedado. Al caerse de los aviones, la gente grita gracias, mientras se precipitan por el aire, y otros vehículos sombríos acuden a las rocas a recogerlos. La divinidad no juega. El universo no se hizo para pasar el rato, sino con una solemne e incomprensible seriedad. Mediante un poder que es insondablemente secreto, sagrado y ágil. No hay nada que se pueda hacer, salvo ignorarlo o verlo. Y entonces caminas con valentía, comiendo lo que debes, cultivando lo que puedes, como un monje en el sendero que sabe con exactitud lo vulnerable que es, que no obtiene consuelo entre los hombres que se olvidan de la muerte y que lleva su visión de inmensidad y fuerza en la túnica como un carbón encendido que no le quema ni le calienta, pero del que no se deshace jamás.

Antes tenía un gato, un viejo golfillo que saltaba por la ventana cuando estaba abierta para aterrizar en mi cama en mitad de la noche y acurrucarse sobre mi pecho sin apenas desenfundar las garras. He estado ensangrentada y he sido herida, estrujada, cegada, demacrada. Por la mañana temprano, noto el sabor a sal en los labios; descubro mis ojos en el espejo y son cenizas, o brotes ardientes, y me quedo admirada, paralizada, llena de vida. El planeta rota, solitario y soñador. La energía incuba, gira y va dando tumbos. El planeta y la energía se entrechocan. Se funden y tropiezan, relámpago, fuego terrestre; se separan, mudos, sometidos, y se vuelven a tocar entre siseos y gritos. El árbol con luces crepita en llamas y las montañas que lanzan rocas resuenan.

Emerson lo vio. «Soñé que flotaba a voluntad en el gran Éter y vi que este mundo también flotaba, pero no estaba lejos, sino reducido al tamaño de una manzana. Entonces un ángel lo cogió y me lo pasó diciendo: “Debes comértelo”. Y me comí el mundo». Entero. Con toda su intrincación, sus manchas, sus flecos, roído y libre. Los sacerdotes de Israel ofrecían el pecho mecido y la espaldilla elevada como acción de gracias, todos juntos, con libertad, con pleno conocimiento. Mecían y elevaban, y ninguno de estos gestos estaba completo sin el otro, ambos eran muestra de agradecimiento, un agradecimiento de ojos abiertos y penetrantes. Sigue tu camino, come manjares grasos, toma bebidas dulces, dijo la campana. Un alquimista del siglo XVI escribió de la piedra filosofal: «La podemos encontrar en el campo, en la aldea, en la ciudad: está en todo lo que Dios ha creado. Las sirvientas la arrojan a las calles, los niños juegan con ella». La chinche acuática gigante se comió el mundo. Y, como Billy Bray yo sigo mi camino; mi pie izquierdo dice «gloria» mientras el derecho dice «amén»: entrando y saliendo del arroyo de las Sombras, aguas arriba y abajo; sigo mi camino exultante, aturdida, bailando al son de las trompetas gemelas de plata, las trompetas de la alabanza.

*Una temporada en Tinker Creek* es el séptimo libro de la colección Libros salvajes. Compuesto en tipos Dante, se terminó de imprimir en los talleres de KADMOS por cuenta de ERRATA NATURAE EDITORES en febrero 2017, incontables años después de que una rata almizclera de pulidos colmillos e impecable pelaje se sumergiera en el mar primordial e hiciera emerger de allí el barro con el que se formó la Tierra, tal como siempre han sabido los hombres, las mujeres y los niños de la tribu de los Cree.





ANNIE DILLARD nació en Pittsburgh, Pensilvania, en 1945. Cursó estudios de Literatura en la Universidad de Hollins, Virginia, y redactó su tesis doctoral sobre la figura de Henry David Thoreau y la función metafórica de la laguna de Walden.

En 1975, antes de cumplir los treinta años, recibió el Premio Pulitzer de Ensayo por su libro *Una temporada en Tinker Creek*.

Desde entonces ha cultivado casi todos los géneros: es autora de varios ensayos, dos novelas, diversos volúmenes de poesía, otros tantos de crítica literaria y un libro de memorias.

Sin duda alguna, es una de las más importantes escritoras norteamericanas vivas, y entre sus libros cabe destacar *Enseñarle a hablar a una piedra*, *Holy the Firm*, *The Writing Life* o *For the Time Being*.

Por otro lado, durante más de veinte años ha simultaneado sus incontables viajes y su labor como escritora con la tarea docente, su otra gran pasión, en el Departamento de Literatura de la Universidad de Wesleyan, Connecticut. En 2015 recibió de manos del presidente Barack Obama la Medalla de las Artes y las Humanidades, el máximo galardón cultural de su país.

## **Notas**

[1] «La sangre será vuestra señal en las casas donde moráis. Cuando yo vea la sangre pasaré de largo ante vosotros, y no habrá entre vosotros plaga exterminadora cuando yo hiera el país de Egipto» (Éxodo, 12,13). [Todas las notas son de la traductora]. <<

[2] Meriwether Lewis y William Clark dirigieron la primera expedición terrestre de ida y vuelta entre el este de los Estados Unidos y la costa del Pacífico (1804-1806), en la que recorrieron casi 13.000 kilómetros en canoa, a caballo y a pie. En sus diarios recogieron observaciones de gran valor científico. <<

[3] Se refiere al observatorio astronómico de Palomar, en Palomar Mountain, San Diego (California). <<

[4] El nombre del pez hace referencia al poeta trascendentalista William Ellery Channing, amigo de Thoreau y, posiblemente, el poeta anónimo que aparece en *Walden*. <<

[5] Alusión a la orden que Yahveh le da a David: «Y cuando oigas el ruido de pasos en la copa de las balsameras, saldrás a la batalla, porque Dios sale delante de ti para arrasar el campamento de los filisteos» (1 *Crónicas*, 14,15).

<<

[6] Alusión a Deuteronomio, 6,4: «Escucha oh, Israel». <<

[7] La frase completa de Shakespeare, recogida en *La tempestad* (IV, 1) es: «Nuestra fiesta ha terminado. Los actores, como ya te dije, eran espíritus y se han disuelto en el aire, en aire leve». Annie Dillard la utiliza para referirse a los satélites de Urano, ya que todos ellos tienen nombres de personajes de diferentes obras de William Shakespeare y Alexander Pope. <<

[8] Ezequiel, 10-13. <<

[9] El árbol de Bodhi fue la higuera (*Ficus religiosa*) debajo de la cual Siddhartha Gautama se sentó a meditar, alcanzando la iluminación espiritual.  
<<

[10] Henry David Thoreau, *Musketaquid*, trad. cast. de Miguel Ros, Madrid, Errata naturae, 2014. <<

[11] Cayo Plinio Segundo, *Historia natural*, trad. cast. de Gerónimo de Huerta, libro séptimo, 1624, p. 249. <<

[12] Ezequiel, 21,27. <<

[13] Posible adaptación del versículo «¡Oh, todos los sedientos, id a por agua, y los que no tenéis plata, venid, comprad y comed, sin plata y sin pagar, vino y leche!» (Isaías, 55,1). También en el Nuevo Testamento aparece una referencia parecida: «El último día de la fiesta, el más solemne, Jesús puesto en pie gritó: “Si alguno tiene sed, venga a mí y beba”» (Juan, 7,37). <<

[14] Frase atribuida a William Lawrence Bragg, físico británico que recibió junto con su padre, William Henry Bragg, el Premio Nobel de Física en 1915 por su investigación sobre los rayos X por cristales. <<

[15] Wesley V. Hillman (1922-2016) fue un aviador de Roanoke (Virginia) que participó en la Segunda Guerra Mundial. <<

[16] Frase atribuida al productor de cine Samuel Goldwin, cofundador de la Metro-Goldwin-Mayer, cuyos deslices lingüísticos fueron famosos. <<

[17] «Quítate las sandalias de tus pies, porque el lugar en que estás es sagrado»  
(Josué, 5,15). <<

[18] Fragmentos de Ellwood S. Harrar y J. George Harrar, *Guide to Southern Trees*, 1946. <<

[19] Frase del naturalista John Muir (1838-1914), autor de numerosos ensayos sobre la naturaleza y fundador del primer grupo conservacionista de la historia, el Sierra Club. <<

[20] Salmos, 8, 5. <<

[21] Josué, 22,22. <<

[22] «Dad y se os dará; una medida buena, apretada, remecida, rebosante pondrán en el halda de vuestros vestidos» (Lucas, 6, 38). <<

[23] John Paul Jones (1747-1792) fue un marinero escocés y el primer combatiente naval de los Estados Unidos en la Guerra de Independencia. Estuvo al mando en el navío de guerra *Bonhomme Richard*, referido a continuación en el texto. <<

[24] Thor Heyerdahl (1914-2002) fue un explorador y biólogo noruego. Se hizo célebre por la expedición Kon-tiki de 1947, que navegó por el Pacífico en una balsa construida con troncos, plantas y materiales naturales de Sudamérica. Navegó ocho mil kilómetros desde Perú hasta el archipiélago Tuamotu. <<

[25] «Who Killed Cock Robin» (¿Quién mató a Cock Robin?) es un poema infantil tradicional inglés en el que muchos animales distintos afirman haber matado a un petirrojo de diversas maneras. <<

[26] «Os dejo la paz, mi paz os doy; no os la doy como la da el mundo. No se turbe vuestro corazón ni se acobarde» (Juan, 14, 27). <<

[27] Juan, 21,6. <<

[28] Posiblemente se refiere al protagonista de la novela de Jack Schaefer, *Raíces profundas* (1949). <<

[29] Como le sucedió a Jacob (Génesis, 32, 32). <<

[30] El vagabundo rojo es un juego infantil del siglo XIX en el que se hacen dos grupos y los jugadores llaman a miembros del equipo contrario. <<

[31] Éxodo, 39, 26. <<

[32] Alusión al verso del poema «El caracol en su concha», de Oliver Wendell Holmes (1809-1894): «Construye mansiones más duraderas, ¡alma mía!». <<

[33] Se refiere a la famosa frase de Henry David Thoreau en *Walden*: «En mi casa tenía tres sillas: una para la soledad, dos para la amistad, tres para la compañía». <<

[34] En francés, «¡Que viva la suerte!». <<

[35] La autora se refiere a Nick Bottom, uno de los personajes de *El sueño de una noche de verano*, de William Shakespeare. <<

[36] El espectro de Brocken, o espectro de montaña, es una ilusión óptica que se muestra en presencia de niebla o bruma durante un día soleado, cuando el sol brilla desde detrás de la persona que lo observa. Es un fenómeno tan bello como inquietante, en torno al cual han surgido muchas leyendas. <<